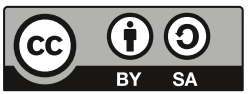


Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)
Del texto: *Maren Ulriksen y Marcelo Viñar*
De la edición: *Denoël / Trilce / Irredentos / Amigxs de M&M*

https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es
Sin perjuicio del derecho moral y otras leyes, este libro es copyleft: todo o parte del mismo pueden ser compartido y adaptado, siempre y cuando se incluya la debida atribución y sea en una obra distribuida en las mismas condiciones.

Primera edición, en francés, bajo el título *Exil en Torture*
por Denoël (Paris, 1989)
ISBN/ISSN/DL 978-2-207-23553-9

Versión en línea: https://archive.org/details/exil-et-torture

Primera edición en español, por Ediciones Trilce (Montevideo, 1993)
trilce.com.uy - ISBN 9974-32-047-X

Versión en línea: https://trilce.com.uy/pdf/fracturas_de_memoria.pdf

Re-edición revisada y ampliada, por Irredentos libros (Madrid, 2018) -
Irredentos libros es el proyecto editorial del Grupo de Acción Comunitaria (GAC) — www.psicosocial.net
ISBN (edición impresa): 978-84-944889-1-7
Depósito Legal: M-34406-2018

Versión en línea: https://archive.org/details/fracturas-de-memoria-con-tapa

De la presente edición (Montevideo, 2026)
ISBN: 978-9915-44-447-5

Maren Ulriksen & Marcelo Viñar

Fracturas de memoria

Crónicas para una memoria por venir

Edición recordatoria

Maren et Marcelo Viñar

Exil et Torture

Denoël

L'ESPACE ANALYTIQUE

París, 1989.

Présentation

Maud Mannoni

On trouvera rassemblé ici le témoignage d'un couple de psychanalystes uruguayens sur l'exil et la torture. Durant la quinzaine d'années passée hors de leur pays, ils ont tenté de ne pas effacer la mémoire d'un vécu de terreur, la mort demeurant par là, pour eux, ce qui peut aussi être soutien de la vie.

Le discours de l'analyste est le lieu où est parlée une pratique qui permet au corps souffrant d'être entendu. Si ce discours fait lien social, c'est aussi qu'il s'inscrit * en rapport à une lutte politique, voire idéologique, et cela, même si l'analyste s'en défend. L'éthique qui se dégage ici n'est pas élaboration d'une morale militante mais recherche concernant les conditions possibles d'une pratique analytique.

L'analyste, dans son témoignage, parle aussi du lieu même de l'analysand car il est pris, comme ses propres patients, dans un déchirement par où s'articule une différence entre savoir et vérité **. C'est de cet écart que se conforte la *résistance*. Contre celle-ci, Freud invitait à *faire* l'équivalent d'une révolution ***, Lacan, lui, a insisté sur l'importance

* Comme le rappelle E. Roudinesco, in *Pour une politique de l'analyse*, Maspero, 1977, pp. 47-50.

** Cf. J. Lacan, *Entretiens de Sainte-Anne*, 1971-1972 (inédit).

*** S. Freud, « Une difficulté de la psychanalyse », in *L'Inquiétante Étrangeté et autres essais*, Gallimard, coll. « Connaissance de l'Inconscient », p. 173.

qu'il y a à ne pas confondre le *faire avec ce qui est épinglé de révolution dans le savoir*. Ce contre quoi le sujet se protège, c'est, en effet, du fait de se trouver affronté au risque d'une subversion dans la structure du savoir, subversion qui pourrait entraîner un nouveau type de discours qu'il lui serait impossible de tenir. Et ce qui insiste, lorsqu'on tente de mettre en mots une vérité, c'est l'impuissance à trouver la parole pour le dire. Car une vérité ne peut que se mi-dire et c'est dans l'action ratée, comme dans le rêve, que se retrouve ce *rogaton de savoir* * qui est à assumer comme sujet de l'inconscient.

Si l'acte analytique ne peut être assimilé à une volonté de gouverner, d'éduquer ou de soigner, il se produit néanmoins en un champ social (institutions soignantes, éducatives) qu'il subvertit par la voie d'une restitution de sa parole au sujet, hors de toute fonction de maîtrise. Mais cette parole peut être forclose par le biais de l'administration qui en vient à exiger parfois que soient effacées la mémoire du passé et la trace des générations perdues, voire oubliées les traditions culturelles et la langue d'un groupe.

Qu'aujourd'hui les analystes aient gardé un certain effroi de l'inconscient, voire aient horreur d'une vérité qu'ils estiment alors ne pas avoir à être dite, cela n'est parfois que trop évident. On peut savoir gré à Maren et Marcelo Viñar d'avoir été de ceux qui se sont battus pour que l'histoire d'un peuple ne parvienne pas aux générations futures en étant détournée d'une vérité, pour que la mémoire ne soit pas tuée par le pouvoir du verbe. Cette histoire nous concerne tous : elle est la nôtre aussi bien.

* J. Lacan, *Entretiens de Sainte-Anne*, 1971-1972 (inédit).

Presentación

Maud Manonni

Se encuentra reunido aquí el testimonio de una pareja de psicoanalistas uruguayos sobre el exilio y la tortura. Durante los quince años que pasaron fuera de su país, intentaron no borrar la memoria de una vivencia de terror, la muerte permaneciendo, para ellos, como aquello que también puede sostener la vida.

El discurso del analista es el lugar donde habla una práctica que permite al cuerpo sufriente ser escuchado. Si este discurso crea vínculo social, es también que se inscribe[1] en relación a una lucha política, incluso ideológica, y esto, aunque el analista se defienda de ello. La ética que se desprende aquí no es la elaboración de una moral militante, sino búsqueda de las condiciones posibles de una práctica analítica.

El analista, en su testimonio, habla también del lugar mismo del analizante[2], ya que lo atraviesa, como a sus propios pacientes, un desgarro por donde se articula una diferencia entre saber y verdad[3]. Es de esta brecha que se fortalece la *resistencia*. Contra ella, Freud invitaba a *hacer* el equivalente a una revolución[4]; Lacan, por su parte, insistió en la importancia de no confundir el *hacer con lo que se señala como revolución en el saber*. Contra lo que el sujeto se protege es, en efecto, del hecho de verse enfrentado al riesgo de una subversión en la estructura del saber, subversión que podría dar lugar a un nuevo tipo de discurso que le resultaría imposible mantener. Y lo que insiste, cuando se intenta poner en palabras una verdad, es la

[1] Como lo recuerda E. Roudinesco, en *Pour une politique de l'analyse*, Maspero, 1977, pp. 47-50.
[2] NdT: aunque Mannoni escribe *analysand*, no *analysant*.
[3] Lacan, J. *Hablo a las paredes.* (Charla en Sainte-Anne. 4 de noviembre de 1971. p 28). Paidós
[4] Freud, Sigmund. *Una dificultad del psicoanálisis*. En J.L. Etcheverry (trad.) Obras completas, (vol. XVII, pp 134) Amorrortu, (Trabajo original publicado en 1917). Pg 10.

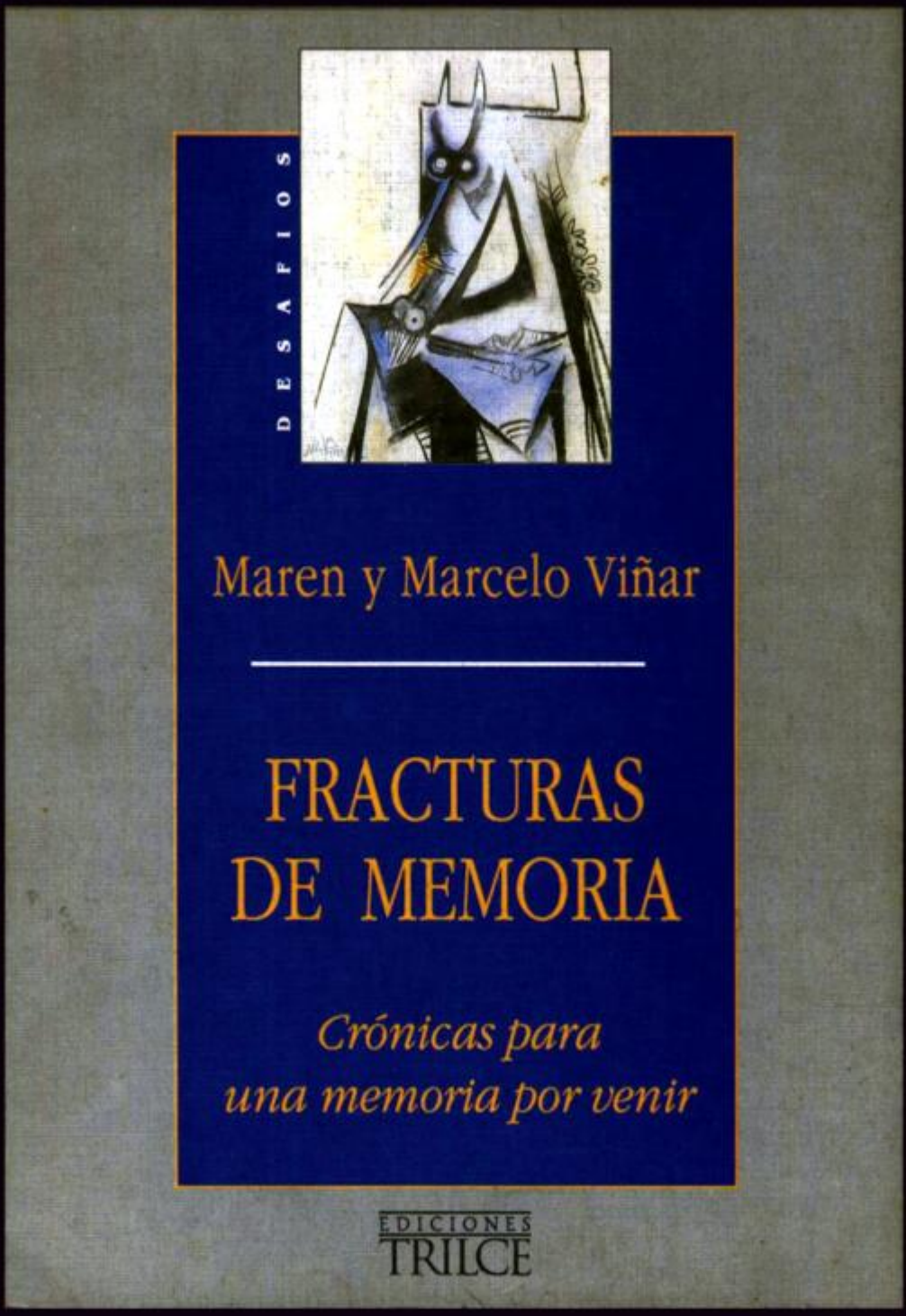
impotencia de encontrar la palabra para decirlo. Porque una verdad sólo puede medio decirse, y es en el acto fallido[5], al igual que en el sueño, donde se encuentra ese *retazo de saber*[6] que hay que asumir como sujeto del inconsciente.

Si bien el acto analítico no puede equipararse a una voluntad de gobernar, educar o curar, se produce, no obstante, en un ámbito social (instituciones de cura, educativas) que subvierte al devolverle la palabra al sujeto, al margen de cualquier función de control. Pero esta palabra puede verse forcluida por la administración, que a veces llega a exigir que se borren la memoria del pasado y la huella de las generaciones perdidas, e incluso que se olviden las tradiciones culturales y el idioma de un grupo.

Que hoy en día los analistas sigan sintiendo cierto espanto del inconsciente, o incluso tengan horror de una verdad que estiman entonces no deber ser dicha, es a veces demasiado evidente. Podemos guardar gratitud a Maren y Marcelo Viñar por haber sido de los que lucharon para que la historia de un pueblo no llegue a las generaciones futuras desviada de una verdad, para que la memoria no sea matada por el poder del verbo. Esta historia nos concierne a todos: también es la nuestra.

Traducido del francés por Daniel Viñar Ulriksen

[5] NdT: aunque Mannoni escribe *action manquée*, no *acte manqué*.
[6] Lacan, J. (2009) *El seminario. Libro 19: …O peor* (1971-1972) (Charla en Sainte-Anne del 3 de febrero de 1972)



Montevideo, 1993.

Presentación

José Pedro Barrán

¿Análisis psicoanalítico de casos? ¿Testimonio? ¿Reflexión política? Este libro es indefinible desde el punto de vista literario, en primer lugar, porque no quiere ser literatura ni ciencia; en segundo lugar, porque el horror lo traspasa y obliga a repensar la condición humana.

La tortura impuesta por la dictadura militar uruguaya a los militantes de izquierda –o sospechosos de serlo– es el núcleo temático, pero las estrategias de supervivencia pronto se autonomizan y concluyen dominando el escenario.

El ataque al cuerpo a veces generó la pérdida de la identidad y la identificación emocional con el enemigo-torturador, lo que condujo a la enfermedad mental. En otras ocasiones, ese ataque al cuerpo, a través de los sueños de la locura y el reencuentro con el apoyo de los otros, permitió restaurar la identidad y la razón.

Que la salud mental se halle en el calor de los demás –así sea este sentido en forma de delirio– es una prueba de precisión casi científica acerca de la cuota de verdad que contienen las utopías que hacen de la solidaridad su esencia.

Dícese que la base de la cultura es la prohibición de la animalidad que el hombre se autoimpone. Ese negarse libertades por considerarlas perversas –piénsese en el incesto– encuentra en este libro una nueva justificación. Si la libertad es el retorno a la animalidad de la liquidación física, mental e ideológica del semejante, esa libertad equivale a la "barbarie", es decir, al fin del otro transformado en simple espejo de mi yo, lo que significa, históricamente, el estado totalitario.

Sólo el respeto por la diversidad, hecho que también olvidó a menudo la izquierda revolucionaria, garantiza la cultura.

Desde la historia, desde el psicoanálisis, este testimonio científico del horror, escrito con cierto temblor y un enorme temor de convertir en ciencia pura lo que fue dolor, nos invita a recordar, a reintegrar a la memoria colectiva lo que, de olvidarse, retornaría. Pocas veces la función catártica de la Historia queda tan en claro.

El exilio es el otro de los dramas relatados, el de los enfermos y también el de los médicos.

Tortura y exilio tienen mucho en común: en ambos casos los códigos del comportamiento habitual se enfrentan a situaciones que exigen reaprendizajes violentos y rápidos si no se quiere desaparecer, en ambos casos la indefensión es física y mental y el individuo conoce soledades que tienden a privatizarlo patológicamente.

Uruguay fue el primer país de América Latina en ser formado por inmigrantes. Ello tiñó su cultura con una nota importante de tristeza debida a la nostalgia de las patrias perdidas. Y estas, en Montevideo sobre todo, eran Europa.

Desde 1960, Uruguay se ha convertido en país de emigrantes –hecho que la dictadura intensificó– como las estadísticas de población demuestran. A menudo, los hijos o nietos de aquellos que habían sentido la nostalgia de la pérdida europea se enfrentaron a la nostalgia renacida y amplificada al infinito por la pérdida ahora uruguaya. Muchos uruguayos vivieron y recordaron así en una o dos generaciones el mismo drama, la misma amputación.

Esta es pues la historia de dos castigos –la tortura y el exilio– infligidos por el orden establecido a sus cuestionadores, quienes le demuestran su ineficacia emigrando, quienes le demuestran su "barbarie" criticándolo.

Prólogo

Memorias del Horror

Daniel Gil

Dentro de poco se cumplirán diez años en que, como tantos, iniciamos un peregrinaje para reencontrarnos con compañeros del alma que la diáspora de la dictadura había esparcido por el mundo. Así estuvimos en Madrid, Barcelona, París y México. Lugares sagrados de reencuentros, de abrazos, de llantos y despedidas.

Fue en París en un día luminoso y soleado –de esos que son excepción en el gris invierno parisino– cuando fuimos con Marcelo, Maren, nuestros hijos y Claudio Scazzocchio –quien había venido de Inglaterra a vernos– al *Memorial de la Deportación*. Llenos de recogimiento vimos las enormes paredes tachonadas de nombres de desaparecidos, estrellas fulgurantes, robados del olvido. Nombres de miles de hombres, mujeres y niños que habían sido embarcados en trenes cuyo destino sería Auschwitz, Treblinka, Sobibor Dachau, a quienes se había aplicado la "solución final" para que de ellos no quedara rastro.

Pero, sin embargo, allí estaban sus interminables nombres y nosotros, latinoamericanos bajo la dictadura, los contemplábamos como hermanos porque ahora nosotros sabíamos algo más de su sufrimiento ya que otros en nuestra tierra también habían desaparecido, estaban muertos o presos, y todos vivíamos bajo el miedo y el terror.

El recuerdo de ese día se me impuso cuando releí este libro, que había ido conociendo en la gestación, trabajo por trabajo.

Porque *Fracturas de memoria* no es sólo un libro de psicoanálisis, es también un memorial, es la memoria empecinada de la muerte, de torturas y exilios.

Luego de años en que vivimos bajo discursos totalitarios, armas y cárceles que monopolizaban el poder, el saber y la verdad, cuando llegó la democracia, se intentó que todo sucumbiera en el olvido. Pero aquí y allá la memoria, desde su dolor, dijo "no".

No pudimos, por motivos diversos, hacer que se cumpliera la *verdad* y la *justicia*, pero eso no hace que haya que declinar la verdad y la memoria, porque éste era el gran objetivo de las luchas contra la ley que bajo un cínico eufemismo recibió el nombre de "Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado".

Sabíamos que la justicia no iba a recuperar los terribles tiempos de tortura y cárcel de temor y, menos aún, la muerte y la desaparición.

¿Es que acaso la justicia podía restablecer un equilibrio en que lo perdido se recuperara, o en el que el infractor pagara por lo que hizo? Eso es imposible. Sólo la crueldad del Talión puede tener la ilusión de esa equiparación.

¿Cómo se puede medir, no digo un mes de tortura, tan sólo una hora del plantón, el insulto, el puñetazo, la picana? ¿Cómo resarcir años de cárcel? ¿Cómo se saldan doce años de exilio? ¿Se puede recuperar un hijo muerto?

No. No se trata de eso porque no hay proporción entre el delito cometido y cualquier forma de sanción que se promulgue, ya que no nos va a devolver los muertos, la vida consumida en la cárcel, ni va a hacer desaparecer el miedo que padecimos. Hay un alogón, como decían los griegos, algo fuera de la proporción, de la lógica, de la palabra.

La verdad y la justicia eran el acto simbólico de rescate de una memoria imprescindible para la vida de los pueblos y la cultura.

Pero el trabajo de la memoria es implacable y si no se recupera simbólicamente reaparece como síntoma en lo individual y en lo colectivo.

En Uruguay se han hecho monumentos por los caídos de las fuerzas de la dictadura pero no se ha levantado ningún recordatorio de sus víctimas. Otras tendrán que ser las formas de su recordación.

Por eso digo que este libro es un memorial.

Y si esto es uno de sus logros, no es el único, ya que se piensan hechos que a todos nos ha tocado padecer: el temor, la tortura, el duelo por los muertos y desaparecidos, el exilio…

Y este es un desafío enorme porque enfrenta al psicoanálisis y al psicoanalista con problemas que nos desalojan de cualquier posición confortable del aislamiento recogido en el consultorio o en las teorías.

Nosotros, psicoanalistas, no somos ajenos al resto de los ciudadanos: la prédica constante por el reclamado olvido y el temor han hecho que este tema no se haya constituido en tópico capital de la reflexión. Nuestra experiencia no es diferente de lo acaecido a los psicoanalistas en Europa y Estados Unidos luego de la Segunda Guerra Mundial.

Distintos niveles de dificultad contribuyen a ello. No pretendo ser exhaustivo pero, al menos, quiero mencionar algunos que este libro enfrenta.

En primer lugar, no por más importante pero sí por obvio, es el temor. El "no te metás" es un resguardo caro pero accesible. Porque el temor no es sólo un sentimiento que padecimos bajo la dictadura. Ya sabemos que el terror deja una huella que perdura por muchos años pero, además, lo que sucede en nuestra América no es tranquilizador y la amenaza, aludida o explicitada, está presente de distintas maneras.

Otro nivel de dificultad es el de que las teorías nos dan soportes más o menos efectivos para nuestra práctica en varios campos del padecimiento del alma humana, aunque en otros ya sabemos de sus insuficiencias y su precariedad. Pero en los problemas y padecimientos que nos ocupan mucho hay para pensar en un campo en que además la "superposición de mundos" (J. Puget), de lo transindividual-subjetivo, nos enfrenta a interrogantes no fáciles de abordar.

En tercer lugar, porque en el caso de la tortura y el duelo por los desaparecidos quedamos ubicados frente a violencias que escapan a lo representable, a lo humano.

Un militante político pasó casi todos los años de la dictadura preso. Su hijita era niña pequeña cuando cayó detenido por primera vez y ella lo visitaba en el cuartel de un pueblo del Interior. Es liberado pero a los pocos meses es encarcelado nuevamente y esta vez lo llevan al penal de Libertad. En los patios de un cuartel o de la cárcel vio crecer a su hijita y hacerse adolescente. Cuando salió del penal a fines de 1984, apenas se conocían. Él no la había llevado a la escuela ni al liceo, no la había ido a buscar a su primer baile. Ella no se había sentado en sus rodillas pidiéndole un cuento, ni había recibido sus caricias ni sus consuelos. Eran casi dos extraños.

Cuando fue detenido por segunda vez, estuvo bajo tortura durante tres meses. Al salir de allí era casi un cadáver. Para su "recuperación" lo encierran en una pieza toda blanca, bajo una luz potente día y noche. Sintió que se derrumbaba totalmente. No era la demolición de la que nos habla Marcelo Viñar. Era mucho más. Era la vivencia del anonadamiento total. En ese momento no habla, pero salen de su boca palabras sin sentido para él. Sólo queda aferrado a la vida –escapando al anonadamiento– en frágiles significantes que repite una y mil veces hasta que puede empezar a aprehender un referente tras otro: puerta, pared, ventana, reja. Pasaron varios días hasta que pudo construir una frase. Entonces sintió que volvía al mundo.

O aquel otro joven que luego de la terrible tortura no sabía dónde estaba, ni si estaba, ni quién era, ni siquiera si era y que lo único que musitaba desaforadamente –grito, gemido, clamor– era: ¿¡qué!?

O el dolor de los padres para quienes su hijo está catalogado en ese estatuto siniestro, cruel, inconcebible, de desaparecido. ¿Qué hacer?

¿Darlo por muerto? ¿Hacer que el crimen cometido por otro sea sancionado por ellos? ¿Buscarlo? ¿Dónde? ¿Cómo cumplir el rito sagrado de depositarlo en una tumba? Para ellos no hay limbo, purgatorio, ni paraíso. Es el infierno del dolor de los padres. ¿Dónde

podrá encontrar Juan Gelman la calma si junto con su hijo desapareció su nuera y el nietito que ella llevaba en sus entrañas?

O aquel exiliado al que le arrebataron la posibilidad de estar junto a su padre cuando moría, y le impidieron ver los cielos azules y las tormentas y el campo de Uruguay, mientras sus ojos no pudieron ver París por años porque habían quedado acunados en las ondas de su río Uruguay.

¿Cómo operar entonces en nuestro trabajo? ¿Qué palabra encontrar para el horror y lo innombrable? ¿Cómo hacer para que esa violencia pueda ser nombrada? Porque tenemos que abordar momentos de terror en los que caemos en la repetición, no como recuerdo evocado sino como vivencia actual.

Estos textos no sólo nos permiten analizar el pasado, afirmar y profundizar la teoría y operar de otra manera en nuestra práctica, sino que también permiten seguir pensando qué nos pasa en esta época incierta en que el desconcierto mundial se ha agregado a las huellas de ese pasado, sumiendo a la sociedad en la suspicacia, la maledicencia, la desesperanza, el reproche y la pérdida de valores éticos.

Pero este es el libro escrito por dos exiliados y en todo él aparece la marca imborrable de esa experiencia, porque es desde ella que está escrito. Exilio que no es de hoy y que tiene una larga y triste historia. Más larga que la existencia misma del término latino que refiere al "salir afuera" –*ex*: fuera, *silium*: salto– o, tal vez más fantásticamente, fuera del suelo, porque lo que es claro es que el exilio ha hecho referencia desde siempre al *destierro* como forma terrible de castigo, de venganza, de agresión, de violencia.

En español este término se instituye en la alta Edad Media pero –peculiaridades de la historia– su uso frecuente se produce a partir de 1939, con el ascenso del fascismo. A partir de entonces el exilio, referido solamente a lo político en un primer momento, se extiende a la emigración por motivos económicos. Extensión esta que encierra

una verdad profunda: tanto uno como otro son expresión de la violencia que ejerce una parte de la sociedad contra otra. Con todo, sin desconocer la similitud, también es cierto que el exiliado económico parte de su país con sentimientos de dolor y resentimiento contra una tierra que *no le dio trabajo*, educación, salud, derecho a criar hijos.

Expulsados, son también "abandonantes": "El último que se vaya que apague la luz", sarcástica expresión del exiliado económico. Y van a otras tierras para afincarse y hacerlas suyas. El exiliado económico se va para quedarse, el exiliado político se va soñando volver.

Huyendo, al exiliado político le cabe el término de desterrado obligado a irse y sin poder volver. No eligió irse, lo expulsaron o fue la opción que le quedó: huir antes que caer preso o morir. Y los que debieron marcharse son de los que más amaban a su tierra. Parten en medio del dolor y el amor. En su patria quedan los otros, insiliados. Si aquellos son desterrados, éstos quedan soterrados, enterrados, todos aterrados, desolados.

En diáspora van a otras tierras cuyas costumbres y códigos no conocen, a veces "errantes entre dos lenguas" (E. Gómez Mango). Desconocidos, tratan de vivir, de sobrevivir, no sabiendo quiénes son. En su patria –más aun para los uruguayos– se los conocía en el barrio, en el lugar de trabajo, en el gremio: eran personas; de pronto se dan cuenta que son *personne* (nadie). "Iba a buscar trabajo, con mi mal francés trataba de presentarme, hacerme conocer. Sentía que pasaban alrededor mío y yo era como transparente, no me veían, no me miraban. ¡Qué angustia! ¡Yo ya no sabía ni quién era! ¡Me pellizcaba para sentirme viva!" (Maren Ulriksen).

Seres desterrados, desgarrados, desenraizados: "No debiera arrancarse a la gente de su tierra o su país, no a la fuerza. La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida. Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y nadie nos corta la memoria, la lengua, los colores. Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a

miles de quilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano" (Gelman).

¿Y dónde está su tierra? Allá lejos. Desde ella llegan cartas, familiares, amigos, en largos y recurrentes peregrinajes. A ella se acercan sin poder llegar. Los hijos van creciendo y se llenan de asombro cuando ven a sus padres reír o llorar ante las noticias. No comprenden, pero sienten, los enormes abrazos, los besos, las lágrimas en los encuentros con aquellos que a veces les habían ayudado a dar sus primeros pasos. Llegan de lejos seres que han oído nombrar, que conocen por fotos, o han escuchado su voz en casetes. Vienen, lloran, hablan de una tierra que ellos no conocen o que poco recuerdan. Evocan cosas vividas juntos, les duelen los que han muerto, los que también mató el fascismo. Preguntan por presos, por amigos, por lugares… Llegan y parten en medio de lágrimas.

¿Qué objeto es este que se comparte, tan querido y anhelado, tan soñado? Es "el objeto nostálgico", propio de los exiliados (E. Gómez Mango). Su relación con él no es lo característico del duelo, porque en éste el objeto está perdido por muerto. En cambio "el objeto nostálgico" no está muerto, está vivo, pero está impedido el acceso a él. Por eso la nostalgia, el deseo doloroso del retorno. El objeto está lejos "y yo sin él y él sin mí", pero no está irremediablemente perdido. Viven en otro lado pero luchan por volver a él, sueñan con el retorno. El objeto nostálgico no es el país que fue, tampoco al que van a volver. Es todo eso pero mucho más. Es la tierra que pobló la infancia: "yo no me voy a avergonzar de mis tristezas, mis nostalgias. Extraño la callecita donde mataron a mi perro, y yo lloré junto a su muerte, y estoy pegado al empedrado con sangre donde mi perro se murió, existo todavía a partir de eso, existo de eso, soy eso, a nadie pediré permiso para tener nostalgia de eso" (Gelman). Pero no sólo es el pasado que pasó: es también el pasado que no fue, las fantasías que soñamos, que nos soñaron, y que aún viven allí.

"Ahora he empezado a querer a París, pero ¿te das cuenta? ¿Cómo puedo vivir nueve meses bajo este cielo gris? Y pienso, alucino, aquel cielo y aquel sol" (Marcelo Viñar). Así el exilio aparece "como otro mundo diario, como error" (Gelman).

Es en este sentido que el objeto nostálgico es como un muerto-vivo y todo se confunde: lo real y lo imaginario, lo extremo y lo interno, el sujeto y el objeto, el ayer y el hoy. Y así andan los desterrados, divididos entre el yo presente del hoy doloroso y su otro-yo en un futuro entre incierto y esperanzado. "Su yo más profundo y esencial, el doble nostálgico vive en los sueños, las ensoñaciones, la fantasmática del inmigrante" (E. Gómez Mango). Todo esto hace que a su tierra el exiliado la viva como la mejor porque en realidad es única para él.

Pero el tiempo pasó, "pasaron días y noches, tiempo y tiempo": dolores, luchas, torturas, muertes, exilios, cárcel y luego la derrota del fascismo, la posibilidad del retorno. Nuevos dolores: "veo desde donde les escribo, la placita de enfrente de mi casa. Poco tiempo me queda ya para observar este rinconcito mío tan querido" (Wanda Borowsky).

Parten algunos "y los que aún no volvemos sentimos grandes vacíos nuevamente". Dice Adriana (adolescente): "No puedo entender, Saúl se toma el avión, llega, se baja en Montevideo, ¿y después?… No puedo imaginar nada… No va a haber retorno hacia acá…".

Los que se fueron niños retornan adolescentes: "Es duro arrancar a los gurises de algo. Como dice Adriana: las cosas me pasaron por arriba, yo no decidí… Pero es también mío". Y deben dejar amigos, amores de dieciocho años. Deben elegir una tierra que es el objeto amado de sus padres, que poco recuerdan, pero que también aman.

Nuevas marchas, desarmar (desamar) la casa, trabajo de retorno. "Es un momento muy particular, diferente por cierto a 1976, que fue más crudo, más doloroso, menos preparado, pero ¡tantas cosas hay aquí!"

Y los temores… Algunos saben que lo que van a encontrar dista

mucho de lo soñado: "Hay que ir perdiendo los miedos al reencuentro. Las fantasías vuelan y están teñidas del temor de no tener lugar. ¡Tantas cosas!

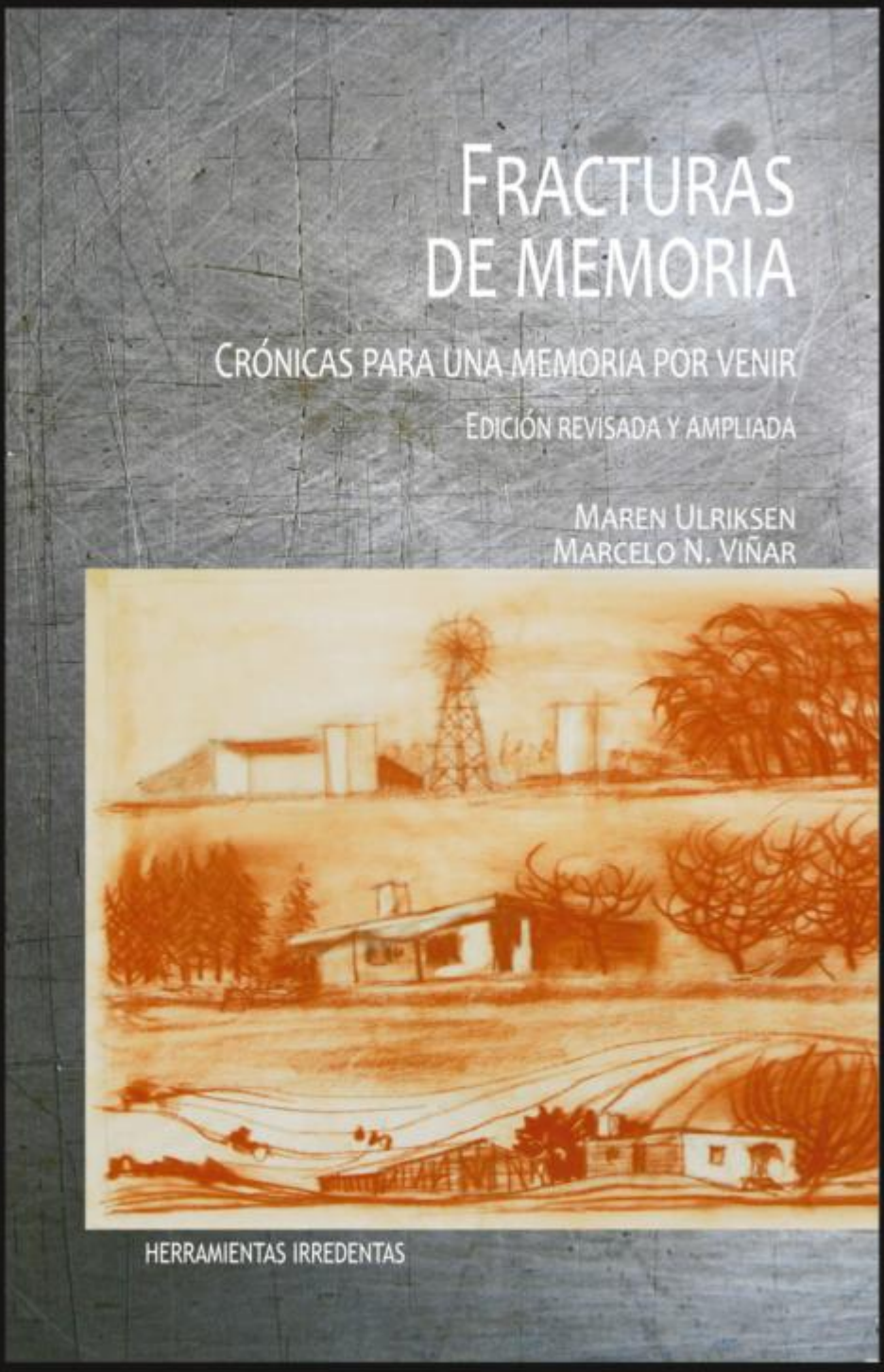
¿Me podré integrar a algo? ¿Cómo encontraré a la gente? ¿Cómo me podré preparar? La distancia abruma, no permite ver matices. Uno se pierde. ¡Es triste, muy triste!… estaba así y me vi en el viejo patio con ustedes. Ya sé, ni el cajón como mesa ni el patio están, ¡pero ustedes sí, ustedes sí!" (Wanda Borowsky).

Angustias y nuevos temores persecutorios de no ser reconocidos. En el momento del "encuentro" con el objeto nostálgico, intuyen que no lo van a encontrar y que ese objeto es utópico y atópico (sin lugar, sin realidad). La no existencia del objeto es vivida como desencuentro con los seres. Porque –como dice E. Gómez Mango– no hay desexilio posible, no hay acto que anule y conjure el exilio.

Nuevos duelos por lo doblemente perdido: por el país que los cobijó y por la tierra soñada y no encontrada. Pero aun así, como dice Neruda:

"Vuelvo…
más joven y más viejo
esta vez como siempre he regresado,
más joven por amor, amor, amor…
más viejo porque sí, porque me muerden
los relojes, los meses, los agudos
dientes del calendario
lo que fui ayer, allá a lo lejos aquí lo traigo aquí
lo dejaré a tus pies
áspera y dulce, pequeña patria mía".

Todo esto es este libro, memoria del horror, lucha y esperanza incansable por el futuro, ofrenda que nos dejan, amorosamente, Marcelo y Maren.


FRACTURAS
DE MEMORIA
CRÓNICAS PARA UNA MEMORIA POR VENIR
EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA
MAREN ULRIKSEN
MARCELO N. VIÑAR
HERRAMIENTAS IRREDENTAS

Madrid, 2018.

Prólogo a la edición española

Pau Pérez-Sales

Hablar de Marcelo Viñar no es fácil. Cuando desde la primera edición del **Diploma en Actuaciones psicosociales en violencia política y catástrofes**, hace ya cerca de veinte años, Fracturas de la Memoria era texto de lectura obligada, y la versión electrónica del texto circulaba en fotocopias entre profesores y alumnos, hasta hoy en día, en que sin duda lo sigue siendo, muchas generaciones se han nutrido de este texto casi mítico.

Cuando en 1990 se agotó la primera edición en Uruguay al poco de publicarse, el autor junto con el editor de entonces, Trilce, decidieron dejarlo en libre descarga pensando en que hay un determinado tipo de conocimiento que está destinado a ser compartido y debía ser una herramienta para quienes aún creen que es posible trabajar desde la academia con mirada militante. Un ejemplo pionero de *copyleft*.

Ya entonces echábamos a faltar que *Fracturas de la Memoria* estuviera en papel: palpable, subrayable, y listo para llenarlo con papelitos y notas allí donde las palabras de Marcelo adquieren si cabe mayor contundencia y lucidez. Pero el libro no se encuentra ni siquiera en librerías de segunda mano. Incluyendo Montevideo.

Con esta edición saludamos y saldamos una deuda histórica: poder tener a Marcelo entre las manos en formato libro y entregarle a él una edición española de sus páginas.

Pero esto es hablar del Marcelo Viñar autor, del psicoanalista adusto, de físico imponente y barba poblada que toma en serio todo cuanto se le dice, para el que nada es banal y reflexiona y medita cualquier respuesta. Una respuesta que nunca será sencilla y que interrogara al dialogador. Es el autor Presidente de la Asociación

Psicoanalítica del Uruguay, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL), el autor de *Psicoanalizar hoy*, también publicado en Trilce y un sinfin de publicaciones académicas sobre clinica psicoanalitica, adolescencia e infancia en exclusión, ética, medicina y derechos humanos.

Pero hay otro Marcelo Viñar menos conocido, el que raramente se muestra, aquel que transita de puntillas por las páginas de *Fracturas de Memoria*: el Marcelo Viñar que fue víctima. Marcelo fue detenido y torturado durante mas de tres meses como supuesto colaborador de los Tupamaros. Y es precisamente su condición de superviviente de tortura la que le da, como autor, como maestro, la especial clarividencia que su docencia infunde y que estas páginas transmiten. Cuando en octubre del 2012 estaba empezando el proceso de reflexión indagatoria que acabaría convirtiéndose en *Psychological Torture*[7] y tenía sobre la mesa más piezas de las que era capaz de organizar, Marcelo se sentó conmigo en su casa –casi museo- de Montevideo mientras Maren iba y venía, se sumaba, opinaba, ofrecía té, recordaba algún paciente de la consulta y nos dejaba de nuevo conversar. Esas conversaciones se repitieron más veces. Con su voz pausada iba en ellas recordando, desgranando con lentitud sabia los conceptos que abrían perspectivas y desatascaban ideas.

Marcelo no aparece en *Psychological Torture* citado como autor, sino que sus palabras cruzan el capítulo dedicado a las Voces de supervivientes, como la voz profunda de una víctima que ha llegado a niveles de reflexión y comprensión de su propia experiencia que raramente son alcanzables porque el propio daño impide tomar la distancia que la reflexión exige.

De esa conversación surgieron algunas ideas que ni siquiera están en ningún libro: *La espera rompe a la persona; la auténtica tortura es la espera, llegaba a decir: que nadie te hable, esperar durante días. En silencio.*

[7] Pérez-Sales P (2017). *Psychological Torture. Definition, evaluation and measurement*. Routledge. London. (Trad cast. *Tortura Psicológica. Definición, evaluación y medida*. Ed. Desclee de Brower. Bilbao).

Aguantando el dolor del plantón, con los ojos vendados, sin apenas una palabra de las razones de la detención, hasta que la ansiedad se vuelve desbordante.

El trabajo del quiebre es dejado a la propia víctima que debe luchar contra sus emociones, contra sus propios pensamientos y contra el dolor insoportable que surge de su cuerpo y entender que, pese a ello, estos – emociones, pensamientos y el cuerpo que los sostiene- no son sus reales enemigos, como quieren hacerle creer. El enemigo, nunca hay que olvidarlo, es aquel que le ha puesto en esta situación ficticia y el sistema que lo permite. Tortura igual a espera.

La idea de que el cuerpo es un espacio de dignidad pero también el tablero en el que se juega el oprobio. El hambre, la interrupción de las funciones fisiológicas, el sueño, la sed... Un cuerpo desconocido, alienado, a la vez lo único que se posee y aquello de lo que se quisiera renegar en una dualidad ambivalente y enloquecedora que va llevando lentamente a la demolición.

Una demolición que asienta en lo impredecible, lo ilógico, lo incierto: el terror. No saber cuándo el siguiente minuto será la muerte, de qué modo cualquier detalle puede ser usado para ese miedo que va a ir penetrando en el cuerpo agotado y que ya no lo va a abandonar en años. El terror y el miedo como marca indeleble para la que no hacen falta golpes y los dolores como memoria inscrita de ese terror.

Todo lo que Marcelo y Maren desgranan en sus textos y conferencias insiste en la misma idea:

> *El dolor, el cuerpo doliente es la manifestación visible de la tortura, pero tortura no equivale (necesariamente) a dolor. Una vez creado el terror, la idea de que el tiempo es infinito, que nada cabe esperar más que la destrucción, hará que vencer cada día sea insoportable. Hacer la muerte deseable porque la agonía es peor que la muerte.*

Paul Steinberg hablaba en las *Crónicas del Mundo Oscuro* que logró sobrevivir al campo de concentración, entre otras por la generosidad

de *Philippe* un amigo anónimo que le ayudó cuando llegó y no era capaz de entender nada. Ambos enfermaron. Paul sobrevivió y Philippe, nos dice, se apagó. *"Sentía por él una ternura infinita, compartida. (…). Confieso que he dedicado todas mis energías a evocar su imagen, su silueta, su cara y el sonido de su voz. (…). No queda nada, ni la más mínima huella. Si retrocediera 50 años, no se si podría siquiera reconocerle…"*.

Estas son las fracturas de la memoria, las dislocaciones de un mundo que nunca será el mismo. Las barreras intangibles que separaran, como nos dice Marcelo en uno de los dos capítulos nuevos y no incluidos en la edición de 1990, que separan, como en un muro invisible, al hombre de la bestia. Al hombre, bestia del hombre. Y a la mente, que solo en el olvido, puede encontrar la vida.

Tres Cantos, Septiembre 2018

Haute Pièce, La Chesnaie, hacia 1977.

Un epílogo como prólogo

Maren Ulriksen y Marcelo Viñar, Montevideo, Marzo 1993.

Este libro tiene un punto de comienzo nítido y preciso: la crónica lacerante de algunos seres humanos que vieron su destino trastocado por el huracán de la historia, en un tiempo en que el código de significaciones políticas parecía elementalmente claro.

Desde ese alfa navega el libro por el penoso aprendizaje de una fractura histórica, de un descubrimiento al que los uruguayos de este siglo nos asomamos en la década del setenta y que de un modo diáfano podemos resumir en la frase de David Rousset: "La gente normal no sabe que todo es posible".

Pecado de ingenuidad, pecado de creencia voluntarista: basta creer y militar para llegar. La lectura rutinaria de los acontecimientos de un planeta atravesado por la violencia y el horror no fue suficiente para sacarnos de la isla de Utopos.

Como individuos y como colectividad, tal vez sea este nuestro aprendizaje más radical de la década del horror: el de un cambio en la relación con la creencia, en nuestra construcción de lo que llamamos realidad.

Si el comienzo de este libro es claro, lo contrario puede decirse para su desenlace, que aspira a abrirse hacia una interrogación sin bordes netos:

¿Para qué la memoria y para qué el olvido, de una experiencia de horror que nos marcó a todos, íntima y colectivamente? ¿Qué memoria y qué olvido para ese tiempo al que el humor uruguayo, tan único y singular, circunscribió y perpetuó en la frase del Ilustre Almirante: "Encontramos el país al borde del abismo y dimos un paso al frente"? ¿Cuáles son los buenos y malos caminos para

metabolizar psíquicamente –en lo individual y en lo colectivo– esa experiencia de horror que para algunos es una marca indeleble y para otros un detalle de la historia? ¿Qué muestra y qué oculta ese exceso en la polarización para valorar en más o en menos la importancia de los acontecimientos?

Quien tenga la paciencia de acompañarnos en el recorrido por los largos años de plomo, podrá luego preguntarse con nosotros acerca del valor y la utilidad de esta triste evocación.

Exceso de memoria o exceso de olvido, no hay otra: es en el exceso que el tema se dirime. Exceso pasional que, rápidamente, hace descarrilar la reflexión para caer en la vituperación que bloquea el pensar. ¿Se podrá abrir un diálogo reflexivo sin que sea inundado por la desconfianza y el anatema? Fracturas de memoria y pérdida de la capacidad para admitir la alteridad.

Lo heterogéneo como insoportable, como contraste a la riqueza del diálogo controversial, definitorio del ser humano.

Este es uno de los legados de la dictadura que más nos inquieta e interroga: la herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en el que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo.

¿Quién no tiene en su experiencia grupal, en esa zona intermedia entre lo personal y lo macrosocial, la percepción del deterioro y a veces el derrumbe de la calidad de la convivencia confraternal, de la usura de los vínculos de solidaridad, del empobrecimiento de los mitos y lazos de amistad cuya pueril racionalización consiste en demonizar los males del Estado paternalista e incorporar a la vida íntima las consignas neoliberales? En democracia, hay un saludable retorno de la vida pública: Sandra Dodera bajando del ómnibus parece un afiche sacado de una película de Einsenstein y la visión despectiva del empleado público haragán pasa a ser el combate de maestros, policías, carteros, enfermeros y médicos. Servidores

públicos de servicios esenciales. Como afirma Elizabeth Lira: "La violación del derecho a la vida y a la integridad personal, por su masividad y gravedad, tendió a encubrir la coexistencia de la violación de los derechos económico-sociales. La represión política logró generar diversas formas de sometimiento que hicieron posible soportar el desempleo, la sobrexplotación, la falta de satisfacción de necesidades básicas (salud, vivienda, educación), sofocando cualquier manifestación de conflicto social. Las mayorías parecían haberse resignado a la pérdida de derechos y expectativas. Esta amenaza influyó no solo en las condiciones de vida de los afectados sino también en sus adhesiones políticas".

A riesgo de un psicoanalismo reductor, nosotros leíamos en el empobrecimiento de la tensión del diálogo democrático, en el desplazamiento a lo anodino y cotidiano, el terror no metabolizado. En buena lógica freudiana, al suprimir activamente, mediante el silenciamiento, el hecho de haber convivido –con pretensiones de éxito e indemnidad– con el horror de la tortura institucionalizada y la desaparición, estas vivencias resurgen insistentemente en forma desplazada y disfrazada, siendo – como toda formación neurótica– estupidizantes y empobrecedoras.

No se puede silenciar la historia. No es el mismo el Uruguay de antes y después del referéndum contra la impunidad; porque aunque un cincuenta y cuatro por ciento haya decidido ahorrarse el enfrentar el mal genio y el gruñir de los gorilas, la palabra oficial –pública y privada– sobre el terror de la dictadura, cambió radicalmente y conquistó su espacio en la memoria colectiva.

"Otro libro sobre la tortura… ¿no habrá pasado ya el tiempo?" nos preguntaba fraternalmente el editor. Sí, es tiempo, porque largo es el tiempo de inscribir-significar el espanto y el terror. Toda situación extrema, trágica, de muerte, requiere un largo trabajo de inscripción en la memoria para que el olvido indispensable y

necesario sea normal y fecundo, y no caiga en complicidad perversa con la impunidad.

No es el mismo olvido aquel que ha atravesado la memoria, que aquel que la ha salteado. No es lo mismo el olvido que la amnesia activa, intencional, productora de efectos perversos. Las dos posturas se han enfrentado airadamente. Desde la referencia ofensiva a "los ojos en la nuca" y la evocación bíblica a las estatuas de sal, ha sido establecido que es morboso y escatológico ocuparse de estos temas, y un esfuerzo desproporcionado y estridente parece ser necesario para oponerse a la inercia del consenso: borrar y cuenta nueva; los ojos en la frente, como los triunfadores de las Academias Pitman.

Es curioso comprobar cómo los temas que conciernen a este libro tienen amplia cabida en el cuchicheo íntimo –como historias privadas o secretos de familia– y un airado rechazo cuando su reflexión es llevada al debate teórico e institucional.

El trabajo de reflexión de diez años que en muchos lugares dio lugar a apasionados debates y aperturas de interrogación, resultó aquí, con nuestros pares, producto de rechazo o de silencio y punto de irritación aun con los más cercanos amigos. Aquellos con quienes sobre otros temas debatimos con pasión y placer, en éste, un malestar no bien definible empuja al encono y la ruptura. Como no se puede ser juez y parte de un embrollo, queda para otros la sanción de estas interrogantes.

El psicoanálisis desde sus fundamentos acumula evidencia clínica concordante de que la violencia producida y luego callada, el acontecimiento vivido y silenciado, construye efectos de marca patógena más importantes y nocivos que aquella otra historia de la que se puede dar cuenta por un relato, aun horroroso, desfigurado en los excesos de su verdad y su mentira, pero de cualquier manera, materia textual de una experiencia vivida y de su elaboración.

Es imprescindible que haya muchas memorias y muchos olvidos que se exorcicen en la escena privada y en la escena pública y que balbuceen una palabra humana controversial, no la verdad monolítica y de estirpe maniquea que nos legó la dictadura como palabra prevalente y como discurso dominante.

Palabra sobre un pasado de horror que supere el riesgo de la estridencia y de la catarsis, de los mercenarios del dolor, que tampoco faltan en estos temas.

Restitución de memorias plurales, allí donde hubo la violencia de un silenciamiento activo; como el de los secretos de familia que llevan al pacto tácito –o explícito y violento– con el mandato: "Eso no se habla".

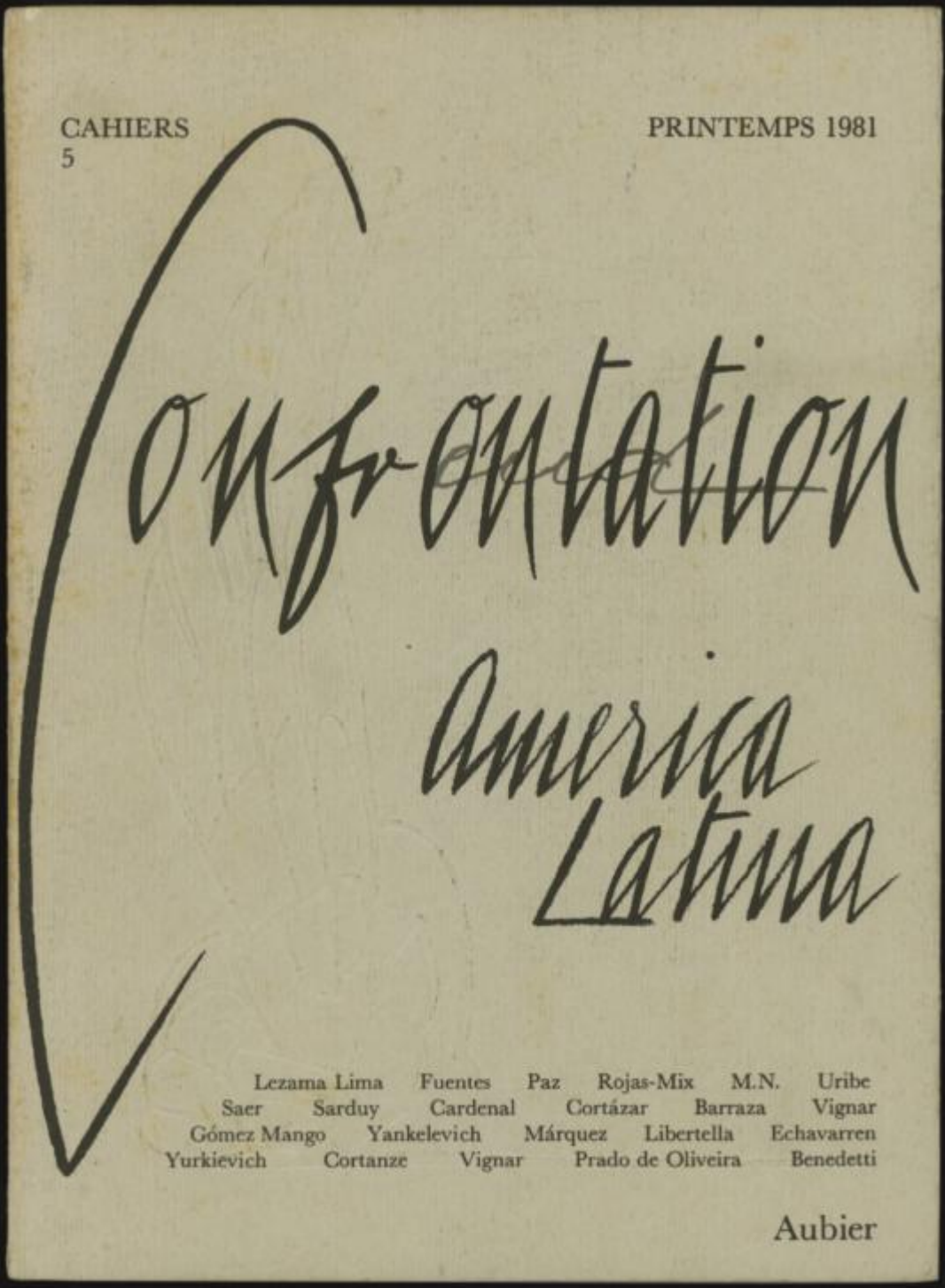
Este tema ocupó a Freud en los últimos años de su vida, signados por la sombra del fascismo en ascenso, marcándolo duramente en lo personal; quemaron sus libros y lo arrancaron de la casa, del barrio y de la ciudad que fueron suyos durante cinco décadas. En el *Moisés y Construcciones*, el autor vuelve a tratar el problema de las relaciones con el pasado sepultado y amortajado, y las formas de resurgencia en el presente individual y colectivo.

Su frase está plena de sugerencias referidas a nuestro tema: "El problema en la deformación de un texto, es como en el crimen. Lo difícil no es ejecutar el acto, sino borrar las huellas". Anudamiento de la violencia del acto y el crimen de la memoria, en el que la violencia se redobla al suprimir la significación.

Porque la memoria es siempre promesa de fidelidad, desfiguración o traición, pero promesa de un texto por venir que sella el vínculo social de una pertenencia común y habilita la construcción de mitos colectivos que parecen ser hoy día –en el país y en el planeta– uno de los desafíos fundamentales de supervivencia.

¿Este horror que nos toca asimilar es el mismo horror sanguinario de las patriadas fundadoras? No hay duda de que no. No es lo mismo la pasión enloquecida en la que se arriesga el cuerpo y se pone el

alma, que la aplicación cínica y calculada, administrando burocráticamente una doctrina y un programa importados cuya existencia real o legendaria no se discute desde que se logra hacer una lectura minuciosa de sus efectos y consecuencias.


CAHIERS
5
PRINTEMPS 1981
Confrontation
América Latina
Lezama Lima Fuentes Paz Rojas-Mix M.N. Uribe
Saer Sarduy Cardenal Cortázar Barraza Vignar
Gómez Mango Yankelevich Márquez Libertella Echavarren
Yurkievich Cortanze Vignar Prado de Oliveira Benedetti
Aubier

París, 1981.

Cahiers Confrontation
NUMÉRO 5 PRINTEMPS 1981

America Latina

José Lezama Lima	*Image de l'Amérique latine*	5
Carlos Fuentes	*Alejo Carpentier et la quête de l'Utopie*	11
Octavio Paz	*La liberté contre la foi*	21
Miguel Rojas-Mix	*Le dictateur et l'écrivain*	25
M.N.	*Un cri parmi des milliers*	29
Armando Uribe	*Tremblement de terre et de ciel*	37
Juan José Saer	*Une littérature sans qualités*	49
Severo Sarduy	*Vers la concrétude*	53
Ernesto Cardenal	*Oraculo sobre Managua*	63
Julio Cortázar	*Gagner la rue, la liberté, la lumière*	73
Ximena Barraza	*La vie quotidienne sous un régime autoritaire*	81
Maren Vignar	*Les yeux des oiseaux*	97
Edmundo Gómez Mango	*L'exilé et son double*	103
Hector Yankelevich	*Ecriture et pouvoir*	109
Gabriel García Márquez	*La littérature explore le réel*	113
Héctor Libertella	*Caracaquetage*	123
Roberto Echavarren	*The Lady from Shangaï*	129
Saul Yurkievich	*Le carnaval de la langue*	133
Gérard de Cortanze	*Letra-Makara*	139
	Interview de Juan José Saer	143
Maren et Marcelo Vignar	*Exil et torture*	147
Eduardo Prado de Oliveira	*L'enfant d'éléphant*	157
Mario Benedetti	*Sur l'exode*	171

AUBIER

Dessin d'un enfant uruguayen de 7 ans

Maren Vignar

Les yeux des oiseaux

à D.V.

Elle est toujours là, devant moi, cette liasse de papiers. Je ne trouve jamais un moment pour jeter un coup d'œil sur ces feuilles jaunies, usées par le temps. Je devrais prendre la décision d'oublier, de jeter tous ces papiers à la poubelle, à l'oubli.

Un livre, pourtant, qui se trouve parmi tous ces vieux manuscrits, retient mon attention. C'est le rapport d'un congrès... C'était à Punta del Este, en 1970, juste avant Noël ; l'été uruguayen débutait, éclatant, et les plages se remplissaient de vacanciers. Nous nous trouvions tous au Grand Hôtel Casino, imitation caricaturale d'un château Renaissance.

Je parcours plusieurs articles ; je vois les noms de notre équipe du dispensaire en beaux caractères. On travaillait bien... Je lis : « Anxiété d'aliénation... dans un groupe d'enfants un climat de terreur s'est créé progressivement... un des enfants s'est constitué chef assassin... Raphaël, les mains pleines de peinture rouge, joue le rôle du tortionnaire. Il attaque sadiquement le plus petit du groupe. » Je me demande d'où venait la violence de ces mots pour nommer le comportement de Raphaël ? Nous commencions, sans doute, à sentir sans le savoir ce que nous allions vivre dans les années à venir.

Songeuse, je reviens aux premières pages du livre : « Notre destin, celui du continent latino-américain... dépend de la science... La culture en sciences humaines constitue le fondement de la mise en valeur des ressources humaines... Et dans ce sens, la psychiatrie... accomplit un rôle d'importance capitale dans la possibilité pour l'homme de participer pleinement au processus du développement de la civilisation humaine. » Ces paroles d'ouverture du congrès étaient prononcées par le recteur de l'Université de la République de l'Uruguay. Il y a quelques mois nous avons appris sa mort en exil, à Caracas.

D'un geste brusque je veux fermer le livre, mais il reste ouvert à la page de garde. Mon regard se porte, machinalement sur l'inscription : Imprimé dans les ateliers graphiques de la Communauté du Sud, Montévidéo, août 1971... J'avais suivi quelques enfants de cette communauté ; Aléjandro... et d'autres. Quelqu'un m'a dit qu'Aléjandro vit à Barcelone ; les autres sont en Suède ou en Australie, tous chassés par le régime.

Une curiosité me pousse soudainement vers le paquet abandonné. Je trouve mon vieux cahier de notes. Là où il était rangé, les mites ont eu le temps, sans être dérangées, d'y faire leur lent travail d'effacement. De cette écriture passée, j'arrive à saisir le nom des enfants que j'ai connus quelques années auparavant.

Le printemps avait subitement succédé à l'hiver. Mes doigts caressaient les veinures de palissandre de mon bureau, lorsque mon regard se porta, au-delà de la fenêtre, sur la gamme des azalées fleurissant à l'ombre légère d'un peuplier. La rosée scintillait aux premiers rayons de soleil. On s'était installé dans cette vieille et confortable maison. Elle sentait encore la peinture fraîche. Isolée dans un coin de la maison, je pouvais travailler à l'écart des bruits de l'extérieur.

Ce jour-là, je recevais M^me^ A. Elle venait « pour un simple papier ». Son mari était en prison à cause de ses activités politiques. Les autorités de la prison demandaient qu'un médecin spécialiste donne les raisons psychologiques qui pouvaient justifier une demande de visite de sa petite fille. En attendant l'heure de la visite, M^me^ A. avait rencontré une autre mère pour qui j'avais fait un certificat de ce genre. C'est elle qui lui avait donné mon adresse. J'éprouvai une certaine inquiétude en me demandant combien de certificats j'avais pu faire déjà. Il faudrait, me dis-je, que je trouve des collègues qui puissent partager ce type de travail. J'étais sûre qu'on devait contrôler les noms des médecins qui font de tels certificats. « Ils ont dit que c'était une question de routine... » me dit la mère qui parut se rendre compte de mon hésitation. Vraiment j'exagère, pensais-je. Me sentir persécutée pour si peu, après tant d'années d'analyse.

Je retrouve mon cahier bleu sur le bureau. Mathilde... Je vois encore ses cheveux et ses yeux de jais. Elle avait sept ans quand son père a été emprisonné. Elle était trop grande pour partager la visite dans la cour avec les tout-petits. Depuis plusieurs mois, elle n'a pas embrassé son père, elle, la seule fille, l'aînée de la fratrie. Elle est contrainte à l'interminable attente en compagnie de sa mère et n'est autorisée à parler à son père que derrière une vitre, en utilisant un téléphone qu'elle parvient difficilement à atteindre. Elle se dit, de manière décisive : « Je vais m'obliger à pleurer. » Quelques semaines plus tard, elle me raconte, en secret, qu'elle a réussi à entrer avec ses petits frères. « Cela ne m'a rien coûté, je pleurais pour de vrai et très fort... Je me suis laissée tomber par terre... les soldats ont eu peur en me voyant dans cet état et ils m'ont laissée entrer avec les petits... Ils ont demandé à maman si elle m'avait fait voir à un psychiatre. »

Pendant trois jours consécutifs notre quartier a été fouillé. Ils étaient au moins six, mitraillette au poing, au fond du jardin. Mon fils et ses copains jouaient dans le sable. J'étais inquiète pour eux. Je me suis entendue dire : « Mais vous ne voyez pas qu'il n'y a que des enfants ! » Je parvenais mal à dissimuler ma colère malgré les précautions qu'on croit devoir prendre en de telles circonstances.

Les choses avaient vraiment changé. On ne pouvait plus se promener tranquillement dans la ville. Il devenait dangereux de sortir sans papiers. Déjà, nous regardions différemment nos

oisins, toute personne de nos connaissances, et même les consultants. Le soupçon, la peur, la rainte de la dénonciation nous envahissaient peu à peu. Mais rien de tout cela ne transparaissait i dans les séminaires ni dans les écrits.

Maria-José était une consultante qui me menait la vie dure. Le travail de la séance était ardu. Elle me bousculait sans répit. Lorsqu'elle s'absenta durant deux semaines, j'éprouvai un ertain soulagement. Sa mère avait laissé un message laconique : des ennuis familiaux. A son etour Maria-José me raconta. Les militaires avaient occupé leur maison un soir, car ils 'echerchaient son père. Il n'y avait plus rien à manger pour le petit déjeuner. La mère voulut 'aire des achats mais ni elle ni ses deux frères aînés ne furent autorisés à sortir. Ce fut Maria-José, âgée seulement de six ans, qui put aller faire les courses. Elle cacha dans sa chaussure un bout de papier sur lequel était écrit un numéro de téléphone que lui avait donné sa mère. De l'épicerie du quartier, elle prévint son père de ne pas rentrer à la maison. Puis elle rapporta le pain et le lait. Les militaires attendirent en vain plusieurs jours et durent se résoudre à quitter la maison.

Nous étions en hiver. Ils firent irruption en pleine nuit. Ils fouillèrent partout, jetant tous les papiers par terre, pêle-mêle ; des feuilles arrachées, les tiroirs renversés, tous les objets familiers devenus introuvables. Cela n'avait pas d'importance si ce n'est celle de se retrouver seule, sans même son vieux stylo qui ne vous quitte pas un seul jour. Pablo dormait. Il ne s'était pas réveillé. Demain, je devrai lui dire ce qui est arrivé. Je ne sais si je trouverai les mots, surtout pour lui dire que son père n'est plus là.

Pablo sait que pour la première fois il pourra rendre visite à son père en prison. Il prépare avec soin un cadeau : un cendrier en céramique qu'il fabrique de ses mains. Il le peint de rayures multicolores. Inquiet, il me demande : « Tu crois que papa va se rendre compte qu'entre les rayures j'ai mis notre drapeau ? » Dissimulé, en effet, à travers les bandes de couleur, il avait peint le symbole du front politique auquel appartient son père.

J'étais épuisée, alors qu'il m'aurait fallu un surcroît de lucidité pour éviter tout faux pas. Je ne pouvais pas arrêter le travail. La vie devait continuer normalement. Encore ce matin j'avais eu au téléphone une mère qui demandait une consultation urgente ; son nom me disait quelque chose ; elle devait être la femme de cet ancien député dont j'avais vu le nom et la photo dans le communiqué de 20 heures.

L'après-midi, je recevais Rodrigo ; un beau garçon de six ans, habillé d'un tablier blanc, le grand ruban bleu au col, comme tous les écoliers. Sa mère, déprimée, se retrouvait sans emploi. Son père avait quitté la maison pour militer dans la clandestinité. Depuis, Rodrigo régressait dans son travail scolaire et souffrait d'une incontinence urinaire. Il avait volé de l'argent à sa grand-mère. Au cours de la séance, Rodrigo n'arrive pas à parler. Il est là, tendu, figé sur sa chaise, les mains dans les poches. Lentement il retire sa main et me montre un paquet de bonbons. Il se met un bonbon dans la bouche et le suce. D'un seul coup, je vois son visage se

transformer ; quelque chose lui était resté à travers la gorge, bloqué. Il est là, son regard fixe sur le mien, paralysé, les larmes coulent de ses yeux.

Je tourne la page de mon cahier bleu. Je vois le nom de Sofia. Insistant, le souvenir de ce matin lointain occupe de plus en plus ma pensée. J'avais décidé d'amener les enfants à la forêt. La ville, encore vide, se réveillait paisiblement en ce dimanche matin. Je prenais le chemin habituel. Au-delà de la place du Congrès, j'apercevais les vieux bâtiments de la Faculté de Médecine, les portes et les volets fermés, l'intérieur vide depuis des mois. Un peu plus loin, j'accélérais en passant en face du dispensaire où j'avais travaillé tant d'années, où je n'avais plus de place. Plus loin se dressait le long mur blanc, la porte baroque en fer forgé, gardée par deux mitrailleuses, et au fond du parc, entourée de palmiers et de magnolias, la silhouette de la grande villa, siège du commandement de l'appareil répressif. Trois fois par semaine, des centaines d'hommes, de femmes, d'enfants et de vieillards attendaient, alignés sur le trottoir, des nouvelles, une lettre ou un paquet de linge sale, de leurs proches disparus ou emprisonnés. Tout paraissait calme ce matin-là. Au-delà des villas, après le pont, s'étendaient les quartiers populaires. A ma droite, deux bulldozers déblayaient le terrain. Il ne restait plus que des décombres du monument construit collectivement à la mémoire des sept ouvriers trouvés assassinés dans leur local.

Sofia demeure associée à ce souvenir. Elle avait cinq ans. Je la revois. Son père est en prison. A chacune de ses visites, Sofia apporte ses dessins qui contiennent l'essentiel des messages qu'elle adresse à son père. Ses dessins sont soumis à un examen systématique à l'entrée. Un jour, la femme qui effectue ce contrôle raye à l'encre noire les hirondelles qui annoncent l'arrivée du printemps. « Il est interdit de dessiner des colombes », lui dit-elle d'un ton sévère. Dès lors, on ne trouve plus d'oiseaux dans les dessins de Sofia, mais à partir de ce jour-là, elle dessine de nombreuses paires de petits cercles sur les branches des arbres. Ce sont les yeux des oiseaux cachés.

Dehors, le brouillard qui monte atténue la lumière de cette fin de journée d'hiver à Paris. Je range mon cahier dans la bibliothèque et fais entrer Laure. Elle a quatre ans. Nous discutons de la possibilité d'un voyage pour rendre visite à son père qu'on a mis en prison avant même sa naissance. Laure me dit : « Je veux aller voir papa... je vais apporter un cadeau-surprise pour les méchants. » Elle dessine un paquet attaché d'un ruban. « Tu sais, ce cadeau, il a un truc. Ils vont l'ouvrir et boum !... les étoiles. » Avec fierté, elle lève son poing fermé.

Je reste accrochée à ce rêve qui, sans être de moi, n'est pas différent du mien. Nous étions emportés par des milliers de ballons de couleurs, à travers l'océan, dans un long voyage. Hier j'avais retrouvé Anna. Nous nous étions connues il y a longtemps. Alors qu'elle avait trois ans, la petite avait été témoin, du seuil de sa chambre, de la destruction des livres et des meubles, des insultes à sa mère enceinte, des cris, des bourrades et des coups de crosse administrés à son père pour le faire sortir de la maison et l'emmener de force vers une destination inconnue. Anna, aujourd'hui a six ans. Elle dessine une petite fille avec des ballons à la main. Elle me dit, d'un air

hardi : « Je vais aller lancer ces ballons avec ma maîtresse au-dessus de la mer... je crois qu'ils arriveront jusqu'à d'autres pays, parce que ce sont des ballons qui n'éclatent pas. Sur le ballon il y a le nom de l'enfant et de son école. Celui qui le trouvera répondra, j'en suis sûre... Je voudrais qu'ils arrivent chez Alicia, ma copine ; elle vit juste en face de chez moi, là-bas. J'ai reçu trois lettres de l'Uruguay... Je prends trois ballons et je les envoie à la maison de mes grands-parents... Je crois que les ballons ne peuvent pas encore arriver là où est mon papa... pas maintenant... mais un jour... »

Maren Vignar

Los ojos de los pájaros

Maren Ulriksen, París, 1980.

a D.V.

Siempre está allí, ante mí, ese montón de papeles. Nunca encuentro un momento para echar un vistazo a esas hojas amarillentas, gastadas por el tiempo. Tendría que tomar la decisión de tirarlas a la papelera, al olvido. Sin embargo, un libro que se encuentra entre esos viejos manuscritos retiene mi atención. Es el informe de un congreso. Era en Punta del Este, en 1970, justo antes de Navidad; el verano uruguayo comenzaba, esplendoroso, y las playas se llenaban de veraneantes. Nos encontrábamos en el Hotel Casino San Rafael, imitación caricatural de un castillo renacentista.

Recorro varios artículos; veo el nombre de nuestro equipo en hermosos caracteres. Trabajábamos bien… Leo: "Angustia de alienación… en un grupo de niños se ha creado progresivamente un clima de terror… uno de los niños se ha convertido en el jefe asesino… Rafael, con las manos llenas de pintura roja, juega a ser el torturador. Ataca sádicamente al más pequeño del grupo". Me pregunto de dónde provenía la violencia de esas palabras para nombrar el comportamiento de Rafael. Sin duda, comenzábamos a presentir, sin saberlo, lo que íbamos a vivir en los años venideros. Vuelvo como en un ensueño a las primeras páginas del libro: "Nuestro destino, el del continente latinoamericano… depende de la ciencia. La cultura en ciencias humanas constituye el fundamento de la valorización de los recursos humanos… Y en ese sentido, la psiquiatría… cumple un papel de capital importancia en la posibilidad del hombre de participar plenamente en el proceso de

desarrollo de la civilización humana". Esas palabras de inauguración del Congreso fueron pronunciadas por el rector de la Universidad de la República, ingeniero Oscar Maggiolo. Hace pocos meses, nos enteramos de su muerte en exilio, en Caracas.

Intento cerrar el libro con un gesto brusco, pero este permanece abierto en la última página. Automáticamente, mi mirada se detiene en la inscripción: "Impreso en los talleres de la Comunidad del Sur, Montevideo, agosto de 1971". Había atendido a algunos niños de esa comunidad: Alejandro… y otros. Alguien me dijo que Alejandro vivía en Barcelona; los otros en Suecia o en Australia todos expulsados por el régimen.

Súbitamente, la curiosidad me empuja hacia el paquete abandonado. Encuentro mi viejo cuaderno azul de notas. Allí donde estuvo guardado, las polillas tuvieron todo el tiempo necesario para hacer su lento trabajo de borramiento, sin ser molestadas. Logro reconocer, en esa escritura deslavada, el nombre de los niños que conocí hace algunos años.

La primavera desplazaba rápidamente al invierno. Aquella mañana, los primeros rayos del sol penetraban por la ventana entibiando el ambiente. Afuera, en el jardín, las gotas de rocío me dirigían brillantes guiñadas. Hacía poco que nos habíamos instalado en esa vieja y confortable casa; aún olía a pintura fresca. Al fin tenía mi rincón donde podía trabajar tranquila, aislada de los ruidos del exterior.

Ese día, esperaba a la señora A. Venía "por un simple papel". Su marido estaba detenido por motivos políticos. Las autoridades de la cárcel exigían que un médico especialista explicara las razones psicológicas que justificaban una autorización de visita para su hijita. En la cola de la visita de la cárcel, la señora A. conoció a otra madre a quien yo había hecho un certificado de ese tipo, y fue ella quien le dio mi dirección. Sentí cierta inquietud al preguntarme

cuántos certificados habría hecho ya. Sería necesario –me dije– encontrar otros colegas con quienes compartir esa tarea. Estaba segura de que debían controlar los nombres de los médicos que hacían tales certificados. "Me dijeron que era sólo una cuestión de rutina…", me explicó la madre al darse cuenta de mis dudas. Verdaderamente estoy exagerando, pensé. ¡Sentirme perseguida por tan poco luego de tantos años de análisis!

Vuelvo a encontrar mi cuaderno azul sobre el escritorio. Matilde… Veo todavía sus cabellos y sus ojos de azabache. Tenía siete años cuando su padre fue detenido, pero era "demasiado grande" para compartir la visita con los más pequeños en el patio de la prisión. Desde hacía varios meses no podía besar a su padre, ¡ella, la única niña, la mayor de sus hermanos! Estaba obligada a la interminable espera junto a su madre y solo podía hablar con su padre a través de un vidrio, utilizando un teléfono que alcanzaba a duras penas. Se dice a sí misma, en forma decidida: "Voy a obligarme a llorar". Algunas semanas después, me cuenta en secreto que logró entrar con sus hermanos pequeños. "No me costó nada, lloraba de verdad y bien fuerte… Me tiré al piso… Los soldados tuvieron miedo al verme así y me dejaron entrar con los chiquitos… Le preguntaron a mamá si me había hecho ver por un psiquiatra."

Durante tres días seguidos, el barrio es allanado. Había por lo menos seis soldados, metralleta en mano, en el fondo del jardín. Mi hijo y sus amigos jugaban en la arena. Estaba preocupada por ellos y no pude contenerme: "¡Pero no ven que solo hay niños!". No lograba disimular mi rabia, pese a las precauciones que uno cree que debe tomar en esas circunstancias.

Por cierto las cosas habían cambiado. Ya no se podía pasear tranquilamente por la ciudad; era peligroso salir sin documentos. Mirábamos con recelo a nuestros vecinos, a nuestros conocidos, incluso a quienes nos consultaban. La sospecha, el miedo, el temor a

la denuncia nos invadían poco a poco. Pero nada de eso se traslucía en las reuniones de trabajo ni en la producción escrita.

María José era una paciente que me daba mucho trabajo en las sesiones. Me hostigaba sin tregua. Cuando se ausentó durante dos semanas, sentí cierto alivio. Su madre me dejó un lacónico mensaje: "Problemas familiares". Cuando volvió, María José me contó que una tarde los militares ocuparon la casa buscando a su padre. Al otro día, no había nada para el desayuno. La madre quiso ir de compras, pero ni ella ni los dos hermanos mayores fueron autorizados a salir. Fue María José, de apenas seis años, quien pudo salir a hacer los mandados. Escondió en su zapato un pedazo de papel en el que la madre le anotó un número de teléfono. Desde el almacén del barrio, previno a su padre de que no viniese a la casa. Luego, volvió con el pan y la leche. Los militares esperaron en vano varios días y por fin decidieron irse.

Estábamos en invierno. Irrumpieron en plena noche. Registraron por todos lados, tiraron todos los papeles al piso en desorden, dieron vuelta los cajones, desperdigaron los objetos. Todo ello no tenía importancia, si no fuera que estaba sola, sin siquiera poder encontrar la vieja estilográfica que no nos abandonaba nunca. Pablo dormía y no se despertó. Mañana, deberé explicarle lo que sucedió. No sé si encontraré las palabras para decirle que su padre ya no está.

Pablo sabe que, por primera vez, podrá visitar a su padre en la cárcel. Prepara con dedicación un regalo: un cenicero en cerámica, fabricado por él mismo. Lo pinta de rayas multicolores. Preocupado, me pregunta:

¿Crees que papá se dará cuenta que entre las rayas pinté nuestra bandera? En efecto disimulado entre las rayas, había pintado el símbolo del frente político al cuál pertenecía su padre.

Estaba agotada, cuando en ese momento m|e hacía falta una sobredosis de lucidez para evitar cualquier paso en falso. No podía

dejar de trabajar; la vida debía seguir normalmente. Esa misma mañana una madre me había llamado por teléfono, pidiéndome una consulta urgente. Su nombre me decía algo; debía de ser la esposa de ese antiguo diputado cuyo nombre y foto habían aparecido en el comunicado de las Fuerzas Conjuntas de la noche anterior.

En la tarde, recibí a Rodrigo, un hermoso niño de seis años, vestido como todos los escolares con túnica blanca y una gran moña azul. Su madre estaba deprimida y sin trabajo. Su padre había dejado la casa para pasar a la clandestinidad. Desde entonces, Rodrigo retrocedía en su trabajo escolar, presentaba una incontinencia urinaria y le había robado dinero a su abuela. Durante la sesión, Rodrigo no logra hablar. Está allí, tenso, inmóvil, sentado en la silla, las manos en los bolsillos. Lentamente, saca una mano y me muestra un paquete de caramelos. Se pone uno en la boca y lo chupa. De pronto, su rostro se transforma, algo se le atraganta, queda bloqueado. Permanece así, su mirada fija en la mía, paralizado de terror, mientras las lágrimas caen de sus ojos.

Doy vuelta la página de mi cuaderno azul. Veo el nombre de Sofía. Insistente, el recuerdo de aquella lejana mañana ocupa cada vez más mi pensamiento. Había decidido llevar a los niños al parque. Aquel domingo de mañana la ciudad, aún vacía, despertaba tranquilamente. Tomé el camino habitual. Más allá del Palacio Legislativo, distinguí el viejo edificio de la Facultad de Medicina, puertas y ventanas cerradas, vacío desde hacía meses. Un poco más adelante, aceleré al pasar frente a la clínica en la que había trabajado tantos años, y donde ya no había lugar para mí. Un poco más lejos, se levantaba un largo muro blanco, la puerta barroca de hierro forjado custodiada por dos ametralladoras y, en el fondo del parque, rodeada de palmeras y magnolias, la silueta de la gran residencia, sede del Comando del aparato represivo. Tres veces por semana, centenares de hombres, mujeres, niños y viejos esperaban, haciendo fila en la

vereda, alguna noticia, una carta o un paquete de ropa sucia de sus familiares desaparecidos o detenidos. Todo parecía tranquilo esa mañana. Más allá de las residencias, después del puente, se extendían los barrios populares. A mi derecha, dos topadoras limpiaban el terreno. Sólo quedaban escombros del monumento construido colectivamente en memoria de los ocho obreros asesinados en aquel local.

Sofía permanece asociada a esos recuerdos. Tenía cinco años. Aún la veo. Su padre está preso. En cada visita, Sofía le lleva los dibujos que contienen lo esencial de lo que quería decirle. Sus dibujos son censurados sistemáticamente en la entrada. Un día, la mujer de la guardia tacha con tinta negra las golondrinas que anuncian la llegada de la primavera. "Está prohibido dibujar palomas", le dice en tono severo. Desde entonces, Sofía no dibuja más pájaros, pero dibuja numerosos pares de pequeños círculos entre las ramas de los árboles.

Son los ojos de los pájaros que están escondidos.

Afuera, la bruma que asciende atenúa la luz de este atardecer parisino. Guardo mi cuaderno en la biblioteca y hago pasar a Laura. Tiene cuatro años. Hablamos de la posibilidad de un viaje para visitar a su padre que está preso desde antes de su nacimiento. Me dice: "Quiero ir a ver a papá… voy a llevar un regalo sorpresa para los malos" y dibuja un paquete atado con una cinta. "Sabés. Este regalo, tiene una trampa. Lo van a abrir y ¡boommmm! las estrellas". Con orgullo, levanta su puño cerrado.

Casi sin pensarlo permanezco adherida a ese sueño que, sin ser mío, no es diferente del mío. Somos llevados por miles de globos de colores, a través del océano en un largo viaje. Ayer, volví a ver a Ana. Nos conocimos hace tiempo. Cuando solo tenía tres años, la pequeña fue testigo desde la puerta de su cuarto de la destrucción de libros y muebles, de los insultos a su madre embarazada, de los gritos, patadas y culatazos propinados a su padre para hacerlo salir de la

casa y llevarlo por la fuerza a un lugar desconocido. Ana tiene ahora seis años. Dibuja una niña con globos en la mano. Me dice con aire audaz: "Voy a ir con mi maestra, a soltar estos globos sobre el mar… creo que van a llegar a otros países porque son globos que no revientan. Sobre el globo está el nombre del niño y de la escuela. Estoy segura de que el que lo encuentre responderá… Quisiera que llegaran a lo de Alicia, mi amiga; vive justo enfrente a mi casa, allá. Recibí tres cartas de Uruguay… Agarro tres globos y los mando a la casa de mis abuelos… Creo que los globos todavía no pueden llegar hasta donde está mi papá… todavía no, pero algún día".

Traducido del francés, idioma original del texto de Maren,
por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida por la autora.

M. N.

Un cri parmi des milliers

Récit de prison

Il ne se rendit pas compte lorsque le camion militaire prit le virage au coin de la rue que sa réalité changeait de code.

On lui avait enfoncé la cagoule et attaché les poignets avec un fil de fer. « Ce sont les ordres », lui dit une voix. Ce qui situait l'agression et l'indignation dans le registre humain de l'affrontement de deux hommes. Il ne s'était pas encore rendu compte que le fil de fer et la cagoule le changeaient d'homme en chose, faisaient de lui un paquet. De personne à paquet... ce n'est pas un petit changement.

En fait, il mit du temps et eut de la peine à nommer les choses de cette manière. C'est dans cet univers différent qu'il est nécessaire de se situer pour pouvoir fonctionner avec quelque succès. Pouvoir habiter son corps et son esprit dans un lieu où l'on n'est plus une personne mais un paquet qui roule avec un destin inconnu. « Oui sans aucun doute, reconnut-il beaucoup de temps plus tard, découvrir et assimiler fut la partie essentielle de son expérience en prison. »

⁂

La perquisition de sa maison avait été un outrage : dix soldats tripotant ses objets aimés ; mais attendre cet outrage faisait partie d'une logique cohérente par rapport aux positions qu'il avait décidé d'assumer. C'est pourquoi il ne gaspilla pas beaucoup d'énergie à s'indigner. « Au moins, se dit-il, il ne nous arrive pas la même chose qu'à un tel, chez qui ils ont tout cassé. » « Ce n'est pas pareil d'être universitaire et de classe moyenne ou d'être subversif tout court sans ces attributs. » Il se dit cela et il avait raison, l'appartenance de classe intervient même avec l'ennemi.

Lorsqu'il avait embrassé sa femme et ses enfants, il n'avait rien ressenti. Même si plus tard il évoqua mille fois cet instant, pour sentir et répéter mille fois l'affection qui avait été effacée. A ce moment-là, son esprit avait été occupé par une seule idée, par une idée urgente : comment résister ?

Cette question avait eu sur le moment une qualité presque sportive. Il savait que l'outrage et la torture l'attendaient, et la terreur qui faisait battre son cœur ne l'empêchait pas de penser à l'expérience qui débutait comme à un rite de passage comportant l'aventure de découvrir quelque vérité sur soi-même. « Au bout du compte, se dit-il, cela devait arriver. » Et passer le carrefour qui le rendait héros ou lâche ne manquait pas d'attraits.

« Fini le bla bla bla, affrontons la vérité. » Il se souvint de lui à 12 ans, dans son village natal, le jour où on l'emmena la première fois dans un bordel. Là aussi, il fallait y aller, même si on avait peur. La loi du groupe est plus forte que soi : il faut agir même si on crève.

Il y avait longtemps qu'il avait choisi son camp. Contre l'injustice et pour la révolution, pour une société sans classes. La douleur du social l'avait mordu. Il n'y a pas d'options dictées par la conscience, c'est l'angoisse qui décide, et dans son style et à sa manière, il avait été un combattant... sur le plan du discours. Maintenant, il pourrait mesurer l'épaisseur de ses croyances et la consistance de sa conviction. Se dire révolutionnaire, c'est assumer la priorité d'un projet collectif, d'un au-delà qui exorcise la pauvreté de notre irrémédiable finitude et de notre petitesse. C'est tuer l'enfant-roi dans son isolement et sa bêtise.

Avec la peur il découvrit un peu de tout cela et cette dimension de rituel initiatique teinta d'aventure l'horreur du vide qu'il commençait à vivre.

Sa pensée avait tellement voyagé qu'il évalua à soixante kilomètres le trajet parcouru par le camion alors qu'une confrontation ultérieure avec la réalité lui montra qu'il n'y en avait eu que six ou sept. Pourquoi ces calculs devenaient-ils pour lui si importants ? Il s'agissait bien de se situer, mais pas géographiquement, il le comprit plus tard.

⁂

En arrivant, on lui retira sa montre, son argent et ses papiers. Et aussi sa ceinture. « Couvrez-vous, là-bas il fait froid » lui avait-on dit, et il sentit, dans la trame du pull-over que sa femme lui avait tricoté il y avait douze ans, l'enveloppe de tendresse qui lui manquait maintenant. Il réussit à voir une pièce sordide et devina un bureaucratisme imbécile comme celui de n'importe quelle officine publique. Il était trois heures du matin. « Ils sont comme les Parques, pensa-t-il, ils imitent jusqu'à leurs horaires. »

Ce fut son dernier contact humain avant d'entrer dans le monde de l'obscurité, du silence et des bruits insensés. Où le temps est autre, où le corps est autre, où tout change pour un ordre et une logique dans lesquels l'on n'est plus rien. Comment ne pas s'épuiser dans l'indignation impuissante ?... Et dans le maudit et l'inexorable espoir que tout se termine rapidement... ce que l'ennemi, par horreur de sa besogne ou par cruauté, ne se prive pas de promettre encore et encore.

Habiter ce nouvel univers requiert un apprentissage long et pénible. On reste là, debout et immobile, immergé dans l'immensité du vide. Seul, rivé à sa peur, à sa rage, à son indignation, sans humour. Rivé à ses valeurs et à ses projets — références valables, mais pas ici.

Tenir pour acquis l'éternité du temps et l'irresponsabilité de l'interlocuteur sont les rites essentiels pour ne pas devenir fou. Prendre la tragédie comme une farce, renoncer à être soi-même — être qui on était —, à la mégalomanie individualiste pour se transcender dans les valeurs que chacun représente, là se trouvent les références possibles : je ne suis pas l'histoire, c'est elle qui me consume.

Le corps prend alors une valeur inédite dans la douleur et l'épuisement. Il n'y a plus d'après et de plus loin, il n'y a qu'un maintenant qui est la monotonie homogène de l'horrible. On joue là son destin, d'héroïsme ou de lâcheté. Ce n'est pas l'homme réfléchi, c'est le fou qui habite l'immédiateté de son corps qui en décide.

Le temps amer commença à s'écouler... le froid et la fatigue pénétraient toujours davantage. Il fallait s'habituer. Obstinément il voulait mesurer combien de temps s'était passé. Il ne pouvait pas et se désespérait quoiqu'il trouvât stupide cette préoccupation. Quelqu'un lui donna une cigarette. Il la savoura lentement et profondément. Deux heures plus tard — peut-être —, on lui donna la deuxième et au milieu du rite :

une gifle et une insulte pour avoir fumé sans autorisation.

∴

Il essaya d'imaginer le temps comme s'il était dehors... et il sentait jusqu'au déchirement du travail aimé et non accompli. Bientôt, arriva l'épuisement : un état de conscience gris et anéanti, alternant avec des accès de furie impuissante. Quelqu'un lui donna un verre d'eau : « Vas-y vite, c'est interdit. » Quand il n'en put plus il s'effondra et fut relevé à coups de pieds. Mais changer de position valait la peine, les coups lui firent moins mal que de conserver la station debout.

Qui fut assez bon pour le laisser uriner avant que sa vessie n'éclate ? Comment exprimer sa gratitude à cette bonté sans visage ?

∴

Il avait imaginé mille fois les questions qu'on lui poserait, les réponses et les dénouements possibles. Il était sûr qu'il se tirerait d'affaire. Mais le pire, c'est que le moment crucial était reporté dans un temps infini de soif, de douleur, d'épuisement.

Ce matin-là on lui avait enlevé la cagoule « ne parle à personne, ne regarde pas derrière » lui dit-on. Le hangar était divisé en cellules délimitées par des ballots de paille. Dans chaque cellule un prisonnier. Là-bas, au loin un vasistas. Une main téméraire, anonyme mais amie, passa rapidement entre les ballots et lui envoya une barre de chocolat. Un faible sifflement assorti d'un « prends camarade » et « merci », tel fut le dialogue dense mais bref permis par les circonstances. Il se détendit. Récupérer son champ visuel et le petit carré de ciel découpé par le vasistas le remplit de paix et de bien-être.

« Dans cette économie de plaisirs, pensa-t-il, ce qui est utile c'est le changement. » Peu après, il entendit un bruit de pas derrière lui, vers l'endroit qui correspondait à la porte alors qu'il devait regarder vers le mur, et sans y penser il se retourna. Il vit d'un coup d'œil rapide un petit soldat désagréable, au sourire goguenard, qui lui dit sans plus de formalités : « Ah tu veux épier hein ?... Tu vas voir ce qu'il en coûte à ceux qui désobéissent aux ordres. »

Un quart d'heure plus tard, il avait le bandeau, les mains attachées derrière le dos avec le fil de fer et il était debout. Une rage aveugle, incontrôlable, impuissante l'avait envahi. Il ne pouvait plus se contenir, il voulait crier, il voulait tuer. Il ressentit un vide noir dans la tête, tout tournait et il avait la sensation étrange — pour la première fois de sa vie — de ne plus pouvoir distinguer le haut et le bas. « Ça doit être un malaise » pensa-t-il ajustant son savoir intellectuel à l'expérience de cet instant. Presque aussitôt il y eut le bruit sec de son corps contre le pavé dur. Puis, le silence. Lorsqu'il en sortit il avait la bouche sèche et le slip mouillé. Il avait froid. Il était sur son grabat de paille. Les soldats discutaient : allaient-ils le laisser là ou le punir à nouveau. Il ne bougea pas, faisant semblant d'être encore évanoui jusqu'à la relève de la garde. Il ne mangea pas, ne but pas et n'urina pas et avec cette ascèse il arriva à contrôler l'horreur et l'indignation. Il pensa que s'il ne bougeait pas, cela rendrait plus difficile l'action sadique des autres. Il en fut ainsi.

∴

Ils vinrent le chercher. On changea son bandeau pour une cagoule, il vit à nouveau le hangar où il logeait et les tôles de zinc qui expliquaient la cruauté du froid. Quelques secondes. Le fil de fer liait ses poignets un peu plus serrés et attachés dans le dos cette fois. Son cœur battait vite, le moment était arrivé. Il s'efforça au

maximum de lucidité. C'était un instant grave. Il ne fallait pas faire d'erreurs. Une heure après, il était de retour dans son lieu habituel, dans son temps amer, dans l'éternité de son attente. La manœuvre l'avait démonté. L'absurdité d'un aller et retour sans signification l'avait affaibli et il était plus fatigué et rageur qu'avant.

Une nouvelle fois, on lui dit : « c'est ton tour » et on l'emmena au W.-C. Il marchait dans la terreur : était-ce bien là où on l'emmenait ou bien allait-il être précipité dans le vide comme c'était arrivé à Alvaro.

Il n'avait pas envie de déféquer mais il fit un gros effort et y réussit. Au retour, il était satisfait et son corps lui faisait moins mal. Mais ce n'était pas la seule raison de son bien-être, il y avait autre chose. Il se donna un long temps de réflexion et conclut : « Finalement si je n'avais pas réussi à chier, bientôt le besoin serait devenu impérieux et j'aurais fait sur moi comme le pauvre gars d'à côté qui en a pleuré. » Bientôt lui apparut une autre évidence : « Maintenant ce qui me fait chier c'est la fatigue, ils essayent de m'épuiser, ce que je dois faire c'est me détendre et arrêter de faire le con. » Par cette réflexion apparemment sans importance, il était arrivé à une découverte essentielle, il avait obtenu ou inventé une logique, un sens, peu importe qu'ils soient astucieux ou absurdes, justes ou idiots. Il avait découvert une intention supposée et il pouvait fonctionner avec. Tout ceci fut reconnaissable dans les effets : la conclusion très simple à laquelle il était arrivé produisit un changement radical dans son attitude. Il n'était plus obsédé par l'idée qu'on ouvrait peut-être pour lui la porte du hangar, ce qui arrivait cent fois par jour. Il se laissait faire au cours des faux appels, tant pour la photo et les empreintes digitales, que pour la parodie d'examen médical avec les antécédents des maladies infantiles et le diabète de sa tante.

« Que puis-je faire pour vous ? » lui dit son ex-camarade d'études. « Appelle ma femme » lui répondit-il, mais il ne le fit pas, le salaud...

« Que je suis bête, réfléchit-il plus tard, au lieu de m'énerver et de le mépriser j'aurais pu m'inventer une maladie de la colonne vertébrale ou des pieds plats. »

⁂

Il s'était donné une consigne : « Je dois me détendre. » Il avait une logique et un but. Ceci lui permit d'inventer une activité qui modifia toute sa réalité présente. Et aussi de découvrir et de recréer un espace de lui-même, qu'il évoque maintenant avec nostalgie, dans son incapacité à le reproduire.

Parce que sa vie active et agitée l'empêche d'entrer dans cet espace que seule la prison lui avait octroyé : la capacité de remémorer et de vivre lucidement et intensément les souvenirs. Jamais, il n'avait été aussi proche de son enfance, de ses parents jeunes d'autrefois, de cet ami martin-pêcheur, qu'il observa pendant une sieste d'été dans le ruisseau (ce fait l'avait-il marqué parce qu'il se situait juste après la mort de sa grand-mère qu'il aimait tant ?), de l'extase du corps nu de sa femme dans la lumière du moment le plus beau, de la laideur de son fils à la naissance, si laid et si beau, tellement sien...

Mais oui, c'est agréable de remémorer, de se souvenir jusqu'à la délectation.

C'est ce qu'il faisait lorsque l'officier l'interpella. Ce dernier connaissait jusqu'aux plus petits détails de l'affaire et les exposait avec délices et précision. L'entrevue dura cinq minutes et les réponses qu'il avait préparées furent inutilisables. Il apparut aussi, en passant, qu'ils avaient pris un chef guerillero, écrivain de renom : « Quel malaise cette collusion entre la culture et la subversion ! »

⁂

Il avait appris à attendre mais quel serait le dénouement de ces cinq minutes ?

« Heureusement que le salaud qui m'a vendu n'était pas au courant des autres affaires, les choses vont être moins graves. »

Pendant la monotonie crispée de cette attente, on vint lui dire qu'on avait fait une perquisition chez lui ; un dessin d'enfant avec une citation du Che au verso démontrait comment le fanatisme pénétrait jusqu'à l'endoctrinement des petits enfants. Un livre dédicacé par l'écrivain, démasqué chef guerillero, établissait ses liens avec la tête de la funeste organisation subversive.

Ceci, qu'il peut maintenant reconnaître dans la congruence d'une logique d'intimidation, eut sur le moment un effet de sidération et disloqua les limites de sa résistance : ce n'était pas seulement lui mais sa femme et ses enfants qui étaient pris au piège, il ne s'agissait plus d'accusations « fondées » mais de n'importe quoi passant par la fiction d'un tortionnaire et qui pouvait se convertir en preuve accusatrice.

Il paya son manque de contrôle par une insomnie hallucinée. A partir de là, il eut un jour le sentiment d'être seul au monde... en enfer... à la merci du diable. Et dans ce sentiment de solitude infinie, il fut happé par une seule urgence : se sauver à n'importe quel prix. Le reste n'avait plus d'importance, ni les autres, ni ses idéaux, ni sa cohérence : il était submergé par la solitude et l'intensité de son gémissement.

Au réveil, son égoïsme de la veille le rendit très honteux et il reconnut le gémissant comme son ennemi intérieur. Il se souvint d'une blague de Groucho Marx : à quoi pensais-tu Groucho quand, après le naufrage, la tourmente te jeta sur une île solitaire ? « A comment fabriquer un bateau » répondit-il.

Une bonne partie de la journée il fut englué dans cette litanie désespérée : il n'y avait aucun bateau à fabriquer. Jusqu'à ce que vers le soir — quand la garde eut affaibli sa vigilance pour aller manger, et pendant qu'ils mangeaient et buvaient, dans un chahut d'histoires grivoises — il put desserrer son bandeau et observer dans le vasistas une branche d'acacia secouée par le vent sur un fond gris de ciel d'hiver.

Ce fut l'acacia qui le sortit de l'enfer et l'aida à comprendre de quel bateau il s'agissait : c'était sa mémoire. Il devait se souvenir qu'il y avait eu un avant, peuplé d'amours et de valeurs. Que c'est seulement en conservant cet avant qu'il pourrait vivre un après. S'il y en avait un. Ne pas se laisser avaler par le présent, vide d'amour, habité de haine comme si c'était la seule vie possible. Alors il revint dans le monde du je me souviens, et le vécu d'autrefois défilait avec cette lucidité et cette intensité qu'il n'avait jamais connues auparavant. Et il sentait se développer en lui une jouissance qui calmait la douleur de son corps et sa soif.

C'est pourquoi lorsque l'officier revint pour lui faire signer sa confession, il était mieux préparé pour lui dire : « Moi, je ne signe pas ça, vous défigurez tout et me transformez en délinquant. »

Il y eut une pause pendant laquelle le bel officier parut furieux, il dit sèchement presque flegmatiquement, comme un fonctionnaire qui accomplit sérieusement son devoir : « Ça va vous coûter cher. »

⁂

Il dormait profondément quand ils vinrent le chercher. Toujours le rituel de la cagoule et du fil de fer. Ils le laissèrent dehors et il sentit que la nuit d'hiver le pénétrait jusqu'aux os. Il se demandait stupidement, s'il tremblait de peur ou de froid.

Combien de temps attendit-il jusqu'à ce qu'on l'emmène dans cet escalier hélicoïdal, plein de hurlements ? combien de temps le laissèrent-ils

là, rempli de panique et frappé de stupeur, dans l'antichambre de l'horreur ?

Tout à coup, ils le prirent par les bras et quelqu'un dit : « prépare-toi à appeler ta grand-mère ». Ils le plongèrent dans l'eau puante et glacée jusqu'à l'étouffement, une fois, deux fois, dix fois.

La mort avait ce même goût insipide et idiot, inutile, que lorsqu'il était petit et qu'il avait voulu nager à contre-courant dans la rivière en crue, il s'était épuisé, avalant de l'eau et sentant qu'il se noyait, seul au monde, par bêtise.

Tout devint noir et vide comme cette nuit nuageuse de nouvelle lune. En revenant à lui, il entendit des bruits et sentit des odeurs de campagne, on aurait dit qu'il y avait du vent. Il fit un effort pour se situer mais son esprit s'emmêlait dans plusieurs registres simultanés et superposés : d'un côté ses nausées pressantes, pourquoi tant d'eau, de morve ou de salive qui l'étouffaient. D'un autre côté ce vent qui sifflait maintenant si fort dans sa tête ; il entendit une voix : « Les docteurs résistent moins bien, l'autre aussi nous avait lâchés presque tout de suite comme celui-ci. » Lorsqu'il parvint à dialoguer avec lui-même, ce qui l'attrista le plus c'est la constatation que mourir était beaucoup plus bête et moins solennel qu'il ne l'avait imaginé. Il se reprochait de s'être tellement occupé à se débattre qu'il n'avait pas pu dire adieu à sa femme.

Il émit un son involontaire pour l'appeler, elle, ou pour savoir qu'il était vivant. Ils l'accueillirent avec un éclat de rire et un coup de poing à l'œil gauche. « Ah, le revoilà » dit un énergumène.

Une petite voix docte — celle de l'officier ? — dit : « Laissez-le parce qu'il va nous passer l'arme à gauche. Emmenez-le. »

***

La pause cessa tôt le matin lorsqu'on l'enferma dans une cellule étroite. Il y avait une table et une chaise, des papiers et un crayon à bille. Ils lui dirent d'un ton ferme et persuasif : « Tu sais de quoi il s'agit, si tu fais le con, tu vas te faire tuer. Choisis. Voilà du papier, tu as le temps. Ecris-moi ta petite histoire dans l'organisation. Fais pas le malin, joue pas les innocents, on en sait long sur toi, on veut voir si tu es prêt à collaborer et si tu écris la vérité. Sinon, t'as vu, on peut recommencer jusqu'à ce que tu lâches. »

L'attente pendant cette journée fut interminable et hallucinante. Il voulait penser et n'y parvenait pas. Il essayait mais ne pouvait pas. L'idée de l'eau glacée et de l'électricité revenait avec le moment horrible de la suffocation. Il avait changé et n'était plus neutre et niais comme la première fois.

Plus il s'irritait contre lui-même de ne pas arriver à penser, plus il s'embrouillait dans une anxiété sans destin, dans une angoisse sans issue. Il ne pouvait disposer que de son corps chosifié, de ce battement dans ses tempes, de cette tension et ce tremblement de ses muscles. Son corps-chose ne sentait plus maintenant ni douleur, ni fatigue. Le temps s'écoulait infini, interminable et il fallait soutenir une alerte sans objet, une vigilance sans espoir.

Il pouvait se dire que tout ce qui lui arrivait c'était dû à la peur, que c'était la panique qui le paralysait, mais ce n'était pas suffisant. Il aurait dû haïr son ennemi comme un cancer tout puissant mais il n'y arrivait pas. Il se concentra sur ce qui lui importait le plus et une idée réussit à le sortir de son marasme anxieux : il se rendit compte qu'il était important pour lui que la mort soit bête et non pas solennelle. Que dans cet instant, il serait seul. Seul parce qu'il n'aurait même pas la possibilité de prendre congé.

La suffocation était si urgente et péremptoire qu'il ne pouvait pas penser à eux, à elle, et qu'il allait partir ainsi comme si de rien n'était, sans que

personne — des siens — ne sache quand et comment c'était arrivé. Quel dommage que la mort soit si peu solennelle ! Lui qui était si ému par les discours d'héroïsme ! On dirait des choses de lui mais il ne les saurait pas. Comme il avait envie de les savoir ! Quelle hostilité et quelle ambivalence se feraient jour dans cette évocation ? Il pouvait imaginer et supposer de quelle manière on l'aimait, mais ce que l'on sait bien moins c'est le rejet et le mépris que l'on inspire aux êtres chers. Quelle envie de savoir !

Quelqu'un de malin, prudent et équilibré pourrait dire sentencieusement : « il l'a cherché » et argumenter raisonnablement avec un savoir digne d'un psychanalyste. Ceci le fit sortir de ses gonds et il ressentit une fureur plus humaine et plus intense que celle que lui inspiraient ses tortionnaires.

Sa fantaisie voyagea ainsi dans les mille galeries de son âme. Certaines intéressantes, peut-être de quelque valeur, d'autres accessoires, peut-être niaises et puériles, mais bien à lui.

Il s'assoupit ainsi sombrant dans une anesthésie anxieuse — triste état d'âme —, toute conscience anéantie : « L'air est lourd comme le plomb / Venez vite, venez tous / Faire fondre le plomb » (Nazim Hikmet).

⁂

Lorsque le soldat vit la feuille blanche, il l'engueula et le giffla. Dans l'après-midi un autre vint jouer les persuasifs et lui expliquer aimablement les avantages de la confession, le chemin facile qu'elle ouvrait et les éventuelles difficultés — avec allusions à l'horreur — dans le cas contraire.

⁂

Ce fut lui, le persuasif, qui l'emmena le lendemain au hangar, qui lui donna à boire, le laissa fumer. Avec des détours incompréhensibles, le persuasif lui dit :

— « Vous êtes célèbre, Docteur, vous avez une renommée internationale. »

— « Et alors ? » demanda-t-il.

— « Rien, nous nous sommes renseignés. »

Ce dialogue énigmatique prit tout son sens par la suite.

⁂

Ils le laissèrent végéter un temps interminable et vide. Son courage oscillait entre l'horreur de l'attente de la prochaine séance de torture et la délectation de son errance dans le monde des souvenirs. Il put ainsi comprendre ce qui fait l'unanimité des prisonniers : il est plus terrible d'attendre que de souffrir. C'est pendant ce temps d'attente que se trament la défaillance ou la cohérence. Mais il n'y eut plus de torture.

Il arriva laborieusement à la conclusion que « nous nous sommes renseignés sur votre célébrité » n'en faisait pas un bon candidat pour la torture. Plus tard, en sortant de prison, il apprit l'existence d'un mouvement de solidarité en sa faveur. Son retentissement avait réussi à lui épargner une partie de ses souffrances.

⁂

Après le rituel bureaucratique des juges et du procès, ils le mirent dans un hangar où les prisonniers avaient le droit de communiquer, et là il apprit toute la grandeur et les mesquineries qui peuvent tisser les relations de 33 sujets enfermés. Il dut apprendre par l'histoire de Jacinto que la machine de la torture peut aussi parvenir à s'approprier cet espace de survie qui était donné par la mémoire.

Jacinto avait surmonté avec grandeur toutes les canailleries, tout le répertoire de l'horreur au menu des dictatures latino-américaines, il ne fut mis en échec que grâce à la part inaliénable de sa condition humaine.

Lorsque Jacinto termina son périple de plusieurs mois en enfer (ce qui multiplie par cent en douleur et en temps ce qui est raconté ici), ils le jetèrent au secret, sur la paillasse d'une cellule sans lumière. Il était là seul depuis une semaine lorsqu'il entendit, sur la paillasse à côté, les gémissements d'un compagnon de lutte. Peu à peu celui-ci lui fit des confidences, ce qui implicitement demandait la réciprocité.

Jacinto garda le silence autant qu'il le put jusqu'à ce que le besoin de se souvenir et de revivre le passé l'incite à se confier lui aussi à son camarade. Une semaine plus tard, il apprit que ce soi-disant camarade était un tortionnaire déguisé et que leur conversation avait été enregistrée.

⁂

Lorsqu'il sortit, il n'était plus le même. Sa compagne lui dit que son regard avait changé : « Tu as les yeux enfoncés dans la nuque » dit-elle. « C'est à cause de ceux qui sont restés là-bas » répondit-il laconiquement.

Il avait perdu pour toujours son humanisme ingénu et il avait compris qu'entre lui et le fascisme il n'y avait place que pour l'option d'un combat comme tâche prioritaire de sa vie.

M.N.
Traduit par Adèle Zanzi

Un grito entre miles

Relato de prisión

Marcelo Viñar, París, 1979.

> *El punto de vista adoptado en esta narración busca conciliar dos exigencias. Mi pluma, al escribir la palabra de otro, no puede distinguir ni separar la singularidad de su decir, de lo propio de mi escucha. Porque el contenido de la historia –lo que realmente sucedió– es más importante que el quién del sujeto.*
>
> *Fue necesario apropiarse de una realidad de hechos concatenados y responder con la elaboración de una narración, como lo hacían los antiguos aedos. Pero también, mantenerse más acá de un código teórico que hubiese podido transformarse rápidamente en pautas para la lectura. Sin esa precaución, el consultorio del médico o del psicoanalista corre el riesgo de volverse el lugar de confirmación de un cuerpo teórico anterior a la emergencia de una palabra singular.*
>
> *París, 1989.*

Cuando el camión militar dio vuelta a la esquina, él no llegó a discernir que su realidad cambiaba de código. Le habían puesto la capucha y atado las muñecas con alambre, y quien lo hizo le dijo: "Mire, son órdenes", lo que situaba el ataque y la indignación en un registro humano de dos hombres enfrentados. De lo que aún no se

había dado cuenta era de que el alambre y la capucha lo transformaban de hombre en cosa; hacían de él un paquete.

Le llevó no poco tiempo y trabajo poder nombrar las cosas de ese modo. Y, en verdad, poder disponer de esa metáfora fue el aprendizaje más importante y útil de su experiencia de prisión. Es en ese universo diferente donde es necesario situarse para poder funcionar con algún éxito. Poder habitar su cuerpo y su mente, en un universo donde no se es persona sino paquete que rueda con destino desconocido. Sí, sin duda –reconoció mucho tiempo después–, descubrir y asimilar esta verdad fue nodal en su experiencia carcelaria.

*
* *

El allanamiento de su casa había sido ultrajante: diez milicos manoseando sus objetos queridos. Pero esperar ese ultraje era parte de una lógica coherente con las posiciones que había decidido asumir. Por eso no gastó mucha energía en indignarse. Por lo menos, se dijo, no nos pasó como a "fulano", a quien le deshicieron todo. No es lo mismo, reflexionó, ser universitario y de clase media, que ser subversivo a secas, sin esos atributos. Se dijo esto y tenía razón, la posición de clase funciona aun con el enemigo.

Cuando besó a su mujer y a sus hijos, no sintió nada; estaba anestesiado. Más tarde evocaría mil veces ese instante, para mil veces sentir y repetir el afecto allí borrado. Es que su mente había estado tensa como un arco, ocupada por una sola idea. Por una idea urgente: ¿Cómo resistir?

Pregunta que en ese instante había tenido una cualidad casi de certamen deportivo. Sabía que le esperaba el ultraje y la tortura, pero el terror que golpeaba su pecho no le impedía pensar en la experiencia que empezaba como un rito de iniciación, que implicaba la aventura de descubrir alguna verdad sobre sí mismo. Pasar la encrucijada de

ser héroe o cobarde, no carecía de atractivos. "Que se acabe el bla, bla, bla, enfrentemos la verdad." Recordó entonces cuando en su pueblo natal, a los doce años, lo llevaron por primera vez al prostíbulo. También allí había que animarse, aunque uno tuviera miedo. Y el código grupal es más fuerte que uno mismo; hay que saber cumplir aunque se estalle.

Hacía mucho tiempo que había escogido su trinchera. El dolor de lo social lo había mordido –es mentira que se hagan opciones de conciencia, es la angustia que decide– y a su estilo y modo había sido un combatiente… en el plano del discurso. Ahora podría medir el espesor de sus creencias, la consistencia de su convicción. Decirse revolucionario es asumir la prioridad de un proyecto colectivo, de un más allá que exorciza la pobreza de nuestra irremediable finitud e intrascendencia. Es matar al niño rey en su aislamiento e imbecilidad. Junto al miedo, supo algo de todo esto y la dimensión de ritual iniciático tiñó de aventura el horror del vacío que empezaba a vivir.

Tanto había viajado su pensamiento, que calculó en sesenta quilómetros el trayecto recorrido por el camión, cuando un cotejo ulterior con la realidad le probó que sólo había recorrido seis o siete. ¿Para qué esos cálculos que se le hacían imperativos? Se trataba de otro situarse, no el geográfico, comprendió después.

*
* *

Llegando lo despojaron del reloj, dinero y documentos. También el cinturón. "Abríguese, allá hace frío", le habían dicho, y sintió en la textura del suéter que su mujer le había tejido doce años atrás, la envoltura de ternura que ahora le hacía falta. Alcanzó a ver una pieza sórdida y un burocratismo imbécil como el de cualquier oficina pública. Eran las tres de la madrugada. "Ellos son como la parca misma –pensó–, le copian hasta el horario."

Fue su último contacto humano, antes de entrar en el mundo de la oscuridad, del silencio y de los ruidos insensatos, donde el tiempo es otro, donde el cuerpo es otro, donde todo adquiere un orden y una lógica en la que uno no es nadie.

¿Cómo no desgastarse en la indignación autorreferente e impotente?… ¿O en la maldita e inexorcizable esperanza de que todo acabe rápido?… que por horror a su propio quehacer o por crueldad, los enemigos no se ahorran de prometer una y otra vez.

Habitar este nuevo universo requiere un aprendizaje largo y penoso. Queda uno allí, de pie e inmóvil, inmerso en la inmensidad del vacío. Solo anclado a su miedo, a su rabia, a su indignación. Sin humor. Anclado a sus valores y proyectos: referencias válidas, pero no aquí.

Pautar la eternidad del tiempo y la desresponsabilización del interlocutor son ritos esenciales para no enloquecer. Tomarse en broma la tragedia, renunciar al quien-yo-soy, al quien-yo-era, a la megalomanía individualista para trascenderse en los valores que cada quien representa. Allí estaba una referencia posible: yo no soy la historia, es ella la que me consume.

El cuerpo toma entonces un valor inédito, en el dolor y el agotamiento. No hay después ni más allá, hay sólo un ahora que es la homogénea monotonía de lo horrible. Allí juega uno su destino de entrega o cobardía. No es el hombre discursivo, es el loco que habita la inmediatez de su cuerpo, quien decide.

En el plantón, el tiempo amargo empezó a transcurrir… el frío y el cansancio calaban cada vez más. Había que habituarse. Empecinadamente quería medir cuánto tiempo había pasado. No podía y se desesperaba, a pesar de criticar como estúpida su preocupación. Alguien le pasó un cigarrillo. Lo disfrutó lenta y hondamente. Horas después –quizá– le pasaron el segundo y en la mitad del rito… una cachetada y un insulto por fumar sin permiso.

*
* *

Trataba de imaginar el tiempo como si estuviera viviendo afuera… y hasta sentía el desgarro de cada quehacer querido y no cumplido. Luego vino el agotamiento: una conciencia gris y anonadada alternando con raptos de furia impotente. Alguien le da a beber un vaso de agua: "Tomá ligero que está prohibido". Cuando no dio más se desplomó y unos puntapiés lo levantaron. Pero cambiar de posición valió la pena. Le dolieron menos las patadas que el plantón.

¿Quién fue el buen tipo que lo dejó orinar antes de que su vejiga reventara? ¿Cómo expresar la gratitud a esa bondad anónima?

*
* *

Había ensayado mil veces las preguntas que le harían, las respuestas y los desenlaces posibles. Estaba seguro que saldría bien del paso. Pero lo peor es que el momento crucial se postergaba en un tiempo infinito de sed, dolor, agotamiento.

Esa mañana le sacaron la capucha. "No hables con nadie, no mirés pa'tras", le dijeron. El galpón estaba dividido en celdas cuyos límites eran fardos de paja; en cada celda un prisionero. Allá a lo lejos, una banderola.

Una mano osada –anónima pero amiga– atravesó rápidamente entre los fardos y le alcanzó una barra de chocolate. Un chistido débil y "toma compañero". Un "gracias" de respuesta. Fue el denso y breve diálogo que la circunstancia produjo. Se dejó distender. Recuperar el campo visual y el cuadradito de cielo recortado por la banderola, lo llenó de paz y bienestar. "En esta economía de placeres, pensó, lo que sirve es el cambio." Poco rato después sintió un taconeo detrás suyo y sin pensarlo se dio vuelta. En una mirada fugaz pudo abarcar a un petiso desagradable, quien sin más trámite y con risita socarrona le dijo "Ah ¿querés vichar, eh?… vas a ver lo que le pasa a los que no cumplen las órdenes".

Un cuarto de hora después tenía la capucha puesta, las manos atadas a la espalda con alambre y estaba de plantón. Una rabia ciega, incontenida, impotente, lo había invadido. No se podía contener, quería gritar, quería matar. Sintió un vacío negro en la cabeza, que todo giraba y por primera vez en su vida la extraña sensación de que no podía distinguir dónde era arriba y dónde abajo. "Esto debe ser un mareo", pensó conectando un saber intelectual con la experiencia de ese instante y casi enseguida su cuerpo hizo un ruido seco al golpear contra el pavimento duro. Luego el silencio. Cuando salió de él, tenía la boca seca y el calzoncillo mojado. Tenía frío. Estaba en su camastro de paja. Los milicos discutían si dejarlo allí o restituirlo al castigo. Se quedó quieto, como prosiguiendo el desmayo, hasta el cambio de guardia. No comió, no bebió, no orinó, y con su ascesis controló el horror y la indignación. Pensó que si no actuaba, a los otros les sería más difícil su acción sádica.

*
* *

Lo vinieron a buscar y al cambiarle la venda por una capucha, vio otra vez el galpón que lo alojaba y las chapas de cinc le explicaron la crudeza del frío. Unos segundos. El alambre en las muñecas por la espalda un poco más ajustado. El corazón le latía fuerte, había llegado el momento. Esforzó su lucidez al máximo. Era un momento grave. No había que cometer errores. Una hora después estaba de vuelta en su lugar habitual, en su tiempo amargo, en la eternidad de su espera. La maniobra lo había desencajado. El absurdo de la emergencia, de una ida y un retorno sin sentido, lo habían desgastado; estaba más débil y cansado que antes.

Otra vez le dijeron: "Te toca a vos" y lo llevaron al baño. Tuvo horror al caminar a ciegas ¿sería cierto lo del excusado o en el paso siguiente habría un precipicio como le había ocurrido a Álvaro? No quería

defecar, pero hizo mucho esfuerzo y lo logró. Al volver, estaba satisfecho y el cuerpo le dolía menos. Pero no era solamente ese su bienestar; había algo más. Se dio un tiempo largo de reflexión y concluyó: "En fin, si no hubiera logrado cagar, luego hubiera sido imperioso y me hubiera hecho encima, como el pobre de al lado que lloró".

Luego surgió otra evidencia: "Ahora lo que me jode es el cansancio, están buscando agotarme, lo que tengo que hacer es aflojarme y dejar de bronquear al pedo". En la intrascendencia aparente de la reflexión, había logrado un descubrimiento esencial. Había logrado o inventado una lógica, un sentido, no importa si ellos eran sagaces o absurdos, justos o imbéciles. Había descubierto una intención supuesta y podía funcionar con ella. Todo esto fue reconocible por los efectos: la conclusión simplísima a que había llegado produjo un cambio radical en su actitud. Ya no estaba obsedido por saber si la puerta del galpón, que se abría y cerraba cientos de veces por día, significaba que venían por él o no. Iba menos tenso a los falsos llamados, cuando la foto y las huellas digitales; o a la parodia de examen médico, con los antecedentes de las enfermedades infantiles y lo de su tía diabética: "¿Qué puedo hacer por vos?", le preguntó un ex compañero de estudios. "Llamá a mi mujer", le contestó, pero el muy cobarde no lo hizo…

*
* *

Se había dado una consigna: "Tengo que distenderme". Tenía una lógica y un fin. Eso le permitió inventar una actividad que modificó toda su realidad presente. También le permitió descubrir y crear un espacio propio, que ahora evoca con nostalgia, en su incapacidad de reproducirlo, ya que su vida activa y agitada le impide reproducir aquella actividad, entrar en aquel espacio que sólo la cárcel le otorgó: la capacidad de rememorar y vivir lúcida e intensamente sus recuerdos.

Nunca había estado tan cerca de su infancia, de sus padres jóvenes de otrora, de aquel martín pescador compadrón, que espió durante una siesta veraniega en el arroyo (¿o el hecho lo marcó porque fue inmediatamente después de la muerte de su abuela, a quien quería tanto?). Del éxtasis del cuerpo desnudo de su mujer, con la luz del momento más hermoso. Del aspecto de su hijo al nacer, tan feo y tan hermoso, tan suyo…

Pues sí que era agradable rememorar, recordar hasta la fruición.

En eso estaba cuando el oficial lo interpeló. Este conocía hasta los mínimos detalles del asunto que exponía con deleite y seguridad. La entrevista duró cinco minutos y sus ensayos de respuesta no tuvieron lugar. Surgió también, como al pasar, que habían descubierto a un jefe guerrillero, un escritor de renombre. ¡Qué malestar esta colusión entre la cultura y la subversión!

*
* *

Había aprendido a esperar. Pero ¿cuál sería el desenlace de esos cinco minutos? "Suerte que el hijo de puta que me vendió no sabía los otros asuntos, así la cosa va a ser menos pesada." En la monotonía tensa de esa espera, le dijeron que habían hecho otro allanamiento en su casa. Un dibujo infantil con una cita del Che en el reverso demostraba cómo el fanatismo calaba hasta la adoctrinación de los niños pequeños. Un libro dedicado por el escritor, descubierto como jefe guerrillero, pautaba sus nexos con la cúpula de la siniestra organización subversiva.

Esto –que ahora puede discernir calmamente como la coherencia de una lógica de amedrentamiento– tuvo en aquel momento un efecto de estupefacción, de dislocar los límites de su resistencia: ya no era sólo él, sino su mujer e hijos los que estaban envueltos en la trampa; ya no eran acusaciones "fundadas" sino cualquier cosa que

pasaba por la ficción de un torturador, lo que podía convertirse en prueba acusatoria.

Pagó su descontrol con un insomnio alucinado. A partir de esto, tuvo la impresión de estar sólo en el mundo… en el infierno… a merced del diablo. Y en esa sensación de soledad infinita, lo atrapó una sola urgencia: salvarse a cualquier precio. Ya lo demás no importaba, ni los otros, ni sus ideales, ni su coherencia: estaba sumergido en la soledad e intensidad de su gemido.

Al despertar, su egoísmo de la víspera le avergonzó y reconoció al gimiente como su enemigo interior. Recordó un chiste de Groucho Marx: "¿En qué pensabas, Groucho, cuando después del naufragio, la tormenta te tiró en la isla solitaria?". "En cómo fabricar un bote", respondió éste.

Estuvo atrapado durante buena parte del día en la letanía desesperada de que no había ningún bote que fabricar. Hasta que al atardecer –cuando la guardia había aflojado su vigilancia para irse a comer, y mientras lo hacía se sumergía en la jarana de los cuentos verdes– él pudo aflojar su venda y atisbar a través de la banderola una rama de acacia sacudida por el viento, sobre un fondo gris de cielo invernal.

Fue la acacia que lo sacó del infierno y le ayudó a entender que el bote en cuestión era su memoria. Tenía que acordarse que hubo un antes, habitado de amores y valores. Que sólo conservar ese antes le permitiría vivir un después, si lo había. Y no dejarse engullir por ese ahora, desierto de amor, habitado de odio, como la única existencia posible. Entonces, volvió a habitar el mundo del yo-me-acuerdo, y lo vivido antes transitaba con una lucidez cuya intensidad le era desconocida. Fue sintiendo cómo se desplegaba el gozo de su desahogo, y cómo se mitigaba el dolor de su cuerpo y su sed.

Por eso cuando volvió el oficial para que firmara su confesión, estaba mejor preparado para decirle: "Yo eso no lo firmo, usted desfigura todo y me pone como un delincuente". Luego de una

pausa, en la que el lindo oficial pareció irritarse, una respuesta seca, casi flemática, como un funcionario que cumple seriamente con su deber: “Le va a costar caro”.

*
* *

Dormía profundamente cuando lo vinieron a buscar. El mismo ritual de la capucha y el alambre. Lo dejaron a la intemperie y sintió que la noche invernal le calaba los huesos. Se preguntaba estúpidamente cuanto de su temblor era por el frío y cuanto era por el miedo. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que lo llevaron por esa escalera helicoidal, donde los aullidos eran de más en más próximos? ¿Cuánto tiempo lo dejaron allí, lleno de pánico, suspendido y atónito, en la antesala del horror?

Intempestivamente, lo tomaron de los brazos, y alguien le dijo: "Vas a cantar hasta tu abuela". Lo sumergieron en agua helada y pestilente hasta la sofocación. Una, dos, diez veces. La muerte tenía ese mismo gusto insípido y imbecil, inútil, como aquella vez, cuando chico, que quiso nadar contra la corriente del río crecido y se agotó hasta tragar agua, sintiendo que se ahogaba, solo en el mundo, por imbecil. Todo se volvió negro y vacío, como la noche nublada de luna nueva. Al ir volviendo en sí, percibía ruidos y olores del campo, parecía que había viento. Hizo un esfuerzo para ubicarse, pero su mente se enredaba en registros simultáneos, superpuestos: por un lado sus arcadas perentorias ¿por qué tanta agua, o moco o saliva que lo ahogaba?; por otro lado, el viento era ahora un zumbido agudo y fuerte en su cabeza; por ahí una voz que dijo: “Estos pitucos aguantan menos, el otro también se nos cortó casi enseguida”; pero sobre todo, cuando logró dialogar consigo mismo, lamentó que eso de irse muriendo era mucho más estúpido o menos solemne de lo que él se había imaginado. Y se reprochaba haberse ocupado tanto del forcejeo, que no había podido despedirse de ella.

Emitió un sonido involuntario –¿el nombre de ella o un modo de confirmar que estaba vivo?–; lo festejaron con una carcajada y un piñazo en el ojo izquierdo. "Ah, ¡volvió!…" dijo un energúmeno. Una vocecita docta –¿la del oficial?– dijo: "Déjenlo porque se les va a cortar de nuevo. Llévenselo".

*
* *

La pausa cesó pronto en la mañana, cuando lo llevaron a una celda estrecha. Había una mesa y una silla, papeles y un bolígrafo. Con tono firme y persuasivo le dijeron: "Ya sabés de que se trata, no seas bobo y no te hagas matar. Vos elegís. Ahí tenés papel y hay tiempo. Me escribís enterita tu historia en la 'orga'. Y no te hagas el vivo en decir que no estabas comprometido. Sabemos bastante y queremos ver si vos querés colaborar y si lo que escribís es la verdad. Si no, ya sabés, podemos empezar de vuelta hasta que aflojes".

La espera de ese día se volvió interminable y alucinante. Quería pensar y no podía. Se esforzaba más… y no podía. Volvía recurrente la idea del agua helada y la electricidad y ese momento horrible de la sofocación, que ahora había cambiado de tono y ya no era neutra y boba como la primera vez. Cuanto más se enojaba consigo mismo por no poder pensar, más se enredaba en una ansiedad sin destino, en una inquietud sin salida; sólo podía disponer de su cuerpo cosificado, de ese latido en la sien, de la tensión y el temblor de sus músculos, cuerpo-cosa que no sentía ahora dolor ni fatiga. Y este tiempo infinito, inacabable, en el que tenía que mantener una alerta sin objeto, una vigilancia sin esperanza.

Podía decirse que era miedo todo lo que le ocurría, que era el pánico que lo paralizaba, pero no era suficiente. Podía odiar a su enemigo, como a un cáncer todopoderoso, pero tampoco le bastaba. Se concentró en lo que más le importaba y una idea pudo sacarlo de su marasmo ansioso: se dio cuenta de que le importaba que la

muerte fuera tonta y no solemne. Que en ese instante estaría solo, porque no tendría siquiera la capacidad de despedirse. La sofocación era tan urgente y perentoria que no podría pensar en ellos, en ella, y se iría así, como si nada, sin que nadie –de los suyos– supiera cuándo y cómo había sucedido. ¡Qué pena que la muerte fuera tan poco solemne! A él que tanto le emocionaban los discursos heroicos. Se dirían cosas de él, pero no las sabría. ¡Qué ganas de saberlas! ¿Qué hostilidad y ambivalencia saldrían a luz en la evocación? De cómo era querido, algo podía imaginar y suponer, pero de lo que se sabe siempre menos es del rechazo y el desprecio que uno inspira en los seres queridos. ¡Qué ganas de saber! Algún astuto, prudente y equilibrado, diría sentenciosamente: "Se la buscó". Y argumentaría razonadamente con sabiduría digna de un psicoanalista. Esto lo sacó de quicio y sintió una furia más humana pero más intensa, que la que le inspiraban los torturadores.

Y así, su fantasía viajó por mil galerías de su alma; algunas de interés, quizá de algún valor, otras accesorias, hasta necias y pueriles, pero suyas. Se fue adormilando en una anestesia ansiosa –triste estado de alma–, en una conciencia anonadada: *El aire está pesado como plomo/ vengan pronto, vengan todos/a hacer fundir el plomo* (Nazim Hikmet).

*
* *

Al ver la hoja en blanco el oficial le gritó y le dio una bofetada. En la tarde vino otro a jugar al persuasivo. Le explicó amablemente las ventajas de la confesión, el camino fácil que ésta abría y las eventuales dificultades –con alusiones al horror– como consecuencia de una negativa.

*
* *

Fue el mismo persuasivo que lo llevó al día siguiente al galpón, que le dio de beber, que lo dejó fumar. En uno de los recodos de un

entendimiento imposible, el persuasivo le dijo:

– "Usted es famoso; reconocido internacionalmente".

– "¿Y eso a qué viene?", preguntó él.

– "Nada nos hemos informado."

El diálogo enigmático adquirió sentido más tarde.

*
* *

Lo dejaron vegetar en un tiempo interminable y vacío. Su ánimo oscilaba entre el horror de la espera de la próxima sesión de tortura y la fruición del vagar por el mundo de los recuerdos. Supo así entender algo sobre lo que los presos son unánimes: es más terrible esperar que padecer. Es en ese tiempo de espera que se trama la claudicación o la coherencia. Pero no hubo más tortura. Atando cabos, laboriosamente, pudo sospechar que lo de "nos hemos informado de su fama", no lo hacía candidato óptimo para ser carne de tortura. Más tarde, al salir de prisión, supo de un movimiento de solidaridad en su favor, de cierta resonancia; habían logrado ahorrarle parte del sufrimiento.

*
* *

Después vino el ritual burocrático de jueces y proceso; y lo pasaron a un galpón donde los prisioneros ya no estaban incomunicados. Allí aprendió de la grandeza y mezquindad que, como en cualquier grupo humano –pero amplificado–, pueden tejer las relaciones de treinta y tres sujetos encerrados.

Como Jacinto, quien había superado con grandeza todas las canalladas, todo el repertorio de horror del menú que nutre a las dictaduras, y solamente sucumbió a lo inalienable de su condición humana. Cuando terminó su periplo de varios meses en el infierno (que multiplica por cien, en saña y en tiempo, lo vivido por el protagonista de este relato), lo arrojaron incomunicado en el

camastro de una celda oscura. Allí estuvo una semana solo, al cabo de la cual escuchó en la cama contigua el gemido de un compañero de lucha quien poco a poco le iba brindando confidencias, a la par que le proponía, en lo implícito, la reciprocidad.

Jacinto guardó silencio todo lo que pudo, hasta que la necesidad de recordar y revivir el pasado lo instó a derramar en su camarada la confidencia pedida. Una semana después supo que el supuesto compañero era un torturador disfrazado y que sus conversaciones habían sido grabadas.

La historia de Jacinto le hizo comprender que la máquina de la tortura puede también apropiarse del espacio de supervivencia, que para él fue la memoria. Y hubo de admitirse que mientras hubiera fascismo, el camino estaría siempre jalonado de horror.

*
* *

Cuando salió, ya no era el mismo. Su compañera le dijo que su mirada había cambiado: "Tenés los ojos hundidos en la nuca". "Es por los que quedaron", respondió simplemente. Pero no era sólo eso; el cambio era más profundo y definitivo. Había abdicado para siempre de su humanismo ingenuo y había comprendido que entre él y el fascismo sólo cabía la opción de la lucha, como tarea prioritaria de su vida.

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida por el autor.

Pedro o la demolición

Una mirada psicoanalítica sobre la tortura

Marcelo Viñar, París, 1976.

El carácter brutal de la tortura nos conduce a una encrucijada-límite que condensa y conjuga la definición de cada destino individual en su articulación con la dinámica histórica de los procesos sociales, del mismo modo que las situaciones extremas de la patología ilustran por amplificación un tipo de problemas que, en situación menos anormal, podrán ser menos fáciles de percibir. Es por ese atajo que al hablar de *la demolición* se pueden poner en evidencia problemas esenciales que tienen que ver con la convergencia de las tareas terapéuticas con las tareas políticas. Los "buenos" científicos nos van a dar las hipótesis explicativas a nivel de la resolución de las angustias primordiales o consideraciones sobre las relaciones objetales primitivas. El "buen" discurso ideológico nos hablará de la formación política del militante, de la solidez de su ideología, de la pureza y de la fuerza de su organización. ¿Se trata con esas seudo-explicaciones de llenar el espacio y calmar la ansiedad de un verdadero no-saber? Ni unos ni otros nos darán la clave de este dilema que debemos encarar aceptando los riesgos de un verdadero no-saber.

Yo elegí para esta historia el antihéroe y su fracaso. Conozco también la capacidad de sobreponerse a *la demolición*. Sé cómo numerosos militantes han podido resistir a los torturadores y a su aparato, aun al precio de sus vidas. Al elegir el fracaso, creo poder centrar la reflexión sobre la opción más rechazada, más repudiada. Es en esta zona en la cual casi siempre se pueden encontrar algunas verdades esenciales de nosotros mismos.

Historia de Pedro

La elección de un destino personal y colectivo contenido en el proyecto de Pedro y de su generación, destino que se les presentaba como el más sano y el más creativo, tenía, por tanto, un aspecto imposible: era incompatible con el objetivo de control geopolítico del continente por el imperialismo. Para el espíritu de un intelectual liberal o de izquierda, impregnado de filosofía humanista, el potencial de horror y de sadismo que los sabios de la geopolítica son capaces de desencadenar para lograr su propósito, sobrepasa las posibilidades de su comprensión. De esta postura, Salvador Allende fue una figura paradigmática. A partir de esa incapacidad de imaginar el horror es que va a nacer la catástrofe personal de Pedro.

Entró en una universidad liberal en efervescencia, abierta a la discusión científica e ideológica. Es en ella donde su pasión personal, ingenua y romántica se impregnó de política; es en ella donde el amor primario que podía sentir en relación con los asuntos de su pueblo, se hizo ideología. En la Universidad, Pedro conoció también a la compañera que sería más tarde la madre de sus hijos. Ella era diferente; había nacido en una familia en la que "el acceso al marxismo se hacía por convicción intelectual, donde la dialéctica y el materialismo histórico conducían a una comprensión científica del mundo". Un punto de partida bien diferente de la visión impregnada de sensiblería, en realidad melodramática, con la que él había sentido en su pueblo la realidad directa de la injusticia social. Las diferencias actuaron como polos complementarios y ellos se casaron. El trabajo, la militancia y el amor se fundieron en una misma y única aleación.

Pedro se sentía, por otra parte, seguro de sí mismo, como se lo demostraban sus logros profesionales y políticos… y su conquista del amor. Así lo testimoniaban sus hijos plenos de vida. La gente que lo rodeaba era la recompensa de la verdad de su búsqueda. Se vivía la

exaltación del alba. La vida era plena. La revolución sin violencia estaba en marcha en el seno de una democracia liberal.

Otra generación, formada por más jóvenes, no estaba de acuerdo con el aplazamiento de los objetivos revolucionarios. Inspirada por el Che, creó la guerrilla. El poder político llamó entonces a las Fuerzas Armadas, las cuales –en este terreno particular– no tuvieron dificultad en acceder a la tecnología moderna de los países desarrollados. La correlación de fuerzas era clara, y los revolucionarios fueron destruidos con sadismo. Sin embargo, Pedro creyó –y miles de otros Pedros también– que continuaba viviendo en una democracia liberal. La violencia del poder era monstruosa, pero limitaba las víctimas a la guerrilla. Se trataba solamente de las reglas de juego de una guerra desigual. Pedro era pacifista y continuó luchando en el terreno político, en el que no había lugar para las armas: era el juego conocido de una democracia, sólo un poco afectada por la violencia.

Pero no fue así. Su llegada al poder, la destrucción y el fin de la guerrilla, no detuvieron la conducta de chacal insaciable de los militares. Una vez traspuesto el límite inicial, la violencia todopoderosa se instituyó como norma progresiva, desencadenando una espiral ascendente e infernal, gradual y metódicamente calculada. El concepto de subversivo y de enemigo de la patria se amplificó progresivamente hasta una dimensión subjetiva que se bastó a sí misma –como la relación del paranoico con su verdad–: son subversivos todos aquellos que no piensan como el poder; y ello a partir de premisas paranoicas.

A decir verdad, para ellos no se trata de pensar. Basta una actitud pasiva y servil, inherente a la naturaleza de la obediencia militar, a la cual están conformados y de la cual son intrínsecamente adeptos. Son los cruzados de una verdad maniqueísta en la cual el bien y el mal se enuncian por sí mismos. Verdad inmanente al esquema de

propaganda que han avalado y que señala, a priori y sin reflexión posible, dónde está Dios y dónde está el Diablo.

La lista de los acontecimientos es conocida y repetida. La progresión metódica y calculada fija un límite y testimonia el hecho de que el proceso no es guiado por los personajes que aparecen en esta historia, sino que el director que lo desencadena es una especie de doctor Insólito (el personaje de Stanley Kubrick), ligado a su ordenador geopolítico que transforma el proceso social de los países subdesarrollados en la trágica caricatura de una experiencia científica cuyas variables están bajo control. Esto es claramente discernible en una perspectiva imparcial, pero en la de Pedro las cosas aparecen de un modo diferente.

No podía renegar de su vida y su trayectoria después de veinticinco años. Con devoción con una fe serena en el valor y el rigor de sus ideales, no pudo y no quiso desconocer y evitar el destino que la vida le había mostrado. Como en *El Jardín de los Cerezos*, a mitad del camino de la vida, no puede evitar ser lo que es. Fue así como miles de Pedros continuaron cumpliendo su tarea, realizando su destino. Simplemente sucedía que esta tarea aprendida en dos decenios de dignidad había sido calificada como ilegal por el ordenador cuya inteligencia había discernido con eficacia que el ímpetu y el vigor de millones de seres no eran compatibles con sus intereses y sus propósitos sobre la región. Los Pedros pegaban afiches en la ciudad, juntaban un poco de dinero y publicaban una hoja en mimeógrafo que advertía que se vivía en una dictadura y relataba hechos trágicos de sufrimiento individual y colectivo.

En el pueblo de Pedro, de algunas decenas de miles de habitantes, encontrarlo a él y su mimeógrafo era tan fácil como saber dónde se imprimía la propaganda de Coca-Cola. Y así, un día, una patrulla militar fue a buscarlo y lo llevó junto a su mujer, a una prisión militar. Lo tuvieron una semana de pie, sin comer y sin beber,

golpeándolo salvajemente y humillándolo. Fue tratado peor que a una bestia. El oficial, seguro de su rol sagrado y de enfrentar al demonio, le dijo, altivo, que debía denunciar a las personas con las que estaba ligado. Pedro era fuerte y resistió. Se lo suspendió por las muñecas atadas a la espalda, hasta que sintió que se desmembraba. Lo sumergieron mil veces en agua con excrementos; se lo torturó con la picana eléctrica. Pedro resistió. La misma indignación frente a la iniquidad y la brutalidad lo ayudó a mantenerse. La comparación entre su vida sana y plena de entusiasmo y el sadismo a cara descubierta del cuartel le permitía todavía discernir entre la vida y la antivida.

Pedro no sabe cuándo ni cómo comenzó *la demolición*. Se le gritaba su condición de delincuente y de antipatriota, se le daban pruebas evidentes de ello: él había escrito sobre el muro "Abajo la dictadura"; había juntado dinero para fines subversivos; había redactado textos en la hoja de mimeógrafo sobre las transgresiones y abusos del régimen.

Hubo un momento en que Pedro comenzó a tener consigo una relación diferente y a darse cuenta de que ciertos pensamientos y conclusiones no parecían proceder de él mismo. "Yo no estoy loco", se decía, "pero hay otro dentro de mí". En el inconmensurable tiempo de su soledad, comenzó a hablarse a sí mismo como lo hacía el oficial; se decía cosas referentes a su autoestima, y algo se quebraba en el sostén y la adhesión a los ideales en los que había creído siempre. Algo de lo que existe en todo hombre, y que pomposamente se llama concepción del mundo, comenzó a desarticularse. Temblaba y no discernía sus pensamientos de la propia locura. Poco a poco, comenzó a pensar que sus acusadores tenían razón. En todo caso, ellos hablaban con firmeza; no tenían dudas y vacilaciones como él, que siempre cavilaba sobre la verdad. Se le mostró a algunos de sus antiguos amigos que gemían – serviles y obedientes– y que habían perdido su rango humano.

Pedro se sentía infinitamente solo. El mundo de sus convicciones, que antes era claro y vigoroso, se transformaba en una silueta difusa, vaga, casi inexistente, que se iba impregnando con su mugre, su orina, sus excrementos. Sus ideas y su asco se iban mezclando. Sólo quedaba nítida la presencia del oficial, su uniforme limpio, sus botas lustrosas, su estampa segura y su voz aplomada que le decía "Yo tengo todo el tiempo que necesito, una semana, un mes, un año. Algunos aguantan más, otros menos. Pero ya viste, al final todos aflojan. Hablan. ¿No ves que te conviene?, me ahorrás trabajo y te ahorrás sufrimiento. Si al final vas a aflojar".

El orden del mundo que trasmitía el oficial calaba en su carne. Lo otro, lo de antes, se esfumaba. Lo inmediato y patente era que había dos categorías de hombre: unos estaban limpios, su risa denotaba que estaban vivos, sus voces y sus gestos mostraban que eran seguros. Y en cada acto cotidiano –como el baño, la comida o el reposo– tenían el poder de dar o de quitar. Los otros eran sucios y malolientes, reptaban gimiendo en las pocilgas. Sus voces ya no expresaban contenidos discernibles, sólo la monótona reiteración de gritos de dolor y algún insulto de rabia. Unos eran el triunfo, otros el derrumbe.

Empezó a creer que esta polaridad era un orden natural que se debía sostener. Tenía coherencia; no era la confusión y la locura. En su espanto, todo orden era verdad, aun el orden fascista. Comenzó a admirar y a querer al oficial, en su eficiencia y su carisma. El otro Pedro que nacía, aceptaba al militar y repudiaba a los suyos y lo suyo.

En los momentos en que saliendo del anonadamiento se podía rescatar de la fascinación se preguntaba qué hacer con este traidor, con este nuevo desconocido que había nacido dentro suyo; qué hacer con la fuerza irresistible que lo acorralaba y lo arrastraba a unirse a quienes, en los momentos de lucidez, reconocía claramente como sus enemigos torturadores.

Pedro había nacido a otra forma de ser: la irrupción de esta nueva identidad, la tragedia de descubrir dentro de él a "alguien" cuya existencia nunca habría podido llegar a sospechar ni a concebir, le indujo a un tormento psíquico aún más penoso e intolerable que el que surgiera de sus horribles dolores físicos.

Aquella mañana, le pareció bastante obvio firmar el acta que le traía el oficial y que le fue leída rápidamente. En todo caso decía lo obvio, lo que todos sabían desde siempre: de la propaganda política, de los artículos de denuncia, quienes eran los amigos con los que trabajaba. Apenas un ligero deslizamiento de sentido, una trasposición de registro y su vida se transformaba en la carpeta de un delincuente. Para el oficial, cuando le decía que únicamente se trataba de formalizar hechos evidentes, objetivos, ya por todos conocidos, ¿se trataba de un ritual burocrático o de una sagaz ambigüedad preparatoria de manejos ulteriores?

Simplemente se organizaba, en un lenguaje docto y seudo jurídico, una realidad que para Pedro era el interjuego normal de la vida democrática y para la nueva verdad del régimen era una grave contravención al orden instituido, una afrenta a la patria, un atentado a la seguridad nacional. Y su titular era traidor, delincuente y despreciable.

El acta, maniobra sagaz, presentada inicialmente como un requisito para poner las cosas en orden, para que todo ande más rápido, sería luego el instrumento probatorio de la entrega, la claudicación la delación. Y si ya era Pedro un delator, si ya estaba marcado por un estigma por el que iba a ser repudiado por todos los suyos, qué más daba evitar nuevas y espantosas torturas respondiendo algunas preguntas. Asimismo el oficial le parecía bueno, le prometía las cosas que él deseaba: poner fin a este tormento, evitar –si colaboraba– una prisión que era la muerte en vida. Además, Pedro guardó dos o tres secretos esenciales acerca

de los suyos y sintió que la resistencia proseguiría, con los que pudieran hacerlo.

Pedro quedó tirado en la pocilga; no sufrió remordimientos. Estos son sentimientos propios de un ser indemne y él estaba destruido; sumido en la indiferencia y el anonadamiento. Su cabeza y su corazón estaban vacíos. Le daba lo mismo una cosa que la contraria. Ya no estaba encendido de vida, sólo duraba en un tiempo amorfo, amargo, indiferente… Casi no se conmovió cuando le hablaron de soltarlo. En realidad, le daba lo mismo. Sólo más tarde encontró las palabras para definir de qué se trataba: lo habían demolido. Con un amén aceptó el discurso que sobre el bien y el mal le daba el militar; aceptó el decálogo de ética barata que le recitaron: la dictadura había iniciado una limpieza a fondo para la salvación de la patria, no había que obstaculizar esa limpieza.

Creyó sumisamente que su absolución y sobrevida eran el resultado de la magnanimidad del oficial que le hablaba. Estaba vivo y podía salir porque el oficial era bueno.

No cabía duda.

Afuera, la vida cotidiana del pueblo donde había vivido cuarenta años, le parecía incomprensible. Asimilarse a ella, una tarea titánica, imposible. Toda la gente le miraba distinto. Algunos deslizaban fugaces frases solidarias y amistosas y se alejaban cuanto antes. Otros tenían el mismo tono e impostura que el oficial, le hacían sentir el mismo desprecio y humillación, desconocían la vida pueblerina compartida treinta años y le decían que el país estaba en crisis por mil Pedros malignos que andaban por allí. Era tarea santa demolerlos. Con sus hijos era más difícil aún. Despertaban de noche, aterrorizados por las pesadillas; le asediaban a preguntas sobre la verdad y la mentira, sobre la injusticia y la persecución sobre la condición de justo o delincuente. Le pedían la certeza de que no los abandonaría más. Pedro no

podía responder al asedio. Su rol de padre era incompatible con su condición de muerto vivo, demolido.

Buscó al psiquiatra, quien lo escuchó y le dio remedios. Pero lo peor fue el encuentro con su mujer. Él la quería como se quiere al ser con quien se descubre el amor. Ella también estuvo detenida y, presumiblemente, recibió el mismo trato. Pero había resistido. Se le veía en los ojos y en la manera de hablar y comportarse. Sólo el brazo izquierdo testimoniaba el grado del horror. Estaba paralítico: la habían colgado demasiado tiempo. Pedro buscaba su reproche y acusación y sólo recibía como respuesta un silencio dulce y comprensivo. Él la amaba más que a nada; sólo con ella podía anclarse en la vida. Pero ese brazo paralítico –siempre allí– objetivaba la valentía a la que él no pudo acceder. El fascismo había trazado una grieta insalvable dividiendo el mundo de ellos dos, que antes había sido uno solo. Pedro no podía poseerla. Fue esto lo que lo curó de su anonadamiento indiferente: se volvió loco de angustia y desesperación.

Las palabras buscaban armonizar la situación, pero el brazo paralítico y el fracaso del sexo marcaban la incompatibilidad. Pedro se fue a otro país. ¿Huyó de la presencia de su mujer que le señalaba lo que él no pudo ser? ¿Huyó del fascismo que lo había doblegado y lo podía usar como un títere? En él había quedado impresa la imagen triunfante del oficial con porte de cruzado y sabía que en su juego de oponer a dioses y demonios, podía utilizarlo para atestiguar cualquier mentira contra los suyos.

Pedro huyó de la muerte que lo acorralaba. Se refugió en lo vital que quedaba en él: su quehacer profesional. Un buen currículo lo ayudó a ser contratado en un país vecino, donde se entregó con pasión y energía a las tareas que le fueron encomendadas. Trabajó con dedicación desde el despertar hasta que el sueño lo vencía. La devoción en su trabajo escondía su temor al encuentro consigo

mismo. Por eso, el domingo era más difícil o casi imposible: el cine y los remedios duplicados no alcanzaban para la fuga.

Pero nadie puede vivir escondido en su trabajo. Y él amaba a su mujer. Ella le decía: el momento es crucial, yo debo seguir militando, no puedo abandonar. Los hijos gritaban que los necesitaban juntos. Pedro no podía volver, ella no podía irse. ¿Cómo se anudan estas moscas por el rabo? "Yo la quiero, ella me quiere los hijos nos necesitan juntos; pero… ¿cómo compatibilizar nuestros destinos, el suyo de lucha, el mío de huida?"

El poder violento les resolvió esa parte del dilema: la eficiencia de los militares *made in USA* liquidó toda posibilidad momentánea de lucha y juntó a Pedro con los suyos.

Queda la interrogante del destino de la grieta abierta.

¿Pedro volvió alguna vez a gozar con su mujer? ¿Qué fue de los miles de Pedros que se encendieron en la pasión de construir su pequeño país, que vivieron dos décadas inmersos en esa pasión?

Miles pasaron por las cárceles políticas; otros tantos o más, deambularon por el mundo, buscando un lugar que los dejase vivir, vegetando los más, creativamente los menos. Unos y otros, con un encono y un odio con el que no nacieron, que no tomaron en cuenta como parámetros de vida, y que sólo se pusieron en marcha con la injusticia, con el dolor de la herida no cicatrizable de la tortura –en el cuerpo propio o en el del hermano, o en el de la amada, o en el del amigo–; y que los hará, en el retorno, a casi todos ellos –innecesaria e ineludiblemente– distintos. Cuando una experiencia límite quiebra la continuidad del destino ¿qué marcas se inscribirán en la reelaboración identificatoria? Nuestra hipótesis es que algo crucial se juega allí.

Pedro no es un caso. Es un relato. Pero un relato que remite sólo a hechos reales y en el cual muchas personas se funden en el protagonista que es el eje de mi historia.

Una mirada psicoanalítica: la demolición

En la experiencia de la tortura se pueden discernir tres momentos o estructuras necesarias y sucesivas:

Primero el momento inicial –la experiencia de la tortura–, el más conocido y denunciado, apunta a la aniquilación del individuo, a la destrucción de sus valores y convicciones.

El *segundo* tiempo desemboca y culmina en una experiencia extrema de desorganización de la relación del sujeto consigo mismo y con el mundo que, siguiendo la expresión sagaz de ese paciente, he llamado *la demolición*.

El *tercer* tiempo es el desenlace, la resolución de esta experiencia límite. Es el resultado de la crisis y la organización restitutiva de la conducta a que da lugar.

En último término, esbozo algunas reflexiones sobre las consecuencias sociales, es decir, sobre los efectos en psicología colectiva que tienen lugar a partir de la demolición como hecho individual.

La experiencia de la tortura

¿Por qué medios y de qué manera la destrucción y degradación del cuerpo funciona como preparatoria y desencadenante de la quiebra y claudicación a nivel psíquico?

La pregunta no me parece ociosa ni accesoria. Sabemos de una ontogénesis de las relaciones objetales y que allí donde hoy hay amor, adhesión o admiración a un ideal, a un valor o a una idea, hubo antes una relación objetal en la que el yo corporal y una erogeneidad patente estuvieron implicadas. Dicho de otro modo: ideología y ética son sucedáneos de una matriz originaria en la cual la dialéctica de las relaciones corporales, de los vínculos erógenos primitivos, tienen un rol estructurante. La barbarie totalitaria comprende este saber psicoanalítico (no sé si a nivel de su

conceptualización, sí sé que a nivel de su eficacia) y utiliza métodos de depurada técnica que toman en cuenta esta verdad de origen: la primacía de la relación del hombre con su cuerpo.

La historia de Pedro nos reitera la enseñanza de que, mientras la tortura pueda ser discernida como agresión física que viene del exterior, algo de la indemnidad del sujeto torturado queda preservada. Sentirse alguien que resiste y lucha contra una agresión espantosa y condenable, permite rescatar una forma de ser congruente y sostenible: ser alguien y poseer un cuerpo.

La demolición

Existe un momento –en el sentido estructural de la palabra– en que el sufrimiento se desliza de la agresión en el cuerpo físico de un sujeto indemne a la más desoladora experiencia de desamparo (*helplesness, Hilflosigkeit, état de detresse, déréliction, desarvolamento*).[8]

Este momento se sitúa después de un tiempo muy variable de prisión y tortura; según la estructura individual y el contexto de la situación, tiene lugar al cabo de horas, días o meses. Pero su desenlace me parece una encrucijada ineludible y decisiva.

A partir de la intensidad del dolor físico, de la desaferentación sensorial –oscuridad, capucha–, de la ruptura de todo vínculo afectivo y efectivo con el mundo personal, amado desde siempre, se llega a la presencia constante de un cuerpo dolorido, sufriente, deshecho, totalmente a merced del victimario, que hace desaparecer toda otra presencia del mundo que no sea la centrada en la experiencia actual. Llamamos a ese momento: *la demolición*.

La demolición es la experiencia de derrumbe y de locura –

[8] Sabemos con Freud que es ésta una experiencia originaria de la naturaleza humana: prototipo de situación traumática generadora de angustia. "En razón de la prematuridad, del modo incompleto en que el ser humano llega al mundo, se establece un factor biológico que hace que en las situaciones de peligro exterior, se crea la necesidad de ser amado. Necesidad que no abandonará jamás al hombre..." Freud, Sigmund, *Inhibición, síntoma y angustia,* (1926d[1925]),T. XX. A. E., p. 71, Buenos Aires, 1979.

metódica y científicamente inducida– que coloca al individuo frente a su mundo, que fue amado e investido, ahora transformado en un agujero siniestro lleno de vergüenza, humillación, orina, horror, dolor, excrementos, cuerpos y órganos mutilados; el todo inscrito en un espacio vivido como inmensurable y eterno, que tiene las características de la pesadilla y del espacio onírico. Todos los actos de la prisión política están articulados para llevar al sujeto a una situación de desintegración y pérdida de control. Lo que desde siempre ha sido para el sujeto su mundo propio, su universo de catexis objetales, es transformado, por la acción de los torturadores, en algo temido y repudiable.

Es obvio decir que, instalada la demolición, la dinámica relacional entre torturado y torturador tiene características muy disímiles a la inicial, de enfrentamiento de un militante y su enemigo brutal. Como nos enseña Pedro, no es en el nivel de un sujeto indemne sino de un demolido, que se juega el desenlace.

Es en el nivel regresivo de un espacio onírico, de pesadilla, en el que hay una desorganización del mundo objetal y se produce una indiscriminación entre objetos internos y externos. En el nivel inesperado de una experiencia que moviliza aspectos inéditos, mecanismos no experimentados en la historia previa del sujeto. En un nivel en el que el martirio deshace el camino de la maduración ontogénica y reinstala un sistema de relaciones objetales primitivas que obliga a reestructurar; más aún, a refundar el mundo propio de valores. La demolición tiene el carácter de una experiencia instituyente. A través de la denigración del cuerpo y del despojo del universo objetal – ideología, valores, relaciones afectivas–, se lleva al sujeto a una situación límite que exige una elaboración psicológica. Si no se hace, entramos en la situación no infrecuente en que el individuo desencadena una psicosis clínica.

¿Cómo y con qué se reorganiza el universo interno destruido?

Existen dos posiciones éticas irreductibles y antagónicas: la del torturador, con su lógica de salvar la vida, rescatar una integridad física y un cierto modo de equilibrio psíquico; y la del torturado, que busca reasumir su identidad anterior. Una es presente, invasora, tiene para sí la ventaja enorme de estar encarnada en una presencia. La otra, mediata y ausente, representa la posibilidad de una cierta coherencia con lo que el torturado ha sido y querido hasta ahora, pero su no presencia connota la muerte. Es a este nivel que opera la opción. En la situación de desamparo, ausencia equivale a agonía, por falta de una perspectiva de vida asegurada desde afuera. Y presencia es la posibilidad de salida, es promesa de restitución.

Es a este nivel que tiene lugar la trastocación profunda de los valores éticos del mundo anterior del torturado: lo ausente, querido y perdido, se transforma en muerto, persecutorio, repudiable; y lo presente odiado, aparece como deseable. La fascinación recubre el horror y el mundo moral cambia de signo.

Desenlaces y salidas

Sostuvimos que la demolición es una encrucijada ineludible del torturado y que su elaboración es estructurante del destino de las relaciones objetales y, por ende, de su conducta ulterior.

¿Como se reorganizan y redefinen estas relaciones? Partamos del relato de Pedro. ¿Cuál es el origen de la invencible y mágica atracción que siente por sus torturadores? ¿Dónde se anuda el horror con la fascinación?

Pensamos que la necesidad imperiosa de una reparación de la catástrofe –inherente a una economía del psiquismo– lleva a la búsqueda, en el otro accesible, de una restitución del mundo destruido. En esta situación, lo único disponible para el reintegro es el torturador. Dinámicamente, el conflicto se juega entre la aceptación de un vacío desolador y una creencia ciega en el

torturador –el único "otro" (objeto) disponible en lo inmediato– como fuente restitutiva.[9]

La sumisión y la alianza con el enemigo –de las cuales la confesión y la relación son los productos exteriormente visibles– son el resultado de la instalación de una relación de complicidad perversa entre el prisionero y sus torturadores. Relación que se origina en la necesidad de conjurar el espanto del horrible espacio destruido, rellenándolo del mismo demonio que se quiso exorcizar. De la misma forma en que el delirio es la cura monstruosa de la catástrofe psicótica, la relación sumisa –perversa y masoquista– es el producto de degradación que reemplaza el desamparo de la demolición.[10]

¿Es posible concebir otra salida? Otro torturado nos dio una clave conceptual. Palmoteando la espalda de su camarada claudicante, le dijo: "Lo que pasa, compañero, es que usted no le ha perdido el miedo a la muerte".

¿Aceptar el miedo a la muerte?[11]

---

[9] Dice Freud en el texto ya citado: "…los peligros del mundo exterior incrementan enormemente el valor del único objeto capaz de proteger contra lospeligros". Acotan, comentando, J. Laplanche y J. B. Pontalis: "El estado de desamparo, inherente a la dependencia total del pequeño ser respecto a su madre, implica la omnipotencia de ésta. Influye así en forma decisiva en la estructuración del psiquismo, destinado a constituirse enteramente en la relación con el otro". *Diccionario de Psicoanálisis*, Ed. Labor SA, Barcelona, 1971, p.93

[10] En Sigmund Freud, *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, (1921), A. E. 18 p. 63, Buenos Aires, 1979. Freud entiende la melancolía y la perversión como variantes de identificación psicótica. Nos dice:
– en el melancólico, la división del yo en una parte flagelante y otra flagelada, remite a una relación intrapsíquica con el objeto introyectado de "crítica implacable y cruel auto humillación", que en su origen fue hostilidad y deseo de venganza contra el objeto;
– en el homosexual, la conducta perversa tiene su génesis en apelar a una identificación con el objeto perdido como procedimiento para renunciar a él. Esta incapacidad de aceptar y elaborar la pérdida lleva al sujeto a jugar el rol del "objeto" y buscar objetos de amor para tratarlos como se sintió tratado por el objeto original y así conjurar su pérdida.
En síntesis, transformación en el objeto para desestimar (dénier, disavowal) su supresión en la constelación objetal; autoflagelación como expresión de la hostilidad coartada con el objeto externo introyectado y como desconocimiento de la agresión hacia ese objeto.
La reseña nos provee los elementos para una posibilidad de respuesta a la conducta tan frecuente como inicialmente enigmática por la cual el demolido cede más fácilmente al torturador persuasivo y seductor, que al que ejerce su rol desembozadamente.

[11] El matiz es decisivo. No se trata de la muerte fáctica, sino de la conducta de un sujeto ante el escenario de la destrucción propia y la de su mundo. Su destino material y objetivo –esto lo sabe el prisionero– no le pertenece. De querer autoeliminarse, carecería de los medios para hacerlo. La muerte real está en la órbita de las decisiones y deseos del sistema de tortura y un poco en el azar de los límites de resistencia. El protagonista sólo es dueño de sus miedos y de cómo resolverlos.

Pensamos que en la simulación extrema de la demolición, se suscita la emergencia y la resolución de esta ansiedad básica, en sí misma irreductible y ante la cual las soluciones son siempre soluciones de compromiso. La experiencia de demolición induce fantasías inconscientes que podemos representar en el siguiente dilema: o se acepta y se soporta psíquicamente, o bien se la reniega y sustituye a través de la recreación de ansiedades y soluciones sustitutivas.

A nivel psicológico la muerte es una definición por lo negativo[12]. Es lo insignificable, es silencio y vacío. Es despojo de amor. Es reconocimiento de lo absurdo e imposible. Aceptar la muerte es admitir la crueldad de su realidad, sustraerse a ella y resistirla, en el encuentro y unión con los objetos amados, que trascienden los límites de nuestra desaparición. Huir de ella –como lo hizo Pedro al amar a sus agresores– es la ilusión de conjurarla, erotizándola, vistiéndola con la ilusión perversa de su fascinación; es, paradójicamente, la realización del goce masoquista.[13]

Pedro quedó atrapado en la inmediatez de su experiencia, en la cueva imaginaria fabricada por sus torturadores, que era su único mundo disponible. Sólo superando la inmediatez de esta experiencia invasora, asumiendo el horror a la nada y aceptando la propia aniquilación, se puede recuperar un sentido de la muerte propia: rescatándola en el nivel simbólico del mundo amado y perdido. Es cuando esta aniquilación adquiere un sentido, al significarla en la continuidad y permanencia de los valores propios, que el torturado podrá pagar con su vida la preservación de su otra integridad.

Como el niño en el juego del carretel, pero en condiciones atroces; solo si se simboliza la pérdida en su reencuentro con lo amado y perdido, es que algo del sujeto quedará fortalecido e indemne.

[12] Freud, Sigmund. *De guerra y de muerte. Temas de actualidad* (1915) A. E., 14, p. 273, Buenos Aires, 1979.

[13] Las dos salidas identificadas se pueden esquematizar: - repliegue narcisístico e investimento erótico del cuerpo (resolución perversa), - repliegue narcisístico, asunción de la catástrofe corporal y sobreinvestimento del mundo objetal internalizado (resolución depresiva).

La demolición en psicología colectiva

Las necesidades de nuestro desarrollo nos llevaron a desembocar en el esquematismo de una polaridad: la alternativa del héroe o el demolido. Tal vez con ellos caímos en el sometimiento a una perspectiva que es propia de los testigos involucrados y comprometidos en la tragedia – familia, amigos, grupos u organizaciones políticas–, siempre listos a sentenciar y etiquetar en los Pedros el mote de traidor y la muerte del héroe.

Dejemos a Pedro y, desde su lugar, interroguemos a los testigos. ¿Cómo trasciende su historia en nosotros? ¿Nos es ajena? ¿Está del otro lado de nuestra piel? ¿Cuál es nuestra distancia con este drama?

Instituida la tortura como práctica corriente en la sociedad violenta, los efectos y consecuencias son ineludibles y múltiples. Sobre ellos sólo tenemos, para su discusión, algunas notas provisorias.

Frente a hechos como la demolición, nos sucede algo del registro que Freud anota en la fantasía de *Pegan a un niño*[14] "Bajo la influencia de ciertos relatos, la imaginación comienza a inventar toda suerte de situaciones y sistemas en que los niños son golpeados por su maldad y malos hábitos…". Es decir, a lo objetivamente horrible del hecho y del tema, el modo de trasmitirlo le confiere un lugar limítrofe entre lo real y lo fantástico, un suspenso y una incertidumbre que son la mezcla del delirio y los acontecimientos reales. Punto de intersección que Freud privilegia por la emergencia de la experiencia de lo siniestro (*Unheimlich*). Junto al espanto real, la tortura es una pantalla proyectiva que, como la fantasía de *Pegan a un niño*, conjuga la emergencia de la fantasía sádica con la satisfacción voyerista y masturbatoria.

Es sabido en psicología psicoanalítica que la confirmación por la realidad de un fantasma reprimido, o la emergencia de un residuo

[14] Freud, Sigmund, *Pegan a un niño* (1919), AE, 17, p. 123, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

animista colectivo, al provocar la convergencia de lo real y lo fantástico, desencadenan el máximo del horror. La reacción a nivel del rumor de historias reales y fantásticas, como tema obligado, recurrente y repetitivo condicionan una estereotipia en la vida relacional de la sociedad sometida: en rueda de amigos o cualquier otro encuentro social, se recurre reiteradamente al tema de la tortura y a su corolario la demolición.

Para trasmitir su realidad y fantasía o para refutarla, el tema es central e ineludible y presumo que sus efectos abarcan todos los niveles y conductas de la vida social, y no sólo aquellos considerados convencionalmente como políticos.

Es por eso que la existencia de algunas decenas o centenas de Pedros se convierte en una experiencia universal en las sociedades sometidas a la violencia política. Experiencia que desembocará no sabemos dónde, pero que su desenlace puede llevar a la rebelión violenta (y sanguinaria) o a un sometimiento cuyos efectos no se parcializan en lo político, sino que afectan –empobreciendo y paralizando– todos los niveles de la vida social y cultural.

La demolición que Pedro experimentó en su carne tiene, pues, la doble dimensión de una tragedia individual y de un fenómeno central de psicología colectiva. Su eficacia –al dar sustancia al horror latente y universal que existe en cada ser humano– consiste en instituirse como un destino virtualmente posible para cada uno y en cada instante y, por ende, requiere toda una organización de construcciones defensivas de diferente grado de racionalidad que, a nivel real y fantasmático ordenan la totalidad de las conductas cualquiera sea su distancia objetiva con el hecho político.

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

Pepe o el delirio del héroe

Marcelo Viñar, París, Enero 1978.

La adolescencia y la juventud de Pepe coinciden con el proceso de pérdida de los valores liberales y con la instalación progresiva de una dictadura militar sangrienta. Para esa generación de jóvenes, en un país en convulsión, la elección del destino pasaba por la política.

Pepe era responsable de una célula en una Facultad, y cumplía rigurosamente sus funciones de militante: de noche pegaba afiches, distribuía volantes clandestinos denunciando las atrocidades del régimen y llamando a la lucha; planificaba la organización de sus camaradas e intentaba convencer a quienes no eran militantes.

Dos veces fue detenido durante razias de intimidación que el régimen organizaba contra los militantes. Algunas semanas de malos tratos y de amenazas destinadas a atemorizar y doblegar a quienes luchaban, no fueron suficientes para modificar el comportamiento de Pepe, quien volvió a los riesgos cotidianos de su vida de estudiante y de militante.

La tercera vez, su suerte fue más dura: aquella destinada a los tenaces, a quienes, por desafiar la tiranía instaurada, son calificados por la burocracia de la tortura como "irrecuperables".

La sed, el hambre, el plantón prolongado, constituyen el primer capítulo del martirio. Un tiempo infinito –objetivamente entre ocho y veinte días– en la subjetividad del tiempo vivido, sólo marcado por la alternancia sinfín del horror y la destrucción. Una soledad eterna que se interrumpe solamente cuando caído, extenuado, "el bueno" del equipo de tortura le llevará un vaso de agua o un tazón de sopa, diciéndole que haría mejor en aceptar las exigencias de los

torturadores. Ilusión de no estar solo, ilusión que termina pocos segundos después, con la patada que rompe el espejismo del reposo.

En cierto momento –¿dos semanas tal vez?–, Pepe comienza a tener una relación inédita, bizarra, con su cuerpo: siente que no le pertenece más; cada vez que intenta reapropiárselo los dolores son demasiado fuertes. Sólo le queda, entonces, elegir entre renegar de su cuerpo –alienación que lo horroriza– o concentrar toda su atención en un estudio minucioso de las posturas menos insoportables y del tiempo durante el cual puede tolerarlas. Para Pepe, ese juego obsesivo es fundamental. El control voluntario de sus músculos, de su vejiga y de sus intestinos es la tarea más importante que haya tenido que cumplir. Destinar tanta energía a ese control, solo es imbécil en apariencia; ello le permite puntuar ese tiempo infinito sin volverse loco.

Además, sabe que puede derrumbarse de agotamiento. Y si cae, la guardia se encarnizará sobre él, lo pondrá durante largas horas con brazos en posición horizontal, con un caballete entre las piernas, que al incrustarse en el periné le provocará un tormento indecible. Si se deja llevar por un grito desesperado, será golpeado con palos o atacado por perros. Se le exigirá que diga, en medio de risotadas: "Soy un perro bolchevique, soy un comunista inmundo".

"Y la humillación es peor que el dolor.
El dolor es conmigo mismo.
Si aflojo, les hago el gusto a esos hijos de puta.
Y así, me muero… Dejo de apreciarme.
Ya no me queda nada."

Su pensamiento toma a veces caminos extraños; en su pánico y su estupor, se despierta descubriendo que ya no es el dueño de su pensamiento. ¿Cuántas veces su pensamiento errático lo lleva a su boliche habitual?

"¡Qué sed tenía ese día! Como siempre, Manuel, el dueño del boliche, divagaba charlando con cada uno de los habitués. Burlándose de los clientes en lugar de servirles la cerveza tan esperada. 'Deja tus burlas, ¿me servís o qué? ¡Cretino, la vas a volcar!'"

Las voces con las que se confunde no son solamente alucinaciones. Sus guardias se divierten respondiéndole aumentado así su suplicio de Tántalo.

Pepe se despierta llorando para sus adentros. Una vez, incluso, la cosa va más lejos: "Tu vieja te llama por teléfono. Dice que tenés que volver, que te espera en casa, la cerveza está bien fría… y esta noche hay un asadito".

Pepe comienza a irse.

"Dame el teléfono de tu vieja. Así le decimos que vas para allá." Y dice:

"Cuarenta y uno …".

¿Qué lo detiene? ¿Qué "razón" le advierte que no debe decir el número, que puede poner en peligro a su madre? ¿Por qué se despierta en ese momento y se encuentra con sus torturadores muertos de risa?

El oficial, altanero, es categórico y cortante:

"Estás perdido. Sabemos quién sos y que te hacés el duro". Y luego de un resumen preciso de sus actividades, concluye: "Para los duros, tenemos un tratamiento especial. Vos elegís: o te sentás a escribir o te hacemos la pesada. Pero te juro que vas a terminar reconociendo que solamente sos una mierda".

Pepe no sabe cuánto tiempo duran las sesiones, ni la espera, que es aún más terrible. Recuerda la picana eléctrica, el submarino en agua con excrementos, y el día en que le abrieron el ano para meterle volantes de los que él distribuía. Esos recuerdos son confusos.

"Todo esto es una historia de locos. No sé cuánto tiempo duró ni cuántas veces me lo hicieron, ni qué hacía yo cuando lo hacían.

Porque, cuando te destruyen, no pensás más, sólo sentís miedo. El susto ocupa todo el lugar. De lo que me acuerdo bien, sí, es de cuando vinieron mis amigos. Estaban todos los de mi clase y algunos de mi grupo de militancia.

Venían a verme. Uno por uno. Tenían aspecto de estar de fiesta. Yo les dije: '¿Están locos, qué diablos hacen aquí?'.

Y entonces mi amigo, el Pato, me dijo: '¿Pero sos tarado o qué? ¡Qué pregunta! ¿No sabés que hay un examen de tortura? Por eso estamos aquí. No es un bollo, pero se logra. Lo que hay que hacer es aguantar el primer ataque y resistir. Después, se soporta. Tito casi la queda, pero lo dejaron para un segundo llamado'.

- Entonces, Pato, ¿todos debemos pasar?

Y el Pato, textual, me dijo: 'Sí, todos debemos pasar. Todo el mundo pasa. Y vos no vas a aflojar, Pepe. ¡Tenés que aguantar!'."

Es a través de la presencia alucinatoria de sus compañeros, de su amigo, que Pepe se dota de un espacio lúdico y onírico que dará a su terror el sentido de una lucha y le permitirá permanecer invencible ante la técnica sofisticada de sus torturadores. Pepe seguirá la consigna de Pato: ahora, puede soportar hasta la muerte, porque este examen hay que pasarlo.

Algunos meses después sale, sin proceso. Su madre lo abraza, tiene el asado y la cerveza bien helada. Las marcas de la tortura no logran empañar la inmensidad de su sonrisa.

"Que suerte que pueda contarle esto a usted, que es doctor. Quedé medio idiota, y cuando me dijeron que el Pato no estuvo nunca en la cárcel, empecé a no entender nada. Y como no quiero contarle a mis viejos lo que me hicieron, siento que se me van a entreverar todos los cables."

Si propongo esta historia como objeto de reflexión es porque no la considero excepcional, sino al contrario, ordinaria y ejemplar de la historia latinoamericana de esta época.

En "Pedro o la demolición" relaté y analicé el desenlace contrario, cómo el disturbio del pensamiento producido por el martirio de la tortura desemboca en una producción onírica y alucinatoria de fascinación por el torturador.

El momento alucinatorio, tal como es descrito en las historias de Pedro y de Pepe, aparece en un campo de observaciones clínicas tristemente extendido. Esta frecuencia y esta constancia nos invitan a pensar que no se trata de una excepción ligada a la estructura de un sujeto, o de la singularidad de un "caso" conocido, sino más bien del pasaje o del desenlace necesario de un proceso inteligente y calculado por un poder político.

Tal vez sea violentar el psicoanálisis llevarlo a territorios tan alejados de sus preocupaciones habituales. Una extrapolación reductora siempre es posible. Cada vez que hemos abordado este tema, pretendiendo suscitar una reflexión analítica, nos han tratado de humanistas panfletarios. Pero entre la compartimentación de la *doxa* freudiana y el riesgo de la transgresión, prefiero este último.

¿Por qué caminos la tortura lleva a la alucinación? ¿De qué manera el loco que todos llevamos en nosotros y emerge en esta situación extrema, puede recurrir a valores éticos tan antinómicos y llevarnos a la alternativa, tan a menudo planteada, entre el héroe y el traidor?

¿La tortura no puede, en tanto que situación límite, enseñarnos algo sobre la relación con nuestros valores éticos, generalmente menos cuestionados en la sociabilidad habitual?

Es bueno, creo, comenzar con un desvío para reubicar el concepto de tortura, a menudo vinculado a la noción de malos tratos y de violencias psíquicas y físicas. En ciertos trabajos sobre el tema, realizados por Amnistía Internacional, las Naciones Unidas u otros organismos preocupados por los derechos humanos, el análisis del problema se contenta con esa calificación. Sin dejar de respetar esa visión necesaria pero no suficiente, quisiera subrayar lo que ese

análisis desconoce. Los testimonios y los trabajos sobre el inventario del horror y sus consecuencias médico-psicológicas abundan. Las agresiones físicas –hambre, sed, brutalidad, martirio refinado– y psíquicas –aislamiento, privación sensorial, mensajes contradictorios– son, en esos trabajos, el eje fundamental de comprensión, lo que puede dar lugar a un desliz hacia la fascinación voyerista. Por oposición a esa óptica, a esa atracción visual del horror, la palabra de Pepe –y la de Pedro– se organiza fuera del inventario descriptivo de las técnicas. Una frase se reitera insistente: "Usted no sabe, no puede saber, es el horror". Eso que no puede ser nombrado toma el lugar de lo descriptivo. El repertorio de las diferentes formas de violencia no es lo que cuenta. El tiempo infinito, el horror sin límite, las condiciones de aislamiento, la extrañeza, la soledad, así como la sucesión de mensajes fragmentarios y contradictorios que llevan a la locura descrita en el síndrome de privación sensorial, constituyen los elementos esenciales y ordenadores.

Ante el texto de Pepe es fácil, aunque estéril, dejarse atrapar en la oposición mente/cuerpo y discutir sobre la psicogénesis de un delirio o la organicidad (metabólica) de un cuadro de confusión onírica. El texto de Leopoldo Bleger, *À l'horizon*[15] nos advierte de esa recuperación para un discurso médico-científico, recuperación tranquilizadora en la medida en que invierte la realidad que abordamos y la somete a códigos conocidos. La lectura de la literatura médica y psicoanalítica sobre los campos de concentración muestra que la misma realiza absolutamente esa reducción. Esa definición médico-científica borra lo esencial: la tortura es parte (necesaria) de un proyecto político y de un sistema de poder. El calvario de decenas y centenares de personas es suficiente para que la sociedad en su conjunto sea afectada. El objetivo manifiesto de obtener informaciones y confesiones es accesorio en relación con el

[15] Bleger, Leopoldo, *À l'horizon*, Psychanalystes, N°13, París, octubre de 1984, pp. 63-70.

proyecto último de aterrorizar y someter; el blanco es más la colectividad que la propia víctima. Propongo, entonces, la siguiente definición operativa: "La tortura es todo dispositivo intencional, cualesquiera sean los medios utilizados, puesto en práctica con la finalidad de destruir las creencias y convicciones de la víctima para despojarla de la constelación identificatoria que la constituye como sujeto. Ese dispositivo es aplicado por los agentes de un sistema de poder totalitario y está destinado a la inmovilidad, a través del miedo, de la sociedad gobernada".

Volvamos a Pepe, a su alucinación –tal vez solamente un sueño despierto–, producida en ese momento de espanto, más intenso y duradero en la tortura que el que conocemos en la pesadilla de la vida cotidiana. ¿Freud no nos enseñó que la experiencia extrema amplifica, pero no innova, no inventa?

¿Cuál es entonces la función de la alucinación? En el estudio del caso Schreber, Freud escribe: "Eso que tomamos por una producción mórbida, la formación del delirio, es en realidad un intento de cura, una reconstrucción".[16] La alucinación, explica en otro texto, *Proyecto de psicología*[17], tiende a anular el sentimiento de precariedad y confusión, a suprimir el abismo abierto por la ausencia del otro amado y necesario.

El sujeto se constituye a partir del otro, de los otros. Su presencia consistente y segura es el soporte del Ideal. Es eso que Pepe manifiesta en su producción onírica y es allí que Pedro fracasa. En éste, el derrumbe del Ideal crea un abismo que marca la ausencia del otro amado y necesario. Es en ese vacío que puede entrar el enemigo, colmando el derrumbe con la inmediatez accesible. En Pepe, al contrario que en Pedro, es evidente que la alucinación vuelve más vivible el horror.

[16] Freud, Sigmund, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (1911 [1910]), AE, 12, p. 1, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980.

[17] Freud, Sigmund, *Proyecto de psicología* (1950 [1895]), AE, p. 323, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1982

¿Se debe buscar solamente en las raíces de la patología individual y familiar un tratamiento tan antinómico del Ideal en su función ética?

Pienso que la doxa freudiana respondería afirmativamente, ¿pero es verdaderamente así? ¿Cómo el loco que surge en una situación límite se vuelve héroe o traidor? ¿La experiencia de la tortura no será reveladora de imperativos tácitos del lazo social que son indecibles en la vida ordinaria?

Las historias de Pepe y Pedro me enseñaron algo sobre la función de la memoria como recurso y sobre su desaparición como derrota, dos salidas que abren posibilidades diferentes para vivir la amenaza de muerte y la posibilidad de muerte real que existe en la tortura.

También es válido formular esta interrogante: ¿hay que buscar esa memoria –como soporte simbólico– y el olvido –como función de supresión y desconocimiento– solamente en la arquitectura individual de la personalidad? ¿O hay que buscarlos en la trama colectiva de la memoria social, en sus modos de tratamiento de los efectos intolerables de la violencia social?

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

Exilio y tortura

Maren Ulriksen y Marcelo Viñar, París, 1980

Un padre juega a la pelota con su hijo.

El hombre, exiliado latinoamericano desde hace un año y medio; el hijo, de dos años y medio de edad, asiste a un jardín de infantes desde su llegada a Francia. El juego transcurre en la felicidad que le es intrínseca, con las variantes y repeticiones que los niños de esa edad gustan hacer. El niño propone: "*Assis, papa…*"; el padre no le comprende, porque para su oído hispanófono ese es el sonido de "así". Y, atento, trata de mimetizar los gestos y los movimientos del niño. El niño insiste: "*Assis, assis, papa*", y el padre, perplejo, de más en más confundido, no sabe qué hacer.

La situación se vuelve tensa, enojosa y una incomodidad angustiada viene a poblar el placer del juego. Por azar, llega en ese momento el hermano mayor –que por su edad y disposición anímica, ha logrado más rápidamente un bilingüismo solvente– y traduce –no sin un dejo de ironía–: "Te dice que te sientes, papá".

El juego se reanuda.

Pequeña escena íntima, de apariencia anodina, en la cual la angustia de los personajes señala una desproporción que sugiere la violencia que allí irrumpe. Pequeña historia simple que puede cerrarse como tal, o interrogarse como lapsus, buscando las conexiones a las que da lugar el malentendido. Escena que sitúa la peripecia del exilio allí donde verdaderamente golpea y duele: en la intimidad de la relación padre-hijo, redoblada como superficie de contacto de dos lenguas, de dos universos y que coloca a padre e hijo, por un momento, como extranjeros.

Equívoco puntual que provoca la efracción y con ella la resurgencia – como desgarro– de aquella pertenencia amada que se perdió. Dos años más tarde, en la visita de su abuelo anciano, el mismo niño expresó, en un español que no es mejor que el francés de sus padres: "Mi abuelo es malo porque habla viejo y yo no le entiendo nada de lo que dice. Mamá y papá hablan tres viejo y tres nuevo, entonces yo entiendo". Y luego, con gestos de sus manos para enfatizar lo que decía, continuó: "Dos viejo y dos nuevo está bien, tres viejo y tres nuevo está bien… Pero si tú hablas tres viejo y uno nuevo, no está bien… yo no entiendo nada". El niño que se crió en Francia, inmerso en su lengua –lo "nuevo"–, no quiere, porque no entiende, lo "viejo", la lengua de su abuelo. Cifra su pertenencia a un mundo, "nuevo", dándole un valor por lo menos equiparable a lo "viejo", encarnado en el abuelo. El niño, representante de lo "nuevo" –el exilio– reclama su derecho a desear, a valorar lo nuevo, sin por lo tanto abandonar lo "viejo", trasgeneracional.

Sabiduría infantil de la elaboración del exilio.

El exilio: lo viejo y lo nuevo

Lo viejo

Lo viejo y lo nuevo que el niño detecta y denuncia serán las nociones eje de nuestra reflexión, porque es esta doble inscripción la que marca las vivencias del proceso del exilio.

La precisión de lo viejo se realiza por el hecho de haber habitado un lugar y amarlo, de haberse consustanciado con su historia, de haberse sumergido en sus pasiones, en las ciertas y en las absurdas. De aquello que hice mío y me constituyó en lo que soy. Frontera en la que "yo" y "nosotros" se articularon en una continuidad fluida de acuerdos y oposiciones. En la que se anudó lo sano y alienante de

una pertenencia. Trama de una historia personal y colectiva que teje en cada ser una trayectoria familiar, profesional y política y que en un lugar u otro, permite a cada quien anclar su pasión revolucionaria e inscribirse en la violencia simbólica de una transformación.

Y todo ello, apoyado en un nivel más primario, que se experimenta con el cuerpo: el clima, los colores, los olores, los rincones queridos, donde madre y paisaje se subsumen en una misma y única imagen. América del Sur, es latina del Sur y el funcionamiento de la familia extensa impregna todos los códigos relacionales –vaya uno a saber si por razones étnicas, climáticas o culturales– y esta familia extensa no tiene equivalente en el individualismo de la prosperidad europea.

Lo viejo, nostalgia de un paisaje maternal que se ofrece al recuerdo como cadáver y como lugar privilegiado para el éxtasis. Nostalgia, del griego nostoos, retorno, y algos, dolor. Retorno doloroso que remite al modelo de la pérdida del primer objeto mítico. La cuestión del exilio relanza, pues, la pregunta nada fácil y tan actual en el estudio de la psicosis: ¿qué ocurre en el sujeto cuando la realidad factual realiza o redobla lo que es una necesidad estructural del fantasma?

En el juego del carretel, Freud muestra un tiempo estructural de acceso a la mediatez y a la negatividad, logrado a través de la renuncia al cuerpo materno como posesión, como prolongación de sí mismo. Melanie Klein nos ayuda a concebir un tiempo previo de dolor psíquico que es condición necesaria para la adquisición de este logro. Transformación de la supremacía del cuerpo erotizado en símbolo, que instituye la ausencia como pensable.

Es desde la renuncia a lo que hasta entonces era constitutivo de uno mismo y en torno a esta carencia, que se estructura y organiza lo singular de cada ser. Ser humano en cuya condición de sujeto deseante y en lo indecible de sus automatismos de repetición muestra las marcas de aquella pérdida originaria. Es este el punto de la teoría freudiana que queremos utilizar de referencia.

El tiempo del exilio, en su dimensión subjetiva, se procesa y hiere mucho antes de su concreción material. Y en los que no parten, se perpetúa la vivencia del despojo, de la desposesión, lo que ellos llamaron exilio del interior. Tiempo de exilio que es la contrapartida en la economía subjetiva, de la irresistible ascensión del fascismo. Tiempo de experiencias inéditas, de repliegue para algunos, de rebelión para otros, de exaltación del narcisismo y de pequeñas diferencias para todos. De soberbia y declamación. De solidaridad y desconfianza. De sobriedad y serenidad heroicas, de miedos reconocidos y disfrazados, de fugas esquizoides ante una violencia que no se puede metabolizar. En la tempestad y el naufragio sale a luz lo mejor y lo peor de cada quien, y descubrimos conductas inéditas en nosotros y en los otros.

¿Cómo interactúan en este tiempo de cambio –de lucha y luego de derrota–, realidad política y fuero interior (espacio psíquico)? La perspectiva que los psicoanalistas podemos aportar al análisis que de esta situación se hace desde disciplinas tan diversas, es tratar de pautar, de describir el tiempo intermediario del fantasma que precede a la organización de una conducta. Conducta que, sin ese eslabón fantasmático, resulta opaca, incomprensible, y sólo nos deja ver héroes que suscitan admiración o traidores que provocan desprecio. Superar ese blanco y negro antinómico puede darnos una lectura más fina de lo que pasa dentro de la gente y en la realidad.

Con el tiempo, sorprende recordar cómo el trabajo de elaboración se pretendió como un cambio de circunstancias políticas frente a las cuales se podía, más aun, se debía, permanecer indemne. Se llegó a negar y desconocer que los cambios de código de la realidad son suficientes para modificar nuestra condición de sujetos frente a ella; que no hay un sujeto enfrentado a su realidad circundante, sino un efecto-sujeto, según el modo en que cada cual está capturado y marcado por la realidad que lo envuelve. Verdad teórica sabida, de la

cual en aquel momento prescindimos. Porque como en *El Jardín de los Finzi Contini*, la ilusión de ser los mismos y borrar las consecuencias del discurso tiránico es una pretensión –una necesidad narcisista– que se trata de preservar a cualquier precio.

Es recién en un segundo tiempo, que se está dispuesto a admitir cuánto y de qué modo la dictadura puede estar habitando nuestro interior y así reabrir el trabajo dialéctico entre reconocimiento y desconocimiento. ¿Por qué caminos, entonces, el discurso de la dictadura se instala en nuestra subjetividad? Veamos un paso previo: ¿cuáles son las modificaciones en la relación entre el sujeto y la realidad?

La verdad inacabada y contradictoria de la convivencia habitual es avasallada y sustituida por la verdad monolítica y sin equívocos del discurso de la tiranía. Se trastocan los valores y las nuevas nociones del bien y del mal pasan a ser absolutas y unívocas, impuestas desde fuera. Despojo, pues, de un espacio de vacilación y de tanteo, de la verdad esquiva, que es inherente a lo humano.

Se trata, entonces, no sólo de un cambio de circunstancias, sino de un cambio de código. Cambio que no se discute, sino que se impone. El discurso tiránico no convence, avasalla y destruye. Es esto lo que produce una modificación radical en la convivencia, el modo en que se constituye un Otro Social que se apropia de la ética y de los conceptos como de algo que es inmanente a su naturaleza, y cuya única propuesta es el avasallamiento.

"Señores Tenientes Primeros, el futuro es vuestro, encárenlo con mentalidad y espíritu militar, fortifiquen cada día el amor a la Patria, exalten las virtudes de la raza y la conciencia de crear y mantener una fuerza militar poderosa, capaz de defender nuestro patrimonio, tradición y soberanía, mantengan el culto a la acción cuya expresión máxima es el combate, finalidad fundamental de nuestra preparación profesional. Al decir de los legionarios romanos *si quieres la paz, prepara la guerra…* Pero somos soldados, y por ello

recuerdo los versos de una vieja canción guerrera germana, que dice así: *Quien cae, queda tendido./ Quien vence, tiene siempre razón./ Quien huye, la pierde para siempre./ Quien permanece de pie, aún puede vencer." (Discurso del general Alberto Ballestrino, director de la Escuela de Armas y Servicios, durante el gobierno militar)* Yo puedo discernir el carácter grotesco, absurdo, de esos oropeles todopoderosos –que, como las máscaras terroríficas de Fobos, apuntan a producir el pánico y el espanto– y su planteo de una lógica unidireccional, en la cual él es todo y yo soy nada. Lo que cambia la condición grotesca de ese alarde es la capacidad y vocación de ese Otro Social a la realización impune de su amenaza. El valor de este Otro tiránico no saca su eficacia de la lógica intrínseca de su propuesta, sino de su capacidad de transformar su absurdo asesino en acontecimiento. ¿Cómo discernir en la pesadilla de la realidad la verdad de lo acontecido y oculto, del horror de la violencia del delirio? ¿Cómo discernir la cueva universal de las fobias infantiles, si su colusión con lo cotidiano las multiplica y perfecciona?

¿Cómo se interioriza este cambio de código? ¿Qué posición adoptar frente a la propuesta impuesta por este Otro tiránico, que se quiere absoluto y apunta a apropiarse de mi subjetividad?

En la convivencia de la sociedad liberal, definirse en la diversidad, con la ilusión de elegir uno mismo, no es un encanto menor del confort de la conciencia burguesa intelectual. Y se disfruta cultivar la independencia y la singularidad. Ilusión de libertad que el descubrimiento del inconsciente ha denunciado para reformular con mayor modestia y rigor el lugar de los automatismos de repetición, que reducen los repertorios para la adopción de un estilo. Otros márgenes, otros límites se definen con la ascensión del fascismo y querer preservar a pesar de todo la atmósfera grata y la ilusión de elegir uno mismo, puede precipitar la cascada de la claudicación.

Cuando la ley se hace despótica, las dos respuestas que propone, que exige y admite, son las de un silencio cómplice o la de una soberbia que arriesga la muerte. Ello crea un espacio de opción más reductor y limitado al deseo de independencia y singularidad. Los caminos parecen constreñidos a una alternativa en la que ninguno de sus términos resulta satisfactorio. Se puede tratar de manejar la presencia insistente del código tiránico mediante una substracción que implica desmentir la realidad. Cuando esta salida fracasa y se renuncia a la substracción, la opción que se abre carece de la gracia y la polifonía del juego y adquiere el peso de una decisión autorreferente y totalizante. Como si toda la vida se concentrara en la encrucijada de la opción política. La reversibilidad estructural de la violencia determina que el carácter absoluto del discurso tiránico incruste al sujeto en una alternativa también absoluta, de reconocimiento o desconocimiento del nuevo orden.

Dinámica entre percepción terrorífica y saber posible. Posición del sujeto frente a la realidad de la castración. El saber y el desconocer sobre un fantasma aterrorizante, ¿se restringe a la esfera de lo literalmente sexual? ¿Se podrá borrar todo isomorfismo y equivalencias posibles entre padre terrible y poder tiránico? Sabemos, con Freud, que atravesar por el traumatismo y la angustia de castración es la condición ineludible para organizar una lectura más veraz de la realidad; ¿se puede en lo social eludir esa encrucijada y ahorrarse la angustia del traumatismo?

Si mantenemos como referencia la enseñanza freudiana, sabemos que la energía utilizada en el desconocimiento de la realidad dará lugar, a través del fetiche, a una perturbación profunda de las relaciones del sujeto con su realidad interna y externa. Enajenación aun mayor por la necesidad de controlar la angustia y alejar e inmovilizar la percepción aterradora de la realidad que le dio origen. Secuencia que pensamos también nos instruye sobre las relaciones

de un sujeto con el código tiránico: la angustia que nos evitamos, se paga en imbecilidad.

Como en la escena de la castración, lo esencial de estos procesos no ocurre en niveles del consciente. Silencios o rebeldías frente al atropello tiránico, conductas manifiestas o simbólicas que se ahogan o expresan en el interior de cada quien.

El poder despótico escucha todo silencio como adhesión, como sumisión adaptada y cómplice. No sabe discernir una pasividad aparente que es sólo fachada, de un silencio enconado y rencoroso que contiene en su angustia una violencia simbólica, que preserva su alteridad radical frente al código tiránico y manifestará su rebeldía en la clandestinidad o en un tiempo ulterior apropiado.

En su libro *L'agonie du jour*[18], René Major señala cómo la generación alemana que participó en la Segunda Guerra Mundial y fue incapaz de rebelarse ante el fascismo, necesita mantener oculta esa participación. Este "no-dicho" marcará el retorno de la pesadilla, y es en la generación de sus hijos que el símbolo ahogado estalla en la violencia del terrorismo. En relación con los modos del silencio, nos preguntamos qué pasará con las actuales y nuevas generaciones latinoamericanas, cuyos padres acomodaron alma, cuerpo e ingresos, bajo las dictaduras, y en la creencia –ilusoria– de mantener la misma libertad de pensamiento y acción "no contaminada" se identificaron con el poder, dejando que se desarrollara un sistema de horror. Tal vez la respuesta sea como la de aquel fiscal alemán, antiguo SS, que al ser descubierto su pasado, dijo: "Debía obedecer".

Son muchos, sin embargo, los que debieron seguir viviendo bajo la dictadura. Algunos lograron una buena y exitosa adaptación. Otros, constreñidos al silencio por el horror fascista, ocultaron la angustia provocada por la pérdida de la identidad personal y social, así como el sentimiento de culpa asumido por aquellos que, representándolos, arriesgaban la vida. Es de esta angustia que brotan, se inventan y

[18] Major, René, L'agonie du jour, Aubier Montaigne, París, 1979.

multiplican las formas de resistencia que transforman en políticos espacios que no lo eran, y se constituyen en símbolos de lo que no se pudo matar y retorna desde la muerte.

El silencio sólo puede aparecer como homogéneo e inmóvil cuando se mira desde una exterioridad, desde la ceguera de la dictadura o desde el espectáculo europeo. Desde la perspectiva de la subjetividad, importa discernir el silencio adaptado del que es angustiado y contiene en su angustia la violencia. *En el silencio hay que saber leer la sabiduría del pueblo, que puede contener y postergar la acción al momento que puede ser más eficaz y menos suicida* (conversación con un sacerdote chileno). Cuando la violencia despótica trata de apoderarse del cuerpo social y aspirarlo como Saturno, en un orden homogéneo, ¿qué elaboración interna es necesario procesar para ver detrás del ropaje de todopoderoso con que el discurso oficial se viste? ¿Cómo romper su lógica unidireccional cuando él es todo y yo soy nada? ¿Qué violencia interna hay que dar a luz para revelar la castración del Otro y destituirlo del lugar en que se erige?

¿Cómo reconocer el simulacro?

Esta organización fantasmática parece inverosímil si todo se apoyara en lo pensado y en lo pensable. Lo verosímil viene del hecho de que el acto, el acontecimiento atroz, refrenda la vigencia del absurdo terrorífico. Cuando el mundo de referencias imaginarias en que uno estaba inmerso, está demolido o distante, el ser que podemos reconstruir es otro, a partir de lo simbólico que se ha podido recuperar de la catástrofe. No es tan fácil ni obvio recuperar la mismidad, luego de la desposesión, recuperar los propios contornos, la identidad, el cuerpo…

La elección de un destino posible requiere trabajar con el reconocimiento de lo propio y la reputación de lo impuesto por el código tiránico. Siempre es en una captura, mezcla de lucidez y denegación, que se escoge, mal o bien, qué es lo que se puede

preservar y a costa de qué entrega. Posición ésta que modifica la creencia del comienzo, de no haber sido tocado en lo sustancial de sí mismo. El ensayo repetido de la buena salida imposible, y la herida narcisística que conlleva, desemboca en el reconocimiento de que hay que entregar algo de sí a la catástrofe, que hay algo de sí que se debe dejar morir, para así poder preservar algo de lo que se siente como más esencial.

Discursos totalitarios promueven respuestas totalizantes. Testimonio de esa postura son los argumentos de justificación y de condena que bañaron nuestra partida y nuestra llegada: "Allá es imposible vivir y ejercer como psicoanalista. Quien se queda –quiéralo o no– se transforma en colaboracionista". O al partir: "Es claudicar y abandonar la lucha, no tienen derecho a salvarse y dejarnos".

Lo nuevo se inicia con la separación. El alejamiento abrupto, desgarrante, de la tierra natal, del paisaje infantil, del hogar, de los amigos, del trabajo. Habitados por la derrota, por la desilusión.

La familia herida y fragmentada pierde casi siempre su particularidad de extensión en tres generaciones. A veces deja un muerto, un desaparecido, un preso o varios.

> *En la calma opaca y gris que sigue a la llegada se tiene el tiempo y la perspectiva para mirar la masacre, la catástrofe de donde hemos escapado; y nos queda la culpa de estar vivos, y nuestros compañeros están allá muertos, desaparecidos, prisioneros, o en riesgo de estarlo. Habitados por la desesperanza y el escepticismo, en el desamparo real y/o imaginario hay que fundar la nueva vida, aprender una lengua, un nuevo código de relaciones humanas, conquistar un oficio, un salario, la subsistencia y el estatuto perdido (Mario Benedetti, Encuentro sobre el Exilio Latinoamericano, Caracas, 1979).*

También aquí, situación extrema, aparece lo mejor y lo peor de cada uno. Hay quienes tienen la fuerza de invertir el peso negativo de ser extranjeros, de revertir su dimensión de soledad, de exclusión, de frustración y desprecio. Hay quienes quedan atrapados en el peso negativo y se descompensan. Algunos pagan con su cuerpo, otros con su equilibrio psíquico, otros cumplen el destino de miserables con el que la dictadura los marcó. Una óptima recepción humana, material y política, no es suficiente para compensar las condiciones subjetivas. Se da la exigencia psíquica contradictoria de tener que conciliar el tiempo de repliegue de una labor de duelo, con una postura pujante y osada para subvenir a las exigencias de supervivencia.

La familia tiene, para los exiliados, la exigencia de una doble función contradictoria. Es, por una parte, punto de apoyo en el cual procesar el duelo, donde la identidad amenazada espera el reconocimiento narcisista que supla lo perdido. Por otro lado, es el escenario en el que se juegan, en todo su dramatismo, las agresiones sufridas que no han tenido otra derivación posible.

La familia lleva en sí la marca del estallido social y en lugar de la cohesión esperable como punto de apoyo, se desemboca paradojalmente en la incomunicación y el aislamiento entre sus miembros. Fracaso de la ilusión de recuperar, en el pequeño y golpeado espacio familiar, toda la magnitud del despojo del país que no pudimos o supimos, defender. En esta inevitable desilusión, cada detalle, cada pequeña frustración, condensa la magnitud de lo perdido. El peso de la pérdida paranoide se traduce en estallidos de agresiones a nivel de la pareja, de padres e hijos, de viejas amistades, del núcleo de exiliados.

La confluencia de la violencia, de los duelos, del desarraigo y de la falta de grupo de apoyo que pueda permitir la mediación de su situación personal, lleva frecuentemente a una profunda desinserción, a una tendencia a repetir el fracaso y al mantenimiento de una

actitud de queja melancólica y agresiva hacia el medio que lo recibe, que es vivido como hostil, como desplazamiento de la persecución pasada. Todos los movimientos de adaptación –aprendizaje de la lengua, búsqueda de trabajo y de alojamiento, trámites administrativos– son vividos como una agresión suplementaria.

La ruptura del anclaje narcisista en el exiliado se constituye en un conflicto de gran violencia, sobre todo para quien antes cumplía un rol social valorado por él y la comunidad. Pierde el espejo múltiple a partir del cual creaba y nutría su propia imagen, su personaje. En el exilio, nadie le conoce, nadie le reconoce… aquél que éramos no existe más. El personaje está muerto, el escenario es otro, y otros son los actores. Y se está allí, sin ropajes, sin miradas, sin palabras. Conmoción y crisis radical de la identidad. El hombre está desnudo. Esta crisis pone a prueba al personaje anterior, sus distorsiones, su mediocridad. Las antiguas identificaciones construidas sobre fallas, disociaciones, mentiras, quedan al descubierto. Somos empujados a recuperar ciegamente el amor y el reconocimiento perdidos. Nos sorprendemos al descubrir conductas perversas, psicopáticas o agresivas en quienes antes no mostraban tales actitudes. Y también lo contrario: el derrumbe depresivo, la indiferencia, la parálisis.

¿Y los niños? ¿De qué manera han quedado marcados por esta crisis de la cual ellos son involuntarios y precoces actores?

La clínica muestra la frecuencia de la incomunicación y del aislamiento, tanto interior como exterior. En numerosas familias se evita hablar del pasado, de las causas del exilio, de la prisión o de la tortura sufrida, o se habla restando importancia a los hechos, en la falsa idea de ahorrarle sufrimiento al niño. Al rehusarle la información, se le quita la posibilidad de ubicarse en su propia historia, negándole el acceso a un conocimiento que permitiría la elaboración de una situación que él ha vivido y que ha marcado a sus padres. Así, el niño permanece ajeno a su pasado y a su cultura.

Al mismo tiempo, son ellos los primeros que entran en contacto con el medio, a través de la escuela, los compañeros y de su rapidez en aprender la lengua. Son portadores de su propia vitalidad y también del fracaso del proyecto de sus padres; por un lado son depositarios de la esperanza y a veces de la exigencia de una reparación, y por otro son objeto de la envidia de sus padres por el éxito de su adaptación.

La tortura

> *En versiones anteriores de esta novela, aún en las galeradas, venía en este sitio una extensa sección que no era otra cosa que el monólogo interior de Arabela mientras era castigada por los esbirros de Juan Pérez, los cuales, empleando refinadísimas artes, intentaron extraerle no sólo la supuesta verdad sobre el paradero de Wenceslao y Agapito, sino los nombres de los niños que se habrían transformado en antropófagos. Que Arabela haya confesado lo poco o nada que sabía sobre estas materias carece de importancia, ya que el heroísmo puede tomar muchas formas, aun, en casos extremos, el de una aparente cobardía. La modestia me aconseja, más bien, correr un tupido velo sobre estos pormenores, ya que es imposible reproducir esos horrores para quien no los ha vivido, y además quizás sean sólo rumores: ya se sabe lo mentirosos que son los niños. Puedo decir, eso sí, que después, cuando el escombro en que quedó convertida nuestra peque- la amiga despertó atada a un tronco en una choza del caserío, tuvo la certeza de que el simple hecho de sobrevivir al castigo –y no es que la sobrevivencia no hubiera sido la única y misérrima tarea que a ella y a sus primos los tenían condenados en la casa de campo– era en sí una exaltada forma de heroísmo porque otros, con seguridad, sobrevivirían en tales circunstancias, tan o más trágicas que la de ella, y su dolor, por lo tanto, no será sólo personal, sino colectivo. Su*

espalda, memoriosa al cabo de quién sabe cuánto tiempo de despertar, reconoció con algo semejante al alivio las rugosidades del tronco, el mismo a que la ataron cuando la trajeron a esta choza antes que iniciaran los ritos de castigo. ¿Qué habían hecho, entretanto, con su pobre cuerpo? Su memoria rehusaba devolverle los detalles, como si recordarlos bastara para precipitarla en un desmayo igual a aquel del que recién se recobraba. Las hormigas del suelo de tierra donde se hallaba sentada fueron invadiendo su cuerpo en busca de llagas en donde beber, y hasta que enloqueciera con su cosquilleo – benigno pese a lo incómodo, porque delineando su piel le devolvían su propia forma atomizada por el dolor, además de capacitarla para reaccionar a algo distinto a él– definían el espacio de su cuerpo que tan frágilmente encerraba una conciencia que no se atrevía a despertar del todo. Esperar. ¿Esperar qué? Sometida al Mayordomo, su mente funcionaba aún en un tiempo sin hitos, incontabilizable, en que la espera, en sí, era una contradicción. Pero de pronto se endureció dentro de Arabela, se precisó, se perfiló, se definió algo como el dolor definitivo: le habían arrancado un miembro, algo vital que le faltaba… sí, le habían quitado sus diminutas gafas que ya no le pesaban sobre el arco de la nariz. En un momento inespecificable de los castigos, una mano furibunda se las arrebató al negarse a contestar cierta pregunta, o al no hacerlo porque desconocía la respuesta, y una bota feroz las pisoteó. Arabela recordaba eso como su última visión porque era como si no hubiera destruido sus gafas sino sus ojos. Pero no: pese a que los castigos posteriores obnubilaron sus sentidos, ahora se daba cuenta que junto con su piel acariciada por las hormigas que le devolvían el contorno, se establecía algo de luz en torno a su antifaz: a pesar de ella, comprendió Arabela, iba a tener que andar por el mundo como en sombras, a tientas y ayudada por otros, si es que alguna vez recobraba el uso de sus piernas. Pero eso no la hirió tanto como

comprender, como una iluminación, que ella, Arabela, nunca más iba a poder leer. Ante esto, su rencor se irguió como la única realidad asible, y gracias al odio la inundó una feroz certeza de que sobreviviría.

José Donoso, Casa de Campo, Seix Barral SA, Barcelona, 1980.

¿Cuál es el nexo entre exilio y tortura? ¿Por qué reunirlos en un mismo texto? Porque uno y otra son los ejes con que "el orden político se ofrece la alternativa de volverse amo de la mente del otro, o en su defecto, de su cuerpo, para colocar allí alguna cosa del pensamiento y del cuerpo social, que suprime esta alteridad".[19]

En un mundo donde se tortura y se seguirá torturando, por necesidad intrínseca de una cierta lógica de poder político y económico, el interés y la comprensión del fenómeno es pertinente en la diversidad de sus consecuencias, tanto para la vida ulterior del torturado –si sobrevive– en un trabajo individual de rehabilitación o readaptación, cuanto en las dimensiones subjetivas de una lucha de liberación. Porque los núcleos humanos que de una y otra manera luchan contra una tiranía, transitan imaginariamente, con el torturado, esa instancia de ritual sacrificial que culmina en la dignidad de la esperanza o en la decepción de la catástrofe. En otros términos, la tortura opera en el espacio social como un referente simbólico de punición, cuyos efectos trágicos apuntan no sólo a las víctimas directas, sino que la resultante buscada en eco es el amedrentamiento y la parálisis del grupo social.

El poder utiliza la tortura como instrumento para obtener la apropiación y sujeción del oponente. Su objetivo es provocar el estallido de las estructuras arcaicas constitutivas de la persona, es decir, la destrucción de la articulación primaria de cuerpo y lenguaje. Es ya conocido que la tortura conduce por la vía del aislamiento, el castigo, la sed y el agotamiento a perturbaciones

[19] Major, René, ob. cit., pp. 59-60.

orgánicas y psíquicas profundas que se manifiestan en cuadros alucinatorios y confuso-oníricos. Pero poco se ha insistido sobre la naturaleza de la producción psíquica resultante y por qué caminos ella desemboca a veces en la coherencia consigo mismo y otras en la entrega al enemigo.

El testimonio de torturados es concordante: es en la alucinación y en el estado oniroide que cada quien preservará o claudicará de sus valores éticos. El solo hecho de constatar que el desenlace se lleva a cabo a través de la alucinación y no en la opción lúcida de un sujeto consciente, plantea un desafío a la reflexión psicoanalítica. La ruptura de la relación conocida con el cuerpo y la función de llamado inherente a la alucinación, son dos momentos cruciales que están en el origen de la conducta que se organiza como respuesta al aniquilamiento.

La representación alucinatoria –nos enseña Freud en el caso Schreber– es ya un mecanismo de restitución, "tiempo de reconstrucción" del sentido del mundo.[20] Es necesario incluir un tiempo silencioso de derrumbe interior, preparatorio de ese cambio. ¿De dónde viene, en la tortura, la eficacia simbólica de este tiempo silencioso? Veamos la clínica:

Pepe[21], el estudiante salvajemente torturado, relataba que luego de varios días de estar de plantón, sin comer ni beber, encapuchado, comenzó a tener una relación extraña con su cuerpo: sintió que no le pertenecía más; cada vez que intentaba reapropiárselo los dolores eran demasiado fuertes y abandonaba el intento. Perdió la noción del tiempo y sus recuerdos eran confusos, salvo cuando soñó la visita al boliche. Más tarde –probablemente algunos días– Pepe vio llegar a compañeros de estudio y militancia que venían –con ánimo festivo– a rendir el examen de tortura con él; su dolor desapareció.

Es con la presencia alucinatoria de sus compañeros, de su compañero, que Pepe se provee a sí mismo del espacio lúdico y

[20] Freud, Sigmund, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (1911[1910], AE, 12, p. 1, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1980.
[21] Ver en este volumen: *Pepe o el delirio del héroe*.

oniroide que dará a su terror un sentido de lucha, con el que podrá vencer la máquina infernal del enemigo.

El cuerpo es la superficie expresiva de todos los niveles de la vida relacional, desde el más íntimo, hasta el personaje social. Sombra y presencia que no necesitan ser pensadas para revelarse siempre ahí presente. Lugar de articulación entre el ser y el parecer, que nos ofrecemos a nosotros mismos y a los demás. Permanencia formal y funcional en continuo desplazamiento. Soporte del pensar, del decir, del hacer. Presente en cada gesto, en cada mirada; en la mímica, en la música del discurso. Anclaje de la inscripción del símbolo y de la especularidad, sobre el que se modela el personaje. Anclaje de una ética que allí se sostiene, se oculta o se transgrede. La experiencia de sí mismo se apoya, pues, en una continuidad armoniosa con el modo de habitar el cuerpo, que se constituye en elemento central de esta experiencia.

Una disyunción de esta armonía ocurre en la hipocondría, en la perversión, en la enfermedad somática y psicosomática, cuando el cuerpo toma la prioridad de lo más urgente que conviene resguardar. La tortura constituye un grado extremo de esta disyunción y la prioridad del cuerpo es nodal en la naturaleza de la producción alucinatoria. La destrucción del cuerpo, que es la meta del primer capítulo de la tortura, apunta a establecer un mundo binario de horror paranoico en el que sólo existen la víctima y el torturador. Este se presenta como agente de un código en que poder y ley no funcionan como instancia tercera, sino como garantes de su impunidad. La colusión entre acto sádico y ley, colocan al torturador en posición de Otro todopoderoso, proporcional a la indefensión del cuerpo doliente del torturado. Es en esta escena que irrumpe una nueva significación del cuerpo. (“Te rompo el alma”, expresión que recoge, en el saber popular, el nexo entre la agresión del cuerpo y la vivencia resultante.)

La historia de Pedro es elocuente sobre la caída de esta propuesta binaria[22].

"Hubo un momento en que Pedro empezó a tener consigo una relación diferente y a darse cuenta de que ciertos pensamientos y conclusiones no parecían proceder de él mismo. 'Yo no estoy loco', se decía, 'pero hay otro dentro de mí'. En el inconmensurable tiempo de su soledad, comenzó a hablarse a sí mismo como lo hacía el oficial; se decía cosas referentes a su autoestima, y algo se quebraba en el sostén y la adhesión a los ideales en los que había creído siempre (…) Poco a poco, empezó a pensar que sus acusadores tenían razón… hablaban con firmeza; no tenían dudas y vacilaciones como él, que siempre cavilaba sobre la verdad."

"Pedro se sentía infinitamente solo. El mundo de sus convicciones, que antes era claro y vigoroso, se transformaba en una silueta difusa, vaga, casi inexistente, que se iba impregnando con su mugre, su orina, sus excrementos. Sus ideas y su asco se iban mezclando. Sólo quedaba nítida la presencia del oficial, su uniforme limpio, sus botas lustrosas, su estampa segura y su voz aplomada".

"Lo inmediato y patente era que había dos categorías de hombre: unos estaban limpios, su risa denotaba que estaban vivos, su voz y sus gestos mostraban que eran seguros… Los otros eran sucios y malolientes, reptaban gimiendo en las pocilgas (…) Unos eran el triunfo, otros el derrumbe. Empezó a creer que esta polaridad era un orden natural que se debía sostener. (…) Comenzó a admirar y a querer al oficial, en su eficiencia y su carisma. El otro Pedro que nacía, aceptaba al militar y repudiaba a los suyos y lo suyo… Pedro había nacido a otra forma de ser: la irrupción de esta nueva identidad, la tragedia de descubrir dentro de él a 'alguien' cuya existencia nunca habría podido llegar a sospechar ni a concebir, le indujo a un tormento psíquico aún más penoso e intolerable que el que surgiera de sus horribles dolores físicos."

[22] Ver en este volumen: "Pedro o la demolición".

Dualidad paranoica, porque el campo del otro –al estar el torturado a merced de su enemigo– se reviste de un imaginario de omnipotencia que busca cicatrizar la indefensión, de la que sólo podemos escapar mediante un denodado trabajo de elaboración simbólica.

En la función de llamado, que es propia de la alucinación, sale a luz la disyuntiva inherente al universo más primitivo: la prioridad del cuerpo en desmedro de la realidad, o la subordinación a su vigencia en el acatamiento del dato que pasa por la catástrofe y por la muerte[23].

Pedro y Pepe son desenlaces opuestos a una misma encrucijada: la resurgencia en la tortura de una relación arcaica con el cuerpo y con el símbolo, entendido éste como fuente primera de valores éticos y estéticos. Pedro rellena el agujero insostenible de su indefensión con la imagen de su enemigo, transformada en fascinación, madre terrorífica pero presente. Pepe puede mediatizar esta propuesta de lo inmediato, entregando el cuerpo al sufrimiento y recreando un mundo evocado, en la alucinación, en el cual recupera su inscripción simbólica.

El trabajo de discriminación de sí mismo y del otro, nunca es fácil ni totalmente exitoso. Trabajo entre la relación especular y la diferencia. Solamente cuando la muerte real posible es representable, se puede advenir a una relación consigo mismo que se discrimina del campo del otro, que en su dimensión arcaica, aparece siempre como otro. Este es un tiempo simbólico crucial, el momento silencioso y mutante que tomamos del modelo señalado por Freud en Schreber. Ceder el cuerpo para salvar la mente: ¿dónde más que en la tortura la violencia de esta alternativa es tan radicalmente excluyente?

En el punto álgido de la tortura, la desestimación del cuerpo dolorido permite la restructuración fantasmática de otro cuerpo a un nivel alucinatorio. Clivaje y proyección masiva del cuerpo en este nuevo espacio de su relación con los otros. Espacio que en este movimiento se puebla, no de la urgencia del cuerpo actual doliente,

[23] Freud, Sigmund, *Proyecto de Psicología* (1950 [1895], A E, 1, p. 323, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1982.)

sino de su sustitución simbólica a través de imágenes de otros cuerpos, palabras, gestos que rescatan la carne misma del grupo humano con el que compartía sus ideales.

Esta sustitución es un trabajo de elaboración que permite pasar por la muerte real, en la que la desaparición del cuerpo en el símbolo permite rescatar las identificaciones anteriores y escapar de la dualidad propuesta como única alternativa aparente. Reapropiación de un otro propio, alteridad irreductible al otro que se ofrece en la inmediatez del torturador; un otro propio que redoblando el clivaje operado mente/cuerpo, establece el clivaje ideal/muerte.

A intervalos regulares, entre las sesiones de tortura, los verdugos dejan a la víctima un tiempo aparentemente vacío, para permitir la recuperación física mínima y la "reflexión" sobre las ventajas de la capitulación. La marca de las sesiones de ahogo, picana, suspensión, golpes, etcétera, actúan con gran intensidad como recuerdo anticipatorio del horror que se repetirá. Es en este tiempo vacío cuando el sujeto, marcado por las experiencias de tortura, puede seguir capturado en el horror o, situado en un más allá, puede convertirse en madre-nodriza de su cuerpo magullado, recuperar sus pedazos, su contorno, sanar sus heridas, calmar sus dolores y, a través de estos cuidados, preservarse del odio del enemigo.

Recuperar en el cuerpo destruido por la tortura, otro espacio propio, que incluye una corporeidad alucinada y la posibilidad de ser madre-nodriza de sí mismo, es la única manera: restituye el espacio de intimidad, de secreto, de lo propio. El campo del otro podrá entonces escapar de la inmediatez del torturador y restablecer el clivaje de ideal y muerte, que redobla el clivaje mente y cuerpo, para salvar uno de ambos. "Y cuando no pueda más, ¿qué hago?", le preguntó a su confidente, una mujer que iba a ser torturada. "Siempre puedes pensar" fue la respuesta, y la realidad ulterior mostró que era operante.

En la tortura se trata siempre de transitar por una muerte: la del ideal o la del cuerpo. Este, a su vez, no es ajeno a sus raíces corporales (narcisismo infantil). Sólo el fascismo es capaz de romper esa amalgama constitutiva del ser.

Traducido del francés por María Urruzola
el libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por los autores.

La recepción del traumatismo

Maren Ulriksen, París, 1985

Cuando ha sido víctima de una verdadera violencia social, el paciente se muestra al analista –sea de entrada y brutalmente o después de un cierto tiempo– como alguien sometido a un "traumatismo acumulativo". Esto porque, luego de un traumatismo vivido como central, los acontecimientos provenientes de lo social continúan golpeando al sujeto durante largo tiempo. Otros sucesos, que se podrían calificar como dificultades banales de la vida, podrán en evidencia las huellas del traumatismo. ¿Es posible, partiendo de lo anterior, sostener la regla fundamental del análisis y "decir todo" sobre lo que significa el pasaje por la experiencia del horror?

Se conocen testimonios y el analista puede recoger uno más, que resulta necesario a la economía libidinal del sujeto. Pero muy a menudo se trata de la narración de hechos que dejan entrever lo imposible de decir; y lo que aparece como un aspecto de lo innombrable, es el no poder situarse como sujeto de lo que aún permanece vigente del traumatismo, de lo que continúa siendo activo y se acumula. Yo vincularía lo innombrable al hecho de que el sujeto fue ubicado, por la violencia, en el interior mismo de la experiencia límite; ubicado como un muñeco loco/ enloquecido; no es más un sujeto, sino que se confunde con la máquina o con el maquinista. ¿Cómo puede entonces decir, nombrar lo indecible?

Para una de mis pacientes, el hecho traumático central fue la muerte de su padre en manos de los militares. Habla, pero curiosamente el hecho es vivido como un asunto personal entre ella y su padre. Le hace reproches: "Se dejó detener, él sabía que

vendrían a buscarlo", dice, con odio; su abandono y su soledad son el centro de su sufrimiento. "Yo no estaba allá para convencerlo de irse… ¡al menos yo habría podido contactar gente importante, hacer algo!", exclama, reprochándose al mismo tiempo su falta de previsión.

Al principio, en su narración, mencionó el asesinato de su padre por los militares; luego, durante un largo período, no habló más de ello. O bien, al hacerlo, daba la impresión de hablar de una muerte cualquiera. Era yo, analista, quien quedaba "cargada" con este asesinato. Por su parte, ella traía copiosamente los recuerdos de su infancia para evocar su rivalidad mutua; la violencia que asomaba parecía hablar de una lucha a muerte, de una exigencia extrema del uno hacia el otro.

¿Cómo situar el despertar fantasmático en relación con el traumatismo? Ese retorno al pasado, aislado de su vida actual, ¿no es un desvío obligado por la fantasmática infantil para poder incluir el presente en sus representaciones?

Me asombra aquello que es dejado de lado en el duelo: ¿olvido, rechazo, negación del hecho de que hubo un asesinato? Es cierto que nada sabemos de la manera en que fue cometido ese crimen; es cierto también que no hay justicia posible para castigar a los responsables de un asesinato político cometido por la dictadura. Es el poder instaurado el que define la legalidad. En el relato de mi paciente, es como si nada hubiese sucedido a nivel social, allí donde el hecho del horror se produjo: todo es desviado, incluido –y con qué violencia– en lo intrapsíquico, en lo familiar. La fractura psíquica provocada por el trauma parece promover un proceso de repliegue hacia el interior, destinado a restaurar los límites y a negar el afuera terrorífico, incontrolable. El analista escucha la narración de los acontecimientos, de hechos repetitivos, vacíos de afecto. Escucha también ese deslizar de un lugar a otro; la escena del afuera social se introduce en el campo subjetivo, y es allí, donde el paciente se

creía solo con sus objetos muertos y vivos, que el exceso de violencia se despliega.

Fairbairn describió el proceso de clivajes en el yo a partir de "circunstancias que necesitan un importante reacomodo", entre las cuales ubica las condiciones de extremo sufrimiento. Clivajes de los fenómenos esquizoides que uno puede ver desarrollarse, tales como la incorporación del objeto, la preponderancia del "tomar" sobre el "dar" y el hecho de privilegiar los procesos internos en detrimento de la relación con el mundo exterior. Hubo, antes que nada, trauma, desborde: un agujero que remite a la angustia catastrófica de los espacios vacíos primarios de desamparo, de pérdida de objeto primario, de ruptura de simbiosis. Ante ese agujero, se produce una incorporación masiva, no discriminativa, de lo que viene de afuera, investido así de todo su bagaje imaginario, de toda la fantasmática ligada a su historia personal y familiar. Intento desesperado de elaborar lo terrorífico, esfuerzo para curar el dolor antes de poder pensarlo. En las situaciones de urgencia, se recurre a lo que es más cercano, a lo que se tiene a mano. Lo que uno tiene a su disposición es, en primer lugar, su historia. Ese movimiento psíquico de relleno, de reemplazo, me parece que se sitúa a nivel de la implementación de la pulsión de dominio, en la que se unen la pulsión de muerte y la voluntad de poder. Para ponerlo en funcionamiento, el proceso de clivaje del yo es una necesidad vital. Ayudar al paciente a desprenderse de ese lugar de supervivencia, construido después de "la implosión"[24] traumática, no es fácil.

Respetar el tiempo de desarrollo de la transferencia para que un lazo primitivo, silencioso, de dependencia, se restaure; escuchar la hemorragia de la fantasmática arcaica, poblada de personajes infantiles, familiares y amenazantes, brujas, ogros; escuchar, subyacente, el dolor de una herida abierta. Escuchar, entender, pacientemente, dándose tiempo. Si; pero cuidándose mucho de

[24] Pontalis J. B., *Entre le rève et la douleur*, Gallimard, París, 1977, p. 258

interpretar el sentido de la culpabilidad propuesto por la propia paciente; sólo es un actor, a falta de sujeto. Acoger en silencio, escuchar, pero mirar "al horizonte"[25], para ver allí los alambres de púas… y el humo. A través de la interpretación del sentido al alcance de la mano, analista y analizado se hundirían quedando atrapados en un cierto placer de lo ya conocido, al precio de mantener el clivaje y el disturbio del pensamiento. El significado puede esperar; antes que nada es necesario desnudar el funcionamiento de la máquina.

Pero la máquina no se deja desvestir tan fácilmente, sigue actuando en el anonimato; la capucha es la imagen. Es el analista quien debe sostener el reconocimiento de las dos escenas, el afuera y el adentro, sin confundirlas, sin hacer connivencia entre el fantasma y la realidad, posición que garantiza que haya análisis. El silencio indica, señala ese otro afuera, faltante pero activo, aquello que no es todavía simbolizable.

Muchos meses pasarán antes de que el horizonte de alambrados se acerque. Se lo deja venir. Un día, un familiar cercano tiene un accidente absurdo, una distracción que casi le cuesta la vida. Poco después, un fracaso personal banal lleva a la paciente a tomar distancia y a ausentarse durante varias semanas del análisis. Eso que acaba de vivir es para ella nuevamente un "exceso" que, una vez más, se vuelve agujero y ello en el tiempo y el espacio de las sesiones; quedo sola, sin paciente.

Lo mortífero del afuera hará irrupción, como un destino familiar de mala suerte, dirá al volver. Esos dos episodios no hacen otra cosa que reanimar la marca traumática, poniendo la explicación del lado mágico. El distanciamiento con el analista calmó la inquietud que la invadía.

Más tarde, luego de un primer intento de escuchar a una ex presa que conoció las condiciones de detención de su padre, la angustia estalla; lo terrorífico viene desde el cuerpo sufriente de su padre. Las palabras portadoras de horror resuenan en el espacio de la pieza y

[25] Bleger, Leopoldo, *A l'horizon*, Psychanalystes, N° 13, París, 1984, pp. 63-70.

en el cuerpo del analista. La paciente se va nuevamente. El exceso está ahora en mí, analista, y durante el tiempo de su ausencia, evoco a menudo una imagen: me siento como un depósito de cadáveres, una morgue. Yo sentía que debía guardar todo lo que me había dicho, el tiempo que le fuera necesario, para acercar nuevamente lo innombrable. Guardar y congelar era mi función. Una especie de memorial del horror. No olvidar, pero continuar viviendo.

El recibimiento a su regreso es para ella la manera de saber que mi integridad se mantuvo; que existo; que pude guardar lo que me confió sin sentirme destruida; garante también del no-olvido, y de la no paralización teórica de aquello que había mostrado, es decir, dicho y actuado.

Entendí esas entonaciones, esos momentos de acercamiento-alejamiento, esa necesidad de interrumpir el análisis durante un tiempo, como los límites de sus posibilidades actuales de hacer, de pensar y de hablar del asunto; como un funcionamiento de supervivencia, lo que no quiere decir elaboración. Habría podido entenderlo como un *acting out*, como una transferencia negativa, una resistencia al análisis o, incluso, una reacción terapéutica negativa. Pero preferí pensar que estábamos, tal vez, cerca de los límites de lo que uno teoriza de esa manera.

En ocasión de un nuevo retorno, varias semanas después, me enfrenté efectivamente a lo que se llama una transferencia negativa. "Acercarse a mí" era para ella acercarse al horror del cual yo era depositaria. Mis palabras, prolongación de mi cuerpo-morgue, más allá de su contenido, tocaban su llaga. Yo era, para ella, odiable, incapaz de transformar a ese padre torturado que amenazaba luego de haber vuelto en la palabra de un testigo sobreviviente. La interpretación en la transferencia permitió marcar una primera diferencia entre el odio pensado y dicho en la transferencia, y el odio puesto en práctica en lo social, ese que mató a su padre. Las palabras

de odio lanzadas a la analista reproducían aquello que había tragado, incorporado en el trauma.

Un nuevo reproche dirigido a su padre marca el comienzo de una "humanización" de la relación con el muerto. "¡Nunca me dijo que tanta violencia podía existir!" Pero está todavía lejos de poder representarse el horror de la tortura que su padre sufrió; la analista ¿puede representárselo? El horror es a veces muy atrayente. Se conoce el uso que hacen de esa atracción los regímenes dictatoriales, haciendo circular informaciones sobre la tortura con el fin de fascinar y paralizar de miedo y espanto, para así ahogar cualquier intento de crítica a su dominación.

A través del trabajo analítico, el paciente sabe, comprende algo de eso que el analista no pierde de vista, "al horizonte". Para ella, es todavía lo indecible, cercano al secreto, lo no-dicho. ¿Es necesario, entonces, pedir al paciente que diga todo? El analista sería, en ese caso, como un verdugo que exige la confesión de algo que ya sabe; confesión que sólo tiene el objetivo de destruir al sujeto. Si el analista no es un verdugo, puede convertirse entonces en un voyeur ávido de una escena obscena, vergonzosa, fascinado por el horror. Fascinación que permite volverse sordo al paciente, a su dolor.

Otra dificultad para "decir todo" apareció, ya no ligada a la repetición traumática sino a las adquisiciones vitales del paciente. Ella logra vivir, desarrollarse, reiniciar los estudios, hacerse amigos, amar. Hablaba de ello apenas, con pudor y angustia, como si fueran cosas frágiles; no había que tocarlas demasiado; el peligro estaba cerca; todo se lograba como en una lucha a muerte contra…

Una distancia con lo mortífero comenzó a surgir. La transferencia debía permitir que se profundizara. Eso era posible si el analista podía comprender los límites que representaban para el paciente los no-dichos: protección contra el dolor, contra el retorno masivo de un traumatismo que había fisurado la identidad del sujeto.

El Otro Social tiránico plantea también límites a la ampliación de esa distancia. Frente a su violencia, el analista es tan impotente como el paciente. Es una violencia que supera a los individuos aislados.

Los elementos mencionados más arriba como ejemplo, sólo muestran una de las figuras posibles del trabajo psíquico de supervivencia en ese tipo de traumatismo. La regla técnica de "decir todo" no me parece necesaria para que los pacientes vuelvan a encontrar una autonomía de pensamiento y de vida. Sin embargo, el hecho de que el analista se vea concernido por el reconocimiento de ese Otro Social violento me parece, en todos los casos, inevitable.

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por la autora.

Historias de familias, familias en la historia

Maren Ulriksen, París, 1984

¿Cómo se inscriben los acontecimientos individuales y colectivos de un período histórico dado, en la mitología familiar y en la fantasmática individual?

¿Cómo pensar las interacciones de la situación edípica de un niño con los hechos de la historia que golpean a su familia y a él mismo, durante un período social agitado y violento?

La práctica nos enseña que cada caso es único y que cada situación necesita una escucha particular. Se trata aquí de dos niños, de dos situaciones diferentes.

El problema que se plantea para el analista al asumir el caso de Manuel no es solamente el de constituirse en un lugar de escucha neutro, sino también el de ser un lugar de apoyo y salvaguarda de la integridad de la imagen y la palabra que representan al padre ausente, en la cárcel; lugar que la madre no puede continuar asumiendo.

La posición del analista resulta, entonces, contradictoria. Ocupa un lugar cargado de representaciones, de vínculos, de afectos, es decir, fantasmático; pero desarticulado por la interrupción de la dialéctica relacional con el padre real. A partir de la confianza que depositan en mí simultáneamente la madre y el niño, debo ocupar ese lugar sin usurparlo, garantizando al mismo tiempo que permanezca disponible para el regreso del padre, que no está muerto sino amenazado de muerte; lejos, encarcelado.

¿Cuáles son los elementos de la historia?

Cuando Manuel tiene dos años, sus padres –jóvenes– son detenidos en Argentina y desaparecen durante varios meses. La detención podía justificarse en el caso del padre pero no en el de su esposa, arrastrada por la actividad política de su marido. Tres meses después, ella queda en libertad; el padre permanecerá detenido varios años.

La joven pareja que enfrentaba las dificultades propias de su generación atravesada por sus deseos, sus fantasmas y sus mitos familiares, se verá envuelta en una sucesión de hechos que en sus orígenes y efectos la superan totalmente. La esposa, torturada y violada, habría proporcionado a sus torturadores algunos nombres de camaradas de su marido; al ser liberada, será acosada por llamadas anónimas. Su esposo, desde la cárcel, exige que ella venda la casa en provecho de su organización política; sintiéndose culpable, ella obedece y se queda sola con el pequeño Manuel. Rechazada por sus padres, amenazada por la policía, sin dinero, la mujer termina siendo acusada como traidora por su propio marido quien, durante una de sus visitas a la cárcel, le plantea el divorcio.

La desesperación la empuja al exilio. Manuel, que hasta ese momento se desarrollaba bien, comienza, luego de su partida –a la edad de tres años– a tener pesadillas, miedos de diversa índole e incontinencia esfinteriana en forma persistente.

En Francia, pese a la decepción y al deseo de olvidar, la madre intenta mantener el vínculo entre el padre y el hijo mediante fotos, dibujos y cartas.

Las dificultades de Manuel y sus propios sentimientos de odio y culpabilidad la preocupan, y decide consultar.

Manuel, a la edad de cinco años, es un niño inteligente. En un clima de excitación hipomaníaca, sus dibujos muestran siempre el mismo tema: un hombre todopoderoso, Súperman, salva a un pequeño hombrecito en peligro en medio del mar. Un día, ese hombrecito cae al agua amenazado de un lado por un cocodrilo y del otro por un

tiburón. A veces, el tema es la guerra y la casa se derrumba bajo las bombas; otras, aparecen helicópteros repletos de soldados que toman por asalto el barco-casa. Súperman llega siempre a tiempo para rescatar al pequeño hombrecito, algunas veces con la mujer, "mamá". A menudo, el bosquejo de una bandera argentina aparece dibujado en su campo o en el del enemigo.

En la base de la constitución de los síntomas de Manuel, se encuentra la dificultad de desembarazarse de los fantasmas arcaicos para vivir el conflicto edípico a un nivel de simbolización, de predominio fálico. Adentrarse en la relación triangular, en el movimiento oscilatorio de rivalidad e identidad con el padre, produce en el niño una fantasía de lucha de vida o muerte, de todo o nada, en una connivencia entre el fantasma –fantasía de parricidio– y la realidad social de cárcel y amenaza de muerte.

¿Cómo lograr que en el tiempo y espacio de las sesiones el niño pueda poner en juego sus fantasmas edípicos sin sentirse amenazado de repetir el destino de su padre o verse obligado a transformarse en el verdugo victorioso sobre él? Manuel encontrará el camino a través del clivaje; durante las sesiones, pasará de un registro al otro como si se tratara de dos niños diferentes, de dos analistas y de dos lugares perfectamente separados (¿tal vez Francia, espacio de libertad, y la cárcel Argentina?). Los juegos y los dibujos actualizan la presencia de un padre idealizado, todo poderoso, libre como un pájaro, imagen que viene siempre en su ayuda. En medio de la sesión Manuel interrumpe el juego y se transforma en un bebé llorón se tira en la alfombra y quejándose amargamente me pide, me exige que le traiga el gato que un día vio en mi casa: " ¡Quiero que vayas a buscar al gato! ¡Lo quiero! ¡Lo quiero! –grita hasta llorar–,

¡porque estoy solo!".

La madre, a menudo acorralada por ese tipo de pedido, responde con un movimiento de fusión llamado de protección que los sume en

una unión sin límites, angustiante, de la cual queda excluido el padre. Ella me lo dirá en presencia del niño; Manuel mira, escucha, y acrecienta sus pedidos del gato durante las sesiones. La negativa del analista, buscando mantener el encuadre, pone un límite a la omnipotencia infantil y libera al niño de la culpabilidad ante la suerte de su padre. Cuando el clivaje ya no aparece como necesario, me mostrará en secreto el traje de baño que lleva debajo de su pantalón del mismo color –bandera– que el de su héroe. Apertura de un espacio secreto, íntimo; recreación de una historia otra, anterior al traumatismo, de un tiempo en el que se podía arriesgar el juego pulsional y la opción objetal.

Un día Manuel llega con una casete y me la hace escuchar. Es su padre –recientemente liberado pero todavía allá lejos– quien le habla. Una, dos, tres, diez veces escucharemos la voz del padre; él se adormecerá sobre la alfombra, al lado del grabador. Algún tiempo después, el propio padre acompañará a su hijo a la sesión. Luego, se van de la mano. Ahora que llegó es a él a quien le corresponde actuar.

Beatrix es una niña de doce años, rubia, un poco pálida, seria, pasada de moda en su forma de vestir. Camina erguida como un palo y mira a hurtadillas, como si quisiera protegerse de un posible peligro. La distancia que mantiene con respecto a mí, sólo cede en el momento en que se deja llevar por un discurso fanático y moralizante por el que se cuela la angustia de persecución y el odio. Rápidamente se controla. Su discurso, cerrado al otro y a las interrogantes, está –sin que ella se dé cuenta– lleno de fallas y en algunos momentos su transparencia me horroriza. Así sucede cuando habla de sus dificultades escolares: "Aunque tenga un año de adelanto, si repito, yo sé que no me quedan más años".

Escuchándola, podemos oír que está obligada a cumplir un destino, a encarnizarse para conjurar la amenaza de muerte, a aferrarse al lugar que se le ha designado: el de un elegido. Su familia

–judía– es una más entre todas aquellas que sufrieron la deportación y la muerte durante la Segunda Guerra Mundial. Es por la descendencia materna que la historia habla.

Los abuelos de Beatrix se conocieron mientras escapaban de Alemania, a comienzos de la guerra. Se instalaron en un pequeño pueblo del sudoeste de Francia y en 1942 tuvieron una niña: la madre de Beatrix. Poco antes del fin de la guerra, el abuelo es detenido "por franceses" y deportado a la Alemania nazi; desaparecerá, probablemente en Auschwitz. La abuela y sus dos hijas fueron perdonadas porque los alemanes no deportaban madres con niños menores de tres años. La madre de Beatrix cumplió sus tres años ¡el 8 de mayo de 1945!

Luego de la Liberación la abuela se trasladó a París y como la vida era demasiado dura para una mujer sola con dos niños, se casó con el señor K., quien posee una pequeña fortuna. Del abuelo, muerto en deportación nadie dirá nada; por el contrario, se hablará mucho del señor K., acusado de ser sucio, viejo y enfermo, como si no le quedará otra cosa por hacer que morir, habiendo cumplido ya su función de dar una casa y alimentar a las tres mujeres.

Todo iba bien cuando el señor y la señora W., los padres de Beatrix, se casan. Pero cuando la pequeña tiene diez meses, ocurre un accidente automovilístico. A causa del impacto, Beatrix y su madre son proyectadas fuera del vehículo. Cuando la madre despierta, llega a ver a su bebé sobre una camilla, cubierta de sangre. "¿La reconoce?", pregunta alguien a su lado. La cicatriz sobre la frente de Beatrix le recordará para siempre ese momento. Era un 10 de julio. A partir de esa fecha, la madre asocia diversos acontecimientos traumáticos y se siente empujada a hacer cosas "para ahuyentar la amenaza". El año anterior, en esa misma fecha, había tenido un aborto espontáneo. Dos años antes, su suegro fallecía. La víctima siguiente hubiese debido ser Beatrix. Era necesario entonces "rescatarla". La señora W. dejó su trabajo y se

conformó con su pensión de víctima de guerra pagada por Alemania; se consagra a organizar la comunidad judía de su comuna y se ocupa de su hija, apodada "la princesa" porque lleva el nombre de una reina. "La princesa de los guisantes, demasiado sensible", dirá su padre.

En el momento del nacimiento de su tercer hijo, cuando nuevamente esperaba tener una niña, la madre se sentirá paralizada por la angustia, al ver el sexo de su pequeño varón. Fue en esa época que Beatrix, quien tenía seis años, insiste en dejar la escuela pública y asistir a la escuela judía religiosa. "Fue ella quien nos llevó hacia la religión –dice la madre– desde muy pequeña empezó a exigir que se respetaran los ritos."

Un día, quedo sorprendida al darme cuenta que la pequeña niña de rizos y cola de caballo que veo en la sala de espera, no es otro que el hijo de la señora W. El padre de Beatrix está a menudo ausente, a causa de su trabajo. Es un hombre eclipsado, gastado; la guerra solamente afectó a familiares lejanos; es despreciado por su mujer y su hija, acusado de ser incapaz de ganar suficiente dinero, de no ser suficientemente fuerte. No hay lugar para un hombre, padre o hijo, después de la muerte del abuelo materno.

La señora W. no comprende por qué Beatrix tiene problemas, fracasa en la escuela, no tiene amigos; los niños no la aceptan en los juegos colectivos. Madre e hija comienzan a pelear entre ellas violentamente. Durante la noche, la niña se despierta por miedo de que alguien entre en su cuarto para atacarla. Sus padres no saben qué hacer, salvo referirse a su devoción religiosa. Beatrix dirá con desprecio: "No voy a vivir en Francia, prefiero vivir en mi país natal… Bueno, el país de los judíos… En Francia hay muchos crímenes".

En un impulso afectivo, Beatrix muestra su angustia y su preocupación por la salud de su madre. Me dice: "Señora, mi madre está cansada, está enferma, no puede respirar bien; si sigue así, se va

a enfermar de los pulmones… La culpa la tiene esa chimenea, allá enfrente… el humo sale todo el tiempo… El humo entra en la casa, incluso si cierro las ventanas y las persianas, entra por todos lados. Yo le dije a mi padre que deberíamos irnos, mudarnos lejos… pero él no tiene plata".

Me siento aterrorizada por ese discurso casi alucinatorio, que habla a escondidas de quien lo enuncia, espectro de otro tiempo, del tiempo de los campos de concentración. Empujada por sus palabras, crudas, reales, voy a ver la chimenea que se encuentra a cien metros del consultorio; allí se levanta, muy alta, sobre una fábrica casi abandonada y, muy de vez en cuando, escupe vapor de agua.

Será necesario un tiempo; no me atrevo a restituir, en la actualidad de las sesiones, el sentido que escucho. Se inicia una psicoterapia, pero no durará mucho. Beatrix comienza a hablar de sus deseos y de las prohibiciones. ¿Qué es lo autorizado? Se atreve a decir que le gustaría ponerse una pollera apretada, cortarse el pelo… Yo me atrevo a decirle que se está planteando la posibilidad de pensar con cabeza propia, tal vez, en forma distinta a su madre… entonces, se va.

Esta historia familiar cuestiona el lugar de lo social y lo político como impulsión (¿compulsión?) de una cierta dirección de las investiduras y del movimiento fantasmático de los personajes. Incluso si en el caso del abuelo de Beatrix no se trata de un asesinato relacionado con un compromiso político, su historia nos recuerda, de manera extrema y ejemplar, los procesos psíquicos que se ponen en marcha en ciertas familias perseguidas por las dictaduras latinoamericanas.

La muerte obra en la dislocación de un recorrido, de un sentido, y en la repetición de una historia de violencia que en su origen se reconoce como exterior, es decir social y política, y que ahora aparece interiorizada.

¿Por qué mecanismo y a qué nivel se produce esa inversión? ¿Cómo algo que corresponde a una injusticia social se vuelve culpabilidad que se debe pagar con el propio pellejo?

En el caso de Manuel, es posible reconocer el conflicto actual, en caliente. En él, por su expresión somática y por la depresión; en la madre, por el trabajo de separación y duelo. El recurso al analista es un llamado para no encerrarse, para recuperar un espacio de vida, de contradicción, de opción. Una ventaja: el padre no está muerto, ni desaparecido, por lo tanto, la familia no necesita matarlo.

En el caso de Beatrix, dos generaciones después de quienes fueron asesinados, el conflicto está desplazado, el sentido no es el mismo, y una nueva configuración aparece como convicción. Beatrix es la princesa, frágil pero atrincherada en un castillo casi inexpugnable. Es desde allí que habla como una iluminada: "Los judíos fueron castigados porque se habían olvidado de Dios". La lectura histórica de la violencia sufrida es transformada en una interpretación narcisista, fascinante y mágica, en la que las víctimas se vuelven los elegidos que no tienen otra cosa de la que ocuparse que estar cara-a-cara con Dios; la omnipotencia nazi se ha transformado en Dios. Todo se precipitará, se concentrará en torno a esta relación –relación a Dios– que se defiende a través del clivaje, de la distancia con todo aquello y todos aquellos que puedan cuestionar ese encierro. El analista que intenta interrogar, analizar los orígenes y abrir un espacio de libertad y polifonía, es sentido como una amenaza de ruptura catastrófica de ese edificio.

La familia de Manuel –y por lo tanto el niño– víctima de una violencia puede, sin embargo, reconocer al agresor y poner su odio afuera, en su origen Las peripecias edípicas de Manuel pueden jugarse en la interrogación de las diferencias entre el ideal de yo de los padres y el proyecto del agresor.

En el caso de Beatrix, el conflicto se jugó mucho antes de su nacimiento; lo mortífero se tornó contra sí; se produjo la inversión en su contrario. Lo no-dicho se refiere a la historia misma y no a los acontecimientos de la vida del abuelo. Esa violencia –inaceptable a nivel de la conciencia en tanto registro de lo humano– se deslizará hacia el registro de lo religioso –todopoderoso– y abandonará el intercambio social.

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por la autora.

El terror subjetivo, el lugar del psicoanalista

Marcelo Viñar , Mayo 1987.

El título de esta mesa redonda me planteó el problema de cómo encarar su perspectiva. Por un lado, lo político convoca la ciudad, la escena pública y el combate. Es el sujeto plural, colectivo, que determina y dicta el comportamiento individual. El terror, al contrario, concierne siempre lo íntimo, inconfesable, que se encuentra entonces, por definición alejado de la escena social. Se propone, me parece, sortear ese alejamiento con el fin de unir los dos polos en un pensamiento articulado.

La otra dificultad procede del tratamiento de los referentes: el empleo del sustantivo sin mención del posesivo (*mi* es un adjetivo posesivo; *mío* un pronombre) que le da cuerpo. No es lo mismo pensar *el* deseo o *la* muerte, que sentir *mi* deseo o *mi* muerte. Distancia entre una posición empírica y una trascendente, postula Michel Foucault.

No respetar la tensión de esa distancia crea un abismo infranqueable, un silencio imposible de colmar. Es algo que sucede a menudo. Voy a relatar una anécdota personal que apunta en ese sentido. Al principio de mi exilio, en un grupo de trabajo, presento, como puedo, mi primer texto que testimonia sobre la tortura en América Latina; texto que intenta contar lo que sucede allí y probar, sin duda al mismo tiempo, que estoy vivo y puedo pensar. Un camarada, famoso en el grupo por su inteligencia y su sagacidad, me explica que eso que cuento no es nuevo ni original. Su argumentación y su demostración operan un acercamiento entre la

experiencia de la tortura y la del "des-ser" (*désêtre*) del análisis lacaniano. Recuerdo que su certidumbre, su lucidez, su arrogancia, me hirieron y me provocaron balbuceos y rencor. Él poseía el saber correcto.

Quisiera subrayar con esta anécdota que, en relación con ese tema, existe siempre un equívoco: hay siempre un saber que se busca y que se escapa. Más allá del carácter de catarsis de mi recuerdo, él muestra cómo la posición de ese colega y la mía son, en nuestra supuesta proximidad, las de un encuentro imposible entre el saber del sabedor y el del sujeto que sufre.

El carácter personal de mi pequeña anécdota nos trasciende porque se enlaza con la del sobreviviente de Auschwitz, quien había querido encontrar su solución final dejándose morir con los otros en las cámaras de gas y fue obligado por las víctimas a sobrevivir, para cumplir su última voluntad: era necesario un testigo y un testimonio, un espacio psíquico en el que aquello pudiera inscribirse. Era necesario que el martirio se conociese, que el horror fuese patrimonio de la memoria colectiva y de la herencia cultural.

El mismo mensaje desesperado inicia el libro esencial de Robert Antelme *L'Espèce humaine*[26]: el grito reiterado "Ustedes, ustedes no pueden saber" que las víctimas de la tortura lanzan a todo interlocutor que no compartió sus experiencias; equívoco que una mirada analítica supone poder superar. Instituir el terror como objeto del saber (épistémé) significa adentrarse en una rampa resbaladiza que lleva, si no se toman precauciones, a una posición de voyeurismo, de fascinación del espanto, y conduce a transformar el sujeto en espectáculo para intelectuales.

El terror es, antes que nada, la experiencia del cuerpo transido, que evoca *1984*, de G. Orwell. Ficción hecha realidad en la vida de mucha gente de nuestro continente. En el paroxismo del espanto, el protagonista de Orwell implora que el martirio se ejerza sobre el cuerpo del ser querido y no sobre su propio cuerpo. Perversión del

[26] Antelme, Roben, *L'Espèce humaine*, Gallimard, Collection Tel, París, 1979.

ideal que no se puede captar como hecho del discurso, sino como punto límite de confusión entre lo propio y lo extranjero enemigo. Fascinación de la repugnancia y del espanto, sin los cuales ningún conocimiento del horror es pertinente o legítimo porque vuelve la mirada fría y exterior.

Hay una trampa y un peligro en la utilización de los sustantivos *el* terror y *lo* político: en la etimología de la palabra "horror", hay erizar y temblor (*horripilare*: hacer erizar el vello). Vecindad, entonces, proximidad con un cuerpo tembloroso, aterrorizado, al acecho. Eso se exorciza y desaparece si se toma el terror como hecho de discurso y arriesga desencarnar las palabras al desposeerlas de su posesivo. No hay comparación posible entre *el* terror y *mi* terror.

Siguiendo a Freud, una mirada analítica no puede ser exterior, es necesario entrar en el teatro que se observa. Ni desliz objetivante ni captura en la sensualidad de la víctima: ¿desde dónde es necesario mirar y pensar?

La cuestión no es nimia. El testimonio desgarrante se transforma por su reiteración en melodrama de mala calidad o en pornografía. ¿Cómo escapar a la finalización, al silencio, a la tentación de eludir el problema o quedar capturado en la fascinación y reemplazar estas alternativas por el simple acto de pensar, que es en este caso la postura más difícil?

¿En qué consiste ese conocimiento del terror cuyo saber es tan necesario como imposible?

He aquí algunos tanteos.

Luego de la caída de la dictadura, invitamos a algunos colegas que habían permanecido en Uruguay, a trabajar el tema con nosotros. Este es un fragmento de respuesta:

"¡Me siento extraño al reflexionar sobre ese tema que siento como tuyo y no como mío! Ahora empiezo a entender eso que se llama los secretos de familia, que siempre me parecieron estupideces

incomprensibles… Entre quienes permanecieron aquí, hay como una complicidad íntima: existen cosas de las que se habla, y otras para las cuales no hay ni signos ni códigos solamente un temblor visceral compartido. Es el sistema neurovegetativo el que sabe; como si se fuera a chismear cosas privadas, íntimas".

En el terror (creo que esto es válido tanto para la violencia política como para la incestuosa –y Edipo rey juega, aquí, figura de síntesis–) la lucidez, si aparece inopinadamente, es lacerante. El pensamiento en la miseria es diferente del pensamiento inteligente. Ser lúcido sobre el terror propio, es tomar conciencia de la invalidez y del oprobio. Hay entonces un esfuerzo permanente que va en el sentido del evitamiento y de la denegación. Hay que ser loco o imbécil para buscar descubrir, y querer sorprenderse y espantarse de las heridas que cada uno se esconde a sí mismo.

Por eso, en esta situación el sentido común de la palabra pensar es más para temer que para desear. Por eso la ironía de mi amigo en su respuesta a mi invitación (ni código ni signo, solamente lo neuro vegetativo esta concernido, solamente el temblor).

Quien se encuentra en medio del terror no está en la búsqueda del saber o de la inteligencia. Está en la búsqueda de las estrategias que le permiten continuar viviendo, él o sus ideales. Porque el terror subjetivo es siempre vivido en el agobio o en el embotamiento (y no en el saber iluminado, propio de una reunión científica).

La lógica de la destrucción funciona con otra inteligencia que la lógica de la reflexión. El acto se halla a tal punto obsedido por el peligro y por la urgencia que el pensamiento que lo prepara es generalmente muy rengo. Uno puede pasar mil y una horas discutiendo de ideologías o de estrategias. Las diferencias son ínfimas y llevan a la exaltación y a la arrogancia. Sin embargo, no es el contenido de los propósitos lo que cuenta. La línea divisoria es mucho más radical. Pasa por el hecho de estar o no concernido. Con

el matiz de que el imperativo ético de estar concernido conlleva en sí mismo un cierto grado de terror y de peligro.

Es una especie de imperativo primario. Hay que vivir, hay que tener el coraje de seguir viviendo, sobrevivencia del cuerpo o del pensamiento: una suerte de deber ciego, perentorio, antes que inteligente. Hay que ser loco o imbécil para pensar por sí mismo, en lugar de aceptar la realidad tal cual es. A veces no se sabe si se quiere vivir para escapar o para luchar, pero hay una especie de imperativo de construir un "otro" lugar y un "después" de la miseria actual. Es esta lógica la que yo llamo agobio y embotamiento. Ella escapa a la mirada exterior y la elección puede ser percibida como cobardía, heroísmo, traición o locura. Porque no es el espanto súbito de la catástrofe sino el desgaste cotidiano lo que deja su marca indeleble en el "no-dicho" y el "no-pensable" de todos los días.

¿Cuál es la marca de ese indecible para sí mismo y en la transmisión? ¿Cómo inscribir el "no puedo decir el terror y la vergüenza que conlleva"? Creo que lo impensable del terror deja huellas y que es necesario interrogarse sobre ese no-inscribible traumático, como origen o motor de compulsión de la repetición en el sujeto y en la genealogía.

La articulación del hecho traumático y del fantasma es un tema que marcó un hito en el pensamiento analítico y que nos cuestiona desde siempre. En primer lugar, porque un buen freudiano podrá afirmar, en nombre de la doxa, que solamente hay trauma en la infancia y en lo sexual. De esa forma, el terror político produciría una neurosis "actual" que deberá ser subordinada a la neurosis infantil, zócalo de la personalidad. He ahí un buen modelo, tan claro como tranquilizador, que permite continuar la práctica analítica y desarrollar la teoría analítica bajo un régimen totalitario.

¿Pero es posible el psicoanálisis bajo el terror? ¿Los que se quedaron son traidores y los buenos psicoanalistas están todos en el exilio? No solamente creo que el psicoanálisis es posible, sino que es

necesario, como trabajo de palabra, no único pero privilegiado, y a partir del cual la reconstrucción de la historia será posible. ¿No dicen que nuestra disciplina es subversiva? Que su práctica sea renga en situaciones de violencia política, lo admito. ¿Pero conocen ustedes una práctica analítica que, no siendo renga, siga mereciendo esa denominación? Si uno tiene el adecuado contexto sociocultural y la buena teoría, ¿para qué la teoría psicoanalítica?

Cuando el terror político atraviesa la sesión porque inunda el tejido social, se puede encontrar otra "solución", otro camino que no sea parapetarse tras la teoría admitida, la huida de la práctica por el exilio o por la lucha política. La irrupción del terror, señalable en el afuera, interroga la aporía de la articulación entre trauma y fantasma, entre acontecimiento y estructura, y permite plantear de otra manera la alternativa entre narcisismo y vínculo social, en esa arista que funda el inconsciente como punto límite en el que la pulsión se hace palabra.

Si me ubico más próximo al ángulo que me concierne, el de la clínica y la escucha analítica, el problema más urgente es hacer la distinción entre el terror organizado por la violencia fundadora (los fantasmas de origen), el terror que viene de lo traumático, tejido en la novela familiar, y el terror que viene de la ciudad. Ubico esos tres polos para poder pensar. Nada más ajeno a mi intención que la pretensión de establecer una teoría totalizadora que impediría el tanteo.

En el tiempo mítico actualizado por la sesión la violencia de los orígenes reaparece, reiteradamente, en la escena que allí se despliega. Esa violencia, con su carga de horror, es de naturaleza fulgurante y errática, lo que la sitúa en la inminencia del pasado o del futuro. Para el sujeto, se vuelve enigma que presiona al cuestionamiento, lo que es motor de desplazamiento y de perlaboración[27]. Ese horror está en el cogollo mismo del trabajo del

[27] Neologismo que designa el *Durcharbeiten* con el cual Freud designa el trabajo psíquico de procesamiento de un conflicto.

analista y, sobre el punto, el consenso no será difícil de lograr. La articulación del fantasma y del trauma, es decir, la manera de incluir la realidad en la cura, es ya más problemática y nuestra conceptualización más precaria. Y cuando el terror de la ciudad atraviesa el espacio analítico, la incertidumbre es aún mayor.

Voy a detenerme, para concluir, en la diferencia entre terror de lo sexual y terror de lo político, que son siempre fuente de confusión. El terror de lo sexual traumático apunta a lo íntimo y produce fractura a través de un hecho (único o repetido) que se reconoce de entrada como singular y único. La voluntad de ignorar intenta esconder al agresor y a la herida en los repliegues de lo privado. Es el hecho vergonzoso, sádico y gozoso, que atañe al *Heim*, a lo privado, sagrado y secreto, que es necesario desconocer y cuyo desconocimiento es fuente de espanto. El precio de ello es lo indecible que produce el trauma, que deja una marca, y se trasmite como fuente de daños en la subjetividad. Lo sagrado-secreto se juega en la trama del deseo edípico, cargado de prohibición y destinado al rechazo. Trama que reenvía a la problemática de la identificación y a la constitución del sujeto. Es esta constelación la que resulta alterada en lo traumático sexual.

El terror político remite a otra problemática. El marco de la sesión es desbordado, y es el marco mismo el atacado antes que la persona, es lo social que sufre antes que el individuo. Según Freud, se reconoce aquello que mantiene la cohesión de la multitud, lo que produce "lazo social", en el pánico que provoca su disolución. El pánico pone de relieve una realidad hasta ese momento menos legible; ella se vuelve reveladora de un operador simbólico hasta ahora desconocido, en la intimidad dual de la sesión[28].

Si existe racismo, no es la neurosis del judío o del extranjero lo que hay que tratar en primer lugar; el lazo social está enfermo antes que

[28] Freud, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), A E, 18, p. 63, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985.

el sujeto (lo que no impide acoger su angustia personal). Es una situación que –en la clínica– nos pone en posición de ignorancia y de precariedad. Uno puede siempre reducir lo nuevo, lo desconocido a lo ya conocido –reflexiva o automáticamente–, pero uno puede también arriesgarse en la ignorancia sin la brújula freudiana. El terror político actúa sobre una subjetividad adquirida. Lo que ella pone en juego son las raíces del lazo social, allí donde un primer deseo de omnipotencia quiso –como lo subrayan Nancy y Lacoue-Labarthe[29] que el primer "otro" sea un "otro" muerto o excluido. El terror político golpea el lazo social antes que el "yo"; los "otros" que me constituyen son en la primera fila de la escena.

Si existe racismo, la respuesta "Todos somos judíos" debe ser entendida de forma diferente en el París de Le Pen que en la Francia de Pétain. El desafío y la respuesta son diferentes.

En el horror doméstico, familiar, el tablero está delimitado: sé que aquello me está destinado sin que pueda escabullirme. El terror político es más equívoco, porque el universo de las víctimas potenciales no está nunca claramente definido *apriori*. Eso da al impacto subjetivo de la amenaza un lugar muy particular. El gesto inaugural del poder totalitario es definir al enemigo: el judío, el extranjero, el comunista, el subversivo; definición que comporta una organización clara de los círculos del infierno. La amenaza, por su parte, es portadora de un absurdo concebido como verdad. El sujeto debe acomodarse a esa impostura que reemplaza la ley, debe reformular el lugar del otro en relación a sí. El puntapié inicial del terror político, en la *Shoah* (catástrofe), es la perversión del código el neoidioma del sistema con sus verdades monosémicas. La tentación de una cobardía rentable se ofrece como salida: sustraerse a la amenaza por intermedio de la traición a un ideal de pertenencia a la comunidad humana. Eso conlleva un trabajo psíquico hasta ahora poco explorado. ¿No hay inscripción psíquica de un "no-dicho" de

[29] Lacoue-Labarthe, Philippe; Nancy, Jean-Luc, *La panique politique*, en Cahiers Confrontation N°2 París, Automme 1979.

indignidad y de vergüenza? La patología de los nietos de las víctimas del holocausto habla suficientemente sobre la transmisión genealógica de ese "no-dicho".

Cuando la impostura se cubre de los oropeles de la Ley, los gestos de sumisión y de transgresión toman un valor y una dimensión inauditos. El sujeto está sometido a un mensaje de doble lazo (*double bind message*). De un lado, la orden: "No te metas". No estar entre las víctimas y los culpables crea la ilusión de ubicarse entre quienes van a sobrevivir, a salvo física y moralmente. Del otro, lo intolerable del horror empuja al compromiso político y ético…

El trabajo psíquico que puede realizar, tanto para el analizado como para el analista –en una simetría bizarra y novedosa–, consiste en poder responder, entre reconocimiento y desconocimiento de la amenaza, a estas preguntas.

"¿La amenaza me concierne?" "¿Es a mí a quien apunta?"

Preguntas que serán entendidas de forma diferente según la posición de cada uno. Para aquellos comprometidos, las mismas podrán ayudar a diferenciar las fantasías de la realidad de la persecución. Para los otros, ellas plantearán otras preguntas: ¿el trastocamiento de las instituciones puede no concernir a cada individuo? ¿Qué pasa con el no-compromiso?

¿No puede ser calificado de alienación?

En el universo totalitario, la posición del individuo ante la cultura y sus instituciones modifica las relaciones entre experiencia personal y política. La elección inevitable, entre rechazo de lo intolerable y no-compromiso lleva a reformular las relaciones entre exterior e interior, entre lo psíquico y lo social. No hay, en efecto, término medio entre el rechazo de lo intolerable y la indiferencia, sólo hay una alternativa: entre el compromiso, con sus riesgos y sus peligros reales, y la sumisión cómplice. Es por esa vía que se aproximan territorios normalmente lejanos y distintos: el saber sobre el poder

político se vuelve menos extranjero que el saber sobre los propios secretos del sujeto. La pasión política y los tormentos íntimos pueden conocer una extraña proximidad y familiaridad.

Se puede seguir repitiendo que el psicoanálisis no posee los instrumentos conceptuales y metodológicos suficientes para abordar estos problemas. Mi respuesta es que hay que optar entre un concepto de menos y una angustia de más.

De otra manera, haríamos como los campesinos polacos y la mujer del maestro en el filme *Shoah*, aprendiendo a alternar con grados impensables de horror sin por eso sentirnos concernidos.

Trabajo presentado en el Coloquio "La terreur subjective",
organizado por el Cercle Freudien, .

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

La experiencia del exilio

Marcelo Viñar, París, 1984.

¿Qué perspectiva elegir para abordar una situación que afecta a millones de seres, de grupos y de comunidades, y cuya realidad interpela tantas disciplinas y códigos teóricos?

El tema, al igual que un océano, es demasiado vasto para la mirada y la comprensión. Navegar sobre el océano: un solo periplo alcanza para marcarnos para siempre; y mil periplos suplementarios de lectura y de reflexión no nos aportan casi nada más… Pero de ese casi nada nacen los balbuceos que llevan a la producción de un texto comunicable. Sería necesario ser sociólogo, demógrafo, politólogo, psicólogo social, antropólogo, además de psicoanalista. Y aun faltaría esa madera de la que están hechos los poetas o los novelistas, para comprender algo de este problema…

Decir, e intentar saber algo –Michel Foucault insiste en ello– es solamente desplazar un poco la sombra y la oscuridad de aquello que no sabemos. El psicoanalista tiene como papel escuchar y saber algo del sufrimiento individual y de sus trampas; es partiendo de esa óptica que intentaré exponer sobre la experiencia del exilio. Ningún saber exhaustivo podría derivar de esto, y cualquier lectura totalizadora de este texto sería reductora.

En este mundo ancho y ajeno en el que el exilio nos ha hecho vivir, en este mundo de la civilización y de la tecnología, el recuerdo de Uruguay es el de su pequeñez –los perfumes buenos y los venenos, ¿no vienen en pequeños frascos?–, calidad y defecto que hacen su singularidad. Pequeñez que le da su encanto y su atracción, que permite el placer de delimitar sus contornos, pero que, al mismo tiempo, crea el miedo de quedar encerrado en ella. ¡Quién de

nosotros no sintió ejerciendo su profesión la ilusión y el placer de conocer e inventar su país! De esto deriva que el uruguayo sufra doblemente la despersonalización y el anonimato, propios del exilio.

Carta de un amigo, en el segundo lustro de mi ausencia:

"Me alegro de saber que estás en vías de echar raíces. No se puede seguir picoteando un poco de cada cosa, al pasar. Es necesario sentarse a la mesa y tomar la parte que la vida nos da. Hay que dar a lo provisorio la densidad y el espesor de la vida. Hemos vivido otro país que no volverá nunca. Después, habrá otra cosa, otros jóvenes que van a hacer su historia, otros jóvenes que no seremos nosotros. O aprendemos a vivir en la oscuridad, que es el momento que nos ha tocado vivir, o cuando venga el amanecer estaremos dormidos o somnolientos".

Las raíces, de las que habla mi amigo (¿son palabras de él, destinadas a mí, o yo las provoqué?) designan lo que vincula al ser vivo a su origen, a los elementos de base que se transforman para constituir su propia materia. Imagen o metáfora que indica lo que fue cortado en el desgarro del exilio y que ubica el sufrimiento en el centro del tema: dolor de ser separado de sus raíces, alejado de las representaciones familiares.

Hay en esto materia para interrogantes específicamente analíticas. Si se accede a la condición de sujeto mediante la pérdida irremediable del objeto primordial y primero; si toda experiencia se ordena y se organiza a través de esa pérdida –según el modelo freudiano de la castración simbólica– ¿qué sucede cuando la realidad actúa de manera inmediata sobre nuestra vivencia, reiterando y actualizando esa pérdida original fundadora de la condición humana?

El hombre se construye a partir de sus ilusiones y de sus proyectos, y una de las dimensiones de la existencia es el hecho de remodelar permanentemente ese juego de ilusiones y de proyectos, que se juega

entre el ser y su entorno. El exilio hace abortar ese movimiento y lo destruye, para reiniciarlo en la extrañeza de lo no-familiar. Por eso su dimensión de traumatismo. Se presenta como un tiempo de inercia y de contemplación que emerge luego de la tormenta, el naufragio y la catástrofe; propone el desafío de lo que es posible construir a partir de la pérdida, de la desilusión del descorazonamiento, de la derrota.

No estamos muy lejos de lo que Freud llama trabajo de duelo, con lo que implica de dolor psíquico, con su dimensión muy cercana al traumatismo y a la de una desconexión inasimilable. Volveré sobre este punto.

En la experiencia del exilio, varios niveles de lo vivencial funcionaron para mí como puntos de impacto, que intentaré describir como una semiología del exilio.

La nostalgia

Ella concierne, en un principio, los niveles elementales de lo vivido: la resonancia de la ausencia en el cuerpo, el paisaje, los colores y los olores que pueblan la evocación agradable y dolorosa a la vez, en la inmediatez de la geografía del cuerpo sensible y erótico. Nudo sensible y patético que organiza un imaginario de la tierra perdida: lo que fue perdido es lo mejor, está allá, lejos.

Esta nostalgia, tristeza dulce o dolorosa, confiere al tiempo vivido un carácter discontinuo: hay un antes y/o un después imaginario que ocupa un lugar privilegiado y que funciona como una orden contradictoria: adáptate a esto donde estás, trabaja, crea, aprende, pero no hasta el punto de no querer regresar a lo tuyo. El espíritu funciona como un magnetófono de dos pistas, que graba dos mundos, dos universos con significados no siempre compatibles.

Esta dimensión patética –¿el tango, sus textos y su música no nacieron en nuestra tierra?– es un lugar de pasaje necesario, casi obligado. Es, finalmente, un lugar atrayente, en el que se puede caer como en una trampa para huir nuevamente, como un extranjero. Vivencia con una fachada de sufrimiento que oculta bien el placer que produce: el éxtasis, con su corolario de inmovilidad.

Todo psicoanalista sabe que ese dolor, ese *pathos*, es un llamado al saber, y el polo de la razón se ofrece como un refugio a la angustia. Este pobre texto no escapa tampoco a esa ecuación. Está escrito a partir de notas de una charla de un doctor que habla con exiliados.

Ya sea de manera espontánea o escolar, los exiliados quieren saber algo sobre el exilio y, a través del saber de otros, conjurar su soledad. Es cierto que un saber que se pretende universal aporta otras referencias que van más allá de la experiencia propia, pero no permite acceder a la verdad y no cura la soledad. El saber es alienación si sirve de dogma y de receta y si se utiliza para economizar un cuestionamiento solitario de sí mismo. Por eso, escapar de las buenas doctrinas que se trasmiten y se repiten en los grupos, entre iguales, como un dogma y una receta, constituye uno de los puntos centrales de la elaboración de la experiencia del exilio.

La dialéctica entre persona y personaje

Estar en nuestra tierra es gozar de la savia y de la luz que nos conforta en la relación en espejo con lo que es nuestro, con los nuestros. El confort evita la precariedad; la tibieza del nido sumerge al ser en su monotonía, en su uniformidad que, en un grado más o menos importante, es fuente de alienación. El exilio rompe esa armonía del personaje que aliena a la persona. Pero al mismo tiempo, separando la persona de su lugar, constituye uno de los

momentos privilegiados de la vida en el que se rompen los frágiles equilibrios y armonías.

El personaje que habíamos construido poco a poco a fuerza de deambular por la vida, eso que el otro y los otros del paisaje familiar nos aportaron para responder a la pregunta sin respuesta de "¿quién soy yo?", ayudándonos así a construirnos una imagen más o menos triste o satisfactoria de nosotros mismos, eso, todo, se derrumba en el exilio. Porque ese personaje público, el del papel social, no es solamente un personaje de vitrina; hace cuerpo con la intimidad y permite la estima de sí mismo. Ese tú y ese usted que hacen de mí lo que yo soy, forman parte de mí mismo. Es conveniente recordar el trabajo de Lacan sobre la trama de las identificaciones imaginarias en tanto que trampa y soporte yoico. Recuerdo el placer sentido la primera vez que alguien me llamó por mi nombre en una calle de la ciudad anónima. Eso que la psicología social llama "anomia" aparece, en el exilio, con un relieve y una intensidad inhabituales que destruyen lo que es accesorio en el personaje y sacan a luz los estratos más secretos de la persona; tanto, que el exilio, como situación desfavorable y traumática, pone al desnudo desenmascarándolo y amplificándolo al loco que cada uno lleva en sí. Esta es una tesis que me importa más por su valor operativo que por su carácter demostrable; el exilio pone de relieve las cualidades y los defectos de nuestra condición de humanos, amplificándolos.

Ese desvío me permite llegar naturalmente al sesgo profesional y señalar aquello que aparece como síntoma del exilio y se ve en el momento de la consulta. La psicopatología del exilio solo tiene de específico el recrudecimiento epidémico de la endemia que compone el léxico de los manuales de nuestra profesión. La crisis neurótica es frecuente y conlleva la angustia y la tentativa de restituir una definición del personaje. Más graves son los casos en los que el conflicto y el duelo no pueden contenerse en la esfera de lo mental y

desbordan en el cuerpo –agravación o aparición de enfermedades–, o incluso derivan hacia la sociopatía –soluciones psicopáticas, caracteropatías, psicóticos– o las neurosis de destino –accidentes reiterados, fracasos.

El mito de la vuelta en la experiencia subjetiva del exilio

La fantasmatización de la vuelta toma formas múltiples, infinitas. Detrás de esa multiplicidad, lo esencial, lo simbólicamente determinante, no se presenta de manera manifiesta sino que debe ser descifrado. Lo que sucede, de hecho, es que el antes y el después, que llenaron la vivencia nostálgica del exilio del pathos que fue el eje de la experiencia, no pueden coincidir con el antes y el después de la continuidad histórica y de su ruptura. Porque sea cual sea la memoria social, no puede haber coincidencia entre la realidad fantasmática de un sujeto y la fuerza del movimiento social del cual estuvo ausente y al que es extranjero.

Hay, para justificar la vuelta, un discurso lúcido y razonable; hay también, en la intimidad, la escansión de lo indecible: vuelvo porque volviendo creo volver a ser quien era, aun si ese que yo era me es extranjero, perdido para siempre.

La vuelta puede fundarse en un discurso lúcido y racional, pero también se teje a medio camino entre el sueño y la realidad. Volver al país, es la ilusión de reencontrar el paisaje estático que dejamos y que no existe más. Y ese cadáver, o se asimila y desaparece, o bien, como el alma en pena, torturada, continuará reclamando crímenes y venganza.

Volver es también confrontarse a la diferencia y a la alteridad, en lo que ellas implican de riesgo, de horror y de violencia. Alteridad que se manifiesta en relación con aquellos que se inscriben en otro

momento de la historia; en relación con esos que, quedándose en el país, no conocieron el sufrimiento del desarraigo y vivieron otra experiencia, mientras nuestro recuerdo quedó fijo e inmutable, ligado a un pasado que representa el ideal. Alteridad también en relación con esos niños que viven los hechos marcantes de la infancia en otra lengua, otra cultura y para quienes los proyectos y los deseos pasan por otros desgarros diferentes a los nuestros; ellos que pudieron apropiarse el presente con mejor suerte que nosotros. Alteridad, sobre todo, en relación con quienes, por haber sido encarcelados o asesinados, nos someten a ese sentimiento insoportable de culpa por ser libres y estar vivos, pudiendo gozar y sufrir.

Admitir y asumir la diversidad y la pluralidad de experiencias y de inscripciones en lo real implica renunciar al éxtasis de los reencuentros fusionantes, trampa que existe y que obra en el imaginario de cada uno. La lección de otros retornos muestra que no es posible ahorrarse el noreencuentro, y que las trayectorias diferentes han vuelto a los hermanos extranjeros el uno para el otro. Pero ese conflicto de diferencias, al aportar lo heterogéneo, hará del exilio una riqueza más que una miseria y nos alimentará de una diversidad contradictoria que nos salva, tal vez, del encierro mortífero en lo homogéneo, de la alienación que representa la ilusión de la completud.

Epílogo

Pensemos el problema en términos más teóricos.

Siempre consideré como un momento particularmente fecundo del genio freudiano la formulación del aparato psíquico primitivo con los caracteres de una vesícula digestiva, como aparece en el texto metapsicológico de 1915: *Pulsiones y destinos de pulsión*[30], así como diez

[30] Freud, Sigmund, *Pulsiones y destinos de pulsión*, (1915), A E, 14, p 105, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980.)

años más tarde en *La negación*[31]. Modelo que, además, fue retomado por los desarrollos kleinianos.

Si introduzco esta referencia para el tema aquí tratado, es porque la tesis que le sirve de base –la relación del aparato psíquico con aquello que es propio al sujeto y con aquello que le es exterior– es también un eje central de la experiencia del exilio.

El texto freudiano es límpido: lo bueno debe ser incorporado, lo malo y lo extranjero serán escupidos y expulsados[32]. Si esta antinomia radical solo fuera una metáfora proveniente de la biología, no sería necesario continuar el cuestionamiento. Pero la experiencia del análisis y abundantes ejemplos de la historia y de la antropología nos enseñan sobre la dificultad de tratar con lo heterogéneo.

Si el yo se constituye con aquello que se incorpora como perteneciéndome en propio—en esa tautología en la que el yo constituye lo mío y lo suyo constituye el yo– entonces no es difícil concebir lo que llamamos amor de nuestra tierra, o patriotismo. Es en el movimiento especular entre el ser y su mundo que el lugar de pertenencia y de familiaridad –con su historia, su cultura, su paisaje físico y humano, su clima, sus tradiciones, sus excesos y sus absurdos– es interiorizado, para hacer parte del individuo; por poco que abandonemos la dicotomía interior-exterior a la que nos habituaron y condicionaron la psicología tradicional de las funciones y la teoría kleiniana del objeto.

Si parto del modelo freudiano, es para deducir el carácter ilusorio del acceso a la identidad. El término "ilusorio" no tiene aquí nada de la connotación peyorativa del lenguaje corriente; se sitúa más bien en la perspectiva conceptual de lo que Winnicott designó como espacio de ilusión caracterizándolo como fuente de creatividad y de

[31] Freud, Sigmund, *La negación*, (1925), A E, 19, p. 249, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.
[32] Los neologismos analíticos "proyección" e "introyección", con toda la riqueza de su semiología y de su conceptualizacion, no anulan la brutalidad de la metáfora digestiva. Ver, por ejemplo, el excelente capítulo de María Torok "Maladie du deuil", inspirado en Ferenczi como "inventor" de esos términos; Abraham, Nicolas y Torok, María, *L'écorce et le noyau*, Aubier-Flammarion, París, 1978.

sublimación. La adquisición identificatoria (amar su tierra) aparece de esa forma como lo opuesto a lo informe y a lo vacío, y por eso su potencialidad creadora. Pero si todo autoriza a pensar la pertenencia como lugar de pasión y de verdad subjetiva, nada, en revancha, autoriza a trasponer ese logro y a transformarlo en la expresión de una verdad ontológica, sucumbiendo a las creencias del etnocentrismo. Es de esa forma que Pierre Clastres designa la tendencia de todo grupo humano a tomarse por el mejor, por el patrón de medida del bien.

Digamos, concretamente, que ser uruguayo es una ilusión que yo preservé y cultivé durante los diez años de mi ausencia. Que el hecho de ser uruguayo sea la mejor de las cosas, puede persistir como una afirmación incontestable a condición de que se la trate con el humor que merece semejante exceso y su absurdo, o que se la entienda como dimensión lúdica, jugando el papel de una ilusión: un objetivo límite siempre en construcción, una ruta o un camino que recorrer, un viaje o un proyecto siempre por llegar, y jamás un puerto de amarre.

Traducido del francés por María Urruzola
del libro Exil et torture (Denoël 1989, París).
Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

La ley como impostura

Marcelo Viñar, París, 1983.

Los hechos son conocidos, la información se ha vuelto banal: en Uruguay hay ciudadanos que pagan con meses o años de cárcel el haber entonado demasiado fuerte la estrofa del himno nacional: "¡Tiranos temblad!" o el haber albergado a un amigo de infancia perseguido por el régimen; actos calificados jurídicamente de ofensa a los símbolos patrios y de asistencia a la asociación subversiva.

Para ser funcionario, para obtener un trabajo, para inscribirse en una asociación, para presentar un trabajo en un congreso científico, es necesario un certificado de buena conducta, parodia de los antecedentes penales atribuidos por el aparato policial bajo forma cifrada. Y la "declaración de fe democrática" exige, para todo miembro de la función pública, que no haya pertenecido –ley con carácter retroactivo– a las organizaciones políticas o sindicales declaradas ilegales por el régimen de facto.

Así, la mayoría de la gente se encuentra contagiada del vicio de subversión, pero es susceptible, sin embargo, de ser purificada, ya que el dispositivo habitual pretende que en caso de necesidad uno pueda dirigirse a su coronel personal para obtener una garantía, gracias a la cual podrá formar parte de las personas admitidas por el régimen.

Es verdad, entonces, que un mínimo porcentaje de la gente susceptible de ser castigada, lo es efectivamente. También es verdad que la "ley", absurda y sádica, sólo es aplicada parcialmente, que hay miles – y no centenares de miles– de presos políticos, pero paradojalmente la incertidumbre ante el castigo tiene efectos sociales y psicológicos: eficacia de la coherencia en la represión.

Si sobre veinte personas "castigables", hay sólo una sola efectivamente castigada –pero de manera sádica y desproporcionada–, los otros diecinueve no son, sin embargo, indemnes y el terror los amenaza. La legislación vigente no afecta solamente a quien está en la cárcel, sino que enseña e impone a los otros diecinueve que hay sólo una verdad y que la misma es absoluta: la del régimen.

El absurdo del terror gana de esa forma coherencia y realidad, y no es difícil calibrar los efectos cotidianos. El efecto buscado es la intimidación y la parálisis, el "no te metas". Porque, más allá del horror cotidiano, está el gran horror de la cárcel y la tortura que sirve –en su virtualidad siempre presente– para otorgar veracidad a la amenaza: no solamente la muerte y la desaparición, sino peor todavía, la agonía infinita de una tortura sofisticada hasta la destrucción. Ese es el monstruo que impregna toda la trama social.

Es evidente que las actuales dictaduras latinoamericanas buscan vestirse de un estatuto jurídico a través de lo que llaman los actos institucionales, y es novedoso que regímenes que se basan en la fuerza pongan tanto acento en la legalidad: ¿folclor al estilo García Márquez?

¿parodia? No parece. ¿Por qué entonces, esa preocupación se repite con una regularidad que llama la atención? ¿Por qué, pese a las diversidades nacionales, el hecho se reitera como un elemento característico de este último decenio? ¿De qué inteligencia única proviene tanta coherencia?

¿Cuál es su lógica, qué efectos busca?

Se puede afirmar que es ese deslizamiento hacia la adquisición de un estatuto jurídico por el que la violencia desnuda y monstruosa pretende apropiarse de la verdad absoluta de la ley, lo que otorga a las dictaduras sudamericanas actuales una *singularidad* que no hay que subestimar en sus efectos sobre la sociedad y los individuos.

Si la violencia criminal es característica de todo régimen dictatorial, la novedad, la particularidad que va más allá de la brutalidad irracional,

es aquí la utilización de una brutalidad perversa, disfrazada –bajo un manto jurídico– en una mascarada de ley.

El concepto clave de ley no es el mismo entre los juristas, los antropólogos o los psicoanalistas, y cada uno, limitándose al rigor de su universo conceptual, puede encerrarse en el hermetismo. Pero se puede también utilizar aquello que se señala en cada una de esas prácticas y afinar de ese modo lo que se entiende por ese concepto.

Como psicoanalistas, podemos intentar hacer una lectura de la relación con la ley que busca instaurar el dispositivo seudo legal de las dictaduras en América Latina y de sus efectos en la esfera subjetiva y transindividual. Nuestro postulado es que hay una sagacidad perversa en la lógica del *orden instituido* que utiliza los efectos psicológicos y sociales de la impostura. Es precisamente en razón de esa *eficacia de la impostur*a que las dictaduras latinoamericanas actuales se escudan bajo una seudo legalidad costosa, obsesiva y espectacular que se agrega como un ornamento a los métodos clásicos y conocidos de la represión. Fachada jurídica que no sería necesaria si no buscara otra eficacia, más allá de la que puede lograr la violencia brutal y desnuda.

La interiorización de la ley es una necesidad intrínseca al funcionamiento del aparato psíquico. Freud y Lacan, en el ámbito del psicoanálisis, y Lévi Strauss en el de la antropología, fundan cuidadosamente esa afirmación. Las nociones freudianas de masoquismo y de culpabilidad inconsciente reenvían el acceso a la cultura en el crisol de la sexualidad infantil y de la sujeción a la instancia parental, mediadora de lo social. Es algo de ese mundo arcaico, sumergido en el olvido de la infancia, que se reactualiza con la realidad de la dictadura.

Si nos cuidamos de no caer en los mecanismos reductores de las extrapolaciones fáciles, es útil preguntarse sobre la interacción entre lo social y lo privado, considerándolos en términos jurídicos y

psicológicos. Si toda ley, tanto en su trama jurídica como en su trama antropológica, comporta un imperativo absoluto, es necesario subrayar, en la impostura jurídica latinoamericana, su vocación de encarnarse en ese absoluto de la ley y apropiárselo. El pasaje de la brutalidad a la legalidad busca la apropiación de instancias interiores de control y de vigilancia. La afirmación parece menos azarosa si la confrontamos con hechos de la vida cotidiana.

Así, antes de las actuales dictaduras, universitarios que pertenecían a todo el abanico político trabajaban juntos en equipos docentes y de investigación. La obligación de firmar la "declaración de fe democrática", exigida a todo ciudadano para entrar o permanecer en la función pública, produce de hecho la exclusión de uno o de varios, provocando en algunos la sumisión en otros la revuelta o, incluso, el compromiso hábil y útil. Los desacuerdos o las divergencias de actitud, en la ausencia de un pluralismo democrático que manifieste la diversidad de la verdad, son regidos por el miedo que radicaliza las posiciones en categorías maniqueas, oponiendo colaborador, traidor y cobarde a subversivo, peligroso o suicida. Y es por el camino del miedo que la "ley" del régimen impregna y marca todo el tejido de las relaciones sociales: "No hago como tú, porque tengo miedo, decía un universitario "sometido" a otro "rebelde". "¿Y tú crees que yo no tengo miedo?", le respondió este último. De esta manera el espacio de libertad es limitado no solamente en la escena pública, sino también en la *intimidad de las relaciones*.

Atiendo en este momento a un adolescente que, indignado por las injusticias del régimen, hesita entre continuar sus estudios y comprometerse en la lucha política. Mi ética profesional exige de mí una escucha abierta a su dilema. Frente a la ley de la dictadura, si escucho a este joven que me habla de su pasión y de su angustia, si dejo jugar en su discurso los deseos y las transgresiones que lo ayudarán a ser él mismo, si obedezco, en suma, al imperativo de mi función y de

mi ética profesional –¿porque qué otra cosa es psicoanalizar?–, me vuelvo, según la óptica de esa ley, cómplice del delito. Mi dilema como psicoanalista, ¿no es ejemplo, en su detalle y en sus variantes, de la peripecia cotidiana de todo padre y de todo educador?

Ante esa ley radical y monolítica, la posición de padre se encuentra desgarrada entre los dos términos de una alternativa: o bien la rebelión que implica el combate y el riesgo de perder la vida, o bien la sumisión que implica la indignidad. Nosotros nos hemos visto y hemos visto a cada padre sucumbir ante esas contradicciones.

Es inherente a la naturaleza misma de la ley –ya sea de orden jurídico, antropológico o psicoanalítico– *ser un absoluto excéntrico y distinto a todo individuo o grupo identificable*. Sin embargo, lo que caracteriza a la dictadura, más allá de su violencia criminal, es su vocación para apropiarse de ese absoluto de la ley y encarnarlo. En psicoanálisis, cuando se franquea esa distancia mínima, pero esencial, que separa el ser simbólico del ser real, como apoyo y garante de la ley, nos encontramos ante una estructura perversa generadora de locura. No creo caer en un exceso al caracterizar a la dictadura como una figura ejemplar de esa estructura.

Presentado en el Coloquio Internacional de Juristas sobre "El derecho a la defensa y a la justicia en las dictaduras militares de América Latina", París, mayo, 1983.

Traducido del francés por María Urruzola del libro Exil el torture (Denoël 1989, París). Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

El extranjero

Marcelo Viñar, París, 1983 .

Este es un texto fechado y dedicado –casi como si fuera una carta dirigida a diferentes personas concretas y presentes– a todos los amigos que, de una manera u otra, acogieron mis quejas y las dificultades de mi adaptación al país de exilio. Sin embargo, la gratitud está ausente del texto manifiesto (aunque no del texto latente…). Si yo puedo interrogar, y eventualmente compartir esa interrogación es porque supongo una escucha posible y porque la violencia me parece más operativa que una gratitud edulcorada.

Hay en mi texto algo de vivencial, que podrá aparecer tan excesivo como insuficiente. Texto-testimonio o texto-síntoma, sobre cuya pertinencia todavía dudo. Algunos amigos lo decidieron: a ellos el hacerse responsables de la mitad de mi torpeza…

Primer tiempo: el idilio

Al principio, era fácil… y terriblemente difícil, pero las reglas eran claras, sin ambigüedad: uno era radicalmente extranjero –el idioma, los códigos, las costumbres, el clima. No; incluso más que extranjero, en esa época uno era un visitante, y el visitante descubre… y es descubierto: resulta divertido. Las conversaciones y las historias más banales parecen enigmáticas. Lo que remite a la despersonalización, en el sentido fuerte y concreto de la desrealización esquizofrénica: desde el "¿Quién soy yo?", inquietante, perplejo, unheimlich, al "¿Dónde estoy yo?" del niño en la oscuridad.

Síndrome general de adaptación, decía Seyle; la adrenalina se encarga de resolverlo, el costo es elevado pero la vigilancia puede más que todas las urgencias. Uno confunde eso con el hecho de lograr su adaptación. En silencio, en silencio solamente, el sufrimiento de las ausencias y de la nostalgia juega su papel corrosivo.

Lo nuevo que hay en el juego del descubrimiento reemplaza los silencios, las tensiones, las contradicciones posibles. Sin hablar del halo heroico de los sudamericanos en Europa. Hay algo de conocido o de sobrentendido. Quien se haya visto obligado a partir tuvo la vida lo suficientemente dura como para provocar simpatía y comprensión.

Las diferencias culturales juegan sobre una distancia óptima: América Latina está suficientemente lejos y extranjera como para constituir otro lugar, y es suficientemente cercana como para provocar el juego de las afinidades y los reconocimientos. La lengua romana, los nombres, el color de la piel, las referencias filosóficas, los códigos teóricos en psicoanálisis, en arte, el dispositivo de las creencias: evidentemente, el criollo viene de Europa, y el "criollismo" blanco, incluso si se inspira en una mitología local con resonancias indígenas, es suficientemente "europeizante" y "europeizado" como para que se nos reconozca como ramas de un mismo tronco. La distancia en el clan es entonces óptima, parodiando la exogamia. Pero en esta búsqueda del alter ego, es siempre más fácil captar el ego que el alter.

Segundo tiempo: la desilusión

El "segundo aliento" plantea otros desafíos. El idilio de la visita, por definición efímera, cierra su ciclo y se apaga. Es recién en ese momento que uno descubre que los franceses hablan "otro idioma", que su idioma es el francés… y algo más. ¿Se puede adjudicar todo al idioma? Recíprocamente, sucede que el carácter atractivo del extranjero

se agota, y pasamos de la condición de héroes que se nos adjudicaba a la de seres ordinarios. El personaje se diluye, la persona aparece. O más bien no, todavía no, el personaje persiste, pero bajo un signo inverso, que denuncia la decepción en relación con una expectativa. La cuestión de la diferencia se soluciona en general en términos de fascinación o de desprecio –para citar una polaridad kleiniana– y ni uno ni otro son prometedores de un encuentro perdurable, pacífico, creador.

Un hecho relativamente habitual y recurrente (en mi experiencia) es la utilización del "ustedes" de la segunda persona del plural en el diálogo dual con el extranjero. Ese "ustedes" del plural nos uniformiza y nos confunde con aquellos con los que nosotros no nos reconocemos similares o, al menos, despierta la urticaria de viejas dolencias, de viejos conflictos: esas historias tan viejas y tan ínfimas, como los franceses tienen entre ellos, y que en la jerga cultivada se denomina narcisismo de las pequeñas diferencias.

Para el extranjero que tiene necesidad, luego de su trasplante, de reconstruirse y de ser alguien[33], el "ustedes" del plural remite a la anomía, al anonimato, lo conduce a un estatuto de objeto exótico y a la perplejidad, arrancándolo de su proyecto de persona que renace. Y para aquel que emite el discurso, la segunda persona del plural es reveladora de la anulación de un proyecto que pretende buscar la alteridad. Ese "ustedes" del plural falsea y hace abortar el encuentro del cual paradojalmente se dice en búsqueda, y lo sitúa a nivel de la denegación.

El extranjero, por definición, introduce la diferencia y la alteridad. Pero siempre se puede resolver ese dilema negociando la abolición del singular.

El hecho comienza siempre por una pregunta banal: "¿Qué piensas tú de tal hecho, de tal situación?". Detrás de la inocencia de la pregunta, el papel asignado al extranjero, la respuesta esperada, son los de la

[33] El "soy" en cuestión no es el del pensamiento cartesiano; se refiere al aspecto más actual e inmediato de la subsistencia material (tener un trabajo) y moral (que para el intelectual pasa por el hecho de tener sus ideas y decir lo que piensa).

sabiduría del oráculo. Pero sabemos bien –en el mito y en el diván– que la interpelación al oráculo está impregnada, al mismo tiempo, de esperanza y de desconfianza, lo que desata –entre quien interroga y quien responde– la violencia y la furia, salvo que el interpelado responda en tanto que igual. En París, los temas de actualidad son el futuro del psicoanálisis y la institución analítica. Entre las discusiones doctrinarias y las querellas tribales, algo pasional invita al combate, a la alianza y al odio. Y lo que no está permitido, lo que es tácitamente despreciado, es mantenerse ausente de las trincheras y no combatir.

Pero el extranjero se encuentra a menudo ocupado en otras guerras, su energía no siempre es suficiente para combatir en la guerra local. Por otra parte, una guerra, ¿no significa siempre un "después" de rencores y conflictos, al cual el extranjero es extranjero? Eso vale para mí y mis compatriotas cuando rápidamente hacemos como si ya fuéramos parisinos. Lo que yo puedo percibir desde mi balcón de espectador estupefacto, es que se trata de una guerra primitiva, y que la rivalidad tribal puede más que las divergencias doctrinarias. Con todo, si se tratara de "raza" o de religión, sería posible entender algo. Pero ¿tratándose de la transmisión y la práctica del psicoanálisis?… Porque el problema es de naturaleza tribal y no doctrinaria, el "con quién" es más importante que el "por qué", y en lo que se escribe, las firmas pesan más que el contenido. Por la misma razón, las grandes afirmaciones sobre la libertad de afiliación van de la mano de una curiosidad casi morbosa de saber quién está con quién; la afiliación no es solamente una cuestión institucional sino que se reproduce en la esfera –supuestamente más íntima– de la cooptación recíproca en los grupos de trabajo, que sigue –como por casualidad– las mismas líneas de fuerza… Pienso que la guerra tribal, que domina actualmente la relación entre los psicoanalistas, puede ser entendida también como síntoma que oculta y revela al xenófobo fascista que escondemos en nosotros.

Tercer tiempo: el cuestionamiento

La discusión psicoanalítica parisina, para el espectador que soy yo, parece notablemente erudita y majestuosa. No es para nada seguro que ello ayude a pensar y a intercambiar ideas, lo que es totalmente distinto a asistir a la sucesión de brillantes discursos y monólogos. Es extranjero –ya sea o no francés– todo aquel que no tiene acceso fácil a esas reglas de estilo. Conozco, sin embargo, otros lugares donde las cosas no ocurren de esa manera, bajo esa forma de guerra decadente. Decadente, porque la misma retorna al pasado para buscar en él una fe doctrinaria, y se preocupa poco de la ilusión de una transformación fundada sobre la mística de un proyecto, por más frágil, precario o efímero que sea. Puede parecer una palabra insultante. Pero no es así. Yo no sé mucho de literatura, pero me enseñaron que *Don Quijote* era una obra de la decadencia.

"Hablarle a alguien, es aceptar no introducirlo en el sistema de cosas a saber o de seres a conocer, es reconocerlo desconocido y acogerlo como extranjero, sin obligarlo a romper su diferencia. En ese sentido, la palabra es la tierra prometida en la que el exilio se realiza como residencia, porque no se trata de estar en casa, sino siempre fuera, en un movimiento en que el Extranjero se entrega sin renunciarse. Hablar, es en definitiva buscar la fuente de sentido en el prefijo que las palabras exilio, éxodo, existencia, exterioridad, extrañeza tienen por misión desplegar de modos diversos de experiencias, prefijo que nos designa la distancia y la separación como el origen de todo 'valor positivo'[34]."

Una frontera posible entre el extranjero y quien está "en su casa" se encuentra a nivel de la continuidad o la ruptura con las representaciones de sus propios mitos infantiles, con el narcisismo y la megalomanía que implican la posición infantil. Para atravesar esa frontera, es frecuente –pero no necesario– que se cambie de país, de

[34] Blanchot, Maurice, *L'Experience limite*, en "L'Entretien infini", Gallimard, 1969, p. 187 (traducción nuestra).

ciudad, de clan, de profesión, de ideología e, incluso, haber integrado una cierta experiencia de diván. Dicho de otra manera, hay en cada uno la posibilidad dialéctica de estar en casa y ser extranjero.

Es el psicoanálisis que descubre que el sujeto se construye a partir del exilio, debido a la pérdida del objeto primordial, que está perdido desde la génesis misma de su constitución. El "Aquí nadie sabe que fui niño" – título de la narración de un "meteco" en París– marca ciertamente una herida, pero estructurante. Siempre me pareció que era un dispositivo de desgaste por la repetición, una manera de curar obsesivamente esa herida, el hecho de instituir esas reuniones que tanto nos gustan, reuniones para evocar, para recordar en la historia de cada uno, que crean un espacio de gueto divertido y buscado. Qué placer ese encuentro con los viejos amigos, con las personas y los lugares de la infancia. Alegría nostálgica que restituye en el colectivo micro y macro-social, un universo íntimo de sensibilidad y de representaciones que son mías y solo mías, nuestras y solo nuestras. ¡Qué pretensión de borrar una soledad inexorable, un silencio siempre lacerante!

De ese teatro de recuerdos de infancia que creamos todos, lo que permanece para cuestionar es dónde y cómo, a partir de ese universo lúdico de reconocimientos recíprocos, con su etnocentrismo implícito o explícito, se produce la mutación hacia la exclusión de la diferencia, del tercero que la representa, desembocando sobre la violencia de la xenofobia.

Esa oscilación entre lo familiar y lo extranjero, entre lo que me pertenece, para incorporar, y lo que es extranjero, para expulsar, no me parece ser un "proceso único que se debe lograr", de una vez por todas, como una opción ideológica que me libraría para siempre de ser racista o xenófobo. Tolerar la diferencia es, en mi opinión, un trabajo inagotable, nunca terminado e imposible de terminar. Lo concibo como un intrincamiento entre reconocimiento y denegación.

La genialidad de M . Blanchot –me permito este comentario– es establecer el lazo entre errante (geográfico o simbólico), disturbio interior y relación con la verdad. Hay un espejismo de la verdad que se presenta como mía y accesible y otra dimensión que se revela inaccesible y crea una relación de interioridad insuperable, condenándome a ser para siempre extranjero.

**Presentado en el Coloquio sobre "L'etranger", organizado por el Collectif Evénément Psychanalyse, París, octubre, 1983*

Traducido del francés por María Urruzola del libro Exil et torture (Denoël 1989, París). Esta versión ha sido corregida y ampliada por el autor.

Reflexiones sobre la tortura

Maren Ulriksen, Marcelo Viñar y Leopoldo Bleger
París, 1988.

¿Cómo elaborar un "saber" sobre la tortura? ¿Se puede invocar la realidad del terror y la abyección de lo humano, sin dejarse cegar por la ilusión de apoderarse de la verdad de la experiencia?

Abordar en un texto la realidad del terror, puede inducir a creer que se lo domestica y se lo domina con palabras. Entre una realidad y su representación siempre existe una distancia; tratándose del horror, la naturaleza de ese intervalo debe ser sopesada con creces. Hablar de la tortura y de sus consecuencias, encontrar un sentido al horror generado por la intencionalidad humana, nos lleva a rozar los límites de lo impensable.

La comunidad "no puede creer" y "no quiere saber". El testimonio del horror corre el riesgo, entonces, de perderse entre los gritos desgarradores y el mensaje inaudible. Es de ese desacuerdo que puede surgir otra dimensión de la palabra, la que intentará abrir una brecha en lo que el cuerpo social no puede creer y no quiere saber, de manera de hacer oír lo inaudible. El estatuto de la realidad disociada y negada que Freud descubre y describe a propósito del saber sobre la sexualidad adquiere, en la dimensión de la realidad política, la misma pertinencia y alcance. A lo largo de la historia de la humanidad, la tortura aparece en discursos muy diversos: políticos, religiosos, ideológicos. Pero hacer de la tortura un objeto de estudio, aislado del contexto político, económico y social en el que la misma se ejerce, es un error. Su forma y su significado actuales, están directamente ligados a las formas contemporáneas del poder que la utiliza.

A partir de los años sesenta, América Latina conoció una serie de regímenes de excepción que se alejaron progresivamente de las formas clásicas de las dictaduras autóctonas. Esos regímenes se caracterizaron por el aspecto altamente racional, no sólo de la represión –para la cual el lugar central ocupado por las Fuerzas Armadas prueba su papel fundamental– sino también de la organización política y social.

La tortura jugó el papel de pieza maestra en el sistema de gobierno de esas dictaduras; fue un medio privilegiado para mantener el poder.

En estos últimos años, la investigación histórica mostró el carácter planificado de la represión política y social en América Latina, a partir de la política surgida en la posguerra, llamada Doctrina de la Seguridad Nacional. Según esta doctrina, la amenaza para una nación –cuya forma clásica es el enemigo exterior– pasó a jugarse también al interior de la misma, y ante ella la respuesta es idéntica: la guerra.

Los trabajos de investigación sobre esa doctrina muestran una interpenetración de las dimensiones que en las sociedades democráticas ocupan espacios de la hegemonía parcial, permitiendo su articulación. La tendencia a reducir los discursos a uno solo y de sentido unívoco, permitiendo solamente una alternativa maniquea en acción permanente, es inyectada como ideología –al igual que un cemento– en el tejido social.

Premisas

Una premisa imposible: la articulación del espacio político con el discurso científico

Ningún modelo de saber técnico-profesional puede dominar el saber sobre el horror. Cuando se habla de tortura, uno sabe de entrada que la palabra resume el extremo más abyecto de una cierta

lógica de poder político. Por eso la tentación de abordarla como una manifestación arcaica de la organización social. Pero no es para nada así. La tortura, como señala De Certeau, "es una práctica administrativa de rutina que crece con la centralización tecnocrática. Lejos de ser exterior a la civilización contemporánea, es un síntoma y un efecto inherente al poder, cuando éste pierde su capacidad de organización 'pulcra', de racionalidad administrativa, para escribir la historia en el martirio de los cuerpos. Los torturados pagan el funcionamiento social del cual nosotros nos beneficiamos. Serían su reverso y su condición"[35].

Es por eso que una perspectiva técnica, sea médica, psicológica o psicoanalítica, es insuficiente y nos conduce a difíciles paradojas. Ni el especialista "docto", que pretende estudiar y tecnificar el problema aislándolo de su fuente, la catástrofe histórica y política; ni el militante, que se pretende solidario de aquel que sufre, en la indignación y la revuelta contra la abyección, poseen la clave. Solamente una ética y un cuestionamiento lúcido pueden ayudarnos a aceptar la puesta en entredicho, por la situación inédita que implica la escucha de un torturado, de nuestros límites y de nuestro saber.

La tortura: una "noxa"[36] muy particular

Desde su lugar particular en la política –el de uno de los medios más envilecedores del ejercicio del poder– la tortura no dejará de interpelar a la institución terapéutica y a la dupla paciente/terapeuta. En contacto con un paciente víctima de la tortura, el dispositivo terapéutico será, más que nunca, la pieza de un sistema que lo incluye y lo desborda.

¿Cómo acoger y escuchar a un torturado?

Considerar los efectos de la tortura como un sufrimiento psiquiátrico habitual refuerza la intención política de segregación y exclusión del opositor político. Contra éste, acusado de poner en

[35] De Certeau, Michel. *Corps torturés, paroles capturées*, Ed. du Centre Georges Pompidou, París, 1987, (traducción nuestra).
[36] *Noxa*, palabra latina que significa daño (en el sentido de daño corporal) es utilizada aquí en lugar de "agente patógeno".

peligro el orden social, considerado instigador del caos, serán utilizados todos los medios represivos para excluirlo de la comunidad. El "desvío social" será asimilado al "desvío mental" y tratado como lo describe Foucault.

Al mismo tiempo, medicalizar o psiquiatrizar el problema es para el terapeuta un gesto defensivo, una forma de evitar el horror siempre presente en el acto terapéutico. Es la huida ante el espanto irracional provocado por la violencia política.

Contra esa fuerza de inercia y para evitar el riesgo de psiquiatrización, se partirá de una posición ética que introduzca la articulación entre el espacio terapéutico y el espacio sociopolítico, asumiendo lo que esa articulación puede tener de imposible. La posición del terapeuta no será la misma si de lo que se trata es de calmar el dolor de una persona o de, asumiendo el riesgo de poner en juego la coherencia de sus modelos y de desplazar los límites de su práctica, intentar escuchar, en el sufrimiento de un sujeto, la violencia de la historia.

La eficacia del dispositivo terapéutico depende de la restitución de un espacio antropológico, social y jurídico y, partiendo de él, de la articulación de la herida individual con la Historia y con la memoria colectiva. La agresión, más allá de la destrucción de un individuo, un grupo o un pueblo, destruye o desarticula un vínculo y una pertenencia, por el martirio; la noxa busca destruir, considerar no avenidos, inexistentes y fuera del mundo un pensamiento y una creencia diferentes. "La tortura, dice M. de Certeau, se sitúa en el campo de un proceso ideológico que sustituye a la polifonía social vivaz, una dicotomía totalitaria entre 'lo pulcro' (ético, político o social) y el carácter de exclusión de lo 'sucio' que marca la diferencia… Una denominación organiza el actuar: judío, subversivo o no importa qué otro mote son suficientes para designar a alguien al suplicio. En la tecnocracia contemporánea, la tortura se sitúa en la bisagra de lo

que es necesario eliminar para que reine un orden. Excluir 'lo sucio' para que 'lo pulcro' del sistema pueda continuar funcionando"[37].

Lógica implacable, impresa en el cuerpo y en el espíritu del torturado; nuevamente aparecerá, con más o menos fuerza, durante el proceso terapéutico.

¿Qué hace el paciente con su síntoma? ¿Qué fue lo que hizo para causar ese sufrimiento y ese destino? O, desde un punto de vista diferente, ¿cuál es la relación con su historia pulsional, infantil? Estas son algunas preguntas familiares que todo terapeuta se realiza.

La "sospecha" según la cual el paciente sería "el autor" de su lugar de víctima puede ser una llave fecunda en la terapia de la neurosis. Extender alegremente esa doctrina a la psicoterapia de un torturado, merece una reflexión atenta. Para el terapeuta, no hay simetría entre el horror sexual, universal, de los orígenes, y el horror de la exterminación política, triste privilegio de una minoría.

Pese a mantener como objetivo ideal, inaccesible, su neutralidad y la distancia conveniente con respecto a su paciente, el terapeuta debe ser capaz, cuando el paciente es una víctima de la tortura, de distinguir las dos formas de terror. Es allí que el psicoanálisis ha podido detectar la articulación entre el cuerpo del deseo y del dolor y la palabra que lo expresa en un punto originario, zócalo de la condición humana. Es allí que golpea la tortura, buscando apropiarse de lo privado, lo secreto, el rincón más sagrado del espíritu. Eso muestra que la tortura, al golpear y herir esa intersección, implica, en la agresión a un solo individuo, una amenaza contra la civilización. Es posible entender, por eso mismo, cómo el sufrimiento de algunos provoca el pánico y la parálisis en el grupo humano concernido: hecho crucial que nunca se ha visto desmentido. La articulación de lo individual y de lo colectivo no puede ser desconocida cuando se trata de reflexionar sobre la tortura. Aporía tanto más difícil de evitar cuanto el tema de los

[37] De Certeau, Michel, ob. cit., p. 92, (traducción nuestra).

efectos de la tortura nos remite sin cesar a la problemática, difícil pero privilegiada, de la relación del sujeto en comunidad con la cultura, la genealogía y la historia.

Hablar la tortura. El marco

¿Qué palabra puede circular, trasmitirse, cuando el horror de la tortura marca a un individuo, a un grupo o a un pueblo? El interrogante, sin respuesta posible, cuestiona varios registros.

¿Qué hay, por ejemplo, de los lazos entre la psicopatología y la transmisión de la memoria colectiva, de la cultura, de los valores éticos y estéticos en constante mutación y conflicto? ¿Cuáles son las funciones del ideal y del sacrificio?, ¿cómo se inscriben en la frontera entre el sujeto individual y los conjuntos transubjetivos?

A la luz de la clínica, ¿se podría pensar de manera diferente la patología de la tercera generación posterior a la Segunda Guerra Mundial y el genocidio judío, si el proceso a Klaus Barbie y su sanción simbólica se hubiesen producido cuarenta años antes? La hipótesis que pretende que esta patología hereda, como en la psicosis, el no-dicho y el no-sancionado por la primera generación, ¿es demasiado arriesgada?

¿Qué incidencia tienen los actos colectivos, sanción jurídica y social de una injusticia, que exorcizan el terror? ¿Cuál es el alcance de esos actos, de su existencia o de su ausencia, en el plano subjetivo individual? Todo lleva a pensar que las acciones colectivas de catarsis y de elaboración son esenciales –Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, talleres populares Fasic en Chile– y que en los centros de albergue para las víctimas de la tortura, encontrarse con el otro, comer juntos o escuchar música es tan importante como el consultorio del psicoterapeuta.

Desde otra perspectiva, las salidas posibles de la terapia no son las mismas si el paciente permanece en su país de origen, que si sus

disturbios son tratados en Europa, en Toronto o en Dinamarca[38]; no solamente porque el trasplante, el exilio y la transculturización marcan de manera diferente la experiencia, sino también porque la morosidad entre el espacio terapéutico y el espacio político y social es diferente para los dos términos del binomio terapéutico.

En el país natal, bajo la violencia dictatorial, la tentación de sumisión o de rebelión, sometida una al signo de la adaptación y la sobrevida, y la otra a la del heroísmo, el sacrificio y el ideal, existe tanto para aquel que consulta como para aquel que cura.

Cuando se está en un país lejano –distancia geográfica, económica y cultural–, la pérdida en la traducción conduce a un sentimiento de extrañamiento, de usurpación y de profanación de la experiencia original, que el sujeto vive como traición o alienación. Uno está siempre demasiado lejos o demasiado cerca del objeto que debe interrogar.

El desastre, dice M. Blanchot, provoca siempre ese movimiento contradictorio de atracción y prevención de la mirada. Es difícil definir qué parte de esa distancia o de esa proximidad es necesario atribuir a factores sociales y conscientemente detectables, y cuál es inherente a la naturaleza misma del "objeto" en cuestión. De tal manera que, incluso, si las dificultades transculturales pueden ser parcialmente superadas, se mantienen las dificultades intrínsecas a la palabra misma para pensar y para significar el horror. La dialéctica entre hablar y callar, entre palabra y silencio, no es neta.

¿Qué dice un torturado a su hijo pequeño?, ¿a sus seres queridos? Sin duda ello no es diferente de lo que puede decirse a sí mismo y a los límites imposibles entre memoria y olvido. ¿Cuáles son los límites entre una palabra íntima y una palabra pública? ¿Qué es lo particular a una situación terapéutica y cuáles son las fronteras y los clivajes con el mundo mediático y las instituciones de derechos humanos? La vida que empuja y continúa prescribe el olvido que es sentido como traición de los ideales y de los seres que sucumbieron.

[38] En estos lugares se encuentran los centros especializados en el tratamiento de la tortura de mayor renombre mundial.

Sin embargo, una experiencia extrema produce siempre una marca y transforma el destino. Es bajo dos formas que el recuerdo obra: una, la de la reminiscencia traumática, intrusiva, invasora y agotadora; la otra, la de un dolor que puede transformarse en motor de una sublimación que da un nuevo sentido al destino. El torturado aparece como el testigo encarnado de una herida que concierne a toda la humanidad. Su cuerpo herido se ofrece como símbolo, bandera donde se inscribe el golpe a eso que Robert Antelme llama "el sentimiento de pertenencia de la especie humana". Es esa condición emblemática del torturado, condensación y síntesis de lo singular y de lo universal, la que nos interpela.

Se sabe poco sobre la inscripción de lo social y de las instituciones de la cultura en el psiquismo. Escribe Michel de Certeau: "La tortura se sitúa en la relación triangular entre el cuerpo individual, el cuerpo social y la palabra, que logra establecer un contrato entre los dos. El gesto del verdugo graba en la carne la orden que se encarniza en obtener el consentimiento por sumisión. Por el miedo y la delación, el poder busca obtener una confesión primordial: acreditar que él, el poder actuante, es normativo y legítimo"[39].

Si esta visión permite reubicar alguna cosa esencial, sería una triste respuesta la de hacer entrar el objeto de estudio en el cuadro de una nosografía conocida o inventar nuevos cuadros clínicos, con el fin de contenerlo en los parámetros del saber. El cuerpo destrozado sigue siendo el soporte del ser. Curar no es solamente hacer el inventario de los daños físicos y psíquicos e intentar su reparación; es también intentar la articulación de esos daños con una nueva manera de ser, reconocible por la palabra, el gesto y el destino.

La posición del terapeuta no será la misma si se ubica frente a un cuadro mórbido, hecho de síntomas o de secuelas, que si sabe que el sufrimiento del otro concierne los fundamentos mismos de su ser. No se trata, entonces, de medicina, ni de atender la neurosis "traumática"

[39] De Certeau, M., ob. cit., p. 92, (traducción nuestra).

–lo que ubicaría al terapeuta en la vía objetivante de los psiquiatras del siglo XIX–, sino de una interrogación de los fundamentos de la cultura como determinantes de la constelación identificatoria.

El *Heimlich* expresa por su cualidad de íntimo y de secreto la relación ancestral al mundo. Relación tan íntima y permanente que es silenciosa, muda (sincrética, diría José Bleger). El clima de terror dictatorial y la institucionalización de la tortura, designada en términos jurídicos como pérdida de las libertades individuales, se traducen en la subjetividad como pérdida de la base social necesaria al funcionamiento psíquico y como interiorización del terror.

Freud, en su *segunda concepción tópica*, atribuye el papel prevaleciente a la tríada edípica, siendo los padres los mediadores de la interiorización de la cultura y de su papel identificatorio y estructurante. En *Psicología de las masas y análisis del Yo*[40], la lógica es otra y nos parece más adecuada a nuestra reflexión. La impostura de la ley totalitaria pervierte, a través de la violencia y de la sumisión, las raíces mismas del lazo social, base de la civilización. El daño al lazo social sacude la matriz de la constelación identificatoria, simultánea pero no subordinada a la identificación parental, tan arcaica y originaria como ella.

Es por este camino, que remite a las identificaciones matriciales, que la búsqueda del "saber" en la terapia puede reforzar, como repetición traumática, el querer-saber del verdugo. Paradoja que no conviene subestimar. La tortura y la medicina tienen en común la relación con el cuerpo y la familiaridad con la intimidad del dolor, que una infringe y la otra alivia. Esa proximidad debe volvernos cuidadosos con la manera de acoger la reminiscencia de las experiencias de tortura y advertirnos contra la caída en la fascinación visual del horror. La escucha no tiene por objeto provocar la abreacción de la experiencia de terror. Ella debe privilegiar el dolor y la repetición, iniciar un trabajo de desciframiento de los restos y, a partir del presente, volver a dar un sentido al pasado. Trabajo de memoria que

[40] Freud, Sigmund, ob. cit., p. 28.

parte de la reminiscencia, intrusiva y traumática, y va hacia la rememoración para reformular los ideales, para permitir, más allá de la idealización, la aparición de la ambivalencia, del odio y de la incompletud. En la inmensa soledad del combate del torturado con su verdugo, lo que está en juego no es solamente la confesión. Porque entregar el secreto, confesar, es doblegarse a la voluntad omnipotente del torturador, y a partir de ello sufrir la atroz transparencia de la despersonalización. El secreto y la opacidad íntima son fundamentos de la identidad. Su pérdida –transparencia del pensamiento– es la caída en la locura. En el mundo onírico de la sed, el hambre, el agotamiento y la privación sensorial, callarse o hablar constituyen la batalla por la posesión o la pérdida del ser. En la lucha encarnizada por el secreto de una palabra, de un pensamiento o de un cuerpo, los sentimientos de humillación, de vergüenza y de odio son ineludibles. La dilucidación de esos sentimientos, su simbolización, será diferente si son entregados a los cuidados solitarios de cada "víctima" o si el colectivo sanciona lo ocurrido, si esa sanción se inscribe en la historia y la cultura.

A partir de estas premisas, una clínica

Escuchar a un torturado implica situarse en relación con una historia anterior que culminó en la loca alternativa de confesar para permanecer con vida, o callarse con el riesgo de morir. No obstante, ese resultado se presenta raramente de buenas a primeras; en general, es precedido del desgaste que produce, en la subjetividad, la impostura de la ley de una sociedad dictatorial.

En un régimen de derecho, la representación psíquica de lo social tiene una cierta diferenciación y una cierta coherencia. Pero bajo un régimen de terror, se produce una connivencia entre la crueldad

concreta del aparato político de represión y los aspectos terroríficos del objeto originario. Discernir los límites entre lo que es verosímil y aquello que es absurdo, entre la amenaza real y la amenaza fantasmática, no es algo evidente. La desproporción entre la transgresión y el castigo es la regla, porque el castigo pretende ser, más allá de la ley, ejemplarizante. El rumor agrega un efecto expansivo, y toda la comunidad se encuentra entonces sumergida en el desgaste del pensamiento. La desposesión de las reglas elementales del Estado de derecho, que hacían las veces de soporte psíquico, produce momentos de pánico. Este, a través de la ruptura de los lazos del grupo, abre las puertas a la sumisión ante el poder tiránico. Tratar a un torturado es poder asumir esa historia; historia en la que la apropiación, por parte del poder, de los resortes elementales de la lógica cotidiana es interiorizada como tolerancia ante el abuso.

En las consultas, el terror a la tortura rara vez es mencionado desde el inicio. Si ello ocurre, es fruto de una palabra estereotipada, no vinculada a una elaboración; si no, es posible temer la inminencia de una descompensación. Cualquiera sea la manifestación sintomática que motiva el pedido de ayuda, siempre hubo un primer trabajo de elaboración hecho a solas o con compañeros que vivieron la misma experiencia. Trabajo ligado al reacomodo de la percepción de sí mismo, para convencerse de que uno no se volvió loco, o simplemente destinado a limitar el sentimiento de locura. Esa vivencia, difícilmente confesable, creemos que está siempre presente y obrando. Conocer la existencia de esa locura virtual o manifiesta puede ayudar al terapeuta a no perderse en la diversidad de síntomas desplegados.

Para entender los lazos entre las diversas quejas y síntomas, es menos importante concentrarse en los detalles de cuadros clínicos que buscar en qué se articulan con la historia anterior. Si uno puede ubicar el punto en el cual la constelación identificatoria fue afectada, el trabajo de recomposición y de reparación puede comenzar.

Es necesario saber, sin embargo, que la asimilación completa de lo vivido es imposible: hay zonas de silencio necesarias y el terapeuta debe respetar esos límites infranqueables, sin tomarlos como resistencias. Hay que interrogar la dialéctica del terror y del "yo no quiero saber", y las secuelas que se organizan a partir del desconocimiento.

Esta reflexión sólo es legítima si se puede admitir lo que decíamos más arriba, es decir que, ante la experiencia límite de la tortura, la palabra se acompaña de un sentimiento de profanación, de una vivencia de traición a la experiencia original que pretende evocar. Se puede reconocer esta distancia en el intervalo entre el testimonio estereotipado y a veces impúdico, y la producción creativa y significante que puede nacer del dolor.

Un fantasma complementario, a imagen y semejanza de un terapeuta poseedor del saber, puede aparecer: alguien ha visto y ha vivido el horror y conoce su verdad. El fantasma cristaliza una cierta fascinación por el espanto que cautiva al paciente y a su entorno, incluido el terapeuta, en la transferencia. Lo esencial, en relación al horror, es detectarlo y mantenerlo como "resto" no asimilable.

La situación terapéutica

En el período inicial, el "caso" del torturado se presenta bajo el perfil conocido de la neurosis traumática.

La diferencia no se encuentra en la fisonomía clínica; es en la articulación particular del individuo a lo colectivo que la tortura constituye una noxa específica.

Al principio, como ocurre con una vivencia traumática, la urgencia de decir, de hacer saber la experiencia del horror parece un rasgo universal. El ritmo acelerado, hipermnésico, así como la repetición insistente, rígida, estereotipada de la misma narración, parecen ser

la norma. La urgencia de decir no es solamente del paciente, es también de su interlocutor, informal o institucionalizado. A veces, disimulada tras la reticencia, la explosión de una catarsis termina por irrumpir. Retorno al terror, acompañado de un sentimiento de actualidad absoluta de la experiencia, fracaso de la disociación entre pasado y presente, ausencia de límites entre presencia y recuerdo.

Esta semiología nos parece más importante que la referencia a la estructura psicopatológica anterior del sujeto. Ya se sabe, todo acontecimiento actúa sobre una organización pulsional y/o sobre una neurosis infantil preexistente que van a teñir el estilo con el que uno se apropia de los acontecimientos.

Es importante subrayar que la palabra abreactiva, imitación de la repetición del trauma, no es, como a veces se pretende, curativa. Nadie elabora solamente contando lo que sucedió. Aunque es un momento importante, incluso necesario, no es en sí mismo un objetivo. Su transparencia aparente mantiene su opacidad esencial.

Uno de los temas que acosan frecuentemente al torturado, antes y durante la terapia, es el del secreto y la delación, en espejo con la consigna del sistema de tortura de arrancar "información". El orgullo de haber guardado el secreto o la vergüenza de no haber podido hacerlo están en el corazón del conflicto y de la interacción entre un nivel intrapsíquico y otro transindividual, grupal; es un eje que organiza la dignidad y la indignidad: logré aguantar más que el enemigo o, él pudo hacer de mí su esclavo. El grupo de pertenencia funciona como una caja de resonancia que amplifica la polaridad entre heroísmo y vergüenza.

Si bien no se deben menospreciar ni borrar las consecuencias históricas y políticas de la distancia ética entre el resistente y el colaborador, entre el héroe y el traidor, es conveniente no quedarse solamente en ese nivel manifiesto. Porque nuestra posición ante la miseria humana no es la misma en el marco de la consulta que en la

vida pero, sobre todo en una perspectiva más operativa y pragmática, porque la alternativa maniquea entre héroe y traidor es propia de la psicología del rumor; en nuestra práctica clínica, la gloria y la fragilidad del comportamiento consciente y de la fantasmática son más matizados y contradictorios. El martirio borra, al menos parcialmente, los límites del sujeto lúcido y consciente; es en la vecindad el onirismo y de la confusión que se realizan las opciones y se fabrican los recuerdos. No es, por lo tanto, obvio marcar el límite entre secreto y confesión, entre lo que se ha callado y lo que se ha entregado en la realidad consciente y en la realidad fantasmática.

Al mismo tiempo, la elaboración de la experiencia no se realiza en la llana limpidez del testimonio. Se atraviesa un laberinto de gloria, miseria y humillación, en los fundamentos mismos del ser.

La persistencia y la insistencia en el dilema entre héroe y traidor sobrepasan la problemática de la verdad histórica. Esa alternativa, vehiculizada por el rumor, expresa estructuras más esenciales. Saca su importancia del hecho que permite representar y figurar una parte de lo impensable del terror. Al igual que el protagonista y el coro de la tragedia griega, el sujeto y su entorno dramatizan un escenario de la realidad en el que se develan los puntos fijos de la estructura. Al interior de la estructura, doblegarse o resistir son polos necesarios: es la necesidad de distinguirlos y dominarlos a través de la repetición lo que otorga su fuerza a la repercusión de lo traumático.

Los desenlaces

La tortura moderna está programada inteligentemente para destruir, al despojar a la persona de la constelación que constituye su núcleo identitario. En consecuencia, la experiencia de la tortura no es una enfermedad curable en plazos que uno puede definir. Constituye una

ruptura de la identidad, en parte definitiva, que opera como núcleo significante, cualquiera sea el silencio sintomático o las manifestaciones patológicas o creadoras que se desarrollan ulteriormente.

Sus efectos no se limitan al individuo concernido, sino que desbordan sobre el grupo familiar y la descendencia, y sobre otros conjuntos transubjetivos. ¿Cómo se trasmite la marca del horror? ¿Quién es el destinatario o el depositario privilegiado de la angustia y de lo intolerable? La noción de marca permite incluir tanto la secuela como la simbolización creativa de las alternativas de elaboración.

En el trabajo de elaboración, se puede definir un tiempo de mutación que llega cuando el sufriente puede abandonar la posición que lo captura, de la cual es prisionero: ser la nodriza de su cuerpo lastimado y de su alma en duelo, encerrado en su gueto de dolor para lamer sus heridas, creyendo que sólo puede sobrevivir si se mantiene pegado al momento originario de su demolición. Una mutación se produce cuando puede despegarse del verdugo omnipresente, separarse de las imágenes familiares y queridas, enchastradas y humilladas, y puede crear otras figuras para amar, reformular ideales, redefinir en términos personales un destino, una causa o un ideal. Trabajo de elaboración que sobrepasa los niveles conscientes de la personalidad y para el cual los grupos de pertenencia y la calidad del recibimiento son un soporte decisivo.

La correlación entre la empresa de exterminio y el gesto reparador del pensamiento y de las palabras no es ni fácil ni obvia. Conviene insistir sobre el hecho de que la tortura no es reducible al repertorio de violencias y agresiones físicas y psicológicas. La agresión es solamente un medio, un instrumento a través del cual el sistema de tortura busca crear una víctima, al fabricar un sujeto desposeído de la relación consigo mismo, despojado de su memoria y de sus ideales.

La experiencia de la tortura busca hacer de un humano la sombra de un humano. Siempre hay un punto en el que tiene éxito: en el

espíritu, en el cuerpo o en el destino. Es el precio que se debe pagar, marca de un dolor definitivo. Esta huella no debe ser entendida solamente como secuela en el sentido médico de minusvalía o empobrecimiento; como toda experiencia humana trágica, puede volverse semilla fecunda de producción significante. Es por eso que nosotros no identificamos la tortura como un agente productor de efectos mórbidos, que la calificamos de experiencia que actúa reformulando el destino, y que sacude para siempre a un ser en su posición subjetiva.

Lo inconfesable, dice M. de Blanchot, no es aquello que no se confiesa; sino que no hay confidencia que lo revele, ni a sí mismo, ni al ser querido, ni al terapeuta. Lo inconfesable se pone en evidencia cuando algo apremiante, perentorio, lo hace ocurrir.

Dionys Mascolo publica, cuarenta años después, una carta olvidada que R. Antelme le escribió a su regreso de Dachau. Dice:

"¡Qué torbellino ininterrumpido de metamorfosis de aquello que realmente sucedió, realmente fue vivido y realmente pensado no es necesario que sea el simple curso de la existencia enfrentado al juego sin control de la memoria y del olvido para ser así capaz de absorber en nosotros, fuera del pensamiento, aquello mismo gracias a lo cual adquiere un sentido y sobre lo cual continúa fundándose nuestra presencia en el mundo, y que nosotros en ningún momento estuvimos ni siquiera en situación de nombrar!"[41].

Texto elaborado a pedido de la Encyclopédie Médico-Chirurgicale, Psychiatrie, Payot, París, 1988.

Traducido del francés por María Urruzola del libro Exil et torture (Denoël 1989, París). Esta versión ha sido corregida y ampliada por los autores.

[41] Mascolo, Dionys, *Autour d'un effort de memoire. Sur une lettre de Robert Antelme*, Ed. Maurice Nadeau, París, 1987 (traducción nuestra).

El tiempo del terror

Efectos de fractura en la memoria y los ideales

Maren Ulriksen y Marcelo Viñar, Montevideo, 1991.

Nuestra perspectiva y marco teórico

Las maneras de interrogar y tratar la aporía individuo-sociedad asedian a los investigadores en ciencias humanas. Aún estamos distantes de disponer de perspectivas metodológicas y modelos adecuados que permitan articular de modo satisfactorio el campo de los fenómenos políticos con el de la subjetividad. A tal carencia de dispositivos conceptuales sólidos y admitidos, las realidades múltiples que el mundo nos lanza cada día como desafío sugieren que identificar y explorar esta franja de conocimiento que queda como tierra de nadie entre las explicaciones sociológicas y psicológicas aportarían datos útiles a la comprensión de ciertos comportamientos humanos, cuya incomprensión es aún infinita.

La lectura de Michel Foucault y su arqueología del saber, de Georges Duby y la historia de las mentalidades, los estudios de psicología histórica que Jean Pierre Vernant[42] extrae de la mitología griega, la historia de la sensibilidad de José Pedro Barrán[43] en nuestro país, son las referencias teóricas que iluminando una práctica freudiana en la que la gente nos habla y se (nos) interroga sobre su malestar y su desgracia constituyen el soporte de esta reflexión que apunta a comprender cómo la historia violenta de un tiempo y lugar se introducen en la vida y el destino de la gente o

[42] Vernant, Jean Pierre, *Mythe et pensée chez les grecs*, Ed. La Découverte, París, 1988.
[43] Barrán, José Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, T. I y II, EBO, Montevideo 1990.

cómo los seres individuales se inscriben en una Historia. En suma, cómo historia colectiva y destino personal se codeterminan.

La desmedida pretensión de este punto de partida sólo se justifica como balbuceo de una investigación incipiente. Lo que importa en esta etapa es diseñar el territorio que conviene explorar más que dar las respuestas justas a los problemas planteados.

Se intenta entonces discernir algunos ejes de reflexión acerca del impacto en la subjetividad –de los individuos y grupos implicados– por el hecho de estar inmersos en un marco macro-social violento de perfiles definibles.

Los efectos en la subjetividad: memorias fracturadas

Dictadura militar sudamericana significa también que la cárcel arbitraria, la tortura sofisticada y las desapariciones sumarias de personas han sido un referente social omnipresente e ineludible durante estos largos años. Para una mirada no implicada y puesto en parangón con el festín planetario de violencia, el asunto puede parecer menor. Seguramente otras regiones nos superan en la magnitud del daño y la brutalidad genocida. Lo que es tristemente específico de esta región sureña del mundo es la sofisticación del sistema represivo, que logró con implacable eficiencia que el horror pasara como si no pasara nada.

La institucionalización de la tortura fue una pieza clave del poder autoritario, el polo más abyecto de su lógica de gobierno que, incapaz de suscitar la participación y la adhesión, promovió la sumisión, la rebelión, la huida o la resistencia.

Pensamos que cuando el Estado instituye la tortura como sistema, el universo afectado no es el núcleo restringido de las víctimas sino la sociedad en su conjunto.

En el universo autoritario, dice Michel de Certeau[44], se reemplaza la pluralidad conflictual de una sociedad viva por una dicotomía totalizante. La impostura de ley del Estado totalitario se brinda como ineluctable y sin fallas, proponiendo un discurso de contrarios absolutos que arbitran el bien y el mal y separan socialmente lo limpio de lo sucio.

Una nominación organiza las acciones, y las proposiciones de lenguaje convocan y provocan operaciones policiales. El proyecto totalitario de suprimir al opositor político promueve resonancias totalizantes en la esfera subjetiva. La experiencia de alteridad queda distorsionada. El otro humano, portador de todas las ambivalencias también humanas, se condensa en una única figura; se privilegia una diferencia única: comprometido, subversivo y marxista adquieren valor de absoluto en el código semántico, porque convocan la persecución y el espanto.

La investigación psicoanalítica ha permitido establecer que la articulación de la palabra con el cuerpo deseante es un punto primordial y originario, pilar fundante de la condición humana. Es justo allí que amenaza o golpea la tortura: escarnio de la carne para doblegar y hacer desfallecer a la palabra.

Cuando se comprende que lo amenazado de destrucción es esta intersección fundadora, se puede aprehender cómo el ataque a uno es amenaza a toda la comunidad.

Comunidad implica un universo compartido de códigos, memorias, ideales y expectativas, cuyo abanico de conflictos y tensiones teje la trama social. Es este tejido y esta trama, meta-yo que sostiene el psiquismo individual, lo que ha sido desgarrado por el poder autoritario.

La ruptura de los códigos y prácticas democráticas y el ejercicio del poder a través del desplante y la violencia conllevan efectos de larga duración. La experiencia de la inquisición, del holocausto de la

[44] De Certeau, Michel, ob. cit.

Segunda Guerra, de los genocidios que atraviesan la historia del planeta muestran que los efectos del terror no cesan porque la causa haya cesado. En nuestro país, esta afirmación se nos aparece en la vida cotidiana y lo que importa hoy es discernir sus formas de expresión y sus figuras privilegiadas, a veces distantes y aparentemente desconectadas de su causa y origen.

Los "años de plomo" –como diría Margareth von Trotta– nos dejan como herencia una mayoría que desea olvidar y borrar los años de terror y una minoría herida que no puede ni quiere olvidar. Este clivaje o fragmentación de memorias cala hondamente en los vínculos humanos. En este tiempo de "sálvese quien pueda" y "la caridad empieza por casa", se crean recintos de modernidad en la salud, en la educación, la vivienda o los espacios de placer y se refuerzan los dispositivos de seguridad que aseguran la eficacia de la marginación. Esta marginación creciente de amplios sectores, que se refleja en las instituciones, en la arquitectura y el urbanismo, satura e impregna los vínculos sociales.

En términos de justicia social, nada más antinómico a lo que soñaron los visionarios progresistas en la primera mitad de este siglo o del discurso socialdemócrata que constituye en Occidente el paradigma de la democracia moderna.

Desde nuestra experiencia clínica y desde las postulaciones del discurso freudiano, pensamos que la ilusión de borrar y empezar cuenta nueva es un idealismo peligroso, y que el pacto de silencio para anular y exorcizar el horror vivido alimenta conflictos latentes y resentimientos que, de no elaborarse en la palabra, derivarán hacia la violencia en acto no simbolizada. Entendemos que solo la memoria puede exorcizar el horror vivido y preparar las condiciones de un olvido constructivo.

La fragmentación de memorias. Aproximaciones a una experiencia desde la clínica

Al practicar la consulta psicoanalítica después de un período de dictadura militar latinoamericana, nos impresionó –por razones que otros y nosotros mismos podremos interrogar– una "historia clínica" que se repite y reitera: el hombre y/o la mujer que estando presos o en exilio forzoso concibieron durante años el reencuentro como un punto sagrado, como un punto crucial de sus destinos que condicionaba todos sus proyectos de vida durante la separación, al llegar al punto esperado, desembocaban en dolorosos desencuentros y fracasos en la convivencia. Sin datos estadísticos –"No hay estadísticas del alma", dice Eduardo Galeano–, pero con cien relatos coincidentes oídos en el consultorio y en la vida, la idea que se retiene y subraya es que hay una proporcionalidad paradojal entre la intensidad de la expectativa y lo insidioso o estruendoso del fracaso: cuanto más se espera, más frecuente y grave es el desencuentro. Análogo razonamiento vale para muchos exiliados que prueban el retorno: ávidos de volver y esperados con amor, la peripecia del reencuentro es más accidentada, dolorosa, irritante y agresiva que lo que la expectativa del idilio hacía suponer y concluye con frecuencia en la pelea o divorcio de las partes, y a veces en el retorno resentido al país de asilo donde el exilio es menos duro que en la propia tierra.

¿Cuál es el motor de estos desencuentros? A tal claridad en el punto de partida y en el desenlace corresponde una opacidad de la lógica y de los eslabones intermedios que articulan uno y otro extremo.

Es esa zona opaca la que queremos explorar: ¿por qué y cómo los Ulises y Penélopes de la América Latina del siglo XX tienen un final menos glorioso que los héroes de la leyenda homérica?

Muchos pensamos que más allá de estos casos paradigmáticos y extremos, el aumento de la intolerancia y el deterioro de la

convivencia son hechos ostensibles en la vida cotidiana y en nuestra región, y que es necesario buscar instrumentos para explorar y comprender mejor los desencuentros, la dismetría de los retornantes y la satanización caricatural del vínculo entre amigos y colegas. Porque en ello se juega una dimensión importante del futuro del pensamiento y la cultura en nuestra comunidad regional.

¿De qué modo la continuidad imposible de restituir en el destino singular y colectivo, conduce a la amargura, a la derrota o a la muerte, o a la reformulación de otro proyecto en disyunción o ruptura con el sueño original acariciado?

Una historia paradigmática

"Acudo a usted porque viene de lejos, de otro lado. No podría hablar con alguien de aquí" fueron las primeras palabras del pedido de tratamiento de un arquitecto de cuarenta años, poco tiempo después del retorno del exilio del analista.

Casado, padre de familia, había participado en el movimiento universitario de oposición a la instalación de la dictadura hace casi veinte años. Arrestado y torturado, pasa siete años en la siniestra y sofisticada cárcel política de Libertad.

Consulta cinco años después de su excarcelación, ocurrida poco antes del retorno a la institucionalidad democrática. Los síntomas son los descritos frecuentemente en aquellos que pasaron la experiencia de cárcel y tortura:

- Fuerte sentimiento subjetivo de "falta de memoria", olvido de aquello que poco antes pensaba comunicar.
- Trastornos del sueño: duerme, pero siente que no descansa; su sueño es superficial, como en la cárcel. Sueña muy ocasionalmente un sueño repetitivo angustiante: todo está pronto para salir de prisión –o ya salió– pero debe continuar preso. E. Rappaport señala la frecuencia de sueños similares, de retorno al campo de

concentración nazi en los sobrevivientes.

- "Distracción": pérdida breve y fugaz de contacto con la realidad y con el mundo; se siente "obnubilado" (lo asimilamos al *numbing o psychic closing-off* descrito por R. Lifton)[45].
- Síntomas somáticos: dolores de espalda, dolores musculares, lumbares y cervicales, por los cuales consulta frecuentemente al médico.

El motivo central de su pedido de análisis está relacionado con el sufrimiento por el desencuentro y las dificultades relacionales desde su salida de prisión, particularmente con la esposa y el hijo mayor. No ha podido restablecer el intercambio afectivo ni el diálogo que tanto añoró y esperó estando preso.

Se siente cambiado, triste, a veces de humor sombrío, como si mirara a los demás vivir, reír, pelear "desde otro lugar". Ocupa su tiempo trabajando casi sin descanso, tiene miedo al tiempo "vacío", como le ocurría en la prisión. La idea y la angustia de muerte lo asedian en pequeños detalles: una enfermedad banal, la pubertad de los hijos, una separación, un conflicto.

Durante los años de prisión había soñado, anticipado una y mil veces el reencuentro con su mujer y sus hijos. Su perplejidad y decepción son enormes luego del encuentro con la familia de carne y hueso, tan distante y diferente de sus expectativas.

El hijo varón, del cual había construido una imagen junto a los compañeros de prisión, imagen que contenía "las cualidades de un hijo de preso político", es un joven que le resulta casi desconocido, identificado con valores de un estilo de vida opuestos al suyo. Constata dolorosamente, en el análisis, que durante su ausencia, el hijo "adoptó" a otro padre.

La comunicación con su mujer era intensa y matizada durante los primeros años del matrimonio. La prisión distorsiona y empobrece su vida relacional. Una corta visita mensual de la familia, la esposa

[45] Lifton, R., *The Broken connection*, Touchstone Book, Nueva York, 1980.

en particular, detrás de un vidrio, por medio de un teléfono. A la censura instituida se agrega la autocensura, porque cualquier demostración de fragilidad, de emoción o de conflicto será utilizada para hostigar al preso.

Varios pilares lo sostuvieron anímicamente durante los años de experiencia carcelaria, signada por el aislamiento, la amenaza cotidiana a la supervivencia, el hostigamiento permanente, el trato degradante e inhumano. Uno de los soportes en la prisión fue su conducta en la vida cotidiana, apoyada en la solidaridad y en la creación de múltiples formas de comunicación verbales, gestuales, o a través de señales subliminales, marcando de ese modo un código propio, separado y excluyente del registro de los carceleros.

El tiempo se ocupaba fraccionado en pequeñas metas que fueran pautando una medida significable, para soportar la espera hasta llegar al momento de la liberación, la vida verdadera, y evitar así la temible inmovilidad de quedar paralizado en la contemplación de la puerta de salida.

De las visitas, tan indispensables para no derrumbarse, sólo podía retener en su memoria fragmentos de los relatos de su esposa: "¡Escuchaba todo, pero apenas terminaba la visita olvidaba tantas cosas! Era imposible acoger todo 10 que me decían. Tenía mis pensamientos, mis sueños, mis ideas, que me permitían vivir adentro". La foto de su mujer lo acompañaba como la imagen de una virgen, de un ángel de la guarda, pura, bella, inmóvil, inmutable, perenne. A lo largo de los años fueron construidos "ideales" y creencias –entre ellos, su mujer y su hijo imaginarios– a la medida de sus necesidades de supervivencia de la experiencia en la cárcel.

La tortura y el sistema carcelario, a través de la realización de un "universo psicótico", binario, en el que la alteridad es excluida, induce angustias desbordantes que fuerzan al aparato psíquico a recurrir a mecanismos extremos de supervivencia, tales como el

clivaje del afecto y la representación, la escisión del yo, las alteraciones de la percepción y del examen de la realidad. Se produce, a nuestro entender, una falla en la capacidad de examen de la realidad y un retiro parcial de la investidura del sistema de percepción, lo cual permite desestimar la percepción de todo aquello que desde la realidad puede poner en riesgo la construcción del mundo cerrado, protegido, necesario para la supervivencia.

Este "recorte" de la percepción permite guardar como recuerdo sólo aquello que es sintónico con las necesidades del yo acorralado, perseguido, y dejar en el olvido lo que sea conflictivo o problemático. El paciente reconoció a posteriori que aquello que lo angustiaba o cuestionaba lo eliminaba por el olvido.

Los mismos recursos empleados como soporte narcisista para sostener su vida psíquica y su coherencia interna durante la ominosa experiencia carcelaria son los que en el momento del reencuentro funcionan como factor de desencuentro.

Cambiar y adaptarse a la nueva realidad familiar y social siete años después es sentido ante todo como una nueva ruptura, fractura en la continuidad interna, y como traición a un ideal penosamente construido en condiciones extremas. Para que haya continuidad psíquica, le es necesario hacer valer esos años de prisión en los que luchó por mantener su autoestima apoyándose y sosteniéndose de sus sueños, de sus pensamientos, de sus imágenes familiares ideales.

Al salir libre, en cierto modo, intenta cambiar a su hijo, someterlo a sus deseos, evitando la angustia de desmoronamiento y la confrontación a la pérdida de los pilares internos construidos entre los muros. Allí donde existía memoria de un grupo familiar se produce el estallido y la dispersión de memorias: cada uno queda aislado con sus fragmentos.

¡Cuánta violencia se desencadena al recuperar la libertad! Para mantenerse fiel a sí mismo, se vio obligado a ser su propia madre y

nodriza, creando un universo cerrado, protector, inmutable, clivado del mundo circundante. Una vez libre, debe renegar de ese mundo por ser inadecuado, rígido y falso.

En el desencuentro convergen dos determinantes: el empecinamiento de un ideal construido en condiciones extremas y adversas y la falta de resonancia y empatía de los interlocutores, que ante postulaciones caricaturalmente rígidas, se vuelven sordos y no pueden escuchar que en esa rigidez se expresa la magnitud de la violencia consumada.

En esa situación de alternativas extremas, un punto nodal de la inscripción del horror de la tortura y del sistema de violencia se refiere al momento –real o imaginario– en que se produce el pacto con el poder terrible, cuando el sistema al ser interiorizado juega como una instancia que somete al individuo.

Piera Aulagnier define como la forma más pura y ejemplar de violencia "la alienación del pensamiento de un sujeto al solo deseo, al solo poder de aquel que la impone". Toda violencia psíquica –agrega– busca ese mismo objetivo: "someter la capacidad de pensar del otro haciéndole imposible tomar conocimiento de su estado de sometimiento".

El momento más difícil y doloroso, surgido en el segundo año de análisis, no fue ni recordar ni revivir las semanas de tortura, ni aun los períodos de aislamiento y de amenaza de muerte. Su relato en estos aspectos ha sido posible y, de algún modo, ha recuperado la palabra, largo tiempo silenciada, para recorrer los diferentes registros de la violencia vivida, de sus efectos en él y en su familia, para anudar sentidos entre su pasado anterior a la cárcel, sus cambios y sus desencuentros.

Es a través de la pregunta que él reitera sobre un acto inexplicable que surge la hipótesis del punto de eficacia de la tortura. Varias veces relató cómo, enseguida de recobrar la libertad, impulsado por una

serie de "razones" y a pesar de la angustia del resto de la familia, vende su casa familiar y se muda a otra que "es una bella casa para otro", que él nunca podrá querer. Aún hoy ronda por el antiguo barrio intentando recuperar su casa, donde él se sentía en su hogar, tan a gusto.

Avanzado el análisis, hablará de un momento –para él ya superado porque lo pudo compartir con sus compañeros de prisión– en que en el intervalo de las sesiones de tortura, cuando sólo pensaba en cómo salir lo antes posible de ese infierno, un oficial le propone trocar su libertad a cambio de su casa y su auto: él y su familia podrán dejar inmediatamente el país. Él acepta. Nunca nadie volvió a hablarle del asunto. Al poco tiempo, en aislamiento, se siente lleno de vergüenza y humillación por su sumisión, por dar el "sí" al enemigo. Siente un tremendo impulso de morir, de darse muerte.

Muchos años después, impulsado por una convicción adornada de racionalizaciones, realiza ese acto de venta –acto de despojo de su entorno familiar amado– que luego de realizado le resulta a él mismo insensato e incomprensible.

Hemos recorrido varios niveles de significaciones con el paciente. Lo que importa hoy destacar es que el punto de inscripción del horror sugiere que en el momento del desmoronamiento de la identidad provocado por la tortura, momento próximo a la nada, al vacío, se produce la fascinación (o la creencia), a veces fugaz, por el otro-torturador, único presente en el cual sostenerse, agarrarse: es ahí donde surge el "otro", alienado a la violencia. Ese momento límite del desmoronamiento –la demolición para nosotros, el descuartizamiento para Daniel Gil–[46] queda como punto de horror inelaborable, impensable, que reaparecerá en actos, en pasaje al acto, en síntomas, y que potencialmente puede ser tomado a cargo por un descendiente.

[46] Gil, Daniel, *El terror y la tortura*, EPPAL, Montevideo, 1990

Las dos caras de un lapsus

La propiedad de un lapsus –nos enseñó Freud– en la fugacidad de un error inopinado, a veces de apariencia inocente, banal y suturable por la "buena" conciencia, es la de lugar privilegiado de burla a la censura y de acceso a la inmensidad de un saber de otro modo inaccesible. El error dispone de la sagacidad de decir en el lugar exacto y oportuno un saber de una temible pertinencia: aquello que no se quiere y se teme decir.

En un grupo, dos psicoanalistas cuya historia y trayectoria compartida les permite reconocerse en la fraternidad de valores y de una ética común, entre quienes chispea además una afinidad que hace crecer una cálida amistad, se reúnen en un acto que celebra la culminación de una tarea, una publicación sobre la violencia social. Momento de ternura y de festejo, de celebración del trabajo, que evoca y convoca los momentos más difíciles.

Uno de ellos, a quien han matado una hija adolescente en la barbarie dictatorial, habla de lo necesario y difícil que es incluir el recuerdo del muerto en la celebración y con ello reabrir, veinte años después, las lastimaduras del duelo. Momento de recogimiento que actualiza algo sagrado desde los albores de la humanidad y que los antropólogos reconocen como uno de los orígenes de la hominización: la congoja compartida por el muerto como momento fundante del vínculo social.

Convidado de piedra, el inconsciente hace irrupción en un lapsus de crueldad inusitada: el amigo que escucha, de profesión psicoanalista, trata al familiar dolorido en la evocación de la hija desaparecida –apoyándose en una homonimia banal– con el nombre de un personaje hitleriano.

Algo glacial e insoportable interrumpe lo sagrado que se estaba compartiendo, hasta que la ortopedia de la buena educación convencional disuelve la turbación grupal.

Pero el lapsus retorna, noche a noche, para hostigar e interrogar al autor hasta el asedio. Sideración y perplejidad ante "el decir" de un lapsus que como autómata perpetúa el mensaje mortífero que su investigación dice querer combatir. Las lecturas interpretativas más obvias recorren su mente. Transformar al familiar dolorido en asesino, revirtiendo la posición de empatía fraterna en acusación infame e injusta, sugiere el mecanismo descrito bajo el nombre de identificación con el agresor.

Otra interpretación conocida –como en *La muerte de Ivan Ilich* de Tolstoi– es que el lapsus opera un trueque de la posición de máximo horror: es a él y por lo tanto no a mí a quien han matado un hijo. Le ocurre como al protagonista de Orwell, en *1984*, que en el acmé de la tortura implora que le hagan al ser amado y no a su propio cuerpo el martirio máximo. Los límites "quiero estar cerca tuyo" y "no quiero ser como tú" son menos fáciles de discernir en la vecindad del horror.

Y así se podría seguir en este buceo de búsqueda de sentidos, en el nivel personal de la turbación que provoca infligir a un amigo un insulto gratuito y arbitrario, relevante de la propia psicopatología. El esquema clásico busca un sujeto responsable, lugar donde la culpa y la reparación pueden ser procesadas y simbolizadas.

Pero en un segundo impulso, lo que se hace relevante es explorar en qué los personajes son expresión de la historia de un lugar y de una generación, de un lugar que se debe tomar y/o que se debe evitar. Más allá del nivel del vínculo íntimo, la violencia que se expresa es elocuente y ejemplar del clivaje con que la violencia histórica y sus secuelas se procesan en el socius; de la segregación alienante a la que se somete a los afectados, operación mediante la cual los "bien pensantes" se protegen en la ilusión de un espacio de indemnidad.

Lo que importa reconocer es que este lapsus revela en la intimidad subjetiva, la interiorización y la proyección del horror que se evacúa de la circulación en la trama social, llevando a la segregación de las

víctimas, alienándolas en el lugar de una minoría digna de piedad o indiferencia; pero sobre todo, preservándose de ser invadido.

Nada más íntimo y personal que un duelo, nada más inoportuno para inferir una agresión; pero en el momento culminante en que un duelo y una memoria íntima se hacen memorial y adquieren trascendencia pública, una verdad, índice de la inscripción del horror, hace irrupción.

Tortura y fracturas de memoria

En nuestro país –¿en nuestra región?– un rasgo que nos parece relevante en el lazo social actual y local –y cuya comprensión nos parece crucial para la supervivencia de nuestros modelos, mitos y proyectos (¿qué es si no, la cultura?)– es el fenómeno que llamamos fracturas de memoria.

Luego de tres lustros de terror político cuyo *modus operandi* no tiene en nuestra región antecedentes en este siglo –terror político que mediante la tortura sofisticada, la desaparición de personas y el exilio forzoso instituyó una "legalidad" y una cultura basada en la exclusión– se han creado, a nuestro entender, efectos duraderos. Más allá de los sufrimientos individuales documentables, creemos que el ataque ha sido al pensamiento y a la cultura.

Si las rivalidades y conflictos son desde siempre y en todas partes una constante de la convivencia (cultura) humana, desde las dictaduras militares recientes, la intensidad y destructividad de estos conflictos han tenido un crecimiento exponencial. Se dice que "la gente está mal" y los epítetos psicopatológicos con que se sanciona a los protagonistas parecen dar cuenta y explicar la dinámica de las situaciones. En un segundo tiempo, la observación y reflexión cotidianas imponen constatar que en grupos e

instituciones diversas, los relieves y núcleos de sentido se repiten con una monótona e insólita constancia, lo que autoriza a hablar de isomorfismos y se empieza a pensar no sólo en la psicopatología de los personajes en acción, sino en cómo están atravesados, manejados o capturados –a la manera de un mundo shakesperiano– por un vibrión colérico del vínculo social, cuyos efectos contagiosos son fáciles de consignar pero cuya naturaleza no es de fácil identificación.

En un tiempo concomitante, en una asociación más causal que casual, el crecimiento de la deuda externa y la aplicación del modelo llamado neoliberal, con sus efectos de concentración de la riqueza, marginalización y pauperización de vastos sectores de la población y disminución presupuestaria del gasto destinado a educación y salud, crean condiciones para la declinación de los valores solidarios y el auge del individualismo del sálvese quien pueda.

Los posmodernos uruguayos disimulan, en la pedantería de sostener la caducidad del estado paternalista que marcó de progreso social la prosperidad entre las dos guerras mundiales, su renuncia a estos valores seculares.

La constante que se subraya es que el otro –los otros– son menos disponibles como socios y más proclives a ser captados como adversarios o rivales.

El clima dominante es paranoide, de sospecha o descalificación a cualquier iniciativa o acción en curso, con el consiguiente malestar o sufrimiento de los actores y pérdida de eficiencia y deleite en la acción emprendida. Lo elocuente es la similitud y la constancia de los roles en pugna, cualquiera sea y a pesar de la diversidad de los ámbitos institucionales involucrados: periodismo, sindicatos, grupos teatrales, núcleos universitarios de diferentes disciplinas, organizaciones barriales, partidos políticos, etcétera. Donde primaba la riqueza del debate o el placer de la comunión de una

empresa o mito compartido, hoy prevalece el malestar, la desconfianza y la sospecha. Una fracción detenta la buena posición y las diferencias son para desautorizar o destruir. De ordinario, la decepción del diálogo desemboca en la violencia o el aislamiento y la desolación. Las condiciones del debate y la controversia, otrora fuente de riqueza, se usuran y degradan y el prójimo se hace enemigo.

Proponemos pensar que frente a la experiencia de terror, la sociedad uruguaya está escindida en dos actitudes inconciliables. Para unos, la vida siguió y el terror fue un detalle en el curso de la historia; para otros, fue una convulsión que rompió la continuidad de sus destinos y los obligó a cicatrizar heridas a veces irreparables. Proponemos pensar que esta fragmentación de la memoria y del proyecto colectivo inaugura –por la vía del horror y la violencia– un mecanismo disociativo que corroe y corrompe el lazo social. El origen traumático y violento de esta fragmentación sería la razón de su persistencia, es decir, que aunque cese la causa no cesan los efectos: ruptura de pactos y alianzas transubjetivas, que tejen y sostienen los lazos sociales y aportan, en una lógica freudiana, los factores de cohesión grupal y comunitaria. La hipótesis que arriesga René Käes[47] es que mientras no hay soporte psíquico –individual o colectivo– para elaborar singular y colectivamente la violencia del horror, éste circula ciega y empecinadamente en circuitos repetitivos, que reconducen la violencia original.

En la modalidad intimista que surgía de la idiosincrasia y el tamaño de nuestro país, el diálogo entre estos dos hemimundos se hizo difícil y enconado. Persiste hoy en el silencio y en la desconfianza que impregna y satura no sólo la palabra y el espacio público: también cala e infiltra vínculos personales, formalmente distantes del plano político.

Lo curioso y significativo es que no aparece un único clivaje, sino que también entre los que padecieron la tortura y el exilio –interior y

[47] Käes, René, *Psicoanálisis y terrorismo de Estado*, CEAL, Buenos Aires, 1990

exterior– el diálogo ha sido difícil o imposible de reanudar, y en vez de capitalizar la rica diversidad de las experiencias, prevalece la denostación y la condena de lo diferente. La hipótesis que surge de esta descripción es que la violencia vivida y no simbolizada, produce efectos de interiorización de las formas de operar del agresor, que reconducen al sistema de exclusión implantado por la dictadura.

Como con el retorno de los deportados de la segunda guerra mundial, los libros que tratan de testimoniar la deshumanización y desubjetivación que impuso la dictadura son rodeados de silencio e indiferencia y permanecen ajenos y sin inscripción colectiva. El horror pasó y a otra cosa –parecería ser necesario un pacto social denegatorio– dejemos a los sufrientes sufrir en su aislamiento. Quizá –como en Europa– se necesite la distancia de décadas y generaciones para poder hablar y pensar el horror que nos atravesó y significarlos en la memoria colectiva.

De este pasado inmediato, ¿qué futuro? "El fin de la historia de Francis Fukuyama es un artículo o panfleto, de cuyo contenido poco conozco, pero el éxito mediático de su tema y título corresponden –en una resonancia significante poco significable– al sentimiento inquietante o apocalíptico de un tiempo de transición y mutación, en el que nuestros mitos habituales y conocidos no funcionan o funcionan mal, y señalan nuestra dificultad para concebir las referencias simbólicas del tiempo que vendrá. Pero el momento infamiliar de lo desconocido sólo dice de nuestra resonancia subjetiva, no informa ni pauta la naturaleza de la realidad planetaria que advendrá.

Habida cuenta de la edad del autor, habrá que prevenirse contra la postura nostálgica de que todo tiempo pasado fue mejor y vacunarse contra la evidencia de confundir el estado del mundo con el de nuestras arterias, bronquios o neuronas.

Aun así, la fragmentación de memorias colectivas y el desmoronamiento de mitos compartidos signa una arista del malestar de la cultura actual y los jóvenes europeos y latinoamericanos con quienes logramos conversar, comparten esa desazón.

Es más fácil hablar de síntomas que de remedios, y nos colocamos en un lugar distinto del mentado pesimismo freudiano, ya que ese señor trabajó, pensó y escribió hasta pocos minutos antes que los opiáceos lo sumergieran en el camino de la muerte, lo que nos ofrece un buen modelo identificatorio.

En todo caso, es imprescindible exorcizar los pesimismos apocalípticos –lo finito es nuestra vida, no la historia– y evitar el repliegue elitista y cínico del aislamiento, la prescindencia y la descreencia. Porque si toda creencia es un hueso duro de roer en cualquier trabajo analítico, la descreencia es de los más duros y mortíferos, con su máscara de depresiones larvadas o manifiestas, o de cinismo altanero y paralizante. La lección freudiana ha sido –es, al respecto clara y fecunda, en cualquiera de los hitos de su trayectoria: el primer trabajo frente a la realidad displacentera es poder hincarle el diente y reconocer su existencia, resistirse a la tendencia a la inercia que Freud describió como componente esencial de la maquinaria psíquica. Trabajo de reconocimiento de las diferentes maneras y artimañas –escotoma, negación, desmentida– que operan en la dirección de hacer inexistente lo que existe.

Pensar en la cultura, la felicidad, el destino, con optimismo o pesimismo, es una virtud o condena inherente a la condición humana, y la profesión que adoptamos nos exige meternos de lleno en esa reflexión, de un modo, si no protagónico, al menos ineludible.

Que la lectura de relieves significativos que hemos propuesto sea adecuada o errónea, es lo menos importante; lo que sí importa es que logre su finalidad de sugerencia, provocación y desafío. Designar los puntos de urgencia y los baluartes, encararlos con rabia

y decisión no es denuncia o revuelta adolescente: es hondamente freudiano afirmar que la realidad humana que se semiotiza correctamente, se transforma. La investigación es la terapéutica, no son dos instancias diferentes. Trabajar el tema de la cultura es construir la memoria del futuro.

Texto presentado en la Mesa sobre Violencia Social.
Congreso Mundial de Psicoanálisis .
Buenos Aires, Agosto 1991

La violencia política

Marcelo Viñar, 1989.

En ciencia, la cuantificación de un fenómeno comporta, en principio, un progreso del conocimiento. Pero hay formas de saber que no se someten a la cuantificación porque el intento de hacerlo implicaría desnaturalizarlo. La tesis aquí sustentada no se somete a criterios cuantificables sino éticos; cien o diez mil torturados valen un torturado. Porque en cada tortura institucionalizada hay un ataque a la pertenencia a la especie humana. La serie estadística se cuantifica 1+1+1+1 y cada unidad resume la totalidad de la especie, retomando la expresión inolvidable de Roberto Antelme: "mata a dos y tendrán nombre propio, mata a diez mil y será una abstracción". Pienso que en lo que planteo está implícita una epidemiología de la tortura, de la violencia política, aunque no traiga gráficas de frecuencia ni estadísticas: ¿cuál sería la fuente de esas gráficas y estadísticas?; y además desde mi oficio de psicoanalista no sabría hacerlo.

Quiero empezar por algunas advertencias metodológicas. Hablar de la tortura es una tarea muy incómoda, tan imprescindible como imposible, ¿qué es esto de querer pensarlo como objeto de estudio? ¿Cuál sería la relación entre las palabras –como empresa de saber y de pensar– con una empresa de exterminio, que es un acto en el que el pensamiento está abolido o es una convulsión?

Es necesario mantener la tensión y una distancia viva entre el horror y el relato del horror; porque el desastre, dice Maurice Blanchot, suscita un movimiento contradictorio entre el querer mirar y el querer evitar la mirada. Nunca estamos a buena distancia: o estamos demasiado implicados o demasiado prescindentes. Dicho en términos más tradicionales, la aporía objetivo/subjetivo –o sus

expresiones derivadas de discurso científico y discurso político– son de delimitación difícil. Creo que debemos ser cautelosos, para tratar de entender no sólo que hacemos con nuestro tema, sino que hace él con nosotros. Entre la realidad y su comprensión se despliegan las preguntas y enigmas que hacen trabajar a los científicos. Cuando la realidad en cuestión comporta el horror, ya no se trata solamente de resolver cómo el científico opera sobre el objeto que necesita describir y comprender, sino también hacia *dónde* y cómo lo empujan las características del objeto sobre el que trabaja.

Simplemente quiero decir que el empirismo positivista de la ciencia natural, no es suficiente porque no incluye una cuestión fundamental: ¿cómo *se soporta lo insoportable y qué efectos tiene eso insoportable en la producción de pensamiento y comprensión*? Este punto es crucial en su paradoja. Queremos saber sobre lo que no se quiere ni se puede saber.

Esto vale tanto para el investigador que emprende la tarea como para la comunidad científica y social a la que se dirige.

Voy a argumentar una tesis muy sencilla de enunciar, aunque pretenciosa: *Cuando un Estado institucionaliza la tortura, la víctima no es sólo el torturado sino la sociedad entera; sea la dictadura militar, el nazismo o el Estado hebreo*. El lector dirá si esta tesis tiene un estatuto científico, político o ético humanista, o si está en la intersección de los tres. En todo caso, lo que importa de la tesis es su valor heurístico, en que más que la comprobación importan su eficacia y sus efectos. La trampa buscada es que mientras algunos intentamos probarla y otros refutarla, el debate continúa y esto es lo que interesa. Lo que cuenta es matar el silencio. Tiene el mismo valor operacional que la tesis del invierno nuclear.

Cabe que nos preguntemos de qué modo el terror político es un tema de salud pública y, en caso afirmativo, en qué y de qué manera.

Las razones para responder afirmativamente son incontestables; los argumentos en contra no faltan, pero son coyunturales o de

conveniencia. Principios elementales de ética médica –por qué no decir de simple humanidad– son suficientes para ocuparse de esta epidemia, grave y extensa. A que cumplamos con este imperativo se opone el hecho de que la causa del mal es de origen humano, intencional y calculado. Se argumenta que su eficacia es más importante que el horror que produce. Basados en esta rentabilidad, reducen al ridículo nuestras posiciones éticas, profesionales o militantes. Los sistemas que promueven la tortura, la desaparición y el genocidio lo hacen con lúcida conciencia, como estrategia de poder, como engranaje o eslabón imprescindible de un sistema de gobierno.

Es menester desterrar la idea común de que la tortura sofisticada, dispositivo de terror del siglo XX, es expresión de un arcaísmo bárbaro. Al contrario, es una práctica de rutina de la civilización. Quizá una de las condiciones de su funcionamiento. Es necesario asumir como premisa de toda consideración epidemiológica y de estrategia terapéutica, que el origen de esta noxa es, hoy día, un producto de alta tecnología, aplicable y aplicado en condiciones históricas precisas. La mayor dificultad, pues, para cumplir nuestra tarea –nuestros imperativos éticos y profesionales– radica en la implicación política, violenta y beligerante de la problemática que queremos circunscribir.

Un argumento falaz para desestimar la pertinencia del tema es el fenómeno que Hanna Arendt designa como banalidad del mal: la historia de la humanidad ha sido desde siempre cruel y violenta y el tema que nos ocupa es un subproducto desagradable pero necesario de esa fatalidad universal. En un planeta de violencia e injusticia social, pensar en hacer la salud pública del terror de Estado es una utopía tan noble como imbécil. De todos modos, se dice, la violencia de Estado es una respuesta a la violencia subversiva, que es el eslabón inicial de la ruptura de normas civilizadas de convivencia y por eso detonante y responsable de la espiral del horror.

Esta falsa simetría entre la violencia de un grupo y la misma violencia ejercida en nombre de las instituciones encierra el debate en la ley taliónica de la beligerancia donde la ética que nos concierne no tiene lugar y queda excluida.

Nuestra experiencia se refiere y limita a los países del sur de América Latina. Queda para un segundo tiempo de discusión que es lo particular y lo generalizable de nuestro análisis.

El sur de América Latina retorna penosamente a la legitimidad democrática luego de lustros o décadas en los que se institucionalizó –en nombre de una Doctrina de la Seguridad Nacional– la cárcel arbitraria, la tortura sistemática y las desapariciones.

Al grito de *Nunca más* lanzado por la Iglesia y los grupos por los derechos del hombre es necesario agregar el aporte de la ciencia. No alcanza el grito indignado. Tenemos que saber, comprender la magnitud y la naturaleza de la secuela; comprender que ocurrió y cómo ocurrió es quizá poder actuar mejor contra la potencialidad diseminante de esta endemia.

Tenemos que saber la etiología; en este caso, es conocer el origen y la naturaleza del discurso que justifica la barbarie. Porque conocerlo implica quizá desarmar su lógica, su vigencia, su eficacia. Lo que el tema propone es huirle, por asco y miedo, y no hacerlo exige una vigilancia, requiere una alerta constante. La ciencia médica no puede asumir sola esta tarea, pero sería imperdonable que estuviera ausente.

El esbozo de una caracterización y comprensión de las consecuencias del terror político y los modelos posibles de encarar y profundizar su investigación y tratamiento son el propósito que me guía.

La tortura –y su punto límite: la desaparición– es el acto y la *figura paradigmática*, con que el poder violento busca legitimarse e imponer su ley.

La noción de tortura merece una redefinición. La brutalidad y malos tratos califican los hechos de modo insuficiente.

Las agresiones físicas –hambre y sed, dolor hasta el suplicio y martirios refinados– y agresiones psíquicas –aislamiento, deprivación sensorial, mensajes contradictorios, humillación– son sólo los medios o técnicas de un plan concertado que apunta a la destrucción (demolición) de la víctima. El tiempo infinito de un horror sin límites es el núcleo esencial del proceso.

Propongo entonces esta definición: "La tortura es todo dispositivo intencional –cualesquiera sean los métodos utilizados– con la finalidad de destruir las creencias y convicciones de la víctima, para despojarlo de la constelación identificatoria que lo constituye como sujeto. Sus autores son *agentes* de un *poder violento* y está destinada a la sumisión y parálisis de la sociedad gobernada".

La tortura moderna es tecnificada y apunta –por métodos diversos– a la destrucción de un individuo. Demolición que idealmente no debe conducir a la muerte, sino abrir un espacio de agonía interminable, en el que el sujeto se percibe como desecho de su propia humanidad. Sólo esta figura es la que opera como referente simbólico de castigo, y actúa como amenaza del psiquismo de todos y cada uno de los miembros de la sociedad afectada.

Lery y J. F. Labarte reúnen mil fichas bibliográficas, infinitos testimonios y tres libros inmortales avalan la definición que precede: *1984*, de George Orwell; *L'Espece humaine* de Robert Antelme y *The breaking of bodies and minds*, de Helen Scarry.

Decir que la *tortura* es *acto y figura* no es un recurso retórico: que un acto consagre el horror y que esa realidad fáctica y pesadillesca alimente la imaginería siniestra es una piedra angular, el eje de una lógica monstruosa y de la trama social que ella constituye. Quiero decir que la tortura, más allá de su propósito explícito y manifiesto de lograr información haciendo "confesar", agrega en onda expansiva un efecto no menos siniestro y más extendido. Es por este camino que el martirio de un puñado de víctimas marca a toda la

comunidad, en un abanico de respuestas –terror, miedo, culpa, rebelión– diversidad de representaciones y afectos que no se dan en estado puro en ningún sujeto individual. Este punto de articulación entre los sujetos individuales y los fenómenos de rumor pesadillesco en la comunidad, constituye un punto crucial que se debe comprender. *El martirio de algunos es referente simbólico de punición para todos, y conduce a la parálisis social* mediante el terror y amedrentamiento a la rebelión que continúa la espiral beligerante. Enfatizar y privilegiar este enfoque me parece esencial para dimensionar la tortura como problema de salud pública y para entender su incidencia en la historia presente y futura de nuestro continente.

Médicos, psicoanalistas, politólogos, cientistas sociales, debemos abocarnos a entender mejor esta interfase entre lo individual y lo colectivo (societario) de los efectos de la tortura. Punto crucial que es subestimado en los enfoques habituales, que deberemos profundizar y que si no fuera un insulto a las víctimas, diría que es el más importante. Basta un concepto epidemiológico elemental, la metáfora de la enfermedad infecciosa: un caso de cólera o de viruela es ya epidemia; todo el *demos* está amenazado.

Es el mensaje esencial del libro ineludible de Robert Antelme: *L'Espèce humaine*.

Porque la tortura toca ese punto de intersección que es fundamento de lo humano: el cuerpo y la palabra. Usar el martirio físico –el dolor impensable– para quebrar la palabra es precisamente la manera como se constituye el paradigma del horror.

Aunque del horror no haya representaciones discursivas claras y conscientes, todo ser humano tiene la experiencia (valga la paradoja de llamar experiencia a algo que pudo ser vivido nunca y está siempre presente); la mente humana sabe –dentro de lo impensable de la propia muerte– que es más soportable la propia desaparición que la del ideal y lo sagrado. Ese es el punto de terror que busca y

toca la tortura y que es eficaz, aun antes de ser ejercido, siempre que su presencia planee en la ciudad. Es por esto que basta el martirio de un puñado para que la comunidad quede marcada; afirmación arriesgada y necesaria… Aunque haya un discurso oficial y un discurso cómplice que por interés o desinformación clamen la normalidad y la indemnidad de la población que no es directamente perseguida, sostenemos que *la institucionalización de prácticas de tortura* impregna y contamina todos los niveles de convivencia, aun los aparentemente más distantes del hecho político. Sobre todo están afectados niveles de relación que tocan lo íntimo y lo sagrado: relación padres-hijos, relación educativa docente-alumno, relación entre pares, la memoria de las generaciones. Las aseveraciones que preceden no tienen el propósito de una denuncia clamorosa y humanista; son una tesis que pretendo argumentar porque su comprensión es crucial y determinante en el tipo de acciones terapéuticas y de investigación que podamos instrumentar. (En esta oportunidad es válido el aforismo de que nada es más práctico que una buena teoría).

Si seguimos creyendo y sosteniendo la existencia de un universo de afectados y otro de indemnes, nos encerramos en la aporía que nos lleva a la creación de instituciones ortopédicas de rehabilitación física y psicológica de las víctimas, y nos hacemos tácitamente cómplices del sistema que autoriza a torturar. El esfuerzo mundial de rehabilitación de torturados va prevalentemente en esa dirección, con costos millonarios, aliviando a algunos miles de afectados y calmando nuestra mala conciencia. Debemos intentar una comprensión más cabal y profunda de los hechos que nos permita encarar acciones más eficaces. Es un deber hacer de la tortura un tema de investigación. Necesitamos comprender cuál es su lugar en la civilización moderna y en sus sistemas de poder lo que nos permitirá encarar acciones de prevención, no de rehabilitación.

La dicotomía de dos universos –uno de víctimas y otro de indemnes– y la creación de instituciones especializadas de rehabilitación van en dirección contraria a la que propongo y con lleva dos peligros iatrogénicos. Uno, el de alienar y marginar a los afectados del soporte social –pilar capital de su reintegración–: el torturado, como el loco, no deben perturbar la armonía del funcionamiento social. Como sostiene y demuestra Michel Foucault, la categoría de alienado no es una necesidad del enfermo, sino un procedimiento de exclusión al que proceden los bien pensantes en nombre del bien soberano. El otro peligro es el de evacuar el problema como marginal y no como central.

Lo que precede me lleva al punto central de este trabajo. Si lo que llamo con ironía respetuosa "los bien pensantes" (burla que me incluye) en el tratamiento de torturados apuntamos a la objetivación alienante como estrategia prevalente, debe haber una razón más sutil que nuestra simple maldad.

Yo creo que esta razón es lo que los psicoanalistas llamamos *lo impensable del horror*.

Sé que esta noción de especialista no es de captación fácil ni inmediata, y su desarrollo escapa a los límites de este trabajo.

Con un exceso de esquematismo, y basándose en nociones fundadas por Freud (y que desde él han hecho un largo recorrido), se trata de entender las respuestas del psiquismo a la angustia (Teoría del trauma).

Freud define una franja de angustia metabolizable o pensable. Hasta cierto grado de intensidad del estímulo, el aparato psíquico responde con un flujo de representaciones que pautan el modo en que cada sujeto responde y se acomoda a una situación. Excedido el límite tolerable, el aparato se bloquea y se engendra un blanco o agujero, que llamamos la marca de lo impensable o irrepresentable.

La analogía con el modelo físico cesa aquí. Porque esto

irrepresentable, lejos de extinguirse, es patógeno y fuente de la patología más grave. La experiencia y las investigaciones europeas son tristemente probatorias para poder afirmar que estos traumatismos históricos pueden ser fuente de patología mental severa en la tercera generación. Cuando en el campo de lo psíquico, un suceso no puede ser simbolizado mediante representaciones, lo suprimido es patogénicamente eficaz. Este modelo ha sido una hipótesis fecunda en la investigación de la psicosis. Extender el terror sexual a otras formas de terror es un camino que vale la pena ensayar.

Representar lo irrepresentable del horror: esta es nuestra primera tarea y responsabilidad de salud pública. Crear representaciones es lo que hago en este ensayo. El silencio (o silenciamiento) es aliado o cómplice del terror. La palabra –aun la más controversial– engendra el esclarecimiento. Palabra empecinada, intransigente. Como en la religión animista, las tinieblas son diabólicas, sólo en la luz hay verdad. Esto que parece simple hasta la puerilidad, no lo es tanto. La resistencia a saber, individual y colectivamente, y el asco y el miedo que despierta siempre pensar en estos temas es una realidad. Los libros que hablaban y testimoniaban el holocausto se vendieron sólo por decenas en la primera década de posguerra; ahora se publican por cientos de miles.

Voy a dar un solo ejemplo entre miles posibles; más que su contenido importa su valor paradigmático.

El gobierno de transición democrática entró en funciones en Uruguay en marzo de 1985. En los meses subsiguientes la justicia acumuló cientos de denuncias de violación de derechos humanos y de delitos de lesa humanidad cometidos por militares durante el período dictatorial. Por presiones castrenses y el pacto político de transición, el parlamento votó la ley de impunidad, en vísperas de la Navidad de 1986 (Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado). Era aprobar esa ley o el desacato de los militares involucrados.

Un movimiento popular presidido por viudas de eminentes desaparecidos, promovió un referéndum para anular esa ley. Durante más de un año, sin medios de difusión y con métodos artesanales, se reunieron las firmas necesarias (el 33 por ciento del padrón electoral) que logró la reconsideración de esa ley y el debate público de sus fundamentos.

No hubo triunfo político. La ley de impunidad ganó por un 54 a 46 por ciento pero hubo triunfo simbólico. La generación de mis hijos hubiera guardado el horror en el susurro. Hoy nadie en Uruguay, ni los partidarios del equívoco indulto o impunidad, niegan que hubo tortura atroz. Para una memoria histórica, la diferencia es fundamental.

Insistamos sobre este nudo: violación y suplicio de la carne para inscribir la humillación de la palabra, que es fundamento de lo humano, es ahí que hay que situar la función de tortura moderna. Como enseña Kafka, se trata de la inscripción violenta en el cuerpo de una Ley y de un Orden que se pretenden seguros, puros, totalizantes y exclusivos; que esto se haga en nombre de la religión, la raza, la ideología o la seguridad nacional es accesorio. No se trata del *contenido* del sistema de creencias, de las reglas o de un repertorio de valores que con certeza inequívoca y monolítica sancionan el Bien y el Mal; *se trata del procedimiento de terror que busca el consentimiento por sumisión y castiga la desviación con suplicio y terror*. Es el pasaje de una verdad plural y polisémica, a una verdad monolítica y fanática, impresa con hierro candente. Para esta mutación del carácter de la ley, la institución de la tortura es una pieza esencial.

Esta violencia de la ley –impostura de las instituciones– no solo produce un cambio en la estructura de poder y del gobierno, sino (y esto es lo fundamental) en el estatuto de la palabra. Es por ello que la violencia del Estado –hecha en nombre del Estado y sus

instituciones–, más allá del número de sus víctimas, es un ataque al pensamiento y la cultura del pueblo que gobierna.

Es en esta dimensión que hay que leer e investigar las secuelas y no con un sentido estrecho de medicina somática e individual.

La tortura se sitúa en la bisagra que articula al cuerpo individual de carne y sangre, al cuerpo social, y a la palabra que sella el contrato tácito y explícito entre individuo y *socius*.

La amenaza omnipresente del cuerpo en agonía determina una nueva relación con la palabra: el consentimiento por sumisión, la adhesión por la violencia, el suplicio por la transgresión, el simulacro como impostura adaptativa.

Este tipo de impostura de ley, que suprime el equívoco, la polisemia, la exploración y el tanteo, y lo reemplaza por certezas maniqueas que separan a bisturí lo puro de lo impío, tienen graves consecuencias en la memoria histórica.

El tanteo, el ensayo y el error que, desde el niño hasta el sabio, son el cogollo del acto de aprendizaje de conquista y superación del conocimiento, están suprimidos en el estado violento. Es por este camino de mediaciones que seguimos sucintamente que el martirio –de pocos o muchos– es un atentado al discurrir, al pensamiento de todos.

He tratado de mostrar con el lenguaje de mi campo de conocimiento y con la brevedad de estas páginas, que la tortura moderna del Estado es un serio problema de salud pública. El silencio y el olvido, la indiferencia y la impunidad que reproducen el trágico y lúgubre secreto de la cámara de tortura favorecerán la persistencia y reproducción de este mal endémico. No es ningún ánimo vengativo, sino preventivo el que anima a los que no podemos ni queremos olvidar.

No somos exorcistas que por conjurar las brujas las convocan. Somos herederos de los fundadores de medicina que venciendo el

asco y el miedo, y el pánico y la huida que provocan, tratamos de poner la violencia política en el orden del día, para que su debate y conocimiento logren su erradicación.

Texto presentado en un grupo de trabajo de la Oficina Sanitaria Panamericana (OPS/OMS) sobre Violencia y Salud en América Latina.
Rio de Janeiro, diciembre de 1989.

Bibliografía

• ALTOUNIAN, Janine, Ouvrez-moi seulement les chemins de l'Arménie, Ed. Les Belles Lettres, París, 1990.

•AMATI, Silvia, "Quelques réflexions sur la torture pour introduire une discussion psychanalytique", Conferencia, Centre F. de Saussure, Ginebra, 1975.

•AMATI, Silvia, "Megamuertos, ¿unidad de medida o metáfora?, Revista de psicoanálisis, T. XLII, 6, 1985, pp. 1373-1382, Buenos Aires.

•AMNESTY INTERNATIONAL, La torture, Seuil, París, 1984.

•ANTELME, Robert, L'espèce humaine, Gallimard, París, 1979.

•ASAMBLEA PERMANENTE POR LOS DERECHOS HUMANOS, Jornadas de Salud Mental: efectos de la represión, la dimensión de lo psíquico, Buenos Aires, 1984.

•ASSOCIATION INTERNATIONALE CONTRE LA TORTURE (AICT), Un continent torturé, Éditions Pierre-Marcel Favre, Lausana, 1984.

•BARRAN, José Pedro, Historia de la Sensibilidad en el Uruguay, T. 1: La cultura bárbara, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1990.

•BARRAN, José Pedro, Historia de la Sensibilidad en el Uruguay, T. II: El Disciplinamiento, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1990.

•BARROIS, Claude, "Action du traumatisme, Traumatisme en action, Action sur le traumatisme", Les Actes, Nouvelle Revue de psychanalyse, Nº 31, Gallimard, París, 1985, pp 239-257

•BERNARDI, Ricardo, "Psychanalyse, étayage social", Patio Nº 11, Ed L'éclat, París, 1988, pp. 35-42.

•BLANCHOT, Maurice, L Écriture du désastre, Gallimard, París, 1980.

•BLANCHOT, Maurice, L'entretien infini, Gallimard, París, 1969.
•BLEGER, Leopoldo, "A l'horizon", Psychanalystes, Nº 13, París, 1984.
•BLEGER, Leopoldo, ULRIKSEN-VIÑAR, Maren, "Souffrance de l'horreur. Une nouvelle problématique pour la psychiatrie et la psychanalyse en Amérique Latine?", en La Folie Raisonnée, Encyclopedie Diderot, Ed Fayard, París, 1989.
•CANGUILHEIM, G, Le Normal et le Pathologique, PUF, París.
•CIMADE, Conseil oecuménique des Églises, 176, rue de Grenelle, 75007, París, publicaciones internas.
•COMlSlON NAClONAL SOBRE LA DESAPARlClON DE PERSONAS, Nunca Más Buenos Aires, Eudeba, Buenos Aires, 1984.
•DE CERTEAU, Michel, "Corps torturés, paroles capturées", en Michel de Certeau, Ed. du Céntre Pompidou, París, 1987.
•FASIC, "Notas acerca del tratamiento psicoterapéutico de familiares de detenidos- desaparecidos: una propuesta alternativa", Santiago de Chile, 1982. "Répression,
•Torture et exil Étude psychopathologique à propos des réfugiés d'Amérique latine", Inform. psychiatr. 59, N° 1, París, 1983, pp. 7-121.
•FREUD, Sigmund, "Estudios sobre la histeria", (1895), T. II, Amorrortu Editores A. E., Buenos Aries, 1980.
•FREUD, Sigmund,"Las neuropsicosis de defensa", (1894), T. III, A. E., Buenos Aires, 1981.
•FREUD, Sigmund, "Lo ominoso", (1919), T. XVII, A. E., Buenos Aires, 1979. FREUD, Sigmund, "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa",
•(1896), T. III, A. E., Buenos Aires, 1981.
•FREUD, Sigmund, "Psicología de las masas y análisis del yo", (1921), T. XVIII, A. E., Buenos Aires, 1979.
•FREUD, Sigmund, "Inhibición, síntoma y angustia", (1926 [1925]), T. XX, A. E., Buenos Aires, 1979.

•FREUD, Sigmund,"El malestar en la cultura", (1930[1929]),T. XXI, A. E., Buenos Aires, 1979.
•GIL, Daniel, El terror y la tortura, EPPAL, Montevideo, 1990.
•GÓMEZ MANGO, Edmundo, "De la torture et du secret", L'lnformation psychiatrique, Vol. 64, Nº 3, pp. 313-319, París, 1988.
•GÓMEZ MANGO, Edmundo,"La parole menacée", Revue française de psychanalyse, Nº 3, pp. 899-914, París, 1987.
•GÓMEZ MANGO, Edmundo, "Une parole exilée", Nouvelle Revue de psychanalyse, Nº 36, París, 1987.
•HASSOUN, Jacques, "Exil d'exil" en L'etranger, Crise-Representation, Ed. Collectif Evénement Psychanalyse, París, 1983.
•INTERNATIONAL PSYCHOANALYTIC ASSOClATlON, Congreso de Hamburgo, 1985, en International Journal of Psychoanalysis, Vol. 67, 1 y 2, 1986.
•KAËS, René, Psicoanálisis y terrorismo de Estado, Ceal, Buenos Aires, 1990.
•LERY, Nicole y LABARTHE, J.-F., Torture bibliographie, 1O19 references, Laboratoire de Médecine Légale, Lyon Nord, Ginebra-Lyon, 1984.
•LERY, Nicole, CHAMBAZ, H. y LABARTHE, J.-F., Le Personnel soignant face à la torture et aux traitements inhumains, cruels et dégradants, Méd. et Hyg., 42, Nº 1559. pp. 1201-1208, Ginebra, 1984.
•LEVI, Primo, Si questo è un uomo, G. Einaudi Ed., Turín, 1958 y 1976.
•LIFTON, Roben, The Broken Connection, Touchstone Book, Nueva York, 1980. LlRA, Elizabeth, "Las consecuencias de las violaciones de Derechos Humanos en Chile", Conferencia, XVII Latin American Studies Association, Santiago de Chile, 1992.
•LlRA, Elizabeth, WElNSTElN, Eugenia et al., Psicoterapia y

Represión Política, Siglo XXI, México D.F., 1984.
•MAJOR, René, L'agonie du jour, Aubier Montaigne, París, 1979.
•MASCOLO, Dionys, Autour d'un effort de mémoire. Sur une lettre de Robert Antelme. Maurice Nadeau, París, 1987.
•MOVIMIENTO SOLIDARIO DE SALUD MENTAL, Territorios, Nº 1,2,3,4, Río Bamba 145, 3º 6, (1025), Buenos Aires.
•PIDEE, Reseña Represión en Menores, Fundación para la protección de la infancia dañada por los estados de emergencia, Santiago de Chile, 1987.
•PONTALIS, J. B., Entre le rêve et la douleur, Gallimard, París, 1977.
•PUGET, Janine, En la búsqueda de una hipótesis. El contexto social, XXXV Congreso IPA, Montreal, 1987.
•PUGET, Janine, KAËS, René, AMATI, Silvia, BRAUN, Julia, GALLI, Vicente, PELENTO, María Lucila, RICON, Lía, VIÑAR, Marcelo, ULRIKSEN-VIÑAR,
•Maren, Violencia de Estado y Psicoanálisis, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.
•PUGET, Janine, WENDER, Leonardo, "Analista y paciente en mundos superpuestos", Psicoanálisis, IV, 3, pp. 502-522.
•PUNAMAKI, Raija-Lena, Childhood under Conflict, The Attitudes and Emotional Life of Israeli and Palestinian Children, Tampere Peace Research Institute, Research Report, Nº 32, 1987.
•RESZCYNSKl, Katia, ROJAS, Paz, BARCELO, Patricia, Torture et résistance au Chili, Ed. l'Harmattan, París, 1984.
•ROLLAND, Jean-Claude, "Un homme torture: Tito De Alencar", en "L'amour de la haine". Nouvelle Revue de psychanalyse, Nº 33, Gallimard, pp. 223-234, París, 1986.
•SCARRY, Elaine, The body in Pain, the Making and Unmaking of the World, Oxford University Press, Oxford, Nueva York, 1985.
•SEMINARIO INTERNACIONAL: La Tortura en América Latina, Buenos Aires, 1985. (Consulta: Archivos del Movimiento Solidario

de Salud Mental, Río Bamba 145, Buenos Aires.)
•SINDICATO MEDICO DEL URUGUAY, Seminario Internacional: Consecuencias de la Represión en el Cono Sur, Montevideo, 1986.
•SOMNlER, F. E. y GENEFKE, I. K.,"Psychotherapy for Victims of Torture",Br. J. Psychiatry, 1986, pp. 323-329.
•STOVER, E. y NIGHTINGALE, E.O. (eds.), The Breaking of Bodies and Minds - Torture, Psychiatric Abuse and the Health Professions, W. H. Freeman and Co., Nueva York, 1985.
•TOROK, María, "Maladie du deuil et fantasme du cadavre exquis", en ABRAHAM, Nicolas y TOROK, María, L'Écorce et le Noyau, Aubier Flammarion, París, 1987. TRIBUNAL RUSSEL II, La violación de los Derechos Humanos en América Latina,
•Editorial Euros, Barcelona, 1976.
•ULRlKSEN-VlNAR, Maren, "L'Accueil du traumatique", Psychanalystes, Nº 14, París, 1985.
•VERNANT, Jean Pierre, Mythe et pensée chez les grecs, Fondations, Éditions La Découverte, París, 1988.
•VIÑAR, Marcelo, "Pedro ou la démolition", L'Évolution psychiatrique, T. XLIII, fasc.
•III, 1978.
•VIÑAR, Marcelo, "Pepe ou le délire du héros", Psychanalystes, Nº 14, París, 1985. VIÑAR, Marcelo, "Quand la loi devient une imposture", Psychanalystes Nº 8, París,
•1983.
•VIÑAR, Marcelo, ULRIKSEN-VIÑAR, Maren, BLEGER, Leopoldo, "Troubles psychologiques et psychiatriques induits par la torture", Enciclopédie Médico- Chirurgicale, Psychiatrie 37889 A 5-, París, 1989.
•VIÑAR, Maren y Marcelo, "Exil et Torture", Cahiers Confrontation, Nº 5, Aubier, París, 1981.
•WESCHLER, Lawrence, A miracle a universe, Pantheon Books, Nueva York, 1990.

Alegato por la humanidad del enemigo

Marcelo Viñar, Mborayú, Enero 2003.

¿Qué puede decir un Psicoanalista sobre Terrorismo? ¿Desde qué vértice se posiciona para observar y pensar el problema? ¿Cuál es el lugar del observador frente a temas como este, que convocan lo más extremo y radical de la violencia y de lo sagrado, hoy y a lo largo de milenios de historia? ¿Cuál es la incidencia de la causalidad inconsciente - lo específico del Psicoanálisis - y cuál es su articulación con otras determinantes que son evidentes y objeto de exploración de otras disciplinas?

1.

Lo más cómodo sería la prescindencia: decir que el Psicoanálisis no es el instrumento competente y adecuado para explorar el problema, callarse la boca y a otra cosa.

Sin embargo en nuestras sesiones este material sobre los horrores del mundo está presente cada vez más, y a veces las inunda. Por otra parte en los foros públicos y ciudadanos se llama a los psicoanalistas, individual o corporativamente, para dar su palabra y punto de vista, de modo cada vez más insistente. La posición de prescindencia no es sostenible. Si lo conocido y reconocible es insoportable - dijo Béla Bartok - hay que saltar hacia lo desconocido, aunque conlleve el riesgo de saltar al vacío.

Esta salida de prescindencia, que muchos postulan y practican, implica pensar que los psicoanalistas no tenemos nada que decir sobre problemas cruciales y candentes del espacio ciudadano actual (servidumbres voluntarias al totalitarismo, corrupción, terrorismo, retorno de sectas y religiones animistas, fundamentalismos étnicos, religiosos o nacionalistas), como son hoy tanto los Talibanes como el fundamentalismo occidental y cristiano que habla del imperio del bien y del mal por boca del presidente de la nación militarmente más poderosa de la tierra. Se reduce así la esencial diversidad humana a una bipartición monocorde y letal que en occidente aún no ha capturado a la mayoría. Castells[48] opina que los *fanatismos nacionalistas*, étnicos y religiosos, constituyen el reverso ineludible de los procesos de globalización.

Los efectos del *discurso simplificador que transforman al diferente en enemigo*, son a temer. Los amigos son amigos porque piensan como yo, esto es entendible. Pero este es el único vínculo concebible - por mimetismo y anexión - y el que piensa diferente resulta aliado de mi enemigo, por lo tanto es enemigo. Una lógica absurda pero eficaz que produce la abolición de la diversidad y la constriñe al mundo maniqueo de aliados y enemigos y empuja a la acción salvadora de destruir el mal y salvar al bien. Los efectos de esta lógica han sido experimentados durante siglos[49].

No creo que esta inflación discursiva sea meramente retórica y estratégica. Debe haber un nexo más íntimo y estrecho entre la representación sádica y la impulsión de su actuación. Tal vez, a

[48] Castells, Manuel. *La era de la Información*. Vol.2: "El Poder de la Identidad". Alianza Editorial, Madrid, 1997.

[49] Por añadidura el sentimiento admirativo que provoca la eficiencia tecnológica y el poder destructivo de la máquina de guerra, teñidos a nivel mediático por el discurso del heroísmo ocultan el miserable uso de estas habilidades y competencias para aniquilar vidas humanas y pulverizar todo lo que esté fuera del perímetro del auto definido Imperio del bien.
La auto designación en estos términos, es en sí misma -para un psicoanalista- altamente sospechosa. Una y otra vez en la historia desconocen la diversidad constitutiva de la condición humana. Reducen al otro a la inexistencia y a la invisibilidad de su condición de semejante y por consiguiente lo transforman en infrahumano y suprimible.

partir de las conductas impulsivas y la dinámica del pasaje al acto, el psicoanálisis pueda aportar algo a este respecto.

¿*Cómo tratar la alteridad del extranjero* en un *mundo en proceso de globalización*? ¿Será su destrucción y exterminación el único camino? Tal vez esta sea una condición y un común denominador de la guerra. A cinco siglos de distancia la muy evangelizadora Conquista de América se logró con el genocidio y la aniquilación física y cultural del 50% al 90% de la población autóctona. ¿Seguiremos reiterando el esquema de vasallaje conquistador, o se podrá inventar otras lógicas de mestizaje cultural? El encuentro de mundos diferentes, ¿será siempre oprobioso y criminal, o se lograrán conjugar alteridades? La noción de pueblo elegido y superioridad racial ha atravesado el siglo XX. Desde el genocidio armenio, hasta la Shoah, y las guerras actualmente en curso.

El otro, tendrá siempre su faceta extraña, y por ende hostil y fobígena. El extranjero es una alteridad irreductible, indesignable, sin embargo, su presencia es necesaria para no permanecer en una mismidad estancada e inerte y autoreferida, que se pudre como ocurre hasta en las poblaciones bacterianas, como evocó Freud en el texto donde fundamenta la pulsión de muerte. El alter es imprescindible para cambiar intercambiando - lo sabemos desde las leyes exogámicas - y este es un camino más riesgoso pero más digno que el del genocidio.

El oprobio de la propia identidad y el resentimiento resultante, son sin duda, una de las raíces más poderosas que nutren al mundo terrorista.

*
* *

Desde la invención del Mito de la Horda y de la muerte del padre primordial como fundador del lazo social y la cultura, Freud sella un

compromiso de los vínculos de nuestro oficio con los problemas de la civilización. Aunque en la práctica clínica ordinaria esta articulación no sea fácilmente evidente y sólo emerja, lacerante, en las situaciones difíciles, de conmoción política, como la actual. Del silencio a la estridencia… el asunto estalla: *el espacio público sacude la intimidad de la sesión*. Como en la tragedia de Sófocles, espacio público y privado se interactúan y socavan, sus espantos se nutren recíprocamente, la distancia entre lo público y lo íntimo se acorta y su discriminación se hace más difícil. Por este camino el tema se hace un problema concreto de clínica psicoanalítica, ¿cómo abordarlo, cómo tratarlo?

El lazo social es mudo en situaciones ordinarias, pero lleva al pánico y la desorganización cuando "*el Templo está amenazado o se derrumba*", establece Freud en Psicología de las Masas, (que se publica al término de la 2º Guerra Mundial) y esta es una observación que ya no puede olvidar ningún clínico que practique el psicoanálisis.

La simple observación de la fobia al extraño, en los momentos fundadores de la constitución del Sujeto, desencadenando movimientos proyectivos, expulsando afuera aspectos indeseables y hostiles, nos permite anudar un parentesco elemental con la génesis de la xenofobia. En Tótem y Tabú, Freud cuenta en el mismo párrafo - yuxtaposición sugerente - que en las sociedades ~~primitivas existe la fobia a~~ los muertos, al enemigo y al gobernante. Más tarde Lacan sugiere que los individuos (¿o las comunidades?), sometidos largamente al oprobio de un ideal pedagógico en conflicto con su idiosincrasia identitaria, reaccionan con violencia criminal.

Los puntos de contacto entre experiencia analítica y violencia social, son fuertes a nivel teórico y metapsicológico, aún cuando seamos ignorantes o poco competentes en saber como se llevan a cabo las articulaciones de nuestra teoría con la fenomenología del

espacio político y el trabajo en la sesión[50].

Hoy día, sumergidos en un mundo mediático, somos conspicuos consumidores televidentes -(pasivos y directos)- de todos los horrores del mundo, transformados en espectáculo, de catástrofes naturales o de causa humana, promoviendo un flujo de excitaciones imposibles de metabolizar. Fenómeno tal vez inédito en el recato del mundo de antaño. ¿Cuántos cientos de veces hemos asistido al derrumbe de las Torres Gemelas de Manhattan, preguntándonos por los límites entre realidad y alucinación o ciencia-ficción? ¿Cómo afecta este impacto a nuestros valores y creencias y mas radicalmente a nuestras categorías de pensamiento? De este bombardeo y la manipulación mediática en el modo de organizar los hechos, magnificando algunos y suprimiendo o minimizando otros de la misma naturaleza, como expone N. Chomsky con evidencias y ejemplos. ¿Qué puede decir la comunidad analítica sobre los efectos psicológicos de la manipulación mediática?

2.

Si no queremos resignarnos a *la ajenidad y prescindencia* de los sucesos del mundo, un camino posible y muy utilizado, es tomar algunos ingredientes de la obra freudiana como corpus de saber

[50] El maestro decía en 1935, en la cumbre de su producción, a 4 años de su exilio y muerte en Londres, y el inicio de la segunda guerra mundial, en su texto sobre *Mi Vida y el Psicoanálisis*: "Después de un desvío, que duró casi una vida, por las ciencias de la naturaleza, la medicina y la psicoterapia, mi interés ha vuelto a los problemas de la cultura, que fascinaron antes al joven hombre en el despertar de su pensamiento. Ya inmerso en el trabajo psicoanalítico, y en su culminación, en 1912, llevé a cabo en *Tótem y Tabú*, el intento de utilizar las nuevas adquisiciones del Psicoanálisis a la investigación de los orígenes de la religión y la moralidad. En dos ensayos ulteriores, *El Porvenir de una ilusión* en 1927 y *Malestar en la Cultura* en 1930, prosiguen esta dirección de trabajo. **No he cesado de reconocer, con una claridad creciente que las acciones recíprocas entre la naturaleza humana y el desarrollo de la civilización y su contragolpe, como retorno a experiencias arcaicas de las que la religión es el principal representante, no son más que el reflejo de los conflictos dinámicos entre el Yo, el Ello y el Superyo, que el psicoanálisis estudia en el individuo, y repiten los mismo procesos en una escena más amplia**." S. Freud (El subrayado es mío)

constituido, y aplicar acuerdos conceptuales a una nueva entidad: el terrorista. Cocinamos con ellos una marmita de pulsiones e identificaciones deformadas, para configurar una mente patológica. Este proceder conduce a un resultado esperable: la figura del monstruo. Esta perspectiva de psicoanálisis aplicado nos parece poco fecunda. Cualquiera sea la ampulosidad nominalista, los hallazgos tienen poco efecto comprensivo y transformador del objeto que nombran, apenas un abuso retórico del descubrimiento freudiano. El fenómeno terrorista tendrá algo que ver con los fenómenos intrapsíquicos y la mente individual, pero esto es accesorio. *Lo esencial es asomarnos a estudiar la psicología de las multitudes (masas) y las interacciones grupales de sugestión e hipnosis*.

En lo personal - y como muchos - me coloco *en otra perspectiva*, más preocupada por como plantear las preguntas y enigmas que en la perentoriedad de las respuestas. Perspectiva en la que también se pueden rastrear y reconocer raíces freudianas: los textos monumentales que Laplanche agrupa en la designación de *eje socioantropológico de la reflexión freudiana*, desde Tótem y Tabú y Psicología de las Masas, hasta el Moisés, pasando por Malestar en la Cultura y Porvenir de una Ilusión.

Podemos tomar como ejemplo la instancia del Superyo, interiorización de prohibiciones culturales, mediada por las figuras parentales. Pero sobre todo me interesa reflexionar a partir de una cita de Psicología de las Masas, donde Freud establece que "*la parcela de singularidad y originalidad de un alma individual, se recorta en la apoyatura de las múltiples almas colectivas que conforman al individuo (lengua, etnia, raza, nacionalidad, religión, paisaje)*" Esto en Viena publicado en 1919, es decir escrito en 1918 en las postrimerías de la 1º Guerra Mundial. La referencia sugiere una relación de inclusión o subordinación de lo singular a lo colectivo, en la que de ordinario no pensamos demasiado durante el proceso analítico. Tal vez en

condiciones socioculturales estables, este vector puede considerarse como invariante y no afectar el proceso analítico. Funciona como metaencuadre. (Bleger) Pero en tiempo de crisis social este cimiento se ve sacudido y aparece con estridencia en el flujo discursivo de la sesión y es erróneo retraducirlo a las coordenadas ordinarias del conflicto interno. En ese texto Freud pensaba en la aporía individuo-masa, aunque no le diera la vida para explorar todas las vetas que en su mente iban surgiendo. Es cierto que este avance quedó en stand-by y las urgencias de la práctica clínica lo llevaron por otros caminos. Luego llegó el ascenso del nazismo, la persecución antisemita y la Segunda Guerra Mundial, que condujo a la Shoah y la disyuntiva de morir en los hornos o la diáspora para sobrevivir. Presumo que no eran tiempos propicios para proseguir esta línea de reflexión, poco estimulantes para que un judío trabajara el tema del terrorismo de estado, de su propia nación, durante el asenso del nazismo.

*
* *

Paralelamente y ya no en el plano político, sino epistémico, (o de la historia de las ideas) recuérdese que los paradigmas de la modernidad exigían rigor y precisiones en la definición del perímetro del método y del objeto de estudio. El psicoanálisis tiene para ello la situación analítica como campo de observación y la causalidad inconsciente como elemento axial de comprensión. Articular estos vectores con la complejidad de los fenómenos sociales y políticos, desborda la pericia de nuestras preocupaciones habituales y su simplificación (como la deriva freudomarxista de Reich) condujeron al naufragio.

Las fronteras entre psicopatología y cultura son complejas (y no tengo ni el tiempo ni la competencia panra un análisis exhaustivo), pero sí quiero situarme en el hecho de que los enigmas e ignorancias son abundantes y son el campo a explorar. Trabajar la realidad

psínquica y las construcciones fantasmáticas, buscar sus significantes claves, han sido y siguen siendo la preocupación central de nuestro quehacer cotidiano como psicoanalistas. Los avances no han sido pocos y nadie quiere dilapidar esta herencia. Los ideales, las creencias, las formaciones de la cultura y las instituciones sociopolíticas han tenido una relación más tangencial con el espacio de la sesión, con su definición como síntoma. ¿Se pueden analizar los ideales, las creencias y la ideología? Pensamos que este es un vector y una dirección de trabajo.

Como suele ocurrir - y no sólo en psicoanálisis - cuando ciertos núcleos de problematicidad están transitados - por no decir aclarados - la misma reflexión propone en sus bordes nuevas zonas de opacidad a explorar (por algo el titulo de este Congreso es Fronteras). Pero cuando uno se sale de surcos trillados siempre está el riesgo del anatema de los colegas: esto no es psicoanálisis (… y vuelta al discurso ecuménico).

El riesgo de perder especificidad en la aventura transdisciplinaria es atendible. Pero Freud hurgó en la antropología de su época para escribir Tótem y Tabú y dialogó con Le Bon para pensar Psicología de las Masas. El tema del terrorismo no puede ser tratado aisladamente por nuestro aparato conceptual. Caeríamos en una lógica reductiva de psicoanálisis aplicado. Mas bien el terrorismo ilustra nuestras ignorancias del campo teórico que Freud abrió en Psicología de las Masas, la "articulación entre el habitar social del pensamiento y los fundamentos personales de la significación" (Geertz[51]); entre la socialidad del habla y el significado, y la localización mental de la cultura. Si queremos trabajar significados tan aberrantes como el de Terrorismo, tenemos que ahondar la comprensión de la dinámica entre mente individual y colectiva, del funcionamiento mental en la soledad y en la muchedumbre.

Para pensar el tema del Terrorismo y de la crueldad en la sociedad actual debemos asomarnos a autores de otros campos. La lectura de

[51] Geertz, Clifford. *Cultura, mente, cerebro* en "Reflexiones antropológica sobre temas filosóficos". Ed. Paidos. Publicado en Relaciones, Nº 227, abril 2003, Montevideo.

Hannah Arendt, Serge Moscovici, Tzvetan Todorow y Manuel Castells, han enriquecido mi comprensión en la escucha analítica[52]. Celebro pues, que se constituya este grupo internacional de trabajo y de debate. Diálogo inter-regional quizás más que para lograr concordancias, para buscar nutrirnos y enriquecernos de las diferencias de experiencia, también marcadas por el tiempo histórico y el lugar donde nos toca vivir.

En una época como la actual donde la exigencia de determinismos lineales ha sido superada y los paradigmas de la complejidad admiten agentes o factores heterogéneos en la producción de los fenómenos, la relación entre disciplinas puede reformularse. No es necesario renunciar a la especificidad porque cada disciplina preserva su método, su fuente de datos y de experiencias. Es a nivel del objeto donde se produce una convergencia y un posible diálogo entre las teorías y modelos de diferentes campos de experiencia.

Desde que se renuncia a la ilusión objetivante, (a la búsqueda del *adaequatio rei et intellectus*) y nos resignamos a lecturas de comprensión parcial y fragmentaria, el diálogo de enfoques es pensable y puede ser fecundo. No para un saber acumulativo y por yuxtaposición, (creo que esa es una deriva posible e indeseable de la interdisciplina), sino para localizar una pregunta precisa, en cuya circunscripción disciplinas vecinas y afines, puedan aportar conocimientos que conjugándose aumenten la comprensión.

Para estudiar temas como Terrorismo este enfoque simultáneamente multiaxial me parece imprescindible para no sucumbir a explicaciones reductivas.

No creemos en explicaciones totalizadoras como a las que Freud acude en Warum Krieg: una "naturaleza humana" donde la existencia de la guerra es el resultado o corolario de cierta consistencia esencialista (anhistórica) de un dispositivo pulsional. Más bien nos alineamos con la postura de Hanna Arendt o T. Todorow

[52] Los testimonios del Campo de Concentración, el producto más refinado del totalitarismo en el siglo XX, R. Antelme, Primo Levi, J. Semprum, David Rousset, Imre Kertesz, son también imprescindibles.

de que es necesario un estudio de casos y caso por caso, en donde analogías y diferencias, irán marcando las pautas de comprensión.

Es cierto que articular la causalidad fantasmática al aporte histórico y sociológico de las formaciones sociales, es una magna tarea, tal vez imposible. Explicaciones fáciles de lo "psico-social", desconocen una heterogeneidad problemática que me parece imprescindible preservar. El ciudadano socialmente implicado y el Sujeto del inconsciente, no son categorías antinómicas y el mestizaje de esta frontera es un requerimiento de la investigación actual. ¿Dónde y cómo?

*
* *

Desde el reconocimiento del valor del lenguaje en la producción de la condición humana, la primacía de la biología ha cedido su lugar protagónico en las explicaciones causales y hoy podemos pensar la "naturaleza humana", sin una primacía lógica de la biología sobre la cultura. Nuestra mente está en el mundo, no en nuestro cerebro, no podemos tratarla como realidades soberanas y discontinuas, como dominios clausurados. No podemos pues, entender a la crueldad (esto incluye al terrorismo) como un rasgo de la naturaleza humana a tratar al mismo título que la estación bípeda o la oposición del pulgar. No hay etología de la crueldad sin una comprensión concomitante del espacio histórico, político, cultural, que la produjo.

En los albores de la 2º guerra mundial, dos renombrados científicos intercambian correspondencia pública. Warum Krieg, pregunta Einstein a Freud. La respuesta siempre me sorprendió. Es poco freudiana, tajante fatalista, esencialista. Apoyándose en sus tesis del dualismo pulsional, afirma que la guerra es intrínseca a la naturaleza humana y crecerá en la medida que la insatisfacción incremente el malestar en la civilización. ¿Debemos suscribir ese

fatalismo que la historia confirma empecinadamente, o identificarnos con otro rasgo del genio freudiano, explorador de tierras incógnitas y buscar entender, siempre a ciegas y a tientas, eso reconocible e insoportable con que el terrorismo nos abofetea cada día? ¿Habrá una categoría única: el terrorismo? o ¿procesos históricos singulares a estudiar en su especificidad y cotejar en sus analogías y diferencias?

*
* *

4.
TERRORISMO Y DISCURSO.
Entre el todo de la Unidad y el de la diversidad.
El temor al diferente.

Desde niños hasta viejos nos preguntamos quienes somos, en primera persona del singular y del plural. Esta curiosidad autoteorizante nos acompaña desde nacer hasta morir, quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos, la avidez de completud de estas preguntas, su carácter perentorio e insaciable no cesa de hacernos padecer, y sólo el fracaso reiterado a lo largo de la historia personal y de la humanidad nos enseña que estas preguntas son tan imprescindibles como vanas o provisorias sus respuestas. La ilusión de una unidad imaginaria solo se logra de modo fugitivo en el ideal del enamoramiento o el orgasmo, o de modo tramposo en la pseudo estabilidad de un ideal religioso o nacionalista que exalta la unidad sin fallas ni opacidades. Pero ese éxtasis, embelesamiento disfrazado de logro, solo lleva a una parálisis mortífera.

Los freudianos tenemos poco para ofrecer como alternativa a ese Todo de la Unidad sin fallas. Sin ser los únicos, los psicoanalistas tenemos apenas una propuesta: reconocer la diversidad y sus

padecimientos. Trabajo que comporta un largo camino de frustraciones y renuncias frente al brillo fetichista del ideal unívoco.

El desasosiego identitario está siempre presente en la condición humana, en el esfuerzo interminable por aprehender el enigma de los orígenes que tiene siempre una estabilidad precaria, un fondo de inquietud. Como el clima, oscila entre movimientos manejables y tempestades. La deuda simbólica por el linaje, que anuda la transmisión entre generaciones, con el patronímico, la lengua y la cultura, es un núcleo decisivo de ese debate interior.

La construcción identitaria, -desde la aurora de los tiempos-, forma cuerpo con la condición humana, tanto como el genoma, la estación bípeda o la oposición del pulgar. No es algo aleatorio sino constitutivo de la humanización. Buscamos algo estable y consistente que nos permita definir el quienes somos. La condición autoteorizante de la mente humana conduce a un trabajo psíquico que produce tanto los integrismos y la xenofobia, como a la poesía y la creación.

*
* *

Como dijimos, es clásica la referencia freudiana sobre los albores de la vida psíquica, del funcionamiento del yo más primitivo: lo bueno lo incorporo, lo introyecto, la asimilo, lo malo lo proyecto, lo escupo y lo alejo. Matriz fundadora de la experiencia psíquica que tiene suficiente arraigo en la literatura psicoanalítica como para no reiterarla[53].

Metáfora o alegoría de un comienzo del Sujeto psíquico que al parecer deja sus marcas a perpetuidad. El disfrute infantil del héroe pura dulzura, belleza y simpatía, - y el villano solo crueldad, maldad y fealdad -, responde a un esquema binario que nos atrapa cada vez, en cada adhesión moral y en cada emoción estética. Siempre nos asedia, en la vida y en los vínculos, resolver el conflicto por esta vía de la simplificación maniquea, y evitar el arduo trabajo de superar

[53] Freud, Sigmund. Pulsiones y sus destinos.

la fobia al extraño y reconocer y legitimar la alteridad. Cada analista sabe lo laborioso de esta perlaboración (*working through*) en los vínculos íntimos; ante las dificultades de este trabajo podemos expulsar (*splitt-off*) a otro lugar - al espacio sociopolítico- los contenidos clivados.

Porque en la construcción del mundo, -el que habitamos en la realidad social y en la mental-, es diferente el trabajo psíquico con lo que nos es afín, amable, con lo que podemos mantener una relación de proximidad por semejanza, que la peripecia psíquica que provoca la asimilación de lo extraño y lo distinto. Es diferente el amor fusional del que reconoce la alteridad.

Doy también como conocido y compartido el texto freudiano sobre Das Un heimlich (lo inquietante familiar = Heim Unheim), y su fino trabajo semiótico de la conexión entre lo familiar y lo siniestro. Freud rompe la lógica aristotélica de antónimos que se excluyen y propone como alternativa un vínculo más sutil y complejo. Los polos de atracción y de horror, que sabemos cruciales en la experiencia de los vínculos íntimos, se anudan en el amor y lo siniestro.

Lo que me asombra es la coincidencia de estos postulados freudianos con afirmaciones de otras disciplinas como la definición de Etnocentrismo que trabaja la antropología y los procesos de construcción identitaria que surgen en politología. Por ejemplo Cornelius Castoriadis[54]:

> *El racismo participa de algo mucho más universal que lo que se admite habitualmente. Es un retoño, particularmente agudo y exacerbado, una especificación monstruosa de un rasgo que se constata empíricamente como casi universal en las sociedades humanas. Se trata de la incapacidad de constituirse como sí-mismo sin excluir al otro, y de la incapacidad de excluir al otro sin desvalorizarlo y finalmente odiarlo.*

[54] Castoriadis, Cornelius. En: *¿Semejante o Enemigo?* Col. Impertinencias/Pertinencias. Ediciones Trilce, Montevideo, 1998. Compilado por Marcelo Viñar, tomado de "La ciudad Griega" de Castoriadis.

Manuel Castells en "El poder de la Identidad"[55], pone de manifiesto, el renacimiento y auge de los fundamentalismos e integrismos en las últimas décadas del siglo XX, en concomitancia con los procesos de globalización[56].

Este modo de llegar a coincidencias conceptuales por caminos tan diversos de experiencia no ha dejado de asombrarme y de llamarme a la reflexión[57].

*
* *

Las definiciones que vienen de la experiencia íntima y singular, tanto como de la experiencia colectiva, gregaria, se centran en la concomitancia de construir lo propio y lo extraño en términos de contraste, y los términos oposicionales se necesitan mutuamente como los fonemas de la lengua: Construir la identidad de lo propio, recortándose de lo distinto.

Que la exaltación de lo propio promueva la afirmación, el júbilo y la poesía, no es algo que nos sorprenda, al menos no hace daño, en lo ostensible y lo inmediato. Es lo que de ordinario se resume en el patriotismo y símbolos nacionales, (himno, bandera, escudo, etc.) Es a la vicisitud de lo distinto, a su elaboración y destino psíquico que debemos prestar más atención.

La construcción identitaria colectiva, como suele aparecer en la historiografía oficial, se construye mediante la afirmación exaltada de la etnia, de la patria o de la religión, basamento para pronunciar un yo y un nosotros exaltado, monolítico, donde el adversario es distinto y desvalorizado.

---

[55] Castells, Manuel. Forma parte de la trilogía *La era de la información. (Economía, sociedad y Cultura)*. Vol II. El poder de la identidad. Alianza Editorial, Madrid, 2001, 5º ed.

[56] Castells, Manuel. Op. Cit.

[57] Es algo mas que una transferencia de discursos (no es lo mismo transferir en física que en psicoanálisis) Queremos quedar a resguardo de usar conceptos importados, de extrapolar conocimientos o conclusiones de campos diferentes en pseudo síntesis que aglutinan cosas heterogéneas. Nuestro empeño es al contrario, preservar la especificidad de los datos de experiencia y por sumatoria de perspectivas procurar esclarecer un fenómeno multidertimanado, complejo y opaco como es el Terrorismo.

"Cuando vi la estrella de David sobre tanques de guerra, y no sobre mi pecho de púber en la Hungría de pre-guerra, no pude evitar un sentimiento de regocijo", declara provocadoramente Imre Kertesz, (Premio Nobel de Literatura 2002, en su primer viaje a Jerusalén) ¿Celebración o advertencia de una aporía que transforma al vecino en enemigo y encierra a perpetuidad una lógica de guerra y destrucción del diferente?

*
* *

Desde estas definiciones -la freudiana y las sociológicas- se pueden imaginar las peripecias de la construcción identitaria, la dialéctica de cómo se configura lo propio (*Philos*) y lo distinto (*Xenos*).

Un intervalo oposicional entre el júbilo armonioso, el regocijo de creer que se sabe quien uno es y la zozobra de no saberlo: la inestabilidad constitutiva de la opacidad de los orígenes. Los fantasmas originarios son formas pregnantes de la estructura, donde las preguntas sin respuesta sobre los orígenes: quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, generan en su inquietud diversas formas de teorías sexuales infantiles y las infinitas novelas familiares del neurótico, donde el dato genealógico y el filiatorio son decisivos.

La respuesta, en su ilusión fetichista de completud, obtura la opacidad de las preguntas sin respuesta, el desasosiego que habita cualquier interrogación identitaria.

El fundamentalista sólo transita las respuestas y logra certezas en una ilusión de completud, cuyo punto de llegada es dios, como el alfa y el omega, o el ideal como forma de creencia fanática. El xenófobo es un taxonomista, y por ello, el dato biológico que "identifica" la etnia colma y calma la nitidez de la diferencia[58].

[58] Gómez Mango. *Semejante y Enemigo*, Ed. Trilce, Habla de la identidad abierta del pensar republicano e identidad cerrada del xenófobo y Simón Brainsky de narcisismo inclusivo (que admite al Yo y al Tú) y narcisismo excluyente donde la relación es Yo - Eso.

Desde una perspectiva lacaniana, Alain Didier-Weill[59] propone que la indagación, la exploración interior sobre el origen, llega a un punto no especularizable, es decir de opacidad enigmática. En un punto de deleite, de armonía imaginaria entre el yo y el mundo, júbilo del espejo y de la unidad imaginaria, se consigue una relación idílica con el semejante. Pero algo se desacomoda y descarrila, y allí nace el Xenos, lo diferente, como punto fronterizo entre lo conocido o conocible y lo extraño, extranjero, inquietante, lo desconocido sin nombre.

La búsqueda insaciable y perentoria de la estabilidad identitaria, a cada vuelta es puesta en jaque porque el orden buscado fracasa y trastabilla.

Disociar y apartar (splitt-off) los aspectos indeseables del ser, ha sido descrito por la escuela inglesa, como un recurso primitivo de defensa primaria indispensable para proteger y preservar -(en las patologías graves)- el equilibrio del yo, ante conflictos e incertidumbres que no pueden ser contenidos en el área mental (intrapsíquica) y son proyectados o eyectados en el otro (o en el cuerpo). El extranjero parece ser para esto un blanco privilegiado.

Pero ¿cómo ocurre que en un momento dado, en cierta coyuntura histórico-política, el mismo fenómeno puesto en consonancia, por sugestión e hipnosis, adquiere masa crítica para aglutinar preponderancia política y conseguir el consenso para la agresión?

Claro que estos mecanismos que suponemos universales en la mente individual, sólo explican el racismo ordinario que en grado variable todos llevamos mas o menos escondido en nuestro interior, y que en el mejor de los casos mantenemos a raya como conflicto interno, sin pasar al acto de repudio, de burla, agresión o asesinato.

¿Cuáles serán los operadores psíquicos y sociales que rompen los diques del racismo ordinario, que sacan de la latencia y la intimidad estos universales impulsos primitivos y crueles? Esto ocurre con insistencia en la historia: el racismo ordinario se hace movimiento

[59] Didier-Weill, Alain (Coloquio L'etranger) Federación Acontecimientos Psicoanalíticos, París, 1987.

ideológico y justificación discursiva del crimen. Cuando el agente es poderoso toma la forma de exterminio, como el terrorismo de Estado; *cuando los agentes son militarmente más débiles y se ocultan en la clandestinidad* toma la forma de bandas terroristas. Sólo el diálogo entre disciplinas logrará traer alguna luz a fenómenos tan complejos, multideterminados y de difícil comprensión.

Manuel Castells[60] releva el rebrote de movimientos fundamentalistas en las últimas décadas, en concomitancia con el auge de la globalización en la economía y la información, y en cómo el ímpetu de la expansión económica aplasta buena parte de los particularismos identitarios, nutrientes esenciales de la existencia psíquica como lo son para el cuerpo el alimento, el aire y la luz.

¿Cómo la endemia del racismo ordinario, se desborda en epidemia para destruir al diferente? Los distintos factores que erosionan y desestabilizan el vínculo social, pueden ser el desenlace que promueva que el racismo ordinario se torne en movimiento ideológico organizado y base discursiva del terrorismo, clandestino o de estado.

Desde el psicoanálisis no tenemos instrumentos procedurales para investigar las causas histórico-sociales que son sin duda esenciales en el determinismo de estos fenómenos. Estudiarlos desde el psicoanálisis siempre conlleva el riesgo de la psicologización, pero en el revés de la trama, desconocer los factores subjetivos en el comportamiento grupal y colectivo, sería una grosera omisión y un desconocimiento de evidencias elementales.

La santísima trinidad del sujeto freudiano (padre, madre y código), es suficiente y se ha mostrado legítima y fecunda, **cuando la institución familiar y el discurso social son suficientemente buenos y garantes de la estructuración psíquica**. Con la desvastación de la guerra, del genocidio, del caos social, **el modelo freudiano es estrecho** y requiere incluir además del referente familiar, configuraciones más amplias de la cultura y el lenguaje.

[60] Castells, Manuel. Ob. cit.

Este es un campo de investigación que está pendiente, que nos interpela y desafía.

Hasta hace poco tiempo, cada disciplina ordenaba con rigor los límites de su método y de su objeto. Separar para comprender, era el lema o leit motif de los paradigmas científicos de la modernidad. En el pensamiento débil vigente hoy, más que al rigor demostrable o verificable, el conocimiento apunta a metas fragmentarias y probabilísticas, que puedan ordenar secuencias lógicas y comprensibles que orienten nuestro accionar. Por ejemplo hemos llegado a la convicción de que el advenimiento del sujeto psíquico requiere un marco jurídico y moral y muchas veces vemos tratar **como neurosis traumáticas lo que en verdad es desorganización del lazo social**. Querer resolver intrapsíquicamente lo que pertenece al conjunto transubjetivo es un error reduccionista. **La hipótesis que estamos trabajando**[61]**, es que sólo transitando una inscripción en la genealogía, y con ella un linaje cultural y lingüístico, se logran las condiciones mínimas para la constitución de un sujeto humano, sujeto psicológico, pero también sujeto jurídico y moral**.

La contribución de H. Arendt con "Eichmann en Jerusalén o la banalidad del mal", argumentando que el mal extremo es cometido por hombres ordinarios y refutando la hipótesis demoníaca de la personalidad perversa, configura un cambio axiológico decisivo en la acción política y en la investigación.

Desde Kant con el mal radical (das radikal Bosse) o Shakespeare (Ricardo III) dice Arendt, la búsqueda se orientó hacia las profundidades del ser en su dimensión diabólica o demoníaca interrogando las determinaciones en el espesor de la "motivación". En esta perspectiva personológica y moralizante, se embarcaron la psicología y la psiquiatría modernas y el psicoanálisis, buscando en los laberintos del alma humana el perfil de la personalidad perversa

[61] Con Maren Ulriksen, María Lucila Pelento, Gilberte García Reinoso y muchos otros que no alcanzo a nombrar aquí.

cuya maldad esencial lo hacía agente del acto monstruoso ("la peligrosidad" del antisocial).

Dice Arendt en "Los orígenes del totalitarismo":

> *La verdad, tan simple como aterrorizante, es que las personas que, en condiciones normales, hubieran podido quizás soñar crímenes sin jamás nutrir la intención de cometerlos, adoptaron en condiciones de tolerancia completa de la ley y la sociedad, un comportamiento escandalosamente criminal*[62].

La pretensión de buscar **causalidades explicativas** -dominante en ciencias humanas- es relegada. Ya no se trata de buscar la raíz en intenciones malignas, sino en la semiótica del espacio político, de cuya textura somos participantes y corresponsables.

El cambio axiológico entre la tesis demoníaca y la banalidad del mal como producto del hombre ordinario, arrasa la barrera oposicional entre sanos y perversos y busca la comprensión en el espacio relacional, construido colectivamente, como el núcleo de lo político. La renuncia a una explicación en la motivación maligna de los individuos y su centramiento en la responsabilidad de la co-pertenencia, implica que no tenemos alteridad radical con el mal de cada tiempo y lugar: somos corresponsables.

Como freudiano pienso que los aportes de Arendt sobre la banalidad del mal contribuyen a superar la aporía entre el sujeto de la intimidad y el sujeto político. La investigación, otrora divergente, busca ahora las articulaciones y convergencias argumentando nuevas figuras del sujeto en la modernidad. Arendt muestra como el totalitarismo y otras formas de exclusión de la especie humana destruyen no sólo la esfera pública (jurídico política) sino que penetran también el psiquismo (capacidad de pensamiento y simbolización).

El sujeto, construyéndose en la mediación de los primeros vínculos

[62] Revault d'Allonnes, Myriam: Trabajo presentado en el coloquio de Ginebra. Mayo, 1997. Pág. 7.

al Otro, el sujeto humano no sólo socializa su erotismo y su moralidad (como fue el énfasis de los primeros y básicos hallazgos freudianos) sino que se construye además por la trasmisión interiorizada de su historia y su cultura.

Desde este hallazgo la dicotomía entre lo social, (concebido como exterior) y lo sexual, (paradigma de lo íntimo), se piensan hoy como una polaridad que tensa y ordena la existencia humana. El sujeto se modela en su relación a sí mismo (neurosis) y a los otros (lazo social, espacio político) en una simultaneidad que guía y determina la construcción, aprehensión e inteligibilidad del mundo propio.

*
* *

5. Epílogo.

Este trabajo no pretende aportar respuestas, sino señalar algunas direcciones de búsqueda. En esta etapa del problema urge más el como plantearlo y definir su formato, que aplicar una jerga freudiana para explicarlo.

Entiendo que para progresar en la comprensión de temas de Sociedad -y el terrorismo es, sin duda, uno de las más relevantes en el mundo actual- la escucha en el consultorio analítico es imprescindible pero no suficiente.

- En la consulta -y fuera de ella- me parece esencial diversificar los encuentros con grupos sociales heterogéneos a nuestra propia pertenencia, afinidades y lealtades. La inercia de nuestro oficio, nos empuja tendencialmente en sentido contrario, en nuestros encuentros y lecturas y la toxicomanía del encierro profesional es un peligro constatable y a temer.
- Me parece también imprescindible dejar a veces en suspenso los códigos de interpretación en clave freudiana, y dejarse atrapar por

el texto manifiesto de un analizado que tiembla por los horrores de un mundo violento.

• El ejercicio del cosmopolitismo y la diversidad cultural, debe comenzar por impregnar la vida cotidiana, estar disponible para ser interpelados y hasta irritados por diferencias sociales y culturales, ensancha nuestra visión del mundo. Desde su fundador, el pensamiento analítico ha sido y debe seguir siendo interpelado por el extranjero y la experiencia de exilio. De todos modos, el inconsciente es lo ajeno y exiliado al interior de nosotros mismos.

• Tal vez podamos también volver a la experiencia grupal, donde el ejercicio de la sugestión y la influencia tienen una ocurrencia espontánea, a veces trivial, pero no pocas violenta. Y trabajar esta experiencia de extrañamiento en un trabajo de autoanaálisis, personal o con colegas. En definitiva este mismo Panel es un ejercicio del modelo de experiencia que sugiero, pero propongo hacerlo de modo asiduo y rutinario, no en la circunstancia extraordinaria de un congreso internacional.

• La injusticia y la vejación, el saqueo y la humillación son los rencores que alimentan el devarío terrorista. Marcos Aguinis, recuerda que Unamuno, coloca al rencor como una pasión más grave que la envidia y la soberbia; un sadismo nutrido por el ansia de vengar la afrenta que se padeció, el desquite de la ofensa. Círculo mortífero que dura generaciones. Es al poderoso que le toca la responsabilidad ética de cortar este círculo mortífero. Si no logramos otra lógica de convivencia en la distribución del disfrute de los bienes de la tierra y tolerancia y legitimación del distinto y extranjero tendremos guerra y terrorismo, cualquiera sean los empeños por yugularlos o abolirlos.

*
* *

Hace pocos años participé en España en un encuentro universitario. La hospitalidad era latina, exuberante, expansiva y jocosa. Un cordial colega me ofreció el paseo a una prestigiosa ciudad histórica. En el camino mi ocasional anfitrión del viaje, me informó su adhesión a la monarquía de una manera que percibí altanera y provocadora. Yo sentí brotar en mí el impulso de defender mis valores e ideales republicanos. La controversia - dada la situación - hubiera sido violenta y esteril. Me di cuenta de que jamás en mi vida había oído a un monárquico en la intimidad provisoria que brinda el encierro puntual en un habitáculo automovilístico. Busqué, entonces la complicidad confiante , el uso - tal vez canalla - de mis *skills* (aptitudes) de psicoanalista. A las dos horas de viaje, estaba informado de la concepción personal del mundo incompatible con la mía, que se forjaba ese monárquico. De cómo mis nociones fundantes de igualdad y fraternidad surgidas de los principios republicanos, estaban en sus códigos, dispuestos de una manera diferente. Que la bipartición de la humanidad en plebe y nobleza eran en su mente organizadoras de su pensamiento y argumentación. Yo luchaba interiormente para trocar mi asco y rechazo en curiosidad que lo estimulara en su discurso panfletario cada vez más épico y soberbio.

La anécdota es en sí intrascendente, pero tal vez vale en su nimiedad - como el *lapsus* - como revelador de otro registro de funcionamiento heterogéneo a la comunidad interpretativa en la que había funcionado en mi mente toda mi vida. En su detalle revela un mecanismo simple y elemental, de cuando el buen vecino se troca en adversario o enemigo.

Había dos categorías de seres humanos y esto era organizador de sus valoraciones y discernimiento, unos eran, por nacimiento mejores y admirables, otros inferiores y descartables. Funcionamos en la creencia o la certeza de que en occidente esa organización

mental ha sido subvertida y superada hace dos siglos por la Revolución Francesa y Americana. Es, sin duda, la mentalidad oficial y manifiesta, lo que no impide que freudianamente concibamos otros registros latentes contradictorios u opuestos con el contenido manifiesto.

Es la observación magistral que constata Arendt en Eichmann en Jerusalén, el monstruo nazi es un sujeto ordinario, burócrata e imbécil como podemos serlo cualquiera de nosotros, buen padre, esposo o camarada. Así describe Robert Merle[63] a Rudolf Hoess, responsable de los campos de exterminación.

El mal radical, dice Arendt, no está en el espesor motivacional de la mente humana, como el Ricardo III que inmortalizó Shakespeare. Lo que nos interroga es cómo se produce el encuentro entre ese tipo de líderes y las masas capaces de fascinarse con su mensaje compacto y monolítico, capaz de dividir al mundo en un esquema binario de lo puro y lo impío. Lo que nos falta es recorrer con más fineza y detalle, el cuándo, cómo y por qué ese ogro latente se hace dominante en la conciencia y el comportamiento individual y colectivo.

Antes de mi encuentro con el monárquico, había escuchado en Dachau, conmemorando medio siglo del cierre de los Campos de Concentración, a un sobreviviente de Auschwitz, Herman Langbein, que en su vejez enseñaba en escuelas de Austria, un mensaje que quedó guardado en mi memoria, por su sagacidad y fineza psicológica: "La adhesión al nazismo comienza desde la infancia en dos condiciones, cuando un niño concibe a su semejante como alguien de menor valor, y cuando no logra adquirir la capacidad de decir no"

*
* *

43rd. IPAC. Mesa sobre: Trauma, Terrorism, Man's Inhumanity to Man.
Addenda a la edición 2018 de Fracturas de Memoria

[63] Merle, Robert. *La mort est mon métier*, Ed. Gallimard, París, 1976.

Bibliografía

•Antelme, Robert. *La Especie Humana*. Ed. Trilce, Montevideo, 1996.
•Altounian, Janine. *La survivance. Traduire le trauma collectif.* Ed. Dunod, París, 2000.
•Arendt, Hanna. *Eichmann à Jérusalem*. Ed. Gallimard, París, 1996
•Benjamín, Walter. *Œuvre*. Tomo II. Ed. Gallimard, París, 2000.
•Castells, Manuel. *La era de la Información. Vol.2: EL Poder de la Identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 1997.
•Didier-Weill, Alain (Coloquio L'etranger) Federación Acontecimientos Psicoanalíticos, París, 1987.
•Revault D'Allones, Myriam. *Ce que l'homme fait à l'homme. Essai sur le mal politique.* Editions du SEUIL, setiembre, 1995.
•Revault D'Allones, Myriam: Trabajo presentado en el coloquio de Ginebra. Mayo, 1997. Pág. 7.
•Freud, Sigmund. *Pulsiones y sus destinos.*
•Geertz, Clifford: *Cultura, mente, cerebro. En: Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos.* Ed. Paidos. (Publicado en Relaciones, Nº 227, Montevideo, abril 2003.)
•Gómez Mango, Edmundo. *La identidad abierta. En: Semejante y Enemigo,* Ed. Trilce , Montevideo, 1998. Pág. 41
•Kofman, Sarah. *Rue ordener – Rue labat*. Ed. Galilée, Paris, 1994.
•Levi, Primo. *Les naufragés et les rescapés. Quarante ans après Auschwitz*. Ed. Gallimard, París, 1989.
•Levi, Primo. *Si esto es un hombre*. Ed. Editor, Buenos Aires, 1988.
•Merle, Robert. *La mort est mon métier*, Ed. Gallimard, París, 1976.
•Lacan
•Arbex; de Assis Carvalho; Enriquez; Figueiredo; Goldenberg; Hassoun; Koltai; Rios Magalhaes; Menezes; Pál Pelbart; Rodrigué; Santos Souza; Ulloa; Viñar; Zygouris. *O Estrangeiro* Ed. Escuta, Sao Paulo, 1998.

•Coquio, Catherine et al. *Parler des camps, penser les génocides* Ed. Albin Michel, S.A. París, 1999.
•Steinberg, Paul. *Chroniques d'ailleurs*. Ed. Ramsay, París, 1996.
Memorias de un mundo oscuro. Ed. Montesinos, Barcelona, 1999.
•Viñar, Marcelo, Ulriksen de Viñar, Maren. *Exil et Torture*. Ëditions Denoël, París, 1989.
•Amati Sas; Braun; Galli; Kaës; Pelento; Puget; Ricón; Ulriksen-Viñar; Viñar. *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Ed. Lumen,Buenos Aires, 2006.

Terror político y exilio–des-exilio

(Sus marcas subjetivas, reflexiones de un Psicoanalista)

Marcelo Viñar,
Mborayú, 13 de abril de 2017.

Algunas de las múltiples formas de terror o de oprobio que los humanos infringen a otros humanos constituyen el prólogo o el capítulo preliminar del tema que hoy nos ocupa: el horror de la guerra, de la muerte anónima, de la tortura hasta la agonía -como la amenaza incipiente o llevada a cabo- promueve la huída y crea las figuras del paria, del apátrida, del refugiado o del sobreviviente.

Diariamente la información y la hipnosis mediática se solazan en inundarnos con las miserias y violencias del planeta y formatea nuestras mentes y conductas, mientras miramos impasibles, impotentes, presentes y ajenos. El "tele-saber" del telespectador no es evidente. Es un saber que embota o aturde más que ilustrar o enseñar.

Desde mi oficio de psicoanalista, he pensado y trabajado con los así llamados víctimas de la violencia política extrema, torturados o refugiados, en las peripecias de su derrumbe y reparación. También he militado contra la impostura de la medicalización del problema que trasuntan las designaciones de Neurosis Traumática, Post Traumatic Stress Disorder (PTSD) y Resiliencia, porque segregan a los afectados como enfermos contagiosos y constituyen o fomentan la falacia de un clivaje social entre indemnes y afectados.

*
* *

Hemos aprendido con Robert Antelme[64] en concordancia con otros autores de la literatura del universo concentracionario) que la experiencia de ser destituido o expulsado de la condición de ser humano provoca un derrumbe identitario catastrófico. Como hemos insistido en otros trabajos, la especificidad de la Tortura como "trauma psicológico" es que procede de la acción "racional" e intencional, planificada y organizada por otros humanos. La barbarie crea una sociedad humana que se organiza y funciona de manera binaria: los perpetradores y los subhombres. Esta polarización, que anula la diversidad, es propia del sistema totalitario.

Este esquema de convivencia que fue paradigmático en la Alemania Nazi, se reproduce con variantes múltiples de figurabilidad y argumentación en distintos contextos socio históricos. Se reproduce con argumentos delirantes o verosímiles de repudio étnico, religioso, político o económico, en coyunturas políticas diversas.

Allí brota la estampida del exilio (etimológicamente saltar afuera) y crea las categorías del apátrida, del refugiado, del sobreviviente. Son términos sinónimos que usamos para despojar a nuestros semejantes de su dignidad de humanos y crea el inframundo de los excluidos cuya figura extrema fue inmortalizada por Primo Levi[65] describiendo al musulmán en el campo de concentración nazi. Este es el escenario del tema que nos reúne.

*
* *

El neologismo Desexilio[66] designa o nombra al camino, habitualmente largo y laberíntico en que la víctima o sobreviviente, que ha interiorizado su condición de subhumano, intenta regresar a la convivencia societaria. El camino que debe recorrer para reconquistar su lugar de ser humano, reconstruyendo 1) su cuerpo,

[64] R. Antelme, *L´especie humaine*, Gallimard, Paris 1957; *La especie humana*, Trilce, Montevideo 1996
[65] Primo Levi. "Si, esto es un hombre"
[66] Des-exilio: Neologismo al parecer creado por el poeta uruguayo Mario Benedetti

2) su poder pensarse, 3) de ser alguien para alguien y reconfigurando sus lealtades y pertenencias, volver a sentirse un semejante.

*
* *

El ser humano que emerge del abismo, que inicia la peripecia de salir, no es el mismo que ingresó en él. Es otro, aunque los itinerarios a transitar sean diferentes, singulares y no estandarizables. Por eso me opongo a la noción de resiliencia, que sugiere o pretende un retorno al punto de partida, a la condición inicial luego de la reparación o cicatrización del daño.

La experiencia extrema deja marcas perennes. No solamente secuelas o minusvalías, sino también marcas creativas en la sensibilidad o en la producción sublimatoria. Tocar fondo en la fragilidad de nuestra condición de humanos puede descubrir zonas poyéticas del sí mismo que habitualmente permanecen somnolientas o letárgicas en los tiempos de opulencia y bienestar. Como si (por anticipado y en adelanto) se ganara un premio para lidiar o asumir nuestra transitoriedad y finitud.

*
* *

El largo y penoso camino de retorno desde la condición de víctima o desecho, a la condición de ser alguien, está condicionado por las cualidades de la persona o el grupo que la transita y por las características y actitudes de la comunidad que los acoge. Ni uno ni otro factor de la ecuación es homogéneo. Es pues un encuentro-desencuentro a dos variables. Por añadidura, las situaciones extremas, crispadas, no mitigan sino que aumentan la diversidad de reacciones, esto es decir que lo mejor y lo peor de cada quien estallan en esa coyuntura.

Es necesario estar atento no solo a las regularidades sino a las anomalías de las respuestas.

*
* *

Sin ánimo clasificatorio, solamente como boceto orientador (o mapeo aproximativo), lo que me ha tocado observar (comienzo por lo más negativo), es que a menudo la condición de víctima de un "trauma", se asocia o anuda con componentes masoquistas de la persona o grupo y se sedentarizan en esa posición, creando lo que llamo una memoria escatológica. Esta se petrifica y ancla a los sujetos en el lamento melancólico y en el reclamo incesante de una reparación integral imposible. Cuando esto ocurre, muchos aspectos de la ayuda humanitaria operan en la dirección antagónica de sus propósitos y fomenta un sujeto donde el mundo tiene una deuda perpetua e impagable con ellos y se ancla en la posición de cobrarla. Es una variante cancerosa de lo que Freud llama "beneficio secundario del síntoma".

El reverso de este posicionamiento subjetivo es la de aquel o aquellos que asimilan la experiencia abisal (de tocar fondo) y toma las oportunidades disponibles como tabla de salvación. La urgencia de lo cotidiano y perentorio, les provee la adrenalina que exprime (o expresa) lo mejor de su empuje y energía. Individuos sistémicos y pujantes como nuestros abuelos emigrantes de una Europa desvastada a "hacerse la América".

Una tercera perspectiva es la de utilizar al huracán de la historia que han tenido que recorrer -ni deseado, ni esperado- y en vez de caer en la queja o en el reclamo melancólico, pueden usar la experiencia vivida, inesperada, asumir su carácter insólito, para reabrir la perpetua interrogación del estar vivo, su por qué y para qué.

Por supuesto que estas aristas o senderos no son puros ni exclusivos. Los humanos somos seres históricos, plurales y concretos, lo más probable es que los tres ejes señalados se combinen y alternen en proporción diversa.

*
* *

Decir que el viaje del desexilio es largo y penoso no pretende trazar un calendario, ni la regularidad del agua hirviendo que se enfría a la intemperie. Prefiero la metáfora agrícola de una planta que crece de acuerdo al tiempo que transcurre y a los nutrientes y riego o sequía que recibe. Digo esto para marcar claramente que el desexilio no es un estado sino un trayecto y que para comprenderlo es menester situarse y articular las etapas de un proceso transformacional que es diferente al comienzo que al final… si de final puede hablarse.

En cualquier caso, la meta más que una metáfora cicatrical consiste en el reconocimiento -explícito o silencioso- de volver a sentirse perteneciente y reconciliado con la especie humana, con las mismas ambivalencias, gratitudes y resentimientos comparables a cualquier hijo de vecino.

*
* *

La experiencia de exilio no es solo de pérdida, sino de descubrimiento. No es enfermedad sino salud.

El retoño humano, inmaduro y desamparado se construyó a si mismo y a su mundo circundante de manera simultánea. El júbilo que Lacan describe en el estadio del espejo, de superar el desmembramiento y concebirse como unidad pensante, que lo posiciona como "His Majesty the Baby" que se consagra en la epifanía con sus seres queridos. La homogeneidad y la armonía con su mundo circundante (humano y natural) alberga una fragilidad inestable. Como el clima tiene días soleados y otros tormentosos.

La desestabilidad es tan necesaria como el júbilo, abre el trayecto de lo homogéneo a lo heterogéneo -al descubrimiento e intercambio con lo extraño, lo extranjero-. En el cómo se anudan estas experiencias contradictorias debe residir el aprendizaje de la diversidad que Arendt

describe como el rasgo más relevante de la condición humana. Y agrega algo así como que esto nos permite superar una mismidad autoreferida y excelsa y que nuestro modo de ser se da en la tela de fondo con otros hombres diferentes.

Esta alternancia entre la reiteración de lo mismo y la irrupción de lo inédito nos parece una experiencia universal y necesaria. Es a esto que llamo exilio (etimológicamente "saltar afuera") estructural, que, como es obvio, no necesita un trasplante geográfico sino interior, que abren como piensa Benjamin, el relato sedentario del campesino y el relato errante del marino.

Pongo todo esto de relieve para diferenciar radicalmente una solidaridad responsable, de la tentación -siempre activa- del asistencialismo y la misericordia. A distinguir el exilio estructural del exilio del terror político o la miseria de la exclusión étnica, religiosa o económica que arrastran millones de seres.

Dice Arendt[67]:

> *"Todo pensamiento es un diálogo entre yo y yo mismo, pero este diálogo interior de dos en uno no pierde contacto con el mundo de sus semejantes que están presentes en un diálogo interior. Lo que vuelve intolerable a la desolación es la pérdida del si-mismo que solo puede ser confirmada por la presencia confiante y digna que proviene de mis iguales".*

College International de Phylosophie, Paris

Addenda a la edición 2018 de Fracturas de Memoria
revisión 6 de marzo de 2018.

[67] Arendt, Hannah. *Le Systeme Totalitaire* (El sistema totalitario), Seuil, 972, pág. 22.

Fracturas de Memoria - Índice

Présentation. *Maud Mannoni* (français) 7

Presentación. *Maud Mannoni* 13

Presentación. *José Pedro Barrán* 19

Prólogo - Memorias del Horror. *Daniel Gil* 23

Prólogo. *Pau Pérez-Sales* 35

Un epílogo como prólogo. *Maren Ulriksen & Marcelo Viñar* 43

Les yeux des oiseaux. *Maren Ulriksen* (français) 55

Los ojos de los pájaros. *Maren Ulriksen* 61

Un cri parmi des milliers - récit de prison. *M. N.* (français) 69

Un grito entre miles - relato de prisión. *Marcelo Viñar* 79

Pedro o la demolición - una mirada psicoanalítica sobre la tortura. *Marcelo Viñar* 95

Pepe o el delirio del héroe. *Marcelo Viñar* 115

Exilio y tortura. *Maren Ulriksen & Marcelo Viñar* 125

La recepción del traumatismo. *Maren Ulriksen* 147

Historias de familias, familias en la historia. *Maren Ulriksen* 155

El terror subjetivo, el lugar del psicoanalista. *Marcelo Viñar* 165

La experiencia del exilio. *Marcelo Viñar* 177

La ley como impostura. *Marcelo Viñar* 187

El extranjero. *Marcelo Viñar* 193

Reflexiones sobre la tortura. *Maren Ulriksen, Marcelo Viñar & Leopoldo Bleger* 201

El tiempo del terror - efectos de fractura en la memoria y los ideales. *Maren Ulriksen & Marcelo Viñar* 219

La violencia política. *Marcelo Viñar* 239

Alegato por la humanidad del enemigo. *Marcelo Viñar* 259

Terror político y exilio–des-exilio - sus marcas subjetivas, reflexiones de un psicoanalista. *Marcelo Viñar* 285

Luna de miel, costa atlántica uruguaya, 1960.
Foto: Luis *Mariscal* Baccino

Image de l'Amérique latine
Alejo Carpentier et la quête de l'Utopie
La liberté contre la foi
Le dictateur et l'écrivain
Un cri parmi des milliers
Tremblement de terre et de ciel
Une littérature sans qualités
Vers la concrétude
Oraculo sobre Managua
Gagner la rue, la liberté, la lumière
La vie quotidienne sous un régime autoritaire
Les yeux des oiseaux
L'exilé et son double
Ecriture et pouvoir
La littérature explore le réel
Caracaquetage
The Lady from Shangaï
Le carnaval de la langue
Letra-Makara
Interview de Juan José Saer
Exil et torture
L'enfant d'éléphant
Sur l'exode

FF 2624/3.81

"Este libro tiene un punto de comienzo nítido y preciso: la crónica lacerante de algunos seres humanos que vieron su destino trastocado por el huracán de la historia", nos dicen Maren Ulriksen y Marcelo Viñar en el "epílogo como prólogo" de este ensayo. Afirman los autores que, como individuos y como colectividad, tal vez el aprendizaje más radical de la década del horror ha sido el de un cambio en la relación con la creencia, en la construcción de lo que llamamos realidad. Así como uno de los legados más inquietantes de la dictadura es la "herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en el que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo... fracturas de memoria y pérdida de capacidad para admirar la alteridad. Lo heterogéneo como insportable, como contraste a la riqueza del diálogo controversial, definitorio del ser humano".

La actualidad de este libro está dada por el hecho de que aún vivimos el tiempo de inscribir-significar el espanto y el terror; toda situación extrema requiere un largo trabajo de inscripción en la memoria para que *el olvido, indispensable y necesario, sea normal y fecundo, y no caiga en complicidad perversa con la impunidad.*

Maren Ulriksen y Marcelo Viñar, médicos y psicoanalistas, tienen numerosos artículso científicos piblicados en revistas nacionales y extranjeras. Durante su exilio en Francia, Marcelo trabajó en la Clínica de La Chesnaie y dirigió la École de Psychiatrie Institutionelle; Maren fue responsable, en el sector público, de un Equipo de psiquiatría de la infancia y adolescencia en Argenteuil, al norte de Paris.

IRREDENTOS ES UN PROYECTO EDITORIAL
DEL GRUPO DE ACCIÓN COMUNITARIA

MAREN ULRIKSEN
MARCELO VIÑAR

FRACTURAS DE MEMORIA

"Este libro tiene un punto de comienzo nítido y preciso: la crónica lacerante de algunos seres humanos que vieron su destino trastocado por el huracán de la historia", nos dicen Maren y Marcelo Viñar en el "epílogo como prólogo" de este ensayo. Afirman los autores que, como individuos y como colectividad, tal vez el aprendizaje más radical de la década del horror ha sido el de un cambio en la relación con la creencia, en la construcción de lo que llamamos realidad. Así como uno de los legados más inquietantes de la dictadura es "la herencia perversa de aspirar a un saber unívoco y monolítico en el que la divergencia es percibida como detestable y el interlocutor se vuelve abominable y abusivamente un otro, extraño o enemigo... fracturas de memoria y pérdida de capacidad para admitir la alteridad. Lo heterogéneo como insoportable, como contraste a la riqueza del diálogo controversial, definitorio del ser humano".

Esta nueva obra de la colección *Desafíos* retoma parte del libro *Exil et torture* (Ed. Denoël 1989, París, prefacio de Maud Mannoni y en Brasil Ed. Escuta 1992, San Pablo), traducido y corregido para esta edición, y otros varios trabajos realizados por los autores sobre el tema.

La actualidad de este libro está dada por el hecho de que aún vivimos el tiempo de inscribir-significar el espanto y el terror; toda situación extrema requiere un largo trabajo de inscripción en la memoria para que *el olvido, indispensable y necesario, sea normal y fecundo, y no caiga en complicidad perversa con la impunidad.*

MAREN ULRIKSEN y MARCELO VIÑAR, médicos y psicoanalistas, tienen numerosos artículos científicos publicados en revistas nacionales y extranjeras. Durante su exilio en Francia, Marcelo trabajó en la Clínica de La Chesnaie y dirigió la École de Psychiatrie Institutionnelle; Maren fue responsable, en el sector público, de un Equipo de psiquiatría de la infancia y adolescencia en Argenteuil, al norte de París.

EDICIONES
TRILCE

Exil et Torture

Ce livre écrit par deux analystes uruguayens, Maren et Marcelo Viñar, interroge les liens entre la réalité sociale, politique et l'histoire d'une part, cela à travers l'expérience de totalitarisme des dictatures latino-américaines, leur mode d'action vis-à-vis de l'individu : terreur, privation de liberté, torture.

C'est l'intrusion d'une réalité sociale et politique dans l'espace analytique de la cure qui suscite les questions traversant le recueil. Que se passe-t-il quand la réalité agit de manière immédiate sur le vécu, redoublant la perte originelle qui fonde la position de sujet ? Comment distinguer le gouffre universel des phobies infantiles si sa collusion avec le quotidien les multiplie ? Qu'en est-il de l'indicible de l'horreur et de sa transmission ?

La place de l'analyste est également interrogée : comment distinguer la terreur liée à la réalité politique, de celle provenant des fantasmes des origines comme celle venant du traumatique ?

Enfin, une place à part est faite à la torture. Qu'il s'agisse de sa finalité (il ne s'agit pas d'obtenir des renseignements, mais de créer la soumission) ou de ses méthodes (elle semble viser, à travers la violence exercée sur les corps, la structure même de l'appareil psychique), la torture est présentée comme le noyau de la scène de l'horreur. Elle amène à aborder la question du corps, de sa place et de ses limites.

Ce livre ne manquera pas de susciter des polémiques. Les auteurs ont cherché à garder vivante la mémoire d'un passé qui nous concerne tous. Au moment de regagner leur pays, après une fuite de quinze années, ils nous disent : *une fois l'exil commencé, il n'en finit jamais.*

Les auteurs : docteurs en médecine, psychanalystes membres de l'Association psychanalytique de l'Uruguay. Durant leur séjour en France, l'un a travaillé à la clinique de La Chesnaie et a participé aux travaux de l'Ecole de psychiatrie institutionnelle ; l'autre a été responsable, dans le secteur public, d'une équipe de psychiatrie infanto-juvénile. Ils ont publié leurs recherches psychanalytiques dans des revues de langue française et espagnole.

L'ESPACE ANALYTIQUE
Collection dirigée par
Patrick Guyomard et Maud Mannoni

Illustration de couverture :
Wifredo Lam, eau-forte, 1966 (détail).
Illustration pour le livre "Lessive du loup"
de D. Fourcade, édition G.L.M.
© SPADEM

9 782207 235539
B 23553.4 3.89
ISBN 2.207.23553.X
129 FF TTC

Exilio y Tortura

Este libro, escrito por dos analistas uruguayos, Maren y Marcelo Viñar, interroga los vínculos entre la realidad social, política e histórica, por un lado, a través de la experiencia del totalitarismo de las dictaduras latinoamericanas, su forma de acción respecto al individuo: terror, privación de libertad, tortura.

Es la intrusión de una realidad social y política en el espacio analítico de la cura lo que da lugar a las preguntas que recorren la recopilación. ¿Qué sucede cuando la realidad incide de manera inmediata en la experiencia vivida, redoblando la pérdida original que fundamenta la posición del sujeto? ¿Cómo distinguir el abismo universal de las fobias infantiles si su colusión con lo cotidiano las multiplica? ¿Qué hay de lo indecible del horror y de su transmisión?

También se cuestiona el lugar del analista: ¿cómo distinguir el terror vinculado a la realidad política del que proviene de las fantasías de los orígenes, así como del que surge de lo traumático?

Por último, se le da un lugar especial a la tortura. Ya sea por su finalidad (no se trata de obtener información, sino de generar sumisión) o por sus métodos (parece apuntar, a través de la violencia ejercida sobre los cuerpos, a la estructura misma del aparato psíquico), la tortura se presenta como el núcleo de la escena del horror. Esto lleva a abordar la cuestión del cuerpo, de su lugar y de sus límites.

Este libro sin duda generará polémica. Los autores han buscado mantener viva la memoria de un pasado que nos concierne a todos. Al regresar a su país, tras quince años de exilio, nos dicen: *una vez que comienza el exilio, nunca termina*.

Los autores: doctores en medicina, psicoanalistas miembros de la Asociación Psicoanalítica de Uruguay. Durante su estancia en Francia, él trabajó en la clínica de La Chesnaie y participó en los

trabajos de la Escuela de Psiquiatría Institucional; ella estuvo a cargo, en el sector público, de un equipo de psiquiatría infantil y juvenil. Han publicado sus investigaciones psicoanalíticas en revistas en francés y español.

L'espace analytique (El espacio analítico)
Colección dirigida por Maud Mannoni y Patrick Guyomard

Ilustración de carátula: Wifredo Lam, agua fuerte, 1966 (detalle).
Ilustración para el libro "Lessive du loup"
D. Fourcade, édition G.L.M.

Traducido del francés por Daniel Viñar Ulriksen

Este libro fue realizado enteramente con software libre, utilizando en particular Scribus (www.scribus.net) y Gimp (www.gimp.org), en ordenadores con sistema operativos GNU/Linux, utilizando la infraestructura cooperativa de Undernet (www.undernet.uy).

Gracias a quienes hacen posible esos proyectos, y por ende este.

Como obra de cuĺtura libre, bajo licencia CC-BY-SA,
los archivos fuente del presente libro están disponibles en la dirección:
https://framagit.org/gurisitx/fracturas

Concepto: Daniel Viñar Ulriksen (daniel@uruguayos.fr)
Diseño: Gastón Hannay Dutra (gaston@undernet.uy)
Tipografías: Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(Huerta tipográfica).

Colaboraron: Carolina García Maggi, Adriana Ponzoni, Laura Veríssimo,
Juan Martín Viñar Ulriksen.
Bibliografía traducción prólogo: Carolina García Maggi.
Revisión general y correcciones: Carolina García Maggi.

Diseño de la tapa: Gastón Hannay Dutra.
Ilustraciones de tapa y contratapa: Guillermo Ulriksen.
Ilustración tapa edición 2018: Guillermo Ulriksen.
Ilustración tapa ediciones 1989 y 1993: Wifredo Lam.

Terminado de imprimir el 26 de agosto 2026,
por tradinco.com.uy